

La metáfora como proceso creativo ubicuo. Bases epistémicas interdisciplinarias.

HUMBERTO MAGNASCO



Magnasco, Humberto M.

La metáfora como proceso creativo ubicuo : bases epistémicas interdisciplinarias / Humberto M. Magnasco. - 1a ed - Rosario: CEI ediciones, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-82864-9-5

1. Metáforas. 2. Semántica. 3. Filosofía del Lenguaje. I. Título.

CDD 401.41

Diseño de tapa: Cintia Lorena Espinosa

Diseño y maquetación: Cintia Corestein

Tipografía: Faustina. García & Omnibus-Type Team

Magnasco, Humberto M.

Universidad Nacional de Rosario, 2024

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Publicado bajo licencia Creative Commons



Edición y publicación Centro de Estudios Interdisciplinarios, UNR

Director: Prof. Darío Maiorana

Maipú 1065 3° piso of 309, Rosario, Argentina

Tel: (0341) 4802781

Correo electrónico: cei@unr.edu.ar

LA METÁFORA COMO PROCESO CREATIVO UBICUO

Bases epistémicas interdisciplinarias

A mi esposa Vivi

*El lenguaje es la casa del ser...
y los poetas son sus guardianes*
M. Heidegger

*En el principio existía la Palabra y
la Palabra estaba con Dios.
Y la Palabra era Dios*
Evangelio según Juan

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
LA METÁFORA: ACTRIZ PRINCIPAL DEL CONOCIMIENTO.....	14
I. LA METÁFORA ES EXPERIMENTAR UN TIPO DE COSA EN TÉRMINOS DE OTRA	15
II. LA METÁFORA QUE INTELIGE LO IMPALPABLE DESDE LO PALPABLE	27
III. LA METÁFORA CREADORA VE “DOS COSAS EN UNA”	34
IV. LA METÁFORA COMO EFECTO DE INTERACCIÓN FECUNDA DE LO DIVERSO.....	48
V. LA METÁFORA COMO GENERACIÓN DE UN ERROR FECUNDO.....	57
VI. LA METÁFORA COMO INVITACIÓN A LA TRANSFORMACIÓN	62
VII. LA METÁFORA COMO ENTRELAZADORA DE DOMINIOS DISPARES.....	70
VIII. LAS METÁFORAS BASADAS EN ARRIBA-ABAJO Y ADENTRO-AFUERA	81
IX. EL ORGANISMO METAFÓRICO: UNA RED COMPLEJA DE INTERRELACIONES	84
X. SIGNIFICATIVIDAD: SIGNIFICADO COMO EXPERIMENTACIÓN	92
XI. ¿QUÉ NO ES Y QUÉ ES LA METÁFORA?	97
XII. OPERACIÓN METAFÓRICA EN LITERATURA, CIENCIA Y GENERACIÓN DE LENGUAJE.....	99
LA METÁFORA ESCONDIDA EN LA LÓGICA	108
XIII. LA INFLUENCIA DE LAS METÁFORAS SOBRE LOS PRINCIPIOS LÓGICOS CLÁSICOS	109
XIV. LA INFLUENCIA DE LAS METÁFORAS SOBRE LOS RAZONAMIENTOS CLÁSICOS.....	113
XV. UNA NUEVA LÓGICA Y UNA NUEVA VERDAD	124
METÁFORA Y NARRACIÓN: VENTANAS A LA CREATIVIDAD	130
XVI. POETIZAR: PRODUCIR UN ACERCAMIENTO EN EL ESPACIO LÓGICO.....	131
XVII. ACERCAMIENTO POR LA VISIÓN DE DOS EN UNO Y POR LA PUESTA EN TRAMA.....	134
XVIII. ¿QUÉ ES —ENTONCES— LA IMAGINACIÓN?.....	138
LA METÁFORA QUE HABLA E IMPORTUNA LA LENGUA.....	140
XIX. LA METÁFORA COMO DESORDEN INTRODUCIDO EN EL SISTEMA DE LA LENGUA.....	141
XX. LA METÁFORA COMO CREADORA DEL LENGUAJE Y DEL MUNDO DEL HOMBRE.....	148

XXI. LA DINÁMICA SEMIÓTICA DE LA OPERACIÓN METAFÓRICA.....	163
PENSAMIENTO SILENCIOSO: OBERTURA DE LA METÁFORA.....	174
XXII. LA “IDEA PURA” Y SU NECESARIO REVESTIMIENTO METAFÓRICO.....	175
XXIII. EL PENSAMIENTO “SILENCIOSO” Y LA HABILITACIÓN DE LA METÁFORA.....	177
XXIV. EL “VACÍO INTERPRETATIVO” Y EL “HORROR VACUI”.....	182
XXV. ÉXITO DE LA METÁFORA ANTE EL VACÍO INTERPRETATIVO.....	185
INTENTOS DE “METAFORICIDIO”.....	188
XXVI. EL CONFLICTO ENTRE “LAS PALABRAS Y LAS COSAS”.....	189
XXVII. LA BÚSQUEDA DE UN LENGUAJE UNIVERSAL Y PERFECTO: SIN METÁFORA.....	194
XXVIII. ¿FIN DEL CONOCIMIENTO METAFÓRICO?.....	199
NUEVOS VIEJOS APORTES.....	207
XXIX. EL APORTE DE LA CONCEPCIÓN CLÁSICA DE LA METÁFORA.....	208
EPISTEMOLOGÍA DE LA METÁFORA.....	221
XXX. “FUSIÓN” DE LA REALIDAD CON EL OBSERVADOR A TRAVÉS DE SUS METÁFORAS....	222
XXXI. EL ÉXITO DE LA METÁFORA.....	249
ALGUNAS SÍNTESIS DE FIN DE CAMINO Y NUEVAS AVENTURAS.....	263
XXXII. LA METÁFORA EN LA MISIÓN DE LA PALABRA.....	264
XXXIII. PROMESAS CUMPLIDAS EN EL FIN DEL CAMINO.....	270
XXXIV. APOSTILLA SOBRE LA INTELIGENCIA NATURAL.....	272
XXXV. NUEVAS AVENTURAS: ¡SÚBETE AL BOTE DEL MUSEMENT!.....	275
BIBLIOGRAFÍA CITADA.....	278
ÍNDICE DE ESQUEMAS Y FIGURAS.....	290

INTRODUCCIÓN

Esa flor imaginativa tan endeble y minúscula forma la capa inconvencional de subsuelo en que descansa la realidad nuestra de todos los días.

Ortega y Gasset, "Renan"

Dar nuestra definición de metáfora en este lugar, sería —además de imprudente— inútil. La misma no diría nada al lector o lectora. Lo que la metáfora es tiene que ir desentrañándolo cada quien. Trataremos —para ello— de ir ofreciendo señales a través de un camino que esperamos resulte ameno, atravesando paisajes que nos vayan dejando algunas reflexiones. La experiencia será al principio sentida como “cabos sueltos” que se irán conectando con el devenir del recorrido. Si por momentos el camino se vuelve empinado, no desalentarse, la lectura —si bien secuencial— admite lagunas o saltos hacia adelante y hacia atrás.

Comenzamos diciendo que la metáfora entraña un movimiento atrevido de la imaginación capaz de transformar la realidad. *Metáfora* indica la oportuna operación de trasladar (en griego “metaféro”) la posición de una cosa (concepto, hecho o funcionamiento) hacia el lugar de otra totalmente diversa. Tal operación conecta dos ámbitos que quedan —por tal diversidad— en “tensión” pero con fecundas implicancias cognoscitivas y creativas (o mejor, “creadoras”, pues sus implicaciones son ontológicas, es decir creadoras de realidad). Por ejemplo, cuando decimos “el amor es fuego” hay metáfora pero ¿qué tienen que ver los ámbitos amorosos con los fogosos? La experiencia humana hace la conexión entre estos ámbitos que quedan en tensión y el más concreto (el del fuego) nos dice algunas cosas sobre el más abstracto (el del amor, porque ¿qué es el amor, como lo definiríamos?).

Esta operación de “acercamiento lógico” de dos ámbitos heterogéneos, se realiza —desde la óptica cognitiva— partiendo de uno más familiar hacia otro más abstracto que se intenta dilucidar desde el primero. En este sentido José Ortega y Gasset entendía que la metáfora era un suplemento a nuestro brazo intelectual que llega a asir aquello que se presenta *prima facie* como indómito o inasible o innombrable.

Nosotros nos referimos a una presencia *ubicua* de la metáfora, es decir “en todas partes” —no sólo en la expresión artística—

sino también en ámbitos donde “no se la esperaría encontrar”, como pueden ser la vida diaria/cotidiana y la “ciencia dura”. Esta ubicuidad nos remite a un modo metafórico de inteligir creativamente, razonar y conocer, el cual, por su misma naturaleza, facilita el camino hacia la comunicación. Por lo tanto, la ubicuidad referida hace candidata a la metáfora como un proceso de simultánea inteligencia, creación y comunicación que pretendemos en este libro analizar epistemológicamente de modo interdisciplinario.

Tratar a la metáfora como proceso ubicuo de inteligencia, creación y comunicación y las concomitantes oportunidades ofrecidas a los mundos de la investigación, de la educación, de la comunicación, de la literatura, del trabajo y de la vida privada, nos implica en la consideración de una serie de aspectos integrantes que no debe amilanarnos¹ y pasamos a enumerar:

- Lingüísticos y comunicacionales en tanto debemos respondernos ¿qué es la metáfora y qué relación tiene con el lenguaje natural y con el científico?
- Hermenéuticos: ¿qué es interpretar y cómo interviene la metáfora?
- Epistemológicos: ¿permite el proceso metafórico fundamentar cabalmente los conocimientos científicos y tienen estos una continuidad con el conocimiento cotidiano?
- Cognoscitivos: ¿qué es la “significatividad” que motoriza el conocimiento y cómo se insertan los conocimientos previos?
- Literarios y artísticos: ¿la metáfora es propia de lo literario-artístico y cuál es la finalidad del arte?
- Creativos: ¿qué es crear, descubrir algo oculto o es traer a la existencia?

1. De milano, ave de rapiña que infundía pánico, angustia y desaliento. Se traslada metafóricamente esa situación concreta frente al ave a cualquier otra situación que se perciba como semejante.

- Semióticos: ¿qué tipo de semiótica sustenta el proceso de la metáfora?
- Lógicos-filosóficos: ¿qué tipo de lógica se inscribe en el proceso de la metáfora y cómo se inserta la metáfora en la configuración de la lógica?
- Metafísicos-pragmáticos: ¿si la metáfora es creación de lo que no existía, la verdad se descubre o se construye?
- Ontológicos-gnoseológicos: ¿Qué relación hay entre lo que conocemos y la realidad?

¿Podrá tal loca empresa ser posible? ¿Este es el límite y la riqueza! He tenido la oportunidad de transitar por las llamadas ciencias duras (que no lo son tanto) y por las humanidades (que no son blandas para nada), surgiendo conexiones entre unas y otras que me llamaron a la reflexión expresada en las preguntas lanzadas. Mostrar que todo esto no es un embrollo arbitrario de cosas sacadas de contexto fue el desafío de la investigación realizada en mi Tesis de Maestría². En ella observé la participación *sine qua non* de la metáfora como mecanismo de inteligencia, creación y comunicación tanto en la vida cotidiana como en las producciones basales de la ciencia moderna y contemporánea. Trataremos aquí de traducir a un lenguaje más llano sólo una parte de dicha investigación, la referida a la metáfora como proceso de conocimiento creativo ubicuo.³

2. Magnasco, Humberto. (2019). *Bases epistémicas del surgimiento de la metáfora, como mecanismo de inteligencia, creación y comunicación en ciencias duras e ingeniería. Incidencia en la Docencia Universitaria*. [Tesis de maestría]. Directora: Dra. Emilas Lebus; Co-director: Dr. Jorge Noro. Defendida en Setiembre del año 2019 en el Salón Azul de la Facultad Regional San Nicolás de la Universidad Tecnológica Nacional (Argentina).

3. Para facilitar la lectura publicamos la investigación en dos volúmenes de lectura independiente: el presente sobre la metáfora en general y otro dedicado al surgimiento de la metáfora en la creación científica y la oportunidad de su recuperación en la docencia (Magnasco, Humberto: *La metáfora en la creación*

Los aspectos involucrados señalados son en sí mismos inagotables, de hecho, cualquier sector de la realidad lo es. Con esta conciencia no puedo “hacer la vista gorda”⁴ sobre los mismos sin caer en lo personal en una simplificación (como dije es mi límite y mi riqueza). Trataremos de “sentarlos a dialogar” (muchos no se conocen entre sí) apuntando a una coherencia que venza lo ecléctico. Por su puesto, respecto del muy posible “sacar de contexto” afirmaciones o decires, hay que concordar con Ortega y Gasset: una ciudad siendo la misma, cambia al ser mirada desde distintos puntos de vista... ¡lo cual es una virtud del diálogo!

científica como inteligencia natural y comunicativa. Sus bases epistémicas interdisciplinarias y la oportunidad de su recuperación en la docencia. CEI Ediciones).

4. Según el diccionario (DRAE) *hacer alguien la vista gorda* es “Fingir con disimulo que no ha visto algo” (entrada “Vista”). Tener la vista gorda o gruesa es tenerla poco aguda.

Capítulo 1

LA METÁFORA: ACTRIZ PRINCIPAL DEL CONOCIMIENTO

La metáfora es un procedimiento intelectual por cuyo medio conseguimos aprehender lo que se halla más lejos de nuestra potencia conceptual. Con lo más próximo y lo que mejor dominamos, podemos alcanzar contacto mental con lo remoto y más arisco...

Ortega y Gasset, "Las dos grandes metáforas"

I. LA METÁFORA ES EXPERIMENTAR UN TIPO DE COSA EN TÉRMINOS DE OTRA

§. *Vivimos rodeados de metáforas que olvidaron lo que son*

En el lenguaje popular de los argentinos se oyen las siguientes expresiones: “Es un tipo piola”, “No te hagás el piola”, “Vos quedate piola”. Según el *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE) “piola” es “una cuerda delgada”, pero también el diccionario aclara que el sustantivo es usado en Argentina y Uruguay como adjetivo que significa “simpático, de trato agradable” (DRAE) o bien —y ya sólo en Argentina— “astuto, listo” (DRAE). El diccionario agrega que la expresión “quedarse piola” funca —también en Argentina— como locución verbal que significa “quedarse al margen” (DRAE).

Son todos *significados* que provienen de metáforas que se han lexicalizado, que están “muertas”, que alguna vez estuvieron “vivas” pero que hoy todo el mundo lo ha olvidado. Héctor Zimmerman ha estudiado el origen de palabras y frases que usamos todos los días y nos comunica que “quedarse piola” es una expresión que proviene del mundo del hampa, cuando alguien —sea o no delincuente— no tiene prontuario se dice que está “limpio” e invirtiendo las sílabas se dice que está “pio-lim” (Zimmerman, 1999, p. 238). Esta última inversión suena parecido a *piolín* y de allí la conexión con *piola*: “quedarse piola” es quedarse tranquilo porque no hay prontuario: se está “limpio”.

De esta situación concreta de carecer de prontuario y —por tanto— estar habilitado a “sentirse tranquilo” al poder considerarse “al margen” de determinada situación delictiva, se pasa a trasladar la frase a cualquier otra situación en la que se nos invita

a estar tranquilos. Este traslado (en griego: *metaféro*) es una operación metafórica, que aplica a una situación “x” un esquema que proviene de otro lado —en este caso— del mundo del hampa.

La frase “no te hagas el piola” por “no te hagás el listo” o “no te hagás el vivo” se vincula con “no simules que estás limpio” o “no simules que no tenés nada que ver”; la sexta acepción de “vivo” es: “Listo, que aprovecha las circunstancias y sabe actuar en beneficio propio” (DRAE). Si bien está muy bien en la vida ser “listo” (sin perjudicar a los demás), “no te hagás el piola” deriva en “no seas un aprovechador”, alguien que tuerce los hechos para beneficiarse.

Decir de alguien que “es piola”, como un piropo, en lugar de “es simpático, de trato agradable” ¿de qué traslado metafórico salió? En Chile se dice piola de alguien que “es tranquilo, callado” (cf. Asociación de Academias de la Lengua Española —ASALE—: Diccionario de americanismos, entrada “piola”). En Argentina se dice: “Quedate piola” en lugar “quedate callado”, quizás se deba a una relación con el origen de la palabra *piola*: “Del latín *pediōla* ‘traba’” (DRAE), tener la boca cerrada, es tener la boca con una traba o “atada” con una piola. Concluimos que ser un tipo piola parece que se relaciona —entonces— con mostrarse tranquilo, tolerante y no estar —por tanto— reaccionando “a los gritos”.

Notemos sólo alguna de las metáforas muertas que hemos usado en estas consideraciones:

- Olvidar: del latín *obblitare* que significa apartarse por resbalamiento o deslizamiento, porque uno olvida cuando los recuerdos se han “resbalado” —apartándose— de la memoria (cf. Zimmerman, 1999, p. 319-320). Se traslada (*metaféro*) un esquema concreto (el resbalar) sobre una situación diversa (el olvidar).
- Piropo: “Del latín *pyrōpus* ‘aleación de cobre y oro de color rojo brillante’ y este del griego *pyrōpós*.” (DRAE). “Del griego *Pyr*: fuego y *ops*: vista, aspecto” (Zimmerman, 1999, p. 28) Piropoear es decirle a alguien que se compara con un metal precioso o que es un fuego. Se traslada (*metaféro*) un esquema concreto (metal

precioso o fuego) sobre una situación diversa (un decir sobre algo o alguien).

- Funcar: “Funcionar correctamente un artefacto o un dispositivo” (DRAE). Se traslada (*metaféro*) un esquema concreto mecánico (artefacto, máquina) sobre una situación diversa (el funcionamiento de una palabra).
- Astuto: “Agudo” (DRAE). Se traslada (*metaféro*) un esquema concreto, el tener filo o punta afilada, sobre una situación diversa: ser capaz de “meterse adentro” de los hechos o situaciones, ser inteligente, poder “*intus legere*” o *leer dentro*...
- “Torcer los hechos”: ¿se pueden torcer los hechos? Torcer: “Dar vueltas a algo sobre sí mismo, de modo que tome forma helicoidal [...] Encorvar o doblar algo [...] Alterar la posición recta” (DRAE). Se traslada (*metaféro*) un esquema concreto mecánico sobre una situación diversa (los hechos de los seres humanos).
- “Metáforas que olvidaron lo que son”: personificación, se traslada una operación de la memoria humana a la metáfora.
- Metáforas muertas: personificación, se traslada algo que le sucede a un organismo vivo sobre un acontecimiento que le ocurre a la metáfora.

Y también la metonimia:

- Piola: “Del latín *pediōla* ‘traba’” (DRAE), se nombra el resultado de la acción de trabar con el instrumento para trabar (la piola).

En el sentir común de las personas, la metáfora pertenece a la poesía y por tanto a un lenguaje no ordinario; no se capta —normalmente— que la metáfora se utiliza naturalmente como estrategia de conocimiento y comunicación, impregnando tanto nuestro lenguaje de todos los días, como nuestros pensamientos y acciones. Somos tanto usuarios de metáforas “muertas” como creadores de metáforas “vivas”.

La palabra “metáfora” proviene del verbo griego *metaféro* que significa “trasladar” (Pabón, 2001, p. 391), por lo que “metáfora” viene a significar “traslación”. Cuando usamos una metáfora muerta o

creamos una metáfora viva —cosa que hacemos frecuentemente en la vida diaria tanto para conocer como para darnos a entender— estamos trasladando nociones o esquemas desde un ámbito familiar a otro más abstracto. Comenta Jorge Luis Borges:

Remy de Gourmont observa: En el estado actual de las lenguas europeas, casi todas las palabras son metáforas. El hecho es irrecusable y basta hojear un diccionario etimológico para testificar su verdad pero le falta virtualidad polémica. Creo que es imposible prescindir de metáforas al hablar y que es imposible entendernos sin olvidarlas [katacresis¹].” (Borges, 1928, p. 52) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

Si bien existen importantes trabajos precursores que asocian metáfora, conocimiento y vida diaria, un estudio que produjo gran impacto y que sacó a la metáfora de su confinamiento estilístico fue: “Metáforas de la vida diaria” de George Lakoff y Mark Johnson dado a luz en los años 80 (Lakoff & Johnson, 2007). En esta obra —cuyo título original podría traducirse como “Metáforas por las que vivimos”— los autores muestran que la metáfora lejos de ser un ornamento lingüístico estilístico-literario es inevitable en los procesos humanos del pensamiento, del conocimiento y de la comunicación. Un antecedente importante en esta consideración de la metáfora, que pasó desapercibido y que hubiese merecido ser fermento de estudios posteriores, fue el ensayo: “*Metaphor as mistake*” (La metáfora como error) del médico y novelista Walker Percy elaborado en la década de 1950 (perteneciente a la colección de ensayos reunidos en Percy, 1989).

1. Escribo “katacresis” en vez de “catacresis” siguiendo la traducción de Ricoeur (1977), con “k” la palabra tiene más fuerza al vincularse con su etimología (del griego *katá-krisis*: condenación a muerte, Pabón, 2001, p. 329.356). Utilizaremos la palabra katacresis en su sentido etimológico de muerte de una metáfora que estuvo viva o lexicalización de una metáfora.

La postura de Lakoff & Johnson (2007) conocida como teoría de la metáfora conceptual (TMC) fue rescatada, seguida y ampliada interdisciplinariamente por muchos estudiosos y recopiladores² y también —claro— criticada en sus puntos flacos o lagunas.³ Retomando estas críticas extenderemos interdisciplinariamente estos trabajos sobre la TMC, pues nos interesa analizar el *surgimiento* de la metáfora nueva o *viva* —que quedó en la sombra en este estudio de Lakoff y Johnson— en el ámbito científico y en nuestra vida diaria.

Para Lakoff & Johnson la metáfora es un mecanismo que permite construir conocimientos: “La esencia de la metáfora es entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra” (Lakoff & Johnson, 2007, p. 41). Resulta importante esta breve caracterización del proceso metafórico que hacen los autores, ellos hablan no sólo de conocer o *entender* intelectualmente una cosa en términos de otra (notar aquí el “traslado” = “metáfora”) sino de *experimentar* una cosa en términos de otra. En este “experimentar” ellos abordan⁴ el tema de la metáfora desde la pregunta por el significado o desde el problema semántico: ¿Por qué asociamos un sentido a determinadas palabras? Es precisamente en la experiencia física-corporal donde se levanta o “toma cuerpo” el sentido. Dicen los autores: “las ideas sobre el significado dominantes en la filosofía occidental y la lingüística

2. Entre ellos: Paprotté & Dirven (1985); Balkin (1998); De Bustos (2000); Iñesta Mena & Pamies Bertrán (2002); Brown (2003); Musolff (2004); Kövecses (2010); Lakoff & Núñez (2000) y también por los mismos autores: Lakoff (1996); Lakoff & Johnson (1999).

3. Se le critica no haber analizado la metonimia en Dirven & Pörings (2003); no haber considerado el surgimiento de las metáforas nuevas o “vivas” en Croft & Cruse (2004) y en Dobrovól’skij & Piirainen (2005); se le requiere ampliar la base de evidencia lingüística de la teoría conceptual de la metáfora en Deignan (2005); se le critican insuficiencias en la presentación de la filosofía experiencialista y en su crítica al objetivismo en Haser (2005).

4. ¿Cómo no pensar en “piratas” cuando se usa esta palabra en lugar de “tratar”? Es otra metáfora muerta...

son inadecuadas [...] “significado” en esas tradiciones tiene muy poco que ver con lo que la gente encuentra “significativo” en su vida” (p. 33).

Audazmente Lakoff & Jonhson entienden que nuestro “sistema”⁵ conceptual es metafórico, infieren esta estructura desde un análisis pormenorizado del lenguaje natural y sus conceptos. Encuentran que nuestros conceptos son metafóricos, es decir, resultado de un experimentar aquello que nos resulta más abstracto en términos de otra cosa más concreta y familiar que le da —al concepto logrado— contornos más definidos, una imagen, una fisonomía. Este concepto logrado no sólo comprende aspectos meramente cognoscitivos sino que llega a estructurar nuestra actividad cotidiana. Los autores dan el ejemplo de la metáfora “una discusión es una guerra” que se refleja en nuestro lenguaje cotidiano en una variedad de expresiones que indican una batalla verbal: “Tus afirmaciones son *indefendibles*. *Atacó todos los puntos débiles* de mi argumento. Sus críticas dieron *justo en el blanco*. *Destruí* su argumento. [...] las cosas que *hacemos* al discutir están estructuradas parcialmente por el concepto de guerra” (Lakoff & Jonhson, 2007, p. 40-41).

Como observamos, el concepto de *discusión* y lo que *hacemos* cuando discutimos —digamos— “acaloradamente”, se estructura sobre la *metáfora* “una discusión es una guerra”, la cual organiza parcialmente los elementos que describen y aparecen en una discusión cuando esta sobrepasa ciertos límites. Debido a su función de estructurar un ámbito más abstracto desde un ámbito más concreto a este tipo de metáforas podemos llamarlas metáforas “estructuradoras”. No somos conscientes de haber utilizado una metáfora para estructurar lo que *hacemos* cuando discutimos, pero

5. Utilizo comillas para suavizar el concepto usado por los autores: prefiero hablar —en lugar de “sistema”— de un organismo en evolución. Sistema da la idea de algo cerrado en sí mismo.

si nos preguntan: ¿Qué es una discusión? seguramente comenzarán en nuestra respuesta a surgir los elementos de una “guerra” verbal.

Tal es así, que los conceptos metafóricos comienzan a entrar al diccionario en forma de acepciones, leemos en el Diccionario (DRAE) para la entrada “guerra” (en su cuarta acepción): “Lucha o combate, aunque sea en sentido moral [por contraposición a *físico*]” (Aclaración entre corchetes propia: H.M.).

Debemos advertir tres cosas, primero que nos encontramos situados en marcos metafóricos “quasi invisibles” en tanto olvidamos su origen metafórico, segundo que ellos no son inocentes (cf. *infra*: *Metaforizar es parcial y ¡no es inocente!*) y tercero que se manifiestan no sólo en los conceptos y expresiones de raigambre metafórica que utilizamos sino también en las acciones que esos conceptos y marcos despiertan o activan en nosotros. Dice dramáticamente el joven Friedrich Nietzsche:

¿Qué es, pues, la verdad? Un ejército de metáforas, metonimias, antropomorfismos en movimiento, en una palabra, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas, adornadas poética y retóricamente y que, tras un prolongado uso, a un pueblo le parecen fijas, canónicas, obligatorias: las verdades son ilusiones que se ha olvidado que lo son, metáforas que se han quedado gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su imagen y que ahora ya no se consideran como monedas, sino como metal (Nietzsche, 2011, p. 613).

Yendo a ejemplos muy básicos: hablamos de las “patas” de la mesa sin advertir que son fruto de un traslado funcional desde las patas de los animales (cf. *infra*: Esquema N° 30), lo mismo pasa con las alas del avión (cf. *infra*: Esquema N° 14) o los dientes de la sierra... En algún momento se crearon estas metáforas que estuvieron vivas pero que luego se gastaron y se murieron o lexicalizaron. A este respecto dice Giambattista Vico: “las primeras poblaciones

fueron poetas” (citado por Oliveras, 2007b, p. 185). Volviendo a la cita de Nietzsche, y aludiendo a situaciones más complejas nos preguntamos ¿qué verdad “inamovible” sería prudente considerar no más allá de una perspectiva entre otras?

§. *Metaforizar es parcial y ¡no es inocente!*

*Debemos encontrar otra vez el nombre
de las cosas. Sin llamarlas por sus nombres...*
Yanis Yfandís, “El secreto del paraíso perdido de los poetas”

Es importante destacar que la metáfora “no es inocente”, acentúa determinados aspectos dejando en la sombra otros igualmente válidos. Por ejemplo, una discusión no siempre tiene la connotación negativa de una *guerra*, donde se busca *destruir* la posición del *enemigo* y donde resultan *vencedores* y *vencidos*. Una discusión muchas veces resulta constructiva para ambos “contendientes”, en este caso podríamos decir: “Una discusión es una *construcción*” y usar expresiones metafóricas como las siguientes: “Tu argumento me ha *edificado*”, “Espero haber *apuntalado* tu postura”. Lo que hemos referido aquí es un cambio de “marco” (del de la *guerra* al de la *edificación*) que lleva a un cambio de concepto y de actitud en la discusión: nos trasladamos desde un intentar *vencer* con argumentos hacia una apertura a argumentos y posturas que puede cambiar positivamente mi modo de *ver* las cosas. Según la metáfora que en un ambiente prime, se activará determinado marco y será la concepción y actitud respecto de la discusión.⁶

Según George Lakoff los “marcos” son estructuras mentales, activados por metáforas que conforman nuestro modo de *ver* el

6. Hay una influencia del lenguaje en el proceso de conocimiento y de actuación que el poeta y bibliista Alonso Schökel llama “función categorizadora del lenguaje” (Alonso Schökel, 1986, p. 151).

mundo, nuestras metas, planes, el modo de actuar y la valoración del resultado de nuestra acción como bueno o malo. El autor sostiene que estos marcos de referencia “no pueden verse ni oírse [...] forman parte del inconsciente cognitivo” (Lakoff, 2004, Prólogo, párr. 1) pero pueden ser conocidos por sus consecuencias, palpables en nuestro modo de razonar, en nuestro *sentido común* y en nuestro lenguaje: “Todas las palabras se definen en relación a marcos conceptuales. Cuando se oye una palabra, se activa en el cerebro su marco (o su colección de marcos)” (Lakoff, 2004, Prólogo, párr. 2). Recuerda Lakoff que en su país se tiene a la familia como metáfora de la nación, así tienen *Padres fundadores*, *Hijas* de la revolución, *Hijos* que van a la guerra, por lo que se pregunta si el hecho de que existan dos concepciones diferentes de nación no se deberá a dos modelos distintos de familia: “Puse por delante las dos visiones de la nación, y aparecieron inmediatamente dos estilos diferentes de familia: la familia del padre estricto y la familia de los padres protectores” (Lakoff, 2004, Prólogo, párr. 16 y 17).

Las metáforas activan o desactivan determinados marcos, si digo: “Lo *vencí* con mi argumento” estoy activando el marco *guerrero* de la discusión; si por el contrario reconozco que en la discusión mi interlocutor “me *edificó* con su punto de vista” estoy activando otro marco. Lakoff recuerda que cuando desde el gobierno de su país se instaló la metáfora de un necesario *alivio* fiscal se activó un marco que estructuró toda una situación en los oyentes: si hay alivio es porque hay una situación previa de opresión o desgracia, si hay alguien que alivia este es un “héroe”, si hay alguien que no está de acuerdo con el alivio, pues entonces se trata de un “villano”, y concluye: “Esto es un marco” (Lakoff, 2004, Capítulo 1, párr. 7). Se puede cambiar de marco cambiando la metáfora, lo cual conduce a un cambio en el modo de *ver* o comprender o actuar frente a las situaciones.

Si desde un análisis del lenguaje natural se infiere una posible naturaleza metafórica de nuestra organización conceptual —en

tanto nuestro léxico y conceptos están basados en operaciones metafóricas que los alumbraron en su momento— es entendible que pueda aparecer el mecanismo metafórico al pretender inteligir algo nuevo, como veremos.

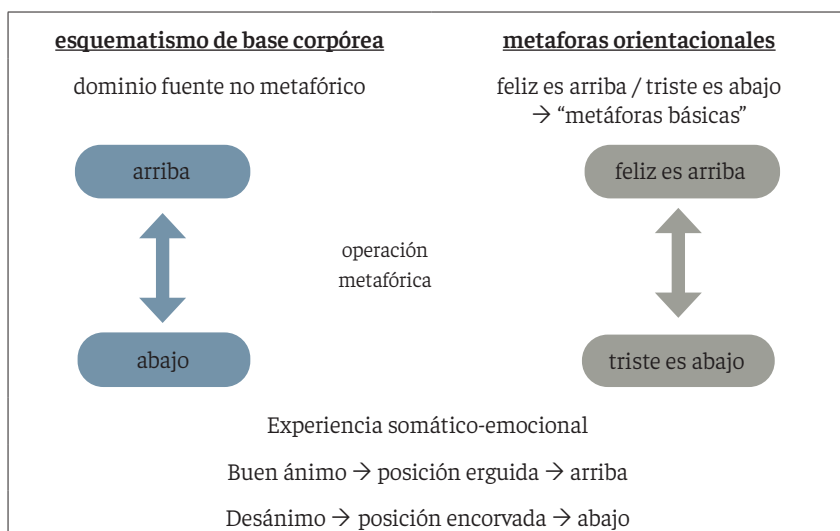
Es interesante que el estudio mencionado de Lakoff & Johnson (2007) haya sido hecho sobre las metáforas presentes en la lengua natural inglesa y que la traducción del mismo a lengua castellana (con la consiguiente traducción de los ejemplos-metáforas) sea igualmente convincente desde el punto de vista científico (esto es, no se trata de un fenómeno local de la lengua inglesa).

Comenzamos nuestro camino con algunos ejemplos de metáforas muertas que utilizamos a diario, estas metáforas impregnan el lenguaje cotidiano formando una red compleja de interrelaciones que afecta a las representaciones internas o visión del mundo que tiene el hablante (cf. Lakoff & Johnson, 2007, p. 12). Pero reiteramos que no se trata sólo de pensamientos y expresiones lingüísticas sino que muchas cosas que *hacemos* están basadas en las metáforas (no inocentes) desde las cuales las concebimos (como vimos en el ejemplo de la discusión estructurada sobre una guerra o sobre una edificación).

§. *La base no metafórica del organismo metafórico*

Para que sea posible tal organismo conceptual metafórico y el conocimiento y acciones que de él se derivan es necesario poder conocer algo “directamente”, es decir, sin metáforas (de lo contrario se produce una “regresión al infinito” que imposibilita el conocimiento metafórico): son los conceptos de base física corporal, tales como “arriba-abajo” y “dentro-fuera”. Estos conceptos o esquemas que emergen directamente de la experiencia, no son metáforas sino *esquemas de base corpórea* sobre los que se producen los traslados metafóricos (cf. Lakoff & Johnson, 2007, p. 96).

Desde la experiencia física (directa) que da origen al esquema “arriba-abajo” se producen traslados metafóricos que nuestro lenguaje revela, Lakoff & Johnson señalan, como un ejemplo, la presencia del esquema: “feliz es arriba; triste es abajo” (Lakoff & Johnson, 2007, p. 51) y ponen algunos ejemplos: “eso me *levantó* el ánimo [...] *Caí* en una depresión [...]” (p. 51). Los autores señalan la “base física” de estas asignaciones metafóricas de sentido: “Una postura inclinada hacia abajo acompaña a la tristeza y a la depresión, una postura erguida acompaña a un estado emocional positivo” (p. 51). Debido a su naturaleza espacial, estas metáforas se denominan metáforas *orientacionales* o *espacializadoras*. Ofrecemos el siguiente esquema como ilustración de lo que venimos diciendo:



Esquema N° 1: Metáforas orientacionales “feliz es arriba / triste es abajo”, basadas en una experiencia espacial hecha desde nuestra corporeidad (esquema propio: H.M.)

Estos análisis que basan el significado en una *experiencia* hecha en primera persona jalonan la obra mencionada. Notemos que estos *esquematismos de base corpórea* (tanto “arriba-abajo” como su

versión metafórica “feliz es arriba; triste es abajo”) no son ni puramente teóricos ni puramente empíricos⁷, sino que son una especie de *simbiosis* que establece un *punte* entre lo puramente teórico o intelectual y lo puramente empírico (la cuestión sobre cómo desde la andadura por lo particular y concreto se obtienen conocimientos universales y abstractos es un clásico problema relativo al conocimiento, que desde estos *esquematismos* pueden irse resolviendo, al menos en parte, como veremos).

7. Respecto de los términos teórico/empírico, aclara Samaja: “La oposición de los términos ‘teoría/empiría’ [...] refiere a los conceptos y proposiciones universales, por oposición a hechos o situaciones de hecho” (Samaja, 2004, p. 29 nota 11).

II. LA METÁFORA QUE INTELIGE LO IMPALPABLE DESDE LO PALPABLE

§. *Metaforizar para vivir*

En los apartados anteriores mostramos nuestra utilización diaria de la metáfora: nos encontramos instalados en marcos metafóricos “quasi invisibles” que se manifiestan en los conceptos y expresiones de origen metafórico que utilizamos y en las acciones que esos conceptos y marcos despiertan o activan en nosotros. Son “quasi invisibles” porque hemos olvidado su origen metafórico, como dice Nietzsche (2011) los conceptos son metáforas que olvidaron lo que son, son metáforas que se han lexicalizado o caído en katacreción.

En este apartado queremos marcar como cada uno de nosotros no somos “meros usuarios inconscientes” de metáforas muertas o lexicalizadas sino que somos creadores de metáforas vivas insertándonos en una corriente que desde el habla y la escritura sacude el sistema de la lengua (cf. *infra*: *La metáfora como desorden introducido en el sistema de la lengua*). Cuando algo en nuestra vida diaria se presenta como “impalpable”, difícil de asir conceptualmente o de expresar o “huidizo”, es un recurso común buscar entenderlo, expresarlo o experimentarlo a través de lo conocido o palpable. Solemos decir en el lenguaje coloquial: “(Eso de lo que quiero hablar) es una especie de...”, es decir tratamos de darnos a entender usando una analogía que es fruto de una operación metafórica que une dos ámbitos diversos. Si nos preguntan “¿qué es el amor para vos?” de acuerdo con nuestra experiencia podríamos decir que “el amor es como un fuego”, o que es “el motor de mi vida” o que es “una misión imposible”...

Este conocer o dar a conocer mediante lo conocido es como un principio general del conocimiento, dice Samaja: “Nicolás de Cusa dejó asentado un principio absoluto del conocimiento cuando sostuvo que todo aquel que investiga o busca conocer, lo hace juzgando lo desconocido — ‘comparándolo mediante algún sistema de proporciones’— con lo que ya conoce de alguna manera” (Samaja, 2004, p. 138).

Este “entender y experimentar” a través de lo conocido o palpable se produce mediante la *traslación* (*metáfora*) de esquemas, figuras o imágenes desde una situación conocida, familiar o concreta (“palpable”) hacia otra en principio desconocida, no familiar o abstracta (“impalpable”); tal traslado produce una creación o innovación semántica y funcional que motoriza la construcción de conocimiento en forma inferencial. Veremos que esta innovación semántica es también una innovación ontológica (cf. *infra*: *Metaforizar: generar innovaciones semánticas y ontológicas?*).

§. *Metaforizar es introducir una novedad inaudita*

Esta traslación da lugar a la metáfora nueva o *viva* —como la llama P. Ricœur (Ricœur, 1977)— para distinguirla de la metáfora *muerta* o lexicalizada —es decir, aquella que debido al uso y a la costumbre ya no es considerada por el usuario “metáfora”—. La creación o innovación semántica se traduce en el hecho de que aquello en primera instancia desconocido comienza a inteligibilizarse, pudiéndose empezar a hablar “con cierta inteligencia” sobre lo que “eso” puede ser y su posible funcionamiento.

La motorización de la construcción de conocimiento se debe a que ese esquema o imagen —proveniente del conocimiento previo o de un ámbito familiar— no encaja “perfectamente” en la nueva situación que intenta dilucidar, hay una “tensión”, cierta “dialéctica”: de algún modo “encaja” en cuanto que aporta inteligibilidad pero

también se sabe que dicho esquema “rompe una lógica”⁸. Los dos ámbitos (el familiar y aquel en donde pretendemos lograr inteligencia) son conectados por la metáfora de modo tal que esta operación produce la experiencia de una *visión de dos cosas distintas como una sola*. Es decir, de algún modo lo visualizado vivamente por el traslado “es” y “no es” al mismo tiempo esa imagen o esquema trasladado, produciéndose una especie de síntesis superadora y conservadora (hay una dialéctica), yendo de este modo quien metaforiza “más allá” de la información dada a los sentidos (cf. Marguerat, 1992, p. 24 y Bruner, 2004, p. 54ss). Quien conoce metaforizando aporta algo propio —algo de sí mismo— a lo conocido, es decir, va “más allá” de la información dada a los sentidos, y este “aporte” personal si bien no está contenido en dicha información es habilitado por la misma. Así, quien conoce metaforizando no cae en un mero subjetivismo, la metáfora lograda depende tanto de quien conoce como del objeto que es conocido metafóricamente. Hay una “fusión” metafórica “entre sujeto y objeto” de la que brota ese conocimiento y que no deja de igual modo a ninguno de los dos (cf. *infra*: “Fusión de la realidad con el observador a través de sus metáforas”).

§. *Metaforizar en el arte, a diario y en ciencia dura*

Nosotros nos referimos a una presencia *ubicua* de la metáfora, es decir “en todas partes” —no sólo en la expresión artística— sino también en ámbitos donde “no se la esperaría encontrar”, como en el de la vida diaria que hemos mencionado y también en el de la “ciencia dura” (o físico-matemática). Esta ubicuidad nos remite a

8. La lógica se rompe pues se produce una inclusión de esquemas, figuras o imágenes provenientes de un ámbito ajeno en la situación que se pretende esclarecer, produciéndose el efecto metafórico de visión de dos cosas distintas en una sola, lo cual viola el principio de tercero excluido o de *tercio excluso*, que podríamos parafrasear como: una cosa no puede ser esa cosa y otra distinta al mismo tiempo.

un modo metafórico de razonar que pretendemos —en este libro— analizar epistemológicamente de modo interdisciplinario. Hemos detectado una abundante presencia de metáforas en la ciencia dura, por lo que —sin dejarla absolutamente de lado aquí— le destinaremos un segundo libro.

Daremos a continuación un ejemplo de metáfora usada en ciencia físico-matemática, con la sola intención de relacionarla luego con lo que pasa en la vida diaria y en el arte. No se espante ni abandone la lectura el lector o la lectora no versados en temas físicos, no hace falta conocer sobre estas temáticas para continuar. Es simplemente un ejemplo para que ustedes vean cómo se procede en ese mundo “sagrado” y quasi-inalcanzable donde los “sacerdotes” y “sacerdotisas” son los científicos. Creemos que se sorprenderán con tal ejemplo plasmado en dos páginas (ya que no difiere mucho de lo que hacemos todos los días al intentar conocer).

En los albores de los estudios sobre los fenómenos eléctricos y magnéticos, los científicos del siglo XIX habían arribado a una serie de fenómenos intrigantes y motivadores pero todavía experimentados en su conjunto como “cabos sueltos”. Los trabajos de investigación que llevaron a la gran síntesis clásica de todos estos fenómenos llamados desde entonces “electro-magnéticos”, fueron producidos a través de un genial traslado metafórico llevado adelante por James Clerk Maxwell (1831-1879). Este científico escocés trabajó inicialmente sobre las llamadas “líneas de fuerza” magnéticas imaginadas, estudiadas y descritas por Michael Faraday (Faraday, 1855) y hechas visibles de un modo muy simple y “casero”: mediante limaduras de hierro esparcidas sobre un papel en cercanías de un imán (ver Fig. N° 1a). Faraday también estudió el fenómeno de las “líneas de fuerza eléctricas” (Faraday, 1855) que pueden ser visualizadas en las cercanías de los cuerpos cargados eléctricamente (ver Fig. N° 1b). Las llamó “líneas” debido a su forma y “de fuerza” porque (a) permiten visualizar la dirección y sentido de la fuerza magnética (cf.

Faraday, 1855, p. 438) y (b) es posible atribuirles propiedades elásticas (cf. Moreno G. & López S., 2015) que permiten “sentir” la fuerza de atracción o repulsión e incluso imaginar su vibración en fenómenos radiantes (cf. Faraday, 1855, p. 438, 443 y 447):

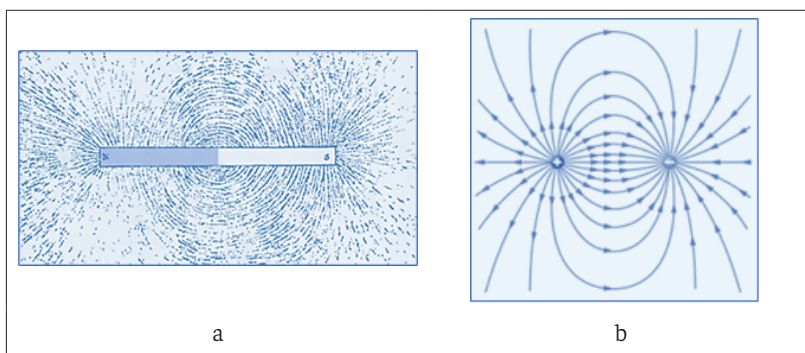


Fig. N° 1: Líneas de fuerza. a) Patrón geométrico obtenido a través de limaduras de hierro esparcidas sobre una hoja de papel colocada sobre un imán permanente (ilustración tomada de Faraday, 1855, p. 591 modificada con fines didácticos), obra con derechos expirados; b) Patrón geométrico obtenido en las inmediaciones de un dipolo eléctrico (ilustración tomada de Ling, Sanny, Moebs, 2021, p. 214 modificada con fines didácticos), licencia CC BY 4.0)

El aporte de Maxwell al estudio matemático de estas “líneas” fue producido mediante un traslado metafórico: las imaginó como si fueran las “líneas de corriente” de un líquido en movimiento, esto es, las líneas o trayectorias que una pequeña partícula de líquido sigue llevada por la corriente del líquido. En la Fig. N° 1a este líquido saldría atravesando la superficie del imán por el lado izquierdo (zona sombreada marcada con la letra *N* de *Norte magnético*) y entraría atravesando la superficie del imán por el lado derecho (zona sin sombrear marcada con la letra *S* de *Sur magnético*). En la Fig. N° 1b este líquido saldría de la *carga positiva* (indicada con el signo +) que se comporta como una *fuerza* desde donde mana el líquido fluyendo hasta la *carga negativa* (indicada con el signo -) donde este desaparece, es decir se comporta dicha

carga como un sumidero por donde se drena el líquido. Estudiando, entonces, en función de las ecuaciones o modelos ya adquiridos en el ámbito de la hidrodinámica (Maxwell en Niven, 1890, p. 175-177), podían sacarse conclusiones en el ámbito de los fenómenos magnéticos y eléctricos (p. 177-178) para luego conducir experimentos que permitieran corroborar —o no— las intuiciones iniciales.

La experimentación corroboró las expectativas de Maxwell y hoy son patrimonio de la Física las llamadas “4 ecuaciones de Maxwell” que condensan en forma simétrica y “bella” todo lo conocido acerca de la electricidad y el magnetismo.

Este fluir imaginario, metafórico, entró en el vocabulario técnico de la matemática y de la física (donde se convirtieron en metáforas muertas), las dos primeras ecuaciones de Maxwell hacen referencia al “flujo” de las líneas de campo.⁹

La idea de simplicidad, esto es, con poco decir mucho, y de cierta simetría entre los fenómenos de la naturaleza, es entendida actualmente por los científicos como algo “bello”. Es interesante que la literatura aspire a la belleza por el camino de la metáfora y que la física llegue a formular estas ecuaciones bellas también por el mismo camino de la metáfora. El conocido libro de Física para estudiantes de Ingeniería de Halliday & Resnick dice respecto de las ecuaciones bellas de la Física: “Todas las ecuaciones de la física que sirven, como estas [se refiere a las 4 de Maxwell], para correlacionar experimentos en una vasta área y para predecir nuevos

9. Este flujo fue estudiado matemáticamente por Leonhard Euler (1707-1783) y por Carl Friedrich Gauss (1777-1855). Euler imaginó el fluido magnético “o éter” fluyendo a través de los imanes, y del espacio y las sustancias que los rodean (cf. Faraday, 1855, p. 528) y Gauss imaginó el “flujo” o el “fluir” de un campo magnético o de un campo eléctrico a través de superficies imaginarias. En qué medida estas ideas metafóricas influyeron en Faraday (líneas de fuerza) y en Maxwell no es posible determinarlo aquí, pero es evidente que hay una conexión (cf. Faraday, 1855, p. 528 y Teorema II en el paper de Maxwell: On Faraday’s lines of force, en la recopilación de Niven, 1890a, p. 195).

resultados tienen en sí una cierta belleza que puede ser apreciada, desde un nivel estético, por quienes las entienden” (Halliday & Resnick, 1977, p. 1347-1348) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.). Esta importante frase del libro de Halliday & Resnick en su edición de 1977 desaparece en la versión del mismo libro (Física II) de 1999 donde se suma un tercer autor (cf. Halliday, Resnick & Krane, 1999).

III. LA METÁFORA CREADORA VE “DOS COSAS EN UNA”

§. *Metaforizar: emparejar impertinencias con la mente*

Elena Oliveras se pregunta: ¿Qué es lo que hace posible el ver metafórico, es decir, el ver una cosa en otra? y responde —siguiendo a Aristóteles— que tal cosa se produce por la captación de una semejanza: “Usar bien la metáfora equivale a ver con la mente las semejanzas’, leemos en *Poética* (1459 a)” (Oliveras, 2007b, p. 20), la metáfora es un “ver como” (p. 20). Y aclara: “cuando hablemos de metáfora, ‘ver’ tendrá también un sentido metafórico, en tanto la imagen metafórica verbal no se presenta a la visión sino a la imaginación” (p. 20).

Esta “visión de dos en uno” (expresión propia: H.M.) o “visión de dos cosas distintas como una sola” entraña —como adelantamos— una violación del principio lógico del *tercero excluso*, porque no puede una cosa “ser y no ser” al mismo tiempo, o —dicho de otro modo— ser dos cosas distintas a la vez. Si por ejemplo decimos “llama” en vez de “amor” en un contexto amoroso, hacemos metáfora, habiendo traslado de un “esquema” (fuego-luz-calor-movimiento) desde un ámbito más concreto o palpable hacia un ámbito más abstracto o difícil de expresar. En el ejemplo recién expuesto sobre los trabajos de Maxwell, el ámbito concreto o palpable es el de los flujos de agua, el ámbito impalpable es el de las imaginarias “líneas de fuerza” asociadas a los fenómenos eléctricos y magnéticos. El traslado del esquema es la visión de dos en uno mencionada.

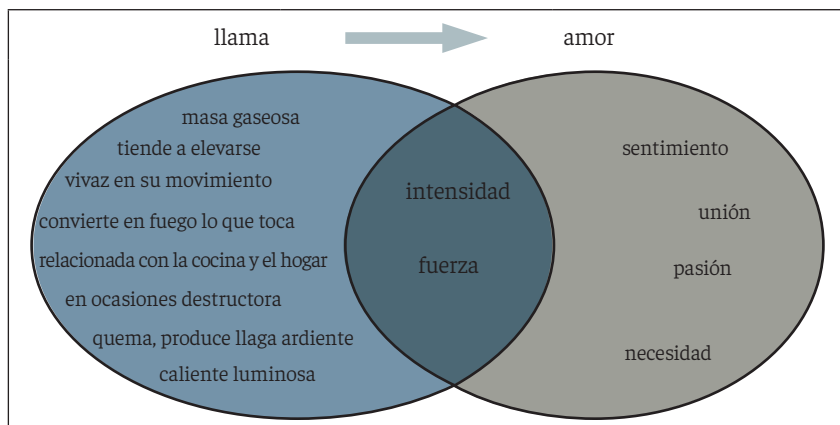
Volviendo al ejemplo llama-amor, por un lado y claramente “llama” y “amor” son cosas distintas y decir “llama” por “amor”, o ver el amor como una “llama”, genera una tensión y un uso

inapropiado o “desviado” de “llama”; por otro lado, la *praxis* humana encuentra una pertinencia, hace una conexión entre el esquema de la “llama” y el ámbito del “amor”. La distancia inicial planteada por el esquema de la llama no es insalvable e invita a trazar un puente, esto es, inferir consecuencias —innovadoras— sobre el segundo ámbito: lo caliente, lo ardiente, lo luminoso, lo quemante, lo que hace llaga cuando toca, lo que convierte en fuego lo que toca, lo inasible, lo que permanentemente se renueva tiene que ver con el amor...

Estas experiencias metafóricas comienzan a ser incorporadas al diccionario, el DRAE muestra para la entrada “llama”: “Masa gaseosa en combustión, que se eleva de los cuerpos que arden y despiden luz de vario color. || 2. Eficacia y fuerza de una pasión o deseo vehemente.” (Subrayado propio: H.M.). Por otro lado, la primera acepción para “amor” es: “Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser.” (Subrayado propio: H.M.).

Concluimos que “llama” y “amor” están unidos por la idea de “fuerza” e “intensidad”, este es el fundamento de la semejanza —o de la visión de dos en uno— en este caso. Observamos que en la confluencia de algunos aspectos semánticos notables se produce cierto fundamento del quehacer metafórico.

Podemos formar dos “conjuntos” encerrando con una línea los aspectos notables de cada concepto y visualizar cuáles de esos aspectos son compartidos por ambos conjuntos —ubicándolos en la intersección— y cuáles no son compartidos. En este procedimiento utilizamos los diagramas de Venn-Euler de la teoría de conjuntos:



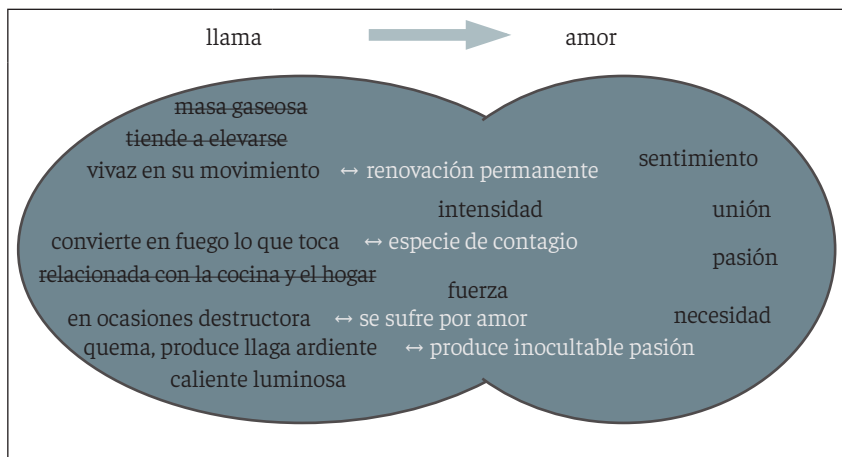
Esquema N° 2: Conjuntos de aspectos notables de los conceptos “llama” y “amor” y visualización de aspectos compartidos en la intersección. La flecha señala el sentido de funcionamiento de la metáfora “el amor es llama” desde lo más palpable hacia lo más abstracto (esquema propio: H.M.)

Veremos a continuación y a partir del esquema mostrado cómo se produce el plus de sentido o plus de conocimiento logrado con la metáfora.

§. *Metaforizar: generar innovaciones semánticas y ontológicas?*

La metáfora “el amor es llama” o “el amor es fuego” implica la coposesión de *aspectos notables: intensidad y fuerza*, también la disyunción respecto de otros aspectos como *masa gaseosa* (aplicable a la llama pero no al amor) y *sentimiento* (correspondiente al amor pero no a la llama). ¿Cuál es el plus de sentido generado por la metáfora? ¿Qué aporta esta metáfora al concepto de amor? Notar que además de características notables compartidas —que darían cierto fundamento a la visión del amor como una ardiente llama—, hay un pertinente “trasvase” de características de un conjunto hacia el otro —por la visión de dos en uno—, justamente dando

“contornos palpables” a lo abstracto del concepto amor. Se produce un “ver dos cosas en una” que corresponde a la “unión” de los conjuntos diagramados arriba:



Esquema N° 3: Trasvase de aspectos notables pertinentes —los no pertinentes se han tachado— desde el ámbito de lo más palpable (“fuego”) hacia lo más abstracto (“amor”) representados por la unión de los conjuntos. La flecha gris señala el sentido del trasvase desde lo más palpable hacia lo más abstracto, dando contornos más definidos a lo abstracto. Las flechas dobles y características en color blanco señalan la transformación de elementos en el conjunto de partida por la “fusión” del ver dos en uno, es propiamente el plus de sentido que la metáfora logra en este caso (esquema propio: H.M.)

Dijimos que la distancia inicial planteada entre llama y amor invita a trazar un puente entre los dos ámbitos, esto es, inferir consecuencias —innovadoras— sobre el ámbito del amor: lo caliente, lo ardiente, lo luminoso, lo quemante, lo que hace llaga cuando toca, lo que convierte en fuego lo que toca, lo que permanentemente se renueva tiene que ver con el amor... Notamos también que hay aspectos de la llama que se “humanizan”, se han señalado con las flechas dobles indicando que hay un flujo y un “reflujo” mutuamente transformadores.

¿Las innovaciones semánticas son también ontológicas?

Las innovaciones semánticas son un “plus” de sentido. Nos preguntamos: ¿son también innovaciones ontológicas? Es decir: ¿hay un “plus” de *ser* que se crea con el “plus” de sentido? ¿La metáfora funciona simplemente en el ámbito de la comunicación “sin alterar” la realidad en su ser íntimo?

Aquí hay que tomar partido, y esta toma de partido no se produce “arrojando una moneda al aire” sino investigando. Podemos observar la pertinencia de las preguntas anteriores a través de una anécdota personal: cuando era estudiante de ingeniería un profesor¹⁰ —a quien debo mi interés por la metáfora— tenía la habilidad de llevarnos al conocimiento de realidades muy abstractas¹¹ mediante imágenes y procesos tomados de la vida de todos los días. Lo que más me intrigaba era que esa metáfora (en ese entonces yo la llamaba “comparación”) nos permitía conocer el ser íntimo de la realidad natural. Nos entusiasmaba que “eso” que queríamos aprender lo pudiéramos *experimentar* desde lo que ya conocíamos, siendo ese experimentar un acicate para hacernos preguntas interesantes e investigar por nosotros mismos.

La sensación vivida era que eso de todos los días nos llevaba a tomar contacto con una “verdad” de un ámbito abstracto. Nos preguntábamos: ¿Por qué? O en términos más académicos: ¿Por qué *razón* esas imágenes y esquemas —provenientes de la vida diaria (mecanismo metafórico)— se muestran “útiles y eficaces” para inteligir o explicar o comunicar realidades “abstractas” en ámbitos

10. Me refiero al ingeniero argentino Mario Bíncora, investigador del *Berkeley Radiation Laboratory*. Tuvo trato con Albert Einstein, con quien tomó una taza de té el 28 de diciembre de 1944, en el propio domicilio del científico. Desempeñó un papel protagónico en la formación del Instituto Balseiro y en la dirección de Investigaciones Básicas de la CNEA. Recibió el Premio Internacional *Elise and Walter A. Haas* de la U. de California por sus aportes a la Argentina.

11. Temas de la Cátedra *Física Electrónica*, 3er. año de Ingeniería, U.N.R.

científicos? Notemos que en este inteligir, explicar y comunicar se involucra un “decir”, esto es, un lenguaje que en este caso era inicialmente metafórico. La eficacia lograda tenía que ver con la captación de algo “verdadero” (que luego aparecía en el desarrollo de la teoría y en los libros de texto traducido o vestido con el ropaje matemático de los modelos).

¿Por qué experimentábamos una verdad con esa metáfora? Giambattista Vico lo ha expresado de modo contundente: “lo verdadero es lo obrado” (paradigma dialéctico de la construcción de conocimientos, cf. Samaja, 1996, p. 49-50) que podemos parafrasear como: *lo que se experimenta como verdadero, tiene que ver con esquemas exitosos que se han ido tejiendo y destilando en la “praxis” de quien busca conocer*. Lo que estábamos haciendo en nuestra época ingenieril era atisbar metafóricamente un esquema analógico general —esquema que anidaba en nosotros, en nuestra *praxis*— a partir de ciertos rasgos particulares manifestados en los fenómenos abstractos —como le sucedió a Maxwell con el esquema de las líneas—. Así la *praxis* se nos presenta como un modo de acceso a lo real, cargada de un bagaje de esquemas generales abstraídos previamente desde nuestra andadura diaria que Samaja llama “cantera de analogías” (cf. Samaja, 2004, p. 138). Estos esquemas —usando una metáfora biológica— son como órganos” que nos permiten asimilar la realidad.

Entonces, desde nuestra experiencia como alumnos y las posteriores investigaciones nos hemos “convencido” de que no sólo la metáfora genera un mero “plus” de sentido, sino que en este plus está imbricado un plus ontológico. Por eso no hablamos de ver “creativamente” sino “creadoramente” dos cosas en una.

¿El “plus” de ser se crea o se descubre?

Quizás pueda “chocar” un poco la pregunta sobre el plus ontológico: ¿hay un “plus” de *ser* que se crea con el “plus” de sentido? Quizás se hubiese esperado la pregunta ¿hay un “plus” de *ser* que se descubre

con el “plus” de sentido? Aquí nuevamente talla la cuestión de mi *praxis* desde los estudios de textos antiguos del medio oriente.

Hay una influencia del lenguaje natural en el proceso de conocimiento que el poeta y biblista Alonso Schökel llama “función categorizadora del lenguaje” (Alonso Schökel, 1986, p. 151). La ponemos de manifiesto con un ejemplo, utilizando las características de dos lenguajes paradigmáticos en sus versiones antiguas: uno representante de la cultura oriental —el hebreo— y otro de la occidental —el griego—. Nos referimos a dos perspectivas introducidas por el lenguaje que experimentan o “miran y sienten” el mundo de manera diversas.

El griego debido a la construcción sujeto-predicado y la incorporación al lenguaje y proliferación del verbo “ser”, genera la sensación de que hay “ser”, de que las cosas son “en sí”, cerradas en sí mismas, atómicas y estables (aquí funciona la metaforización sustancializadora como veremos); por su parte, el hebreo debido a la ausencia del mencionado verbo genera la sensación de un fluir hacia adelante porque no hay “ser” acabado, no hay nada estable que no evolucione, hay devenir. El lenguaje griego genera la sensación dominante de que la vida se desarrolla en un “*cosmos*”, donde el mundo eidético de Platón estableció un orden (como deben ser las cosas y las acciones que tienen sus ejemplares en este mundo platónico hiperrealista de las ideas). Para la mirada que se desarrolla en un “*cosmos*”, entonces, la verdad está al principio, es el ejemplar de todo lo que existe, siempre estuvo allí y es eterna; la verdad “es”, y depende de un trabajo de desocultamiento, de descubrimiento: la perspectiva sobre la verdad y el ser es “estática”. Usando una metáfora: conocer es desenterrar un monumento.

El lenguaje hebreo, en cambio, produce la sensación de que la vida se desarrolla en un “*cronos*” pues no hay ser... las cosas no *son*, sino que advienen, están siendo creadas por el hombre. En este sentido el hombre es creador. Aquí no hay un *cosmos* acabado proyectado de antemano, sino que hay una “historia” con protagonistas que

se mueven en un *cronos*. La mirada desde el *cronos* entiende que la verdad “no es” totalmente, estará en el futuro, depende de un trabajo de construcción, hay verdades parciales provisorias, la perspectiva es “dinámica”. Usando una metáfora: conocer es construir un monumento que no existía.

Veremos que, al unir ámbitos diversos, la metáfora viola una lógica y produce desorden, pero no cualquier desorden sino un desorden creador. En el camino que venimos transitando, vamos atisbando la posibilidad de un desorden creador introducido por la metáfora, desorden que rompe —al menos parcialmente— un *statu quo* (cf. *infra*: *La metáfora como desorden introducido en el sistema de la lengua*). Este desorden genera conocimiento y por su propia dinámica nos impulsa hacia adelante, no a desenterrar monumentos aún no descubiertos sino a construir lo nunca hasta ahora visto. Y esto tiene consecuencias positivas en nuestra búsqueda de lo que es verdadero, razonable, bello, no sólo en la contemplación o realización de una obra de arte sino en la práctica científica y en la vida de todos los días.

La metáfora es exitosa generando conocimiento (si no, no estaríamos hablando de ella) y el porqué del éxito, se iluminará epistemológicamente (cf. *infra*: *Epistemología de la metáfora*) desde el paradigma histórico de G. Vico de “lo verdadero es lo obrado” (que implica una cantera de analogías que se ha ido decantando en forma de *praxis*) y también desde la Hermenéutica Filosófica de la línea Heidegger-Gadamer-Ricoeur, que nos permite pasar del problema epistemológico sobre la metáfora como “inteligencia” y conocimiento al problema “ontológico”: del mecanismo metafórico como “productor” del objeto (conocimiento como “fusión”, cf. *infra*: *“Fusión” de la realidad con el observador a través de sus metáforas*). El “decir” interpretativo de esta línea ha quedado sintetizado en las famosas sentencias de Heidegger y Gadamer: “el lenguaje es la casa del ser [...] y los poetas son sus guardianes” (Heidegger, 2006, p. 11) y “el ser que puede ser conocido es lenguaje” (Gadamer, 1999, p. 567), y el lenguaje —según el camino que venimos transitando— está

siendo constituido por la metáfora (cf. *supra*: *La metáfora es experimentar un tipo de cosa en términos de otra*, e *infra*: *La metáfora como creadora del lenguaje y del mundo del hombre*).

Metaforizar: desrealizar, deshumanizar y gozar

La imaginación creadora funciona como lo venimos refiriendo no sólo en el arte sino también en la ciencia y la técnica, situación que nos invita a superar —como dice Ricœur— una visión ingenua de lo real (Ricœur, 2006, p. 27) y agregamos —también— de la imaginación como mera “ensoñación”:

La ciencia y la técnica, cada una a su modo, participan [...] del ver metafórico en la medida en que llegan a constituir significados imaginarios antes que meros registros de la realidad. Son irrealidades que funcionan como si fueran realidades. La imaginación, pues, no puede ser restringida al área artística; ella opera, también, en la invención técnica y en el descubrimiento científico. Sin fantasía se hace incomprensible el salto desde el fenómeno concreto a la ley, desde el conjunto de necesidades hasta la incalculable variedad de objetos técnicos. (Schultz, 2016, p. 61).

Desde nuestra investigación (Magnasco, 2019), destacamos que estas “irrealidades [metafóricas] que funcionan como si fueran realidades”, consisten en la creación de un “plus” de realidad que desmiente que los objetos o hechos de la realidad sean algo “ya dado” o cerrado (postura involutiva). En este sentido las producciones metafóricas van contra la “realidad fijada” y son una “irrealidad” en cuanto que “no estaba allí” tal plus producido. En este sentido se habla de la metáfora como *desrealización* en tanto opera una mutación ontológica en el mundo y en el artista (Schultz, 1916, p. 62). La realidad entonces está a la espera de seguir siendo creada por la metáfora.

En este sentido, ya Ortega y Gasset —el mismo que ha dicho que la metáfora es un plus a nuestro brazo intelectual que permite alcanzar lo que se halla en el límite o la frontera de nuestra capacidad intelectual (cf. Ortega y Gasset, 1985 [1925], p. 604)— ha sentenciado: “Pero es el caso que el objeto artístico sólo es artístico en la medida en que no es real” (Ortega y Gasset, 1925, p. 358) es decir, en la medida que es una impertinencia respecto de lo establecido. Ortega advierte y celebra esta “deshumanización del arte”, en tanto trasciende la mera imitación y da lugar a la transfiguración:

No se trata de pintar algo que sea por completo distinto de un hombre, o casa, o montaña, sino de pintar un hombre que se parezca lo menos posible a un hombre, una casa que conserve de tal lo estrictamente necesario para que asistamos a su metamorfosis [...] El placer estético para el artista nuevo emana de ese triunfo sobre lo humano; por eso es preciso concretar la victoria y presentar en cada caso la víctima estrangulada [...] Pero lograr construir algo que no sea copia de lo “natural”, y que, sin embargo, posea alguna sustantividad, implica el don más sublime. La “realidad” acecha constantemente al artista para impedir su evasión. (Ortega y Gasset, 1925, p. 366).

Parece que todo alumbramiento de *ser* logrado por la actividad metafórica produce un gozo, que por estar vinculado a la belleza (no sólo en la actividad propiamente artística sino también en la ciencia, cf. Magnasco, 2019), se lo llama “estético”. El goce estético no es algo ausente en ciencia, al contrario:

La belleza es un término usado con frecuencia por matemáticos y físicos. Paul Dirac, uno de los creadores de la Física Cuántica [...] consideraba que la belleza matemática era una garantía de verdad. Ciertamente, es difícil definir esa belleza. Uno de los rasgos es la simplicidad, la economía de medios; otro es su

carácter sorprendente, el sentimiento de reorganización brusca de múltiples datos dispersos; otro, su capacidad de sugerir más ocurrencias. Cuento todo esto para corregir la idea ramplona, utilitaria y pesetera que se tiene ahora de la ciencia. (Marina, 1999, párr. 12).

En la estela de del filósofo José Antonio Marina, el Profesor Antonio Fernández-Rañada habla sobre la “estética científica” diciendo que la belleza es “algo que es común a la ciencia y a la poesía”:

Muchos científicos extraen las enormes energías que les exige su trabajo de la emoción estética que sienten ante las leyes que rigen el comportamiento de la materia, en las que perciben una belleza intemporal y serena, a menudo análoga a la del arte clásico. La dinámica newtoniana, la cosmología relativista, la topología algebraica o la evolución biológica, por citar algunos ejemplos, producen en quienes las estudian una fascinación no muy distinta de la emoción de la música, la pintura o la poesía en sus creaciones más altas. (Fernández-Rañada, 2000, párr. 2).

Pero se aventura más allá —Fernández-Rañada— al Hermanarla con un sentimiento quasi-religioso y con el experimentado en la tragedia griega:

A veces los científicos llegan a sentir algo muy semejante a la experiencia religiosa, incluso los no creyentes. Es conocida la opinión de Einstein sobre el sentimiento del misterio, al que él llegaba por la ciencia: “es la experiencia más bella y profunda que se pueda tener... percibir que, tras lo que podemos experimentar, se oculta algo inalcanzable, cuya belleza y sublimidad sólo se puede percibir como pálido reflejo, es religiosidad”. Feynmann se lamentaba de que pocos de los no científicos comprenden “la emoción religiosa” que causa la contemplación de las leyes de la naturaleza. Y Weinberg,

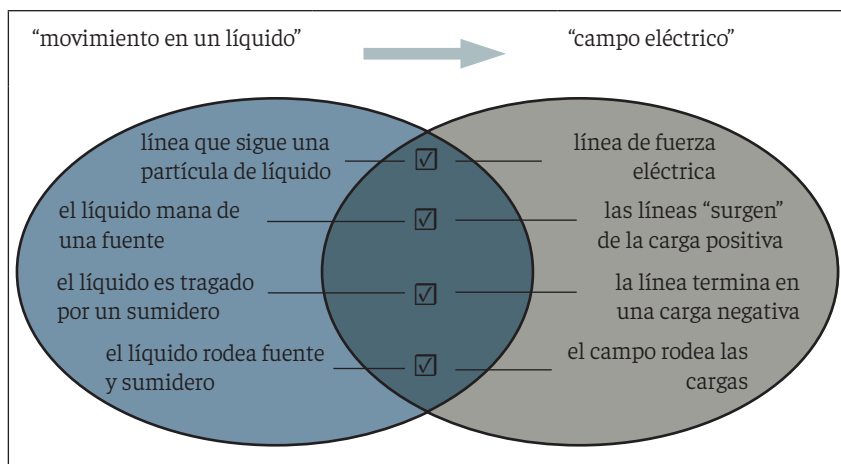
que le sucedió como el físico de partículas elementales de más prestigio, dijo: “el esfuerzo por comprender el universo es una de las escasas cosas que eleva la vida humana un poco por encima de la farsa y le confiere algo de la grandeza de la tragedia”. Sin duda tiene razón José Antonio Marina (1999); podemos (y debemos) hablar de estética de la ciencia. (Fernández-Rañada, 2000, p. 1).

¿Cómo fundamentar epistémicamente este “sentimiento” que comparten ciencia, arte y religiosidad? La hermenéutica de Gadamer nos pone en buen camino al comparar la sensación de universalidad que surge frente a una concreta obra de arte, experiencia que produce desde lo particular un conocimiento universal sobre el hombre y el mundo que nos “emociona” no dejándonos igual. Veremos que el intrincado estudio hermenéutico de la línea Heidegger-Gadamer-Ricœur empieza a dar sus frutos al aunar lo particular y lo universal en la interioridad del que busca en última instancia conocer para conocerse o tomar contacto con el misterio de su propia vida (cf. *infra*: *Variaciones sobre la fusión metafórica*). Baste lo dicho por ahora, seguiremos tratando este fundamental asunto en torno a la metáfora como dadora de ser.

§. *Metaforizar: atisbar funcionamientos analogables*

Observamos que es la experiencia humana la que hace la conexión o traslado metafórico, ilógico en principio pero rico en consecuencias cognoscitivas, sorprendente pero verosímil a la vez: ¿que tienen que “ver” —por ejemplo— los “campos” magnéticos o eléctricos con los flujos de agua?, ¿cuál es el fundamento de la semejanza en este caso? Más que aspectos conceptuales notables como en el caso llama-amor, aparece aquí un funcionamiento o configuración semejante que es captado... A pesar de la distancia entre el flujo de agua y el campo magnético hay una construcción cognoscitiva primaria (“un descubrimiento”, una idea feliz y motivadora, algo verosímil) que

es la “visión de dos en uno” que el traslado metafórico constituye. Y luego, tal construcción continúa desarrollándose desde la invitación a inferir a partir de lo conocido las “propiedades”, “características” o “funcionamientos” probables de lo primeramente desconocido. Si bien el esquema familiar queda “descolocado” en la nueva situación, esta última se hace de algún modo comprensible —al menos parcialmente—. Nos valemos de unos diagramas de Venn-Euler para visualizar —en la intersección de los conjuntos— los elementos que creativamente une la metáfora:



Esquema N° 4: Representación de la metáfora “las líneas de fuerza son como líneas de un líquido en movimiento”, en la conceptualización aparece un paralelismo, la flecha indica el sentido del traslado desde lo familiar (esquema propio: H.M.)

Notemos que en este último esquema no hay real intersección como, por ejemplo en el esquema N° 2, sino la captación de una estructura común. Las líneas del movimiento de un líquido (entre fuente y sumidero) no son las líneas de fuerza eléctrica (entre la carga positiva y la negativa), pero la vinculación imaginativa, que las ve metafóricamente como semejantes, le permite a estas últimas incorporar funcionalidades desde los flujos de agua que no poseían (cf. en Magnasco, 2019, la matematización

lograda por Maxwell en el dominio electromagnético desde las ecuaciones de la hidrodinámica).

Seguir analizando interdisciplinariamente en qué “lógica” se basa este traslado metafórico (y otros que analizaremos) y su éxito cognoscitivo tanto en la vida diaria como en ciencia (ámbito en el que la metáfora y su lógica van fraguando en modelos lógico-matemáticos¹²) es la intención de este escrito. Porque el hacernos conscientes de nuestra actividad metafórica y su importancia, puede abrir perspectivas muy útiles para motorizar la actividad creativa y comunicacional en diversos ámbitos.

12. Samaja (2004, p. 32) refiere que J. Piaget dice que un modelo es la proyección de un esquema lógico matemático sobre la realidad. Tomando este concepto de modelo, conjeturamos que la metáfora es anterior a ese modelo y es base del mismo. La metáfora será revestida por un ropaje lógico matemático que la trocará en modelo.

IV. LA METÁFORA COMO EFECTO DE INTERACCIÓN FECUNDA DE LO DIVERSO

§. *El hombre se lobifica y el lobo se humaniza*

Esta concepción de la metáfora como “visión de dos en uno” (expresión propia: H.M.) que genera un significado desde la “interacción” o “tensión” (de esos dos “unificados” por la visión) se basa en la teoría interaccionista que fue desarrollada por Max Black y tiene sus orígenes en los estudios de Ivor Richards de 1936. Black dice que cuando usamos una metáfora tenemos en una sola expresión dos pensamientos de cosas distintas interactuando simultáneamente. Black usa un ejemplo: “El hombre es un lobo” y analiza el funcionamiento de esta metáfora que da un conocimiento sobre el hombre (que es el asunto principal en el que la metáfora se *enfoca*) en base a un conocimiento sobre el lobo (que es el *marco* desde el que se dirá algo sobre el asunto principal):

[...] el vocablo “lobo” implica que se está refiriendo a un ser feroz, carnívoro, traicionero, etc. [...] cada una de las aserciones así implicadas [en la idea que el lector u oyente tiene de “lobo”] tiene que adaptarse al asunto principal (el hombre) [es decir, algunas cosas relativas al animal podrán predicarse del hombre otras no] [...] de modo que cualesquiera rasgos humanos de que se pueda hablar sin excesiva violencia en un “lenguaje lobuno” quedarán destacados, y los que no sean susceptibles de tal operación serán rechazados [...] la metáfora del lobo suprime ciertos detalles y acentúa otros: dicho brevemente, organiza nuestra visión del hombre [nuestro conocimiento del hombre]. (Black, 1966, p. 49-51) (Aclaraciones entre corchetes propias: H.M.).

En este ejemplo, la metáfora está emparejando dos cosas en principio disímiles que por tanto generan una tensión o interacción: el hombre y el lobo, que entran en conflicto pues no pueden ser identificados sin más en todos sus aspectos. Para Black en la metáfora hay dos elementos que interaccionan: 1) el *foco* de la metáfora (en el ejemplo sería “el hombre”) y 2) el *marco* que lo rodea (en el ejemplo citado: “el lobo”). Este segundo elemento interacciona como un sistema, más que como una cosa individual por eso dice Black que hay elementos del sistema “lobo” que se destacan y dan un conocimiento sobre el “hombre” y otros que se suprimen pues no se pueden sostener “sin excesiva violencia”. Destaca Black lo que en el Esquema N° 3 marcamos, hay un reflujo entre los dos ámbitos en tensión, si bien el ámbito de la “llama” permite ver al “amor” bajo una luz especial, también es cierto que hay una transformación de la “llama” (que nosotros en el esquema mencionado señalamos con flechas dobles): “si bien llamar lobo a un hombre es colocarlo bajo una luz especial, no debemos olvidar que esta metáfora hace que el lobo nos parezca más humano de lo que ocurriría en otro caso” (Black, 1966, p. 53).

Volviendo a nuestra metáfora, si digo que “el amor (*foco*) es llama (*marco*)”, estoy “poniendo delante de los ojos”, proyectando sobre el amor (*foco*), todo un sistema conceptual (*marco*) en el que hay ardor, calor, dolor, luz y otras cosas más. Maxwell usa los flujos de agua (*marco*) para inteligibilizar los fenómenos eléctricos y magnéticos (*foco*), “pone ante los ojos”, hace visualizar algo abstracto mediante algo concreto que involucra toda una serie de conceptos y relaciones (fuentes, sumideros, líquido, trayectorias en el líquido de partículas fluidas..).

§. *¿Identificación o comparación? Importa la impertinencia*

Notemos que en los ejemplos recién establecidos: “El amor *es-como* una llama de fuego”, “las líneas de fuerza *son-como* líneas de líquido”, “el hombre *es-como* un lobo”, la metáfora “es una

predicación extraña [...] una atribución impertinente” (Ricoeur, 2006, p. 23). Por esto último, no nos parece relevante hacer la distinción entre el *es* (de una identificación) y el *es-como* (de una analogía), para establecer —según algunas posturas— la diferencia entre una metáfora y una mera comparación. Lo que se empareja en ambos casos (ya sea con el “*es*” o con el “*es-como*”) es lo que hará que se trate de una metáfora: amor y fuego, líneas de fuerza eléctricas y líneas de líquido, el hombre y el lobo... Más allá que se formule como “el amor es fuego” o “el amor es-como fuego”, hay una operación metafórica que es previa a la analogía, operación que traslada (verbo *metaféro*, Pabón, 2001, p. 391) el esquema del fuego sobre el amor. En el caso del ejemplo de Maxwell, si bien decimos las líneas de fuerza eléctrica *son-como* las líneas que sigue una partícula de líquido en movimiento, hay una audaz operación metafórica de traslado de un esquema conocido sobre un fenómeno que se intenta conocer.

Pero también en el ámbito de la ciencia se usa el “*es*”. Cuando Christian Huygens afirmó que la luz *era* una *onda* (o un oleaje o vibración de un supuesto medio que rodea al foco de luz), estableció una metáfora. Si bien hoy podemos estar habituados a la expresión, inicialmente hubo metáfora viva pues hubo predicación impertinente que emparejó dos ámbitos totalmente diversos (el luminífero —*foco*— y el acuático —*marco*—). Fue una metáfora osada: decir que hay un “oleaje” producido por la fuente de luz es una imagen atrevida. Y no se trató de una cosa sin sentido, hubo un emparejamiento que permitió conocer la realidad: “la luz es una onda”.

En nuestros términos más allá de la discusión en torno al “*es*” o al “*es-como*”, preferimos decir que se da una “visión de dos en uno”, que empareja en tensión lo desconocido (o débilmente atisbado) con lo conocido y que se acepta porque es inicialmente rica en consecuencias cognoscitivas.

§. *Metaforizar es crear una semejanza que no existía*

Se le puede criticar a Black que para que exista “interacción” *actual* entre *foco* (dominio que se quiere inteligir o “dominio meta”) y *marco* (dominio del que se extrajo la imagen o “dominio fuente”) estos deben ser conocidos previamente... En el ejemplo del hombre y el lobo, no hay objeción, pero desde el punto de vista de la creación metafórica de conceptos (por ejemplo: la “corriente” eléctrica *es como* un “flujo de agua”, cf. Gentner & Gentner, 1982) o de la metáfora nueva o *viva*, el *marco* es lo conocido (el flujo de agua) y el *foco* es lo que se intenta conocer o inteligibilizar (la “corriente” eléctrica o flujo de electrones, Gentner & Gentner, 1982). Si bien el *foco* no tiene el mismo estatuto —en cuanto desconocido (o débilmente atisbado)— que el *marco* —en cuanto conocido—, el *foco* no es totalmente “amorfo”, hay aspectos en él que el creador de la metáfora capta como relevantes (cf. *infra*: *Pensamiento silencioso: obertura de la metáfora*), como “cabos sueltos” que de ser oportuna la metáfora serían anudados de forma satisfactoria. Black afirma en este sentido, que decir que la metáfora “crea la semejanza”, es mucho más esclarecedor que decir que ella “formula una semejanza que existiera con anterioridad” (Black, 1966, p. 47).

Respecto de este tema introduciremos en este recorrido y para señalar el surgimiento de la novedad o creación metafórica o metáfora *viva*, la idea de un “vacío semántico” o “vacío hermenéutico” producido por fenómenos que se presentan *prima facie* como desconcertantes (por ejemplo los citados “cabos sueltos” de la electricidad y el magnetismo) y de un mecanismo metafórico que a modo de *horror vacui* tiende a llenar ese vacío, a conocer por lo conocido en base a cierta semejanza o proporción atisbada (los flujos de agua) (cf. *infra*: *El “vacío interpretativo” y el “horror vacui”*).

Aunque el *foco* no tenga la misma concreción que el *marco* (o sea más abstracto que el marco) no quiere decir que no tenga entidad como para interactuar. Esta metáfora que hemos uti-

lizado sobre el “vacío hermenéutico” y el *horror vacui* que busca cubrirlo se irá fundamentando a lo largo de nuestro escrito en base a sus consecuencias o efectos. Esta conexión entre lo conocido y lo desconocido hace de la metáfora un claro mecanismo que genera una analogía que permite establecer una relación entre un analogado (desconocido) que busca configurarse desde un análogo (algo familiar).

§. *Metaforizar no es traducir embelleciendo*

Hemos dicho que la metáfora “es una predicación extraña [...] una atribución impertinente” (Ricœur, 2006, p. 23), esto supone introducir desorden respecto de una norma o un modo “no extraño” o pertinente del decir. Esta impertinencia no significa que la metáfora sea un lenguaje indirecto, es decir, que reemplaza a una forma directa alternativa:

Ella [la metáfora] se manifiesta de manera directa [...] Es un camino de acceso directo a las cosas, es decir que no pensamos primero en lenguaje literal [no extraño o pertinente] y luego, cuando sentimos sus límites, buscamos un lenguaje metafórico [...] En tanto pensamiento directo, la metáfora surge espontáneamente en momentos en que intentamos aprehender o comunicar hechos y situaciones complejos [impalpables], como cuando decimos de alguien que “está en un *pozo* depresivo”, que “tiene que *levantar* el ánimo” o que tal idea “no le *entra* en la cabeza”. La metáfora permite que surja en la conciencia la imagen de lo que, de otra manera, permanecería indeterminado, borroso o difuso. Considerar a la metáfora un camino indirecto es tomar al [supuesto] lenguaje llano [cf. en *infra* el “grado cero” del uso del lenguaje] como instancia primera y central en la producción del pensamiento (Oliveras, 2007b, p. 24) (Aclaraciones entre corchetes propias: H.M.)

Al ser la metáfora un pensamiento directo, no aceptará la paráfrasis, en tanto ella no traduce un contenido preexistente sino que “por el contrario, lo *crea*” (p. 25). Hemos dicho que la metáfora consiste en ver las semejanzas o similitudes entre dos cosas o situaciones que en principio no tienen “nada que ver”; respecto de tales semejanzas o “visión de dos en uno” recordemos lo señalado por Black: la metáfora “crea a las semejanzas” (Black, 1966, p. 47) por una interacción que el sujeto activo realiza. En este crear las semejanzas se afirma a la metáfora como un pensamiento primero o directo (no paráfrasis de algo anterior). Esta afirmación va en contra de la usual consideración de la metáfora como lenguaje *desviado* respecto de otro considerado “literal” o de “grado cero”:

“Grado cero” es un postulado teórico, un grado inexistente en el uso del lenguaje. Corresponde a un tipo de código translúcido, amodal, que permitiría ver el referente sin agregar ni quitar nada [...] Los códigos que más se acercan al grado cero son los de las ciencias duras, como cuando se dice $2+2=4$. La metáfora es uno de los grados más alejados del “cero” (cf. R. Barthes, *El grado cero de la escritura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975). (Oliveras, 2007b, p. 22)

Si existiese el “grado cero”, la metáfora sería un “lenguaje segundo”, “indirecto”, que busca decir de modo bello lo que se puede decir en “lenguaje llano”. Así considerado, este desvío puede introducir junto con la belleza ambigüedad, por lo que en el ámbito de la ciencia muchos bregan por descartarlo (cf. *infra*: *Intentos de “metaforicidio”*).

§. *Metaforización como sustitución incómoda*

Ya vimos el aspecto cognoscitivo de la metáfora desde la interacción —en presencia— entre un *foco* y un *marco* adecuados. En general el *foco* es más abstracto que el *marco* y desde lo concreto del *marco* la

metáfora dice algo nuevo sobre el *foco*. Por ejemplo: “Aquiles (*foco*) es un león (*marco*)”, permite conocer algo más a Aquiles.

Hay un funcionamiento de la metáfora en donde un término “literal” —llamado *sujeto*— se *sustituye* por uno “metafórico” —llamado *modificador*— con la esperanza de que surjan de este modo nuevos aspectos del *sujeto*. Ya hemos hablado de la no existencia de un término “literal” o “grado cero” del uso del lenguaje. Lo que podemos decir en el ámbito de nuestro recorrido, es que hay una “lexicalización” de la metáfora que suele tomarse como uso “literal” del lenguaje. Basta consultar un diccionario para darnos cuenta que la etimología suele denunciar una metaforización de base.

Cuando digo “fuego o llama” en vez de “amor” en un contexto amoroso, estoy *modificando* el concepto de amor, dándole una fisonomía desde un ámbito conocido e introduciendo así aspectos cognoscitivos y comunicables a su concepto. “Llama” es el *modificador* de “amor” que es el *sujeto* modificado. Normalmente desde esta perspectiva sustitutiva, “metáfora” suele designar a la palabra que establece la modificación (“llama” —se dice— es la metáfora), pero para que tal modificación exista no puede dejarse de tener en cuenta a qué *sujeto* la misma está modificando (“llama” modifica a un sujeto: “amor”) (cf. *infra*: *La metáfora en el nivel de la palabra o metáfora-palabra*).

Nos damos cuenta que siempre es necesaria la actividad del que lee o escucha, quien debe hacer la asociación, y que el efecto metafórico se logrará si surge una *predicación extraña o lógicamente impertinente* con consecuencias cognoscitivas fecundas: el amor es fuego (o llama). Esta *impertinencia lógica* es de la esencia de la metáfora, como señaló Goodman: “Donde existe una metáfora existe el conflicto [...] la aplicación de un término es metafórica solo si, hasta cierto punto, es contraindicada” (Goodman, 2010, p. 74). Lo recíproco no es cierto: puede haber conflicto o impertinencia y no haber metáfora.

Decir “llama” en lugar de “amor” pretende poner desde lo conocido una fisonomía a aspectos que sin la imagen o el esquema resultan demasiado abstractos. Hay una *tensión* entre modificador y sujeto y es en ese juego tensional donde surge un conocimiento “adicional” o “nuclear” o que permite una visualización sobre el sujeto modificado. La denominación desviada parcialmente manifestada (en tanto aparece explícitamente el *modificador* e implícitamente el *sujeto* modificado) produce con fuerza una identificación: el amor es llama.

Esta identificación impertinente provoca según Beardsley un juego tensional entre dos elementos —*sujeto* y *modificador*— que forman un todo aunque uno de ellos esté implícito: “El modificador es el sustituto del término literal, el sujeto es el destinatario de la denominación desviada” (Oliveras, 2007b, p. 22), “el sujeto es el tema, el asunto del que se habla, modificador es lo que se dice del asunto” (p. 43). En términos de Richards la “interacción” se da entre los términos *tenor* (sujeto, asunto) y *vehículo* (idea bajo la cual se aprehende el sujeto), resultando la metáfora en sus palabras “el todo constituido por las dos mitades” (p. 43).

§. *Metaforizar como sustituir, comparar o identificar*

La metáfora puede funcionar como una *sustitución* (decir fuego por amor) también como una *comparación* (el amor *es-como* el fuego) o como una *identificación* (el amor *es* fuego), su efecto depende de lo que la comparación o la identificación lleva al lector a emparejar, no es lo mismo decir: “Las nubes *son* algodón” que “el amor *es* fuego”.

Leemos en Shakespeare la identificación: “¿Qué luz brota de aquella ventana? ¡Es el Oriente, Julieta es el sol! Alza, bella lumbrera y mata a la envidiosa luna” (Shakespeare, *Romeo y Julieta*, Acto segundo, Escena II). Notemos que hemos puesto la identificación en un breve marco que da más fuerza a lo que se quiere decir de Julieta ¿puede decirse de otro modo sin metáfora? Decir hoy día que alguien “es un sol”, es algo trillado, gastado, una metáfora que

ha perdido su fuerza, que ha caído en katacresis. Julia Lavid cita en este sentido a T. Munroe: “El primer hombre que comparó a una mujer con una rosa, se ha observado, fue un poeta; el segundo un bobo” (Lavid, 1988, p. 351) (Traducción propia: H.M.).

Leemos en Homero la comparación: “Aquiles [...] medita cosas feroces, como un león que dejándose llevar por su gran fuerza y espíritu soberbio, se encamina a los rebaños de los hombres para aderezarse un festín: de igual modo perdió Aquiles la piedad” (Homero, *La Ilíada*, canto XXIV, “El rescate del cadáver de Héctor”). El tema de la *Ilíada* es la cólera de Aquiles, es como un león que feroz, soberbio e impiadoso se abalanza sobre las ovejas ¿cómo decirlo sin la comparación de Homero?

Tanto en los ejemplos de Homero como en el de Shakespeare hay una forma de decir a través de la imagen que sería muy difícil o imposible de traducir a lenguaje “llano”.

Hemos dicho que la metáfora es un *ver* “dos cosas en una”: amor/lama, Julieta/sol, Aquiles/león, hombre/lobo y que este “ver” es intelectual. Dice Oliveras que Julia Kristeva ha destacado que la metáfora “es un movimiento hacia lo discernible; es un viaje hacia lo visible” (Oliveras, 2007b, p. 49). Este “viaje hacia” se produce —como venimos manifestando— desde lo impalpable hacia lo palpable, es decir, se conoce algo más abstracto (ámbito desde donde se inicia el “viaje” de discernimiento en base a características notables) recurriendo a lo más familiar (ámbito en dónde tales características resultan notables pues sintonizan con lo ya conocido). Este revestir con una imagen o esquema a algo más abstracto para darle contornos “visuales” es por un lado una impertinencia lógica pero, por otro, se basa en la creación de un paralelismo pertinente en cuanto a sus consecuencias cognoscitivas. Una vez que la metáfora comienza a usarse empieza a lexicalizarse, y ya hemos visto que lo que ella crea comienza a incorporarse al diccionario. La primera vez que alguien asoció el amor con el fuego creó una metáfora *viva* y una excelente imagen que dio fisonomía palpable a algo abstracto.

V. LA METÁFORA COMO GENERACIÓN DE UN ERROR FECUNDO

§. *Metaforizar es atribuir un nombre erróneo*

Según el médico y novelista Walker Percy (1916-1990) la metáfora es un fenómeno en donde el lenguaje alcanza la belleza y la verdad de un modo potente y único mediante una predicación “errónea” o atribución errónea de un nombre a una cosa: “Podría ser útil examinar [...] esa característica particular de la metáfora [...] que es “incorrecta” —afirma que una cosa es otra cosa— y, además, que su belleza a menudo parece proporcional a su incorrección o extravagancia” (Percy, 1958, p. 81) (Traducción propia: H.M.)¹³

El “error” de la metáfora genera no sólo belleza sino también un conocimiento que pone ante nuestros ojos el ser íntimo de la cosa en todo su esplendor. Percy analiza vitalmente el proceso del surgimiento de la metáfora; el momento previo a su manifestación es una *tensión interior* (p. 84) o “*hambre*” (p. 87) que la predicación errónea o nombre erróneo viene a saciar. En nuestros términos el “hambre” proviene del captar una especie de “vacío” que urge ser “llenado”, la metáfora cubre ese vacío —o sacia el hambre— con un *nombre “erróneo”* o una *predicación impertinente*.

13. No hay traducción al castellano de “*Metaphor as Mistake*” de Percy, las traducciones son propias: H.M.

Según Percy —y en una descripción que recuerda a Nietzsche¹⁴— dicha resolución consiste en el revestimiento de impulsos y excitaciones subjetivos en la forma de figuras de objetos definidos:

[...] la metáfora surge del acto simbólico en el que el grito emocional del espectador se convierte en el vehículo mediante el cual se concibe la cosa, el nombre de la cosa. “En los vocablos del habla y en las configuraciones míticas primitivas, el mismo proceso interno encuentra su consumación: ambos son resoluciones de una tensión interna, la representación de impulsos y excitaciones subjetivos en formas y figuras de objetos definidos [Percy cita aquí a Cassirer]”. (Percy, 1958, p. 85) (Aclaración entre conchetes y traducción propia: H.M.)

Percy destaca en esta cita tres cosas importantes. Primera: que la metáfora es un *acto simbólico*, simbolizar (del griego *sym-ballo*) significa “reunir, juntar” (Pabón, 2001, p. 552, segunda acepción), justamente lo que la metáfora hace es “reunir” creativamente la cosa y el nombre erróneo que permite concebirla. Segunda: este acto simbólico está unido a una emoción, tensión o excitación que se reviste en *formas y figuras de objetos definidos* (conocidos). Volvemos a encontrar aquí el tema del conocer tensionalmente lo más abstracto desde lo más conocido. Tercera: el fenómeno de la predicación errónea o de la metáfora está involucrado en la gene-

14. Escribiendo sobre la creación del lenguaje y su origen metafórico Nietzsche dice: “La “cosa en sí” (esto sería justamente la verdad pura, sin consecuencias) es totalmente inalcanzable y no es deseable en absoluto para el creador del lenguaje. Este se limita a designar las relaciones de las cosas con respecto a los hombres y para expresarlas apela a las metáforas más audaces. ¡En primer lugar, un impulso nervioso extrapolado en una imagen! Primera metáfora. ¡La imagen transformada de nuevo en un sonido! Segunda metáfora. Y, en cada caso, un salto total desde una esfera a otra completamente distinta.” (Nietzsche, 1990b, p. 546)

ración de los vocablos del habla, lo cual sintoniza con el estudio de Lakoff & Johnson que hemos mencionado (Lakoff & Johnson, 2007).

§. *Las dos condiciones del surgimiento de la metáfora*

Percy ha reelaborado en estas reflexiones una experiencia que vivió cuando era niño, cierta vez que paseaba en Alabama con su padre, su hermano y un guía. En esa ocasión vio un pájaro maravilloso:

Voló tan rápido y recto como una flecha, luego, de repente, plegó sus alas y cayó como una piedra en el bosque. Le pregunté qué era el pájaro. El guía dijo que era un Halcón Dólar Azul [*Blue Dollar Hawk*]. Más tarde mi padre me dijo que [...] en realidad era un Halcón Dardo Azul [*Blue Darter Hawk*]. Todavía recuerdo mi decepción por la corrección. (Percy, 1958, p. 79) (Aclaración entre conchetes y traducción propia: H.M.)

El niño captó al halcón de una forma vívida y plena y preguntó qué *era* ese pájaro. La respuesta metafórica, errónea, que le ofreció el guía: “Es un *Blue Dollar Hawk*” lo había satisfecho y entusiasmado, “su mente, que en realidad había sufrido una especie de hambre (¿un hambre ontológica?), ahora tiene algo de qué darse un festín” (p. 87). Pero a continuación, la corrección lógica de su padre — eso “es un *Blue Darter Hawk*” — lo decepcionó. Tal “respuesta-corrección” no le decía que *era* eso que había visto en su plenitud, sino lo que eso *hacía*: a ojos vista ese halcón se abalanzaba sobre su presa como un dardo (y de allí su nombre “correcto”). Reflexiona Percy sobre este acontecimiento que lo marcó para siempre:

El niño, que ha percibido perfectamente el vuelo del halcón, sufre ahora una especie de incapacidad, una tensión, ¡incluso una sensación de inminencia! Hace la pregunta peculiar: ¿qué *es* ese pájaro?, y la formula de manera importuna. Él está realmente ansioso *por*

saber. ¿Pero saber qué? ¿Qué tipo de respuesta espera escuchar? ¿Cuál es, en realidad, el significado de su extraordinaria pregunta? ¿Por qué quiere una respuesta? Ya ha captado al halcón de la manera más vívida y plena: una visión que nunca olvidará mientras viva. ¿Qué más sabrá si le ponen nombre al pájaro? (No más, dicen los semióticos, y se engaña a sí mismo si imagina que así es). (Percy, 1958, p. 84) (Resaltado en itálicas y traducción propias: H.M.)

Percy reparó en las dos características que dan origen al surgimiento de la metáfora: la presencia distintiva de la cosa —en este caso el halcón— y el *hambre o tensión* interior que le produjo la visión del mismo, una necesidad de tener un nombre —una metáfora— que le dijera qué *era* eso. No lo sació la descripción correcta, parcial, lógica y cerrada de su padre. Percy pregunta retóricamente si esta necesidad de satisfacer su hambre es *ontológica*, es decir, en la metáfora encontrará “el nombre erróneo” que le dirá que *es verdaderamente* eso que ha visto: “¿Esta “necesidad” y su satisfacción es instrumental u ontológica? Es decir: ¿La función de la metáfora es meramente la de disminuir la tensión, o es un descubridor del ser?” (p. 86).

§. *Metaforizar como tensionar un arco para cazar el ser*

Desde la teoría de la tensión de Ivor Richards, Percy habla sobre el error de la metáfora como la “tensión de un arco”. Si la tensión es baja o el error es bajo, estamos frente a un resultado “flojo” que no comunica ni belleza ni saber (por ejemplo, decir: “Las nubes son algodón”). En cambio, si la tensión aumenta con la impertinencia, el arco se tensa y el resultado es un error que satisface el deseo de belleza y conocimiento: “Cuando uno lee *nubes lanudas* [...] el efecto es realmente flojo [...] Pero [...] *Una comarca blanca de nubes* es a la vez más interesante y más oscura. La cuerda del arco está definitivamente tensa” (Percy, 1958, p. 97) (Traducción propia: H.M.)

Percy menciona que *nube lanuda* o *pata de mesa* son “regurgitación de algo hace tiempo digerido” (p. 97), es decir, metáforas que si en un momento estuvieron *vivas* (cf. Ricœur, 1977) hoy se han lexicalizado, han caído en katacrexis.

Notemos que Percy utiliza la teoría sobre la metáfora como tensión de Richards en dos sentidos, por un lado, *antes* del nombrar metafóricamente hay una *tensión interior* o “hambre ontológica” que pide ser saciada y por otro *luego*, lograda la metáfora, aparece una *tensión de arco* por la impertinencia de la predicación o “error” en el nombrar que genera el efecto de belleza y de conocimiento íntimo de la cosa.

VI. LA METÁFORA COMO INVITACIÓN A LA TRANSFORMACIÓN

Algo semejante podríamos decir de una obra abstracta como el Acromo de Ivés Klein. El azul (azul Klein) es el soporte de intuiciones no clasificables en fórmulas, vehículo de grandes emociones, imagen cósmica e íntima al mismo tiempo. En el percepto se logra una “fusión de horizontes”. Así, el horizonte de Van Gogh se fusiona con nuestro propio horizonte del presente. Participar de ese minuto que captó Cézanne, Van Gogh o Klein es volverse ese minuto. Nos volvemos paisajes, girasoles, azules
Elena Oliveras, “Estética”

A continuación —en los tres subtítulos siguientes— daremos algunas pistas para comprender que el fenómeno de la metáfora invita a transformar nuestra vida y nuestra realidad. Es sólo un ingrediente que queremos incorporar a nuestra mochila de viaje, para que lo tengamos a mano a lo largo de lo que resta de este camino que hemos emprendido.

§. *Función poética del lenguaje*

Según Roman Jakobson (Jakobson, 1984) el lenguaje tiene varias funciones. Basado el lingüista ruso en el esquema shanoniano de la comunicación, entiende que según sea el acento de un mensaje será la función del lenguaje. Veamos algunos ejemplos para arribar a la función poética del lenguaje que es donde ubicaremos a la metáfora:

- “Voy a hablarles sobre las bondades de este automóvil”: aquí el acento está en la referencia (el automóvil), en aquello a lo que se refiere el mensaje, en este caso la función es *referencial* o *representativa*.

- “Estoy muy emocionado de dirigirme hoy a ustedes”: si el acto de habla transmite los sentimientos del emisor del mensaje (acento en el emisor) la función se llama *expresiva o emotiva*.
- “Vamos ahora a limpiar toda la casa”: si el acto de habla busca impulsar una determinada acción o respuesta en el receptor la función se llama *conativa, apelativa o impresiva*.
- “¿Me oís? Hola, hola, ¿me escucháis?”: si el acto de habla del emisor busca mantener o asegurar el contacto con el destinatario sin transmitir mensaje alguno, la función se llama *fáctica*.
- “Repartir es un infinitivo”: si el acto de habla del emisor versa sobre el código de la comunicación, es decir, sobre el lenguaje mismo, la función se llama *metalingüística*. En otras palabras: usamos la lengua para hablar de la lengua, ella es el referente.
- “Julietta es el sol”: cuando el acento recae sobre el *mensaje* mismo, tenemos la función poética del lenguaje. Como el término “mensaje” está muy asociado en nuestra lengua ordinaria a una “referencia”, a lo que el mensaje se refiere, es mejor hablar de “significantes” más que de “mensaje”. Así, la función poética consigue que los significantes concentren *sobre sí mismos* la atención del lector u oyente.

Esto se entiende cuando recordamos que la metáfora es una “predicación impertinente”, un “error” fecundo... El receptor de la metáfora se queda algo extrañado, eso que ha recibido es algo nuevo que lo lleva a detenerse porque no hay referencia inmediata (no es la acostumbrada “función referencial” del lenguaje a través de las metáforas muertas)... Hay una “referencia diferida”, es decir, aparece una “tensión” y es en el transcurso de esa tensión donde surge el “plus” de sentido que la metáfora genera.

Así, no hay metáfora sin sujeto que la reciba y experimente el mencionado fenómeno de esa referencia diferida, el receptor debe detenerse en esos signos metafóricos (no puede pasar directamente a la referencia, hay una violación o impertinencia que lo deja pensando). Este detenerse se resuelve en cierta fusión con el objeto, en

ese “plus” de sentido que pertenece —de aquí en más— al objeto pero que no se da sin la participación activa y creativa del sujeto desde el aporte de su propia cantera de analogías.

§. *Metáfora extendida, autoconocimiento y transformación*

*El ser humano no es una forma
de ser determinada, ni permanente.
Es un espacio de posibilidad hacia
su propia creación. Y aquello que lo
posibilita es precisamente la capacidad
generativa del lenguaje.*

Rafael Echeverría, “Ontología del lenguaje

La metáfora es una predicación impertinente y esta predicación puede volverse todo un discurso, por ejemplo un poema entero —lo veremos (cf. *infra*: *La metáfora en el nivel del discurso*)—. Ortega y Gasset dice que un poema o la poesía no es un conjunto de metáforas apiladas sino “el álgebra superior” de las metáforas (Ortega y Gasset, 1925 y 1998 [1925]). De algún modo un poema es una escultura o una pintura hecha con palabras, un *todo* que nos invita a detenernos a contemplar debido al fenómeno de referencia diferida generado por la impertinencia de la función poética del lenguaje.

La metáfora también puede tomar la forma —en el nivel del discurso— de una “narración metafórica”, la cual hablando de una cosa nos invita a experimentar otra. Hay mecanismos metafóricos funcionando en diversas narraciones como el mito, la fábula, el cuento, la novela, la epopeya, la alegoría, la analogía.¹⁵ Según Giambattista Vico el mito es una “metáfora extendida” (citado por Karagiannis, 2005, p. 35); lo mismo

15. Notar que “mito”, “cuento”, “novela”, “poema” pueden ser tratados como entidades sin valor cognoscitivo, o por el contrario como un modo de acercarse a realidades que están reclamando una palabra o cierta inteligibilidad... desde este último punto de vista hay un poder cognoscitivo “de tipo literario”, un lenguaje que aspira a decir lo que un ajuste duro y científico del lenguaje —al estilo del

piensan de la fábula y la alegoría (“metáforas extendidas”) Paul Ricoeur, (1977, p. 357-366) y Max Black (1966, p. 232); según Marguerat (1992, p. 12.23) hay metáfora en el mito, la fábula, la parábola y la analogía; por otro lado, el cuento es un mecanismo de comprensión “de otra cosa” (metáfora ampliada) en Marguerat & Bourquin (2000, p. 240).

En todos los casos hay una narración metafórica que no es parte de la “función referencial del lenguaje” sino de la poética, es decir, la referencia queda diferida y es el lector quien de forma muy activa y personal deberá desentrañarla:

[...] la narración metafórica ha de presentar una vaguedad tal que, ofrecida a cualquier lector, a cualquier oyente, este no tendrá otra salida que interpretarla en función de sus propios contenidos mentales, como si se tratara de una especie de test de manchas de tintas. (Álvarez, 2003, p. 22)

Así, la narración metafórica nos invita a “escuchar el eco de nuestro propio interior resonando en el argumento de una historia aparentemente ajena y lejana” (p. 22).

Poniendo el acento en el texto artístico Gadamer entiende que antes de acercarnos al texto tenemos un conocimiento de nosotros y de nuestra vida sobre la que el texto nos ofrece otra comprensión, al respecto dice Anselm Grün:

Ese conocimiento previo anterior al texto entra en diálogo con la comprensión del texto y lo que resulta es una fusión de ambos horizontes [...] Este no nos da en primer lugar información sino una comprensión nueva. El texto cuestiona mi autoconcepto, lo transforma y pretende ayudarme a encontrar la verdad por medio de una nueva y más amplia autocomprensión. (Grün, 2007, p. 16)

propuesto por el Wittgenstein del *Tractatus Logicus Philosophicus*— no logra hacer... ¿Qué relación habrá entre arte, literatura y conocimiento?

¿Por qué sucede esto? ¿Por qué el texto artístico, metafórico o narrativo (cf. *infra*: *Metáfora y narración: ventanas a la creatividad*) nos lleva a un autoconocimiento?

La narración no pretende, como la información, comunicar el puro en-sí de lo acaecido, sino que la encarna en la vida del relator, para proporcionar a quienes escuchan lo acaecido como experiencia. Así en lo narrado queda el signo del narrador, como la huella de la mano del alfarero sobre la vasija de arcilla (Benjamin, 1999, parte II, párr. 2)

Es decir, no hay “grado cero” de la escritura, ni pura “crónica”, sino que el narrador o narradora deja su experiencia humana en lo narrado, como la mano del alfarero en su vasija y esto seguramente nos hará beber una enseñanza.

Algunas de estas narraciones se han vuelto clásicas, forman parte de un acervo que ha trascendido el tiempo y el espacio. Retratan la experiencia humana de un modo que transforma nuestra vida. Dice Grün:

La narrativa fue la primera forma de psicología. El camino hacia la madurez humana quedó plasmado en forma de historias [cuentos] y leyendas en cuya lectura todo lector puede encontrar algo de su propia historia. Estas formas narrativas han transmitido al futuro reflexiones y experiencias con finalidad terapéutica como lo demuestra la introducción a [...] *Las mil y una noches*. La princesa se pasa el tiempo contando cuentos hasta que el tirano se cura (Grün, 2007, p. 20)

Para finalizar, cuenta Judith DeLozier que cierto investigador de la mente humana preguntó al enorme ordenador:

“¿Serías capaz de calcular si alguna vez llegarás a pensar como un ser humano?”. La máquina se puso a trabajar a fin de analizar sus propios hábitos de cálculo. Finalmente imprimió su respuesta en una hoja de papel, como suelen hacer tales máquinas. El hombre se

precipitó a recoger el resultado y leyó claramente mecanografiado: *Eso me recuerda una historia*. Esta pequeña anécdota nos sugiere que si un ordenador pudiera pensar verdaderamente como un ser humano, sería capaz de contarnos una historia. (DeLozier, 2003, p. 25)

Nuestro pensamiento y conocimiento están atravesados por procesos metafóricos, como venimos sosteniendo.

§. *Fusión metafórica como intertextualidad*

*Un libro es más que una estructura verbal,
o que una serie de estructuras verbales;
es el diálogo que entabla con su lector y
la entonación que impone a su voz y
las cambiantes y durables imágenes que deja
en su memoria. Ese diálogo es infinito.*

Jorge L. Borges, “Nota sobre (hacia) Bernard Shaw”

Esta referencia diferida del discurso metafórico, que nos detiene en el mensaje inicialmente opaco, y nos invita a rastrear en nuestro interior algún esquema que nos permita entenderlo, puede compararse al fenómeno de la intertextualidad. La intertextualidad es el efecto de sentido, el plus de sentido o la variación de sentido, que un texto adquiere al ponerse junto a otro texto o al entrar en otro texto.

Metafóricamente nos preguntamos ¿Cambia un texto—incluso el de la realidad— por el hecho de ser leído? Sí, porque el lector aporta su “texto interior”, sus lecturas previas, sus vivencias que lo hacen resonar “por intertextualidad” de un modo único.

Cuanto más metafórico sea un texto, cuanto más poético sea, cuanto más difiera la referencia, más honda será la fusión intertextual y ese conocimiento que transfigura el mundo y a nosotros mismos (cf. *infra*: *Dime cuáles son tus metáforas y te diré quién eres*). Dice Lauro Zavala:

[...] desde la perspectiva de la intertextualidad, el texto no es únicamente el vehículo de una significación codificada de antemano, sino parte de una red de asociaciones que el lector produce en el momento de reconocer el texto. La naturaleza de todo texto es la de ser una especie de pre-texto para el inicio de las asociaciones intertextuales de cada lector virtual. La intertextualidad no es algo que dependa exclusivamente del texto o de su autor, sino también, y principalmente, de quien observa el texto y descubre en él una red de relaciones que lo hacen posible como materia significativa desde una determinada perspectiva: precisamente la perspectiva del observador. Esto último es muy importante, pues significa que el concepto mismo de intertextualidad presupone una teoría de la comunicación en la que el receptor (lector, espectador, observador, visitante, usuario, consumidor) es el verdadero creador de significación en todo proceso comunicativo. (Zavala, 2007, p. 3) (subrayado nuestro: H.M.)

El texto-objeto suscita una intertextualidad que depende del texto que el mismo sujeto es: ese entramado constituido por sus lecturas y experiencias previas. Hay un efecto de sentido que no está en el objeto sino en el encuentro pero que es suscitada por *ese* objeto... de algún modo hay construcción conjunta de sujeto y objeto, el encuentro no los deja “igual que al principio”.

Pero ¿qué es un texto? Etimológicamente el *textus* es un tejido, un entrecruzamiento de varios hilos, una interrelación entre varias cosas. La trabazón de los “hilos”, no se produce sólo por cuestiones objetivas, sintácticas y semánticas, o por las propiedades textuales de coherencia y de cohesión... sino porque establece un diálogo con su lector (para Jorge L. Borges, 1952a, “ese diálogo es infinito”, p. 747), un entramado donde de dos (texto y lector) surge una unidad que podemos calificar de “transtextual” o de síntesis en cuanto que un texto entra en un lector, que como anunciamos aporta su “texto interior”, un tejido de vivencias, conocimientos y experiencias.

Según Genette (1981) la *literalidad* tiene que ver con la transtextualidad o “trascendencia textual del texto”, es decir, “todo lo que lo pone en relación, manifiesta o secreta, con otros textos” (p. 53). En este sentido no hay una referencia inmediata, sino una referencia diferida por cierta polisemia (que Álvarez en el texto citado sobre la narración metafórica calificó de “vaguedad”).

VII. LA METÁFORA COMO ENTRELAZADORA DE DOMINIOS DISPARES

§. *Metaforizar como “mapear” lo abstracto desde lo concreto*

Hemos dicho que la metáfora no sólo opera en el dominio de la palabra sino también en el ámbito del discurso. Pero es muy frecuente encontrarla en el ámbito de la palabra y de la oración. En cuanto metáfora-palabra (cf. *infra*: *La metáfora en el nivel de la palabra o metáfora-palabra*), el cognitivismo en el que estamos ubicando a la metáfora hace una crítica radical a la *teoría sustitutiva* de la misma (ya nos hemos referido al hipotético “grado cero” en el uso del lenguaje), que supone que en su proceso se *sustituye* un elemento por otro, a partir de una cualidad común o una semejanza —lo cual es una descripción acertada— y todo termina allí —lo que presenta una pobreza porque no se analiza la naturaleza del proceso rico de tensión que origina el elemento extraño —.

La teoría sustitutiva tiene dos inconvenientes, por un lado no analiza la multitud de casos donde no existe “una palabra” específica que reemplace la metáfora —esto es hay “un vacío” propiamente dicho, no existe la palabra *a sustituir*—. Por otro lado se pierde el carácter más abarcativo y tensivo del proceso metafórico que hace que en muchos casos no estemos pensando en una sustitución de *un* término por otro sino en la superposición de dos dominios que son denominados por Lakoff *dominio meta* —dominio que queremos metaforizar— y *dominio fuente* —la imagen de donde extrajimos la metáfora—.

Dice P. Ricœur: “La metáfora es un trabajo con el lenguaje que consiste en atribuir a sujetos lógicos [del dominio meta] predicados [del dominio fuente] incompatibles con ellos. Entonces en lugar de

ser una denominación desviada, la metáfora es una predicación extraña” (Ricœur, 2006, p. 23) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.). De este modo Ricœur traslada el tema de la metáfora del ámbito de la palabra al ámbito de la oración, destacando que esa predicación extraña implica al lector (u oyente) en tanto hay una lógica habitual que se rompe, pues se “mezclan” o embrollan cosas que pertenecen a distintos paradigmas.

En la tensión generada, la metáfora implica toda una serie de conexiones que se establecen entre los dos dominios a partir del impertinente enredo.¹⁶ Por ello la teoría cognitiva no habla de *sustitución* sino de *superposición de dos dominios* o “campos semánticos”. Resulta un “mapeo” del *dominio meta* a partir del *dominio fuente* y por eso se suele hablar de “proyección metafórica” de un dominio sobre el otro.

Normalmente hay aspectos de los dominios que comienzan a visualizarse primero, como las *líneas* de fuerza y las *líneas* de agua en la metáfora de Maxwell, luego, esta semejanza inicial *invita* a seguir haciendo relaciones, y así se agregan nuevos elementos como *fuentes* y *sumideros*, en correspondencia con cargas positivas y negativas, y luego *relaciones funcionales* se trasladan del dominio concreto hacia el dominio abstracto.

Una vez lograda cierta inteligencia sobre el dominio meta, hay dos imágenes que se superponen (pensamos aquí en la “corriente” eléctrica y en los flujos de agua, cf. Gentner & Gentner, 1982 y en los campos eléctricos y magnéticos y los flujos de agua en Maxwell, cf. *papers* de Maxwell recopilados en Niven, 1890). Estas imágenes se corresponden en diversos elementos de un dominio y del otro, si a los elementos del dominio meta los vemos como “casillas”, podríamos decir que ambos dominios se interrelacionan en muchos “casilleros” que pueden analogarse

16. De Enredar: Enlazar, entretejer, enmarañar algo con otra cosa (DRAE, 3ra. acepción).

(pensamos —en el ejemplo de la “corriente” eléctrica y los flujos de agua— en las “diferencias de potencial” y las diferencias de altura o presión que son el origen de ambas “corrientes”, cf. Gentner & Gentner, 1982), y así los casilleros de una de las imágenes en uno de los dominios se relacionan con los “casilleros” de la otra imagen en el otro dominio (como vimos en el Esquema N° 4).

Aquí la metáfora está dejando el terreno lingüístico, ya que no se centra en la palabra o la frase o el discurso sino en imágenes que al superponerse generan un mapeo inicialmente impertinente que conceptualmente revela aspectos y funcionamientos hasta ahora desconocidos en el dominio meta.

Es interesante observar que el traslado metafórico que se resuelve en la analogía surge de la experiencia común de la vida. En el caso de la analogía planteada por Maxwell, vimos que esta tuvo su base en flujos de agua; a continuación veremos surgir la analogía hídrica en el ámbito del “ciudadano común” que tiene la experiencia doméstica de la realidad de los “toma-corriente” hogareños. Gentner & Gentner preguntaron a ciudadanos comunes (no versados en temas eléctricos) qué era para ellos la “corriente eléctrica”. Transcribimos la respuesta que los científicos tomaron como modélica:

Pregunta: Cuando usted enchufa una lámpara y ésta se enciende, ¿Cómo ocurre tal cosa?

Sujeto Delta: básicamente hay un tanque de electricidad que el enchufe le provee, la electricidad entra en el cordón hacia el aparato, hacia la lámpara, y fluye, lo pienso como fluyendo debido a las imágenes que yo tengo del negativo al positivo, y también porque un cable es un tubo (o canal) que contiene esa entidad que es como un río. (Gentner & Gentner, 1982, p. 2) (Traducción propia: H.M.)

Al existir un “mapeo” del *dominio meta* a partir del *dominio fuente* mediante “proyección metafórica” de un dominio sobre el otro, los modelos matemáticos que funcionan en el dominio fuente —como ya lo hemos comentado respecto de los trabajos de Maxwell— pueden tener un papel en el “revestimiento matemático” de la metáfora empleada.

Probablemente (y cómo observamos en la respuesta del “sujeto delta”) la metáfora se inicie con un paralelismo incipiente entre fluidos y conductores/cañerías para luego reforzarse con paralelismos posteriores y funcionamientos o relaciones funcionales analogables (que pueden ser explotados por la docencia). Oliveras dice: “aclara Max Black que la importancia de pensar en *corrientes* eléctricas no es sólo que podamos imaginarlas sino que así conocemos mejor sus propiedades” (Oliveras, 2007b, p. 186). Así la metáfora estructuradora permite “conceptualizar” cualitativamente: el “voltaje de la pila” se entiende como la “presión del agua” que aumentará si el tanque se eleva (por eso los tanques de agua están en el techo de la casa). Aumentar el voltaje de la pila equivale a aumentar la presión, por lo que a iguales condiciones en el resto del circuito (hidráulico o eléctrico) aumentará la corriente (líquida o eléctrica)... Lo mismo sucede con las “resistencias” que el circuito opone al flujo, cañerías tapadas parcialmente o estranguladas disminuirán la “corriente”: si los estrangulamientos se suman en el mismo caño la resistencia total del mismo aumentará (análogo a las resistencias eléctricas “en serie”), mientras que ofreciendo caminos paralelos o alternativos al flujo (analogable a las resistencias eléctricas “en paralelo”), la corriente aumentará. Si la hidráulica resulta un dominio difícil, la metáfora puede surgir a partir de un traslado desde un dominio más conocido: el de la “muchedumbre en movimiento” —*teeming crowds* (Gentner & Gentner, 1982, p. 2)— o el de “circuitos de carreras” —*race track*— (p. 2), los conductores eléctricos serán los caminos permitidos, el voltaje será el apuro o motivación que empuja a la muchedumbre

o a los vehículos a avanzar y las resistencias los obstáculos interpuestos como puertas o “chicanas” en el camino:

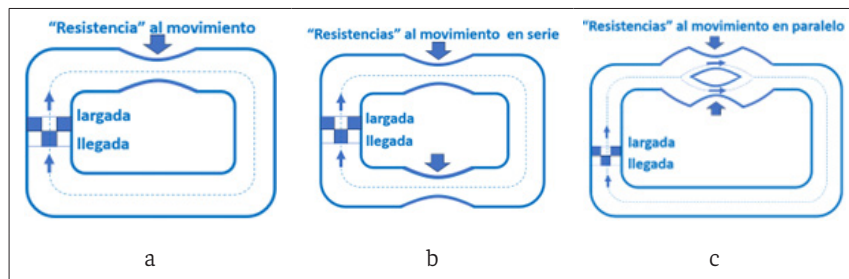


Fig. N° 2: Símil “pedestre” del circuito eléctrico: a) representación de la resistencia al movimiento como un angostamiento del camino, b) doble resistencia que el caso “a”, c) mitad de resistencia que el caso “a” (elaboración propia: H.M.)

Como advertimos, en el ámbito de la ciencia físico-matemática, la superposición de dominios —en base al traslado metafórico— permite cierto traslado de relaciones matemáticas del dominio fuente al dominio meta.

§. La metáfora estructuradora de la experiencia

Según Lakoff & Johnson (2007, p. 101ss) las metáforas *estructurales* o funcionalizadoras o coherentizadoras, son las que estructuran una experiencia en términos de otra. Preferimos emplear el calificativo —para este tipo de metáfora— de “estructuradora” que se relaciona más con la acción de estructurar. La metáfora que vimos “una discusión es una guerra” es una metáfora estructuradora, porque estructura y conceptualiza la experiencia de una discusión (personas que defienden con argumentaciones una “posición” frente a la “posición” encontrada de otras que la “atacan”) en términos de una guerra (conflicto en el que se usa la fuerza física potenciada con artefactos tecnológicos). Los animales pelean hiriéndose físicamente, los seres humanos tenemos la posibilidad de hacerlo en

otro nivel, mediante un traslado metafórico hacia una posición más “civilizada”.

También se fundamentan estas metáforas en correlaciones sistematizadas dentro de nuestra experiencia. Dos metáforas estructuradoras muy importantes dentro de las sociedades industriales occidentales son: “el trabajo es un recurso” y “el tiempo es un recurso” (solemos decir: “el tiempo es oro”). Un *recurso* natural puede ser una materia prima o una fuente energética, nuestra experiencia nos dice que un recurso es un tipo de sustancia, que se puede cuantificar, a la que se puede ponerle un valor o precio, que sirve para determinado propósito y que se va consumiendo o gastando progresivamente a medida que va cumpliendo su propósito. En nuestra cultura nosotros entendemos que algo similar pasa con el trabajo y con el tiempo, de ahí que en nuestra forma de hablar y actuar respecto del trabajo y del tiempo los tratemos como un recurso.

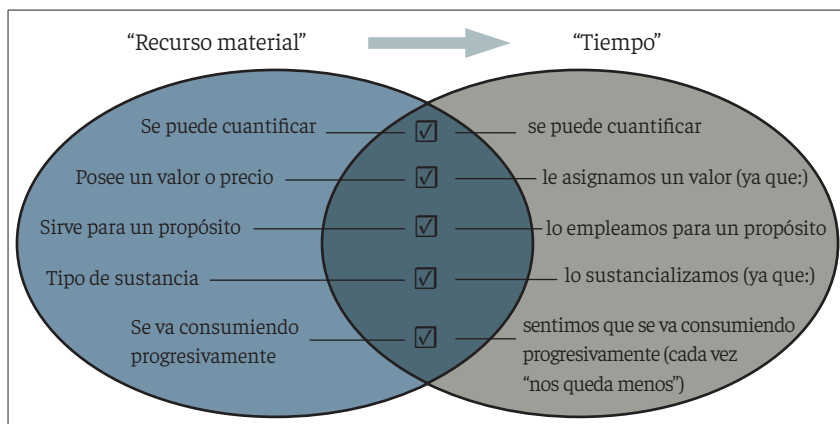
Hay que notar que ambas metáforas estructuradoras se construyen en base a otro tipo de metáforas más básicas llamadas metáforas ontológicas u ontologizadoras o sustancializadoras, por cuanto se sustancializa tanto al tiempo como al trabajo como algo material, como un “recurso natural”. Esto es: decir “el tiempo es un recurso” no sólo constituye una metáfora estructuradora, sino que también supone una sustancialización de un concepto abstracto como el tiempo en base a la experiencia que tenemos con los recursos materiales concretos que son limitados y se van gastando a medida que los utilizamos (sentimos que “cada vez nos queda menos tiempo”).

Hay una dependencia cultural de las metáforas estructuradoras, estas acentúan aspectos importantes para una cultura dejando en la sombra otros que pueden serlo en otras culturas o subculturas: “Las dos metáforas destacan aquellos aspectos del trabajo y del tiempo que son importantes en nuestra cultura, por tanto, ocultan aspectos del trabajo y del tiempo que no tenemos en cuenta y que existen en otras culturas o subculturas” (Lakoff & Jonhson, 2007, p. 106).

En una metáfora estructuradora hay una estructura de un dominio *fuelle* familiar, que se traslada hacia el dominio *meta* permitiendo lograr una inteligencia o conceptualización en este último. Tal estructura comprende elementos, relaciones y funcionalidades en el dominio familiar que mediante el traslado generan en el dominio meta un mapeo y una concomitante inteligencia. Si a los elementos del dominio meta los vemos —como adelantamos— como “casillas” (cf. en *infra* el Esquema N° 5), podríamos decir que ambos dominios se interrelacionan en muchos “casilleros”. Es decir, se relacionan en varios aspectos analogables y las “imágenes” de ambos dominios tienen una determinada complejidad. Toma la forma “A (dominio meta) es como B (dominio fuente)”.

§. Metaforizar desde una cantera de analogías

A las metáforas estructuradoras recién referidas podríamos graficarlas mediante diagramas de Venn-Euler para lograr una comprensión más acabada de lo que venimos refiriendo. Graficamos la metáfora estructuradora que permitió conceptualizar “el tiempo es como un recurso material”:

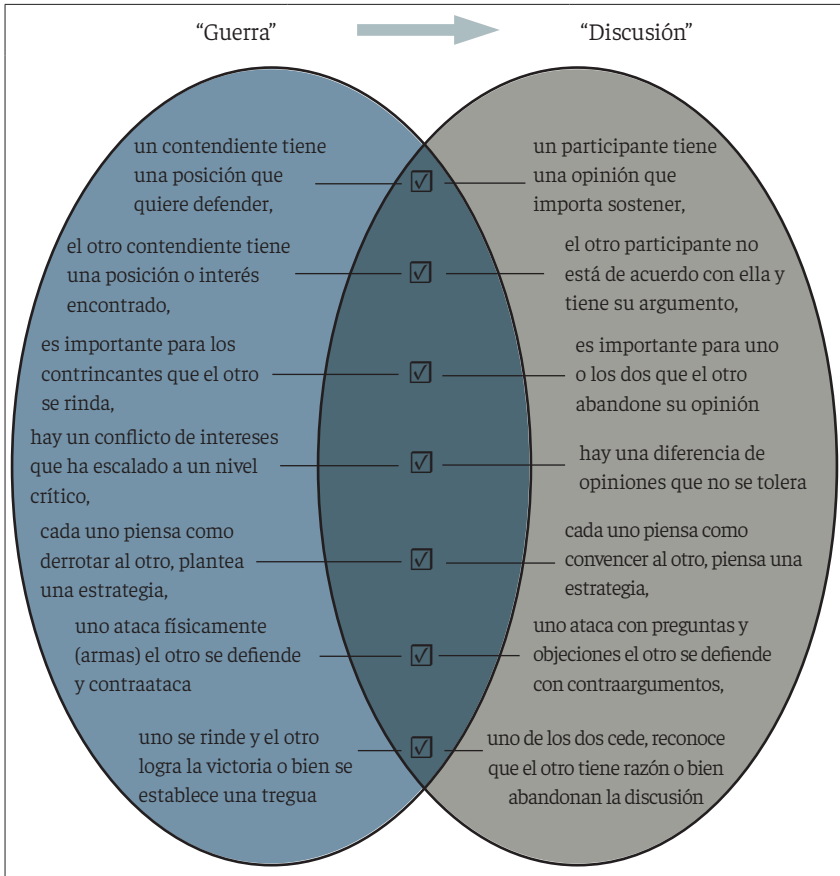


Esquema N° 5: Representación de la metáfora estructuradora “el tiempo es un recurso (natural)”, en la conceptualización aparece un paralelismo, la flecha indica el sentido del traslado (esquema propio: H.M.)

Notemos que los dos ámbitos se intersectan en varios casilleros dando lugar a un esquema compartido que se experimenta como la “visión de dos en uno” que hemos mencionado como clave de la experiencia metafórica. Estas dimensiones de la experiencia que por el traslado metafórico resultan compartidas son de tipo *gestálticas*: “Una Gestalt es un todo que los seres humanos encontramos más básico que sus partes” (Lakoff & Johnson, 2007, p. 110). De algún modo este “todo” que resulta más básico que sus partes es el resultado —en palabras de Bruner— de ir “más allá” de la información dada a los sentidos (Bruner, 2004, p. 54ss). Este ir “más allá” se produce según este autor mediante dos procesos: la inferencia, por la que el sujeto abstrae las “propiedades características” de ciertos objetos o procesos lo que le permite ubicarlo en cierta “clase”, es decir, dadas unas pocas propiedades definitorias se infiere la identidad del objeto o proceso. El otro proceso es el “aprendizaje por reiteración del medio”, mediante el cual se organizan “sistemas de codificación”, es decir, se predicen las características concomitantes del objeto por la probabilidad de que sea como se ha repetido en la experiencia pasada.

Estas gestalts son la “quintaesencia” de numerosas experiencias y forman parte de esa “cantera de analogías” (o de *esquemas*) que nombra Samaja (cf. Samaja, 2004, p. 138) y que anidando en nuestra *praxis* son como “órganos” que nos permiten asimilar metafóricamente la realidad y conducirnos en ella. Por ejemplo, en algunos ambientes se ha conceptualizado experiencialmente a una discusión sobre la gestalt o estructura de una guerra física (ya hemos señalado que esto no siempre es así, una discusión puede ser motivo de mutua construcción para quienes intervienen en ella).

Graficamos a continuación la metáfora estructuradora que permitió conceptualizar “una discusión *es como* una guerra”, explicitando el paralelismo parcial que da origen a la conceptualización:



Esquema N° 6: Representación de la metáfora estructuradora “una discusión es una guerra”, en la conceptualización aparece un paralelismo, la flecha indica el sentido del traslado (esquema propio: H.M.)

En el ámbito de la Física tenemos también la metáfora la corriente eléctrica *es como* la corriente líquida o el campo electrostático *como* o se comporta como un líquido en movimiento.¹⁷

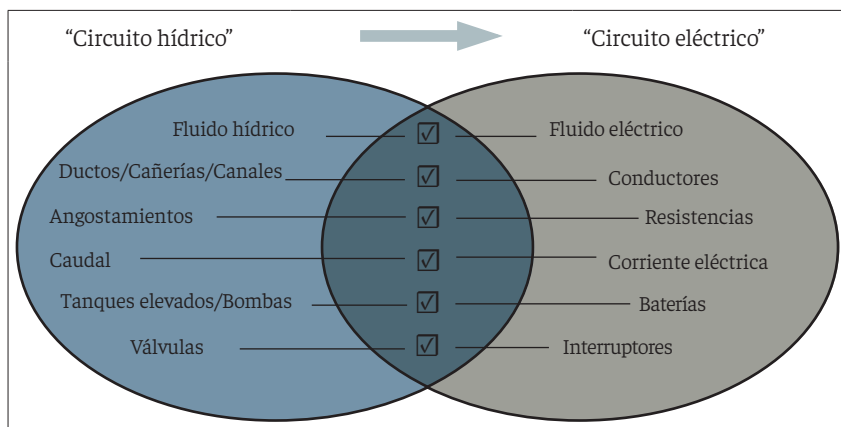
17. En los *scientific papers* de Maxwell (recopilados en Niven, 1890) ha quedado registrada la interpretación del campo electrostático en función de un modelo mecánico basado en un líquido en movimiento en el que la “presión” en un punto del líquido es análoga al “potencial eléctrico” en el punto correspondiente del

Gentner & Gentner (1982) utilizaron un modelo hidráulico para enseñar electricidad básica a un grupo de personas sin instrucción técnica, allí plantearon las analogías: tanques de agua elevados como pilas eléctricas, válvulas como interruptores eléctricos, cañerías como conductores eléctricos, el agua que circula como “corriente eléctrica”, estrangulamientos en la cañería como resistencias eléctricas... todo este esquema plantea una semejanza “estructural” entre un dominio y el otro y puede complejizarse. Estos autores hablan de un *mapeado* desde un dominio conocido (*base*), el de los flujos de agua, sobre uno desconocido (*target*): el de los circuitos eléctricos. Nosotros entendemos que este *mapeado* es una analogía *resultado* de la operación creativa metafórica previa.¹⁸

La *visión de dos en uno* mencionada, podemos graficarla desde la “intersección” de los dominios fuente y meta, no hay identificación *sin más* sino una visión que aúna dos cosas que permanecen sin embargo en *tensión*:

campo eléctrico, el “caudal del fluido que emerge de la fuente” que lo suministra análogo a la “carga eléctrica positiva” que genera el campo eléctrico, las “líneas de corriente fluida” que siguen las partículas de fluido análoga a las “líneas de fuerza” del campo eléctrico, etc.

18. Hay *objetos* mapeados que se corresponden (tubo-cable, bomba-batería, estrangulamiento-resistor), *propiedades* mapeadas que se corresponden (presión-voltaje, estrangulamiento-resistencia, caudal-corriente) y finalmente *relaciones* importadas desde los circuitos hidráulicos (dominio *fuente*) y aplicadas sobre los circuitos eléctricos (dominio *meta*): el flujo-corriente aumenta al aumentar la presión-voltaje y disminuye al aumentar el estrangulamiento-resistencia (Ley de Ohm en los circuitos eléctricos).



Esquema N° 7: Circuito eléctrico visto metafóricamente como uno hidráulico. Representación del paralelismo parcial de partes analogables de dos dominios diversos, desde funcionamientos analogables o desde acciones analogables, la flecha indica el sentido del traslado metafórico (esquema propio: H.M.)

VIII. LAS METÁFORAS BASADAS EN ARRIBA-ABAJO Y ADENTRO-AFUERA

§. *Metaforizar asignando posiciones a lo que no la tiene*

En un nivel más básico que el de la metáfora estructuradora se encuentra otra *metáfora conceptual más simple*, en donde la superposición de dominios se da en “pocos casilleros” y tiene su manifestación en expresiones como las siguientes: “*bajó* la bolsa”, “*alta* estima”, “*arriba* los ánimos!”... En estas expresiones hay una base experiencial espacial-somática-emocional que ha ido decantando esquemas *implícitos* —no conscientes— que podemos expresar como: “feliz es arriba”, “triste es abajo”, “mejor es arriba”, “peor es abajo”... Notemos que las formulaciones metafóricas: “mi ánimo está *bajo* (“estoy *bajoneado*)”, “la institución se vino abajo”, “la bolsa *bajó*”... son todas expresiones de un pasar de “arriba hacia abajo”, donde lo bueno y deseable parecería estar “arriba”.

Que *arriba* sea “mejor” que *abajo* se basa en la concepción “Feliz es arriba/ Triste es abajo”, esquema que tiene su fundamento corporal en que la posición “encorvada” o de “brazos caídos” corresponde a un estado anímico de tristeza o desazón. Esta experiencia espacial vivida en nuestro cuerpo, unida a la realidad de un sentimiento que se hace postura caída o baja con la tristeza, o erguida con el contento, genera un traslado metafórico muy básico: Feliz (dominio *meta*) es *arriba* (dominio *fuentes*) / Triste (dominio *meta*) es *abajo* (dominio *fuentes*). Este ejemplo muestra la emergencia de una *metáfora espacializadora* como “estoy bajo/ alto de ánimo” en donde el dominio *meta* (el ánimo) es más abstracto o menos palpable que el dominio *fuentes* (altura espacial).

§. *Metaforizar sustancializando*

En los ejemplos: “estoy bajo de ánimo”, “subió la bolsa” además de la *metáfora espacializadora*, está funcionando la *metáfora sustancializadora* que sustancializa el ánimo y la bolsa, como objetos que pueden subir o bajar. Según Lakoff & Jonhson (2007, p. 50ss) las metáforas *orientacionales* o *espacializadoras* se basan directamente en experiencias espaciales relativas al propio cuerpo que conforman el dominio fuente. No se dan meramente en el nivel de la palabra sino en el nivel de la comprensión. Entender “corrientes eléctricas” en función de “flujos de agua” (ver en *supra* el Esquema N° 7 y la Fig. N° 2, cf. Gentner & Gentner, 1982) o los campos eléctricos y magnéticos en función —también— de “flujos de agua” (cf. *papers* de Maxwell recopilados en Niven, 1890), o que el ánimo o la bolsa puedan estar altos o bajos, es lograr una comprensión que supone —en el que entiende— varias metáforas conceptuales provenientes de una historia de interacción con los hechos de la vida diaria, donde lo líquido puede fluir entre una fuente y un sumidero, tener mayor o menor caudal, formar una cascada, porque lo que está arriba tiende a caer y todo lo que cae tiene una sustancia, un peso, etc.

Cuando decimos el “precio subió” o “el precio bajó” estamos sustancializando el precio como un cuerpo que puede subir o bajar, es decir tener una posición alta o baja. Cuando decimos “tengo poca batería en el celular” estamos sustancializando el voltaje dándole una posición baja y desfavorable (“bueno es arriba”, “malo es abajo”, “arriba es potente”, “abajo es impotente”). Vemos que estamos en una maraña de metáforas que nos permiten conceptualizar lo abstracto y comunicarnos.

§. *Metaforizar trazando límites artificiales*

Las *metáforas sustancializadoras* también llamadas *ontologizadoras* son metáforas conceptuales básicas como las orientacionales y

se basan primariamente en la experiencia corporal de tener un “adentro” y un “afuera” separados por un límite (la epidermis) y que da lugar a una lógica de “contenedor”, donde se da cierta preferencia por lo de adentro: “adentro” es “sí”, “afuera” es “no”, “adentro” es “verdadero”, “afuera” es “falso”, “correcto” es “adentro”, “equivocado” es “afuera” (cf. Lakoff & Jonhson, 2007, p. 63ss). “La piel” es un límite que determina que lo que está “más allá” de ese límite sea algo distinto a lo que somos nosotros, otra sustancia, otra cosa.

Mediante este tipo de traslados metafóricos sustancializadores trazamos también límites artificiales que nos son útiles: “la montaña”, “la esquina”, etc.... Hay que reparar en que “todo lo que hay” es más bien un *continuo* en el que trazamos estas “geografías” útiles y metafóricas. Los conceptos de sustancia, objeto, recipiente son metáforas que emergen de una experiencia inmediata con nuestro cuerpo y algunos objetos concretos (cf. Lakoff & Jonhson, 2007, p. 98).

Las metáforas espacializadoras y ontológicas son fundamentales pero semánticamente limitadas o pobres, es decir, no permiten estructurar por sí mismas —dando sentido— a experiencias más complejas (cf. p. 101). Las metáforas estructuradoras que hemos visto son en este sentido, más ricas en consecuencias cognoscitivas.

IX. EL ORGANISMO METAFÓRICO: UNA RED COMPLEJA DE INTERRELACIONES

§. *Relaciones entre los procesos metafóricos*

Resumiendo, Lakoff & Johnson consideran a las “metáforas orientacionales” y a las “metáforas ontológicas” o “sustancializadoras” como las bases fundacionales de la “metáfora conceptual” y a esta última como un mecanismo cognitivo basado en la proyección sobre un dominio *meta* (por ejemplo el del ánimo) de un dominio fuente (el de lo corporal); proyección en la que usamos una “lógica somática” para razonar acerca de un dominio más abstracto (el ánimo es “algo” —metáfora sustancializadora— que puede estar —como el cuerpo y las cosas— en una posición alta o baja). Varias metáforas conceptuales simples complejamente vinculadas dan lugar a la *metáfora estructuradora* donde también hay una proyección de un dominio *fuentes* sobre uno *meta* pero donde la coincidencia o analogías se da en “varios casilleros”. Ofrecemos a continuación un breve esquema de las relaciones entre los procesos metafóricos mencionados:

Proceso metafórico	Nombre	Ejemplo	Característica
Traslado que produce una superposición de dominios	Metáfora estructuradora	la corriente eléctrica puede verse como un flujo de agua	Dominio fuente y meta se relacionan en “muchos” casilleros, hay una estructura común
	↑ Metáfora conceptual simple	Subió la bolsa, ánimo bajo	↑ Dominio fuente y meta se relacionan en “pocos” casilleros
Traslado desde lo corporal y emocional (base somática-emocional: arriba-abajo, adentro-afuera)	↑ Metáforas orientacionales y sustancializadoras	↑ Bueno es arriba / Malo es abajo / Adentro es correcto / Afuera es incorrecto / El electrón es una partícula	↑ Base de los otros procesos metafóricos. “Metáforas básicas”

Esquema N° 8: Relaciones básicas en el organismo conceptual metafórico (esquema propio: H.M.)

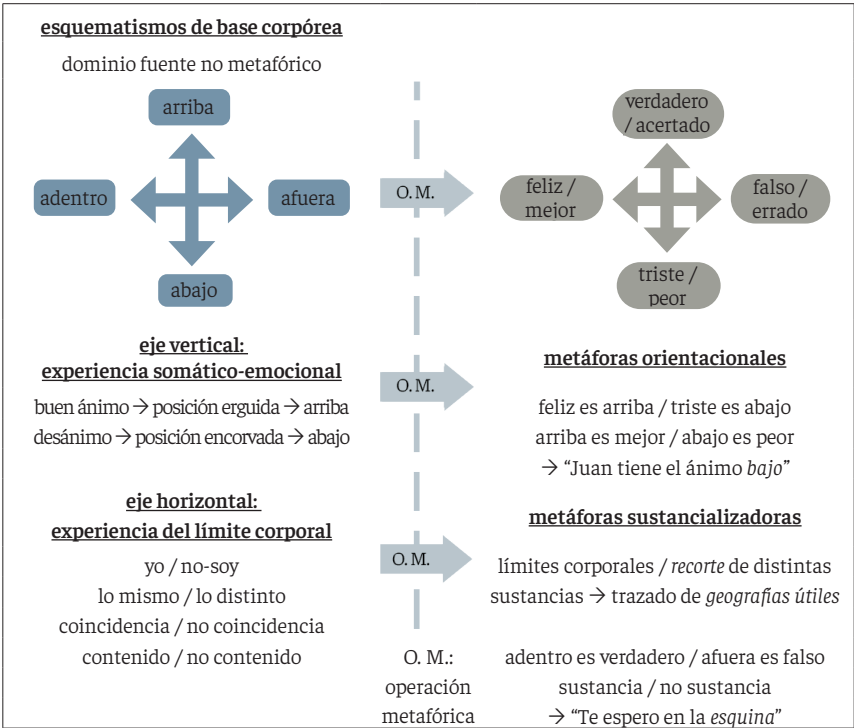
§. Ampliando la base somática del organismo metafórico

Para sustentar el conocer por lo conocido vía traslado metafórico, debemos evitar la idea de una regresión *ad infinitum* del mecanismo, ya que —para decirlo como una sentencia— “si todo es metáfora no hay metáfora posible”, esto es: debe existir algún “dominio fuente” que no sea en sí mismo resultado de un proceso metafórico. Ya adelantamos este problema: un dominio fuente no metafórico, conocido directamente desde la experiencia, es necesario para sostener el organismo conceptual.

Como dijimos Lakoff & Jonhson (2007) afirman que nuestro sistema conceptual es metafórico —inferen esta estructura desde el análisis de nuestro lenguaje y sus conceptos—. Los autores sostienen que hay *esquematismos* que se conocen directamente y que tienen fun-

damento en nuestra corporeidad: son *esquematismos de base física corporal* como *arriba-abajo* y *dentro-fuera* y son conceptos que:

- a) emergen directamente de la experiencia y
- b) esquemas sobre los que se producen los traslados metafóricos (cf. Lakoff & Jonhson, 2007, p. 96).



Esquema N° 9: Esquematismos de base corpórea y algunas metáforas orientacionales y sustancializadoras que hacen pie en este dominio meta no metafórico (esquema propio: H.M.)

Otros esquematismos de base corporal:

- el movimiento hacia adelante o la necesidad de retroceder... hacia adelante es *bueno*, hacia atrás es *malo*: “no retrocedas en tu empeño”;

- basados en la fisiología de la vista: la luz es *buena*, la oscuridad es *mala*: “es un ser oscuro”;
- basados en el olfato: “esta situación me *huele* mal”;
- basados en el tacto: “tus palabras me *duelen*”;
- basados en el gusto: “esta cuestión me dejó un *gusto* amargo”, “mucho *gusto* en conocerte”;
- basados en el oído: “ese dato me hace *ruido*”.

§. Relaciones entre ideas: metonimia, sinécdoque y metáfora

Las relaciones entre ideas se tratan metafóricamente como las relaciones entre entidades: pueden darse relaciones entre dos entidades del mismo paradigma¹⁹ (como copa y vino), entre dos aspectos del mismo ente (como casco y soldado) o relaciones de semejanza entre entes de distintos paradigmas (como fuego y amor).

Se le critica a Lakoff & Johnson no haber tratado más afondo el tema de la metonimia y de la sinécdoque (los autores lo tratan en el Capítulo 8 de su obra). Pensamos que un tratamiento útil en el ámbito del conocimiento y de la organización de las ideas es el que rescata Ricœur en *La Metáfora Viva*. Para Pierre Fontanier (*Les figures du discours*, 1830, citado por Ricœur, 1977) los *tropos* —como la metáfora— son “acontecimientos” que producen una innovación semántica que sólo tiene existencia “*por el momento*” (esta innovación puede caer con el tiempo en un uso forzado o acostumbrado por el uso que es la katacresis²⁰).

19. Paradigma: “un agrupamiento de elementos (lingüísticos o no lingüísticos), sea cual fuere el principio que justifique esa reunión” (Oliveras, 2007b, p. 24).

20. Nosotros hemos utilizado la palabra katacresis en su sentido etimológico de “muerte” u olvido de un origen metafórico de los vocablos (cf. *supra*: nota al pie n° 1). Fontanier utiliza el sentido retórico de la palabra: “Tropo que consiste en dar a una palabra sentido traslaticio para designar algo que carece de nombre especial; p. ej., la hoja de la espada” (DRAE). Por esto Fontanier se refiere a la katacresis en estos términos: “Para Fontanier ‘la condición de la katacresis se

Para Fontanier la relación por la cual los *tropos* tienen lugar es una relación entre dos ideas. Allí está —según Ricœur— la originalidad profunda de Fontanier con relación a todos sus predecesores y también con relación a sus sucesores. Fontanier ha dado *una teoría exhaustiva de las relaciones entre ideas* distinguiendo:

- a) Las relaciones de *correspondencia* entre ideas, que dan lugar a las *metonimias*;
- b) Las relaciones de *conexión* entre ideas, que dan lugar a las *sinédoques*;
- c) Las relaciones de *semejanza* entre ideas que dan lugar a las *metáforas*.

Cuando decimos “te invito a tomar una copa” en lugar de “te invito a tomar vino” estamos usando una *metonimia*, pues hay una *relación de correspondencia* entre dos ideas u *objetos* donde ellos forman —cada uno respecto del otro— “un todo absolutamente aparte”: el vino es una cosa y la copa es otra. Aunque una relación de correspondencia los engloba, los objetos se excluyen. La correspondencia tiene que ver con la pertenencia a un mismo paradigma. Vino y copa pertenecen al mismo paradigma.

La metonimia se diversifica según la variedad de las relaciones que satisfacen la condición general de la “correspondencia” dentro de un paradigma:

reencuentra en el origen mismo de los tropos, a saber, la falta de palabras propias, y la necesidad de suplir esta pobreza y esta carencia; pobreza y carencia, de las que debemos enorgullecernos, pues si dispusiéramos de tantas palabras como ideas: ‘¿qué memoria sería suficiente para aprender tantas palabras, retenerlas, y reproducirlas?’. Así como von Humboldt definía al discurso como un uso infinito de medios finitos, Fontanier le otorga a la memoria que: ‘con un número de palabras bastante limitado, provea con qué expresar un número infinito de ideas.’ (Ricœur, 1977, p. 100).

- Decir el efecto por la causa: “eres mi alegría” por “eres causa de mi alegría”, una cosa es la causa, otra el efecto causado;
- Decir el instrumento en vez del fin para el que se usa el instrumento: “ya teníamos la caña tirada cuando...” por “ya estábamos pescando cuando...”;
- Decir el continente por el contenido: “había una rica mesa” por “había una rica comida en la mesa”;
- Decir el lugar por la cosa: “nos fuimos de Shopping” por “nos fuimos de compras”;
- Decir el signo por el significado: “había —aquel día— bandera roja” por “estaba —aquel día— el mar peligroso”;
- Decir el modelo por la cosa: “es un Adonis” por “es un joven hermoso”;
- Decir lo fabricado por el fabricante: “compró un Ferrari” por “compró un auto de la marca Ferrari”, etc.

Así, las metonimias son relaciones de correspondencia entre “objetos” (copa-vino) o ideas (caña-pescar) que se mantienen dentro del mismo paradigma, mientras que en las metáforas hay un cambio de paradigma o un cambio de dominio (“el amor es fuego”, “Julietta es el sol”, “las líneas de fuerza eléctrica son como líneas de corriente líquida”). En la metonimia no se origina un plus de conocimiento como sí se produce en la metáfora viva.

Cuando decimos “mil cascos vienen avanzando” en lugar de “mil soldados vienen avanzando” estamos usando una *sinécdoque*, pues hay una *relación de conexión* donde dos objetos forman: “un conjunto, un todo físico o metafísico, en donde la existencia o la idea del uno se encuentra comprendida en la existencia o en la idea del otro” (Ricœur, 1977, p. 92). Al ser el casco un elemento del uniforme de batalla del soldado, casco remite al soldado y viceversa.

La relación de conexión comportará pues, también, numerosas especies:

- Decir la parte por el todo: “venían avanzando diez mil yelmos” por “venían avanzando diez mil soldados”;
- Decir la materia por la cosa: “en la casa había mucha madera” por “en la casa había muchos muebles de madera”;
- Decir lo singular por lo plural: “y fue derrotado —en aquella batalla— el soldado asirio” por “y fueron derrotados —en aquella batalla— los soldados asirios”;
- Decir el género por la especie: “vacunó a todos los animales” por “vacunó a todos los perros”;
- Decir lo abstracto por lo concreto: “respeta a la vejez” por “respeta a los ancianos” (la metáfora en cambio dice lo abstracto por lo concreto entre dos dominios diversos);
- Decir la especie por el individuo: “el hombre llegó a la luna” por “Neil Armstrong llegó a la luna”.

Así, las sinédoques son relaciones de conexión dentro de un mismo objeto (todo-parte) o idea (singular-plural), mientras que en las metáforas hay un cambio de dominio. En la sinédoque tampoco se origina un plus de conocimiento como sí se produce en la metáfora viva. Dice Oliveras:

La metonimia y la sinédoque producen una redistribución paradigmática que afecta la organización usual de términos dentro de un mismo grupo asociativo. La metáfora en cambio es menos realista. Produce un salto paradigmático por el que se reemplaza a un miembro de un paradigma por un miembro de otro paradigma distinto (Oliveras, 2007b, p. 29)

Lo de ser “menos realista”, se refiere a lo que hemos caracterizado como desrealización (cf. Schultz, 1916, p. 62), deshumanización (cf. Ortega y Gasset, 1925, p. 358 y 366), contraindicación (cf. Goodman, 2010, p. 74), error (cf. Percy, 1958, p. 81), impertinencia (cf. Ricœur, 2006, p. 23).

Correspondencia (metonimia) y conexión (sinédoque) designan pues dos relaciones que se distinguen como la *exclusión* (“todo

absolutamente aparte”, como copa-vino) y la *inclusión* (“comprendido dentro...”, como casco-soldado).

Finalmente, la *relación de la semejanza* que da lugar a la metáfora, según Fontanier consiste “en presentar una idea bajo el signo de otra idea más asombrosa o más conocida” (citado por Ricœur, 1977, p. 93).

X. SIGNIFICATIVIDAD: SIGNIFICADO COMO EXPERIMENTACIÓN

§. *Conceptualización directa y metafóricamente emergente*

Hemos dicho que Lakoff & Jonhson compartían la impresión de que las ideas sobre el significado dominantes en la filosofía occidental y la lingüística eran inadecuadas porque constataban que “‘significado’ en esas tradiciones tiene muy poco que ver con lo que la gente encuentra ‘significativo’ en su vida” (Lakoff & Jonhson, 2007, p. 33). Es por ello que en su concepción de lo metafórico ellos destacan el tema de *experimentar* algo en función de otra cosa, dando a la metáfora una dimensión semántica de base somática: “la esencia de la metáfora es entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra” (p. 41). Todo esto interesa —por ejemplo— a la docencia que busca estrategias para que los conceptos se “encarnen”, tomen “cuerpo” y conecten con los conocimientos que ya se poseen para ser comprendidos. A la vez, interesa en cualquier proceso que intente motorizar la creación y la comunicación.

Vimos que hay conceptos “directamente emergentes” como “adentro-afuera” o “alto-bajo” que dan lugar —por traslado metafórico— a “metáforas espacializadoras” como “estoy *alto* de ánimo” y a “metáforas ontológicas o sustancializadoras” como la que asume que *el* campo visual es un *contenedor* que divide el espacio entre un adentro y un afuera (“lo tengo *dentro* de mi campo visual”) o la esquina es un *recipiente* (“Juan está *en* la esquina”) o que el alma tiene una profundidad como si fuera una *cavidad* (“desde el *fondo* de mi alma”). Estos conceptos “directamente emergentes” (arriba/abajo; adentro/afuera; adelante/atrás) se distinguen de los “metafóricamente emergentes” (Lakoff & Jonhson, 2007, p. 41) como los

vistos en los ejemplos recién mencionados (el ánimo, el campo visual, la esquina, el alma, los cuales se revisten de una imagen metafórica que permite darles ciertos contornos o “encarnación” en orden a su inteligencia y comunicación).

Puede esto dar la impresión de que todos los conceptos caen en una de las dos categorías: *directamente* emergentes y *metafóricamente* emergentes. Lakoff & Jonhson señalan que el concepto de *causa* o la idea de *causación* es un modo híbrido: “[...] ni puramente emergente ni puramente metafórico. Más bien parece poseer un núcleo directamente emergente que se elabora metafóricamente” (p. 41).

Por otro lado, los mismos autores señalan que las teorías sobre el significado al uso entienden que nuestros conceptos complejos pueden ser descompuestos en constituyentes últimos del significado, *primitivos* e *indescomponibles*, considerándose que *causa* es uno de esos primitivos: “El concepto de causación a menudo es tomado por uno de estos últimos constituyentes” (p. 109-110).

Pero Lakoff & Johnson encuentran que el concepto de causa tiene un núcleo descomponible en doce elementos que surgen directamente de la experiencia del obrar como “causa” a través de manipulaciones directas.

§. *La manipulación directa y el concepto de causa*

Estos autores —como dijimos— no están de acuerdo con la consideración de la *causación* como un *concepto primitivo*, si bien entienden que es un concepto humano *básico* —utilizado frecuentemente para organizar las realidades físicas y culturales— ello no significa que sea un concepto *indescomponible*. Para ellos la idea de causación es una *gestalt experiencial*: “Una comprensión adecuada de la causación exige que se la considere como un conjunto de elementos. Pero ese conjunto forma una gestalt, un todo que los seres humanos encontramos más básico que sus partes” (Lakoff & Jonhson, 2007, p. 110).

En otras palabras, la causación tiene una génesis empírica y una estabilidad como idea en la que pueden espigarse características comunes en una gran variedad de experiencias. Piaget entendía que los niños pequeños van aprendiendo un concepto de causa al darse cuenta que pueden manipular objetos a su alrededor, tirar de sus mantas, arrojar su mamadera, dejar caer sus juguetes, etc.: “En efecto existe una fase en que los niños parecen ‘practicar’ estas manipulaciones, por ejemplo repetidamente dejan caer la cuchara” (Lakoff & Jonhson, 2007, p. 110). Las manipulaciones directas como el abotonarnos la camisa, el accionar el interruptor de la luz, el abrir una puerta, etc. son acciones muy diferentes pero que poseen “elementos comunes” que caracterizan la noción de “causa directa”, que comprende doce elementos que se detallan a continuación:

El agente tiene como objetivo un cambio de estado en el paciente.

El cambio de estado es físico.

El agente tiene un plan para cumplir su objetivo.

El plan exige que el agente use un programa motor.

El agente controla este programa motor.

El agente es primariamente responsable de llevar a cabo su plan.

El agente es la fuente de energía [...] y el paciente es el objetivo de la energía.

El agente toca al paciente con su cuerpo o con un instrumento.

El agente lleva a cabo su plan con éxito.

El cambio en el paciente es perceptible.

El agente vigila el cambio en el paciente a través de la percepción.

Hay un único agente específico y un solo paciente específico.

[estas] propiedades caracterizan manipulaciones directas “prototípicas”. (Lakoff & Jonhson, 2007, p. 110-111) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

A través de diversas situaciones de causación, surge por manipulación directa su *esquema* que es más básico o simple que el *conjunto* de sus

partes. Es decir, la noción de “causa directa” no se basa en una conciencia conjuntista de sus “12 pasos o características” sino en la “destilación” de una *gestalt* mucho más simple que es como la estructura prototípica o “parecido de familia” que caracteriza a una especie.²¹

§. *Elaboración metafórica del concepto de causa*

Este núcleo *gestáltico* recién referido se traslada a una gran variedad de acciones y acontecimientos (tirar el biberón, abotonarse la camisa, encender la luz, etc.) reconocidos como *causación* de esas acciones y acontecimientos, lo cual realimenta a su vez la estabilidad de la *gestalt*: “El concepto es estable porque continuamos funcionando bien con él” (Lakoff & Jonhson, 2007, p. 112).

Lakoff & Johnson dicen que este núcleo directamente emergente (de doce dimensiones) de las experiencias de causación por manipulación directa, se elabora metafóricamente debido a la producción de *extensiones metafóricas* de la causación prototípica, extensiones que (manteniendo las doce dimensiones) tienen la característica adicional de convertir a ese núcleo en ejemplos de un *hacer*: como resultado de la manipulación directa vemos el objeto como un *tipo* de cosa diferente producto de ese *hacer*. Veamos ejemplos para aclarar lo que queremos decir. Consideremos las siguientes frases y acciones: “hice un avión *de* papel” o “hice una estatua *de* arcilla”, dicen los autores:

Conceptualizamos este tipo de cambios [...] en términos de la metáfora EL OBJETO SALE DE LA SUSTANCIA. Esta es la razón por la que se usa la expresión *de* en los ejemplos anteriores: [...] se ve el avión saliendo del papel; se ve la estatua saliendo de la arcilla (p. 113).

21. Los autores usan la palabra “prototípico” en el sentido de Rosch en su teoría de la categorización humana. “Sus experimentos indican que la gente categoriza los objetos no en términos de teorías de conjuntos, sino en términos de prototipos, de parecidos de familia”. (Lakoff & Jonhson, 2007, p. 111).

Así, la manipulación directa nos permite destilar una *Gestalt* de doce dimensiones que configuran el concepto directamente emergente de *causación*. Cuando a estas dimensiones se les agrega un *hacer* que termina causando determinado producto, aparece un concepto metafórico como “el objeto sale de la sustancia”, lo cual sigue fortaleciendo el concepto de *causación* pero en este caso a través de una elaboración metafórica.

XI. ¿QUÉ NO ES Y QUÉ ES LA METÁFORA?

§. *La metáfora es verbo no sustantivo*

En nuestro recorrido hemos dicho que la metáfora es “experimentar” un tipo de cosa en términos de otra; es “inteligir creativamente” lo impalpable desde lo palpable, es “ver” dos cosas en una; es el “interactuar” de un foco con un sistema marco; es “generar un error”, es “enredar dominios dispares”... Todas estas caracterizaciones a través del *ar, er, ir*, nos indican una operación de la metáfora, la metáfora “es durante” esta operación, no es un “descansar” sino una tensión activa y gozosa.

§. *Precisiones, distinciones: lo que no es*

Luego de este recorrido podemos ir distinguiendo algunas cosas:

La metáfora no es propiamente una “comparación”, si bien puedo decir “Julietta es el sol” o “Julietta es-como el sol”, también puedo decir “Julietta es más alta que María”: en este último ejemplo hay comparación pero no hay metáfora. ¿Podría decirse que toda metáfora es comparación pero que no toda comparación es metáfora? Sí.

La metáfora no es una analogía, sino la causa de la analogía establecida. Porque es una experiencia tensiva y es todo lo que *surge de* esa experiencia tensiva, la metáfora es todo lo que esos signos escritos o escuchados producen en acto.

La metáfora no es propiamente una relación de semejanza, es causa de la relación de semejanza: al decir “Julietta es el sol” asemejo metafóricamente, pero una cosa es el resultado de la semejanza (esos signos escritos o escuchados) y otra la operación de asemejar.

La metáfora no es un mero traslado (*metaféro*), puedo trasladar una sandía desde el mercado a mi casa y no hay metáfora. Hay metáfora al trasladar con la mente esquemas (elementos y relaciones) de un paradigma a otro en el que quedan descolocados. Recordemos que paradigma es “un agrupamiento de elementos (lingüísticos o no lingüísticos), sea cual fuere el principio que justifique esa reunión” (Oliveras, 2007b, p. 24).

§. *Definición provisoria*

Provisoriamente entonces, la metáfora es un traslado mental de un esquema (elementos y relaciones) entre ámbitos o paradigmas diversos en el sentido del más concreto hacia el más abstracto, que genera una tensión rica en consecuencias cognitivas, semánticas, comunicacionales y creadoras u ontologizadoras.

XII. OPERACIÓN METAFÓRICA EN LITERATURA, CIENCIA Y GENERACIÓN DE LENGUAJE

Indagando sobre varias metáforas, hasta aquí hemos podido detectar un funcionamiento de la metáfora en base a “coseposiciones” de determinados elementos comunes que habilitan pero no contienen el “ver dos cosas en una”. Vamos a dar tres ejemplos y luego indicaremos todas las presuposiciones que estos modos de funcionamiento conllevan.

§. *Desde rasgos semánticos comunes y diferenciales*

Uno de los mecanismos que hace posible el funcionamiento de la metáfora puede visualizarse desde la descomposición de los conceptos o palabras en características notables o rasgos semánticos²² y haciendo uso de los diagramas de Venn-Euler —tomados de la teoría de conjuntos— para visualizar la distinción entre los rasgos comunes y los diferenciales. Veamos el siguiente ejemplo —de Aristóteles—: “sembrando una luz divina” (Aristóteles, 2004, p. 95), es un texto en el cual donde se supone que debía decir “irradiando” el poeta pone “sembrando”. El “sembrar” una luz, introduce una impertinencia, algo inaudito, algo que produce la ruptura de una lógica. Pero justamente en este uso desviado del sembrar, trasladado al ámbito de la luz se produce un plus de sentido.

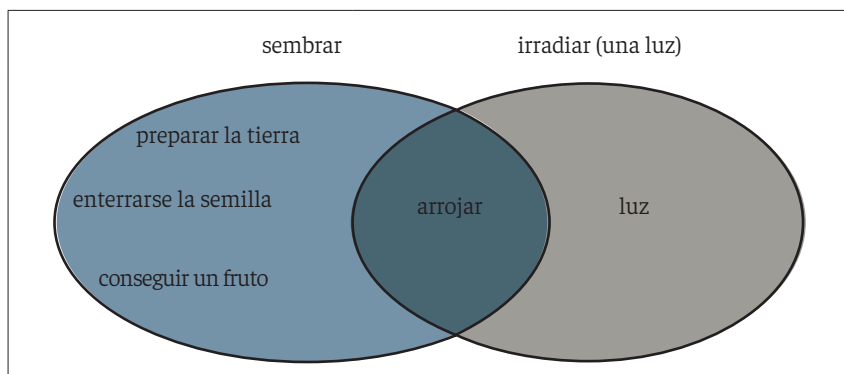
22. Preferimos hablar de “rasgos semánticos” y no de “semas”, pues esta última palabra está cargada de connotaciones estructuralistas. En consecuencia, no nos referimos a la descomposición y clasificación de la semántica estructural, vg. la de Pottier, ni tampoco a la virtual-figurativa de Greimas (cf. Beristáin, 1998, p. 435-436).

La expresión: “irradiando una luz divina” dice menos que “sembrando una luz divina”... Porque esta última es una “desrealización”, una huida de lo “real” como cosa establecida y cerrada (cf. *supra*: *Metaforizar: desrealizar, deshumanizar y gozar*). Veamos cuál es el fundamento y el plus que origina el decir metafórico. Los verbos sembrar e irradiar tienen rasgos semánticos (rasgos de significado) comunes que hacen pertinente la semejanza, las acepciones (numeradas según el orden de importancia) del Diccionario de la Real Academia (DRAE) se muestran y analizan en los esquemas siguientes:

Significados de “sembrar”:	Significados de “irradiar”:
1. Arrojar y esparcir las semillas en la tierra preparada para este fin. 2. Desparramar, esparcir. 3. Esparcir, publicar una noticia para que se divulgue. 4. Dar motivo, causa o principio a algo. 5. Colocar sin orden algo para adorno de otra cosa. 6. Hacer algo de lo que se ha de seguir fruto.	1. <u>Despedir</u> rayos de luz, calor u otra energía. 2. Someter algo a una radiación. 3. Transmitir, propagar, difundir. Nota: <u>Despedir</u> = soltar, desprender, arrojar algo (DRAE)
rasgos semánticos comunes entre sembrar e irradiar: “arrojar”	
rasgos semánticos diferenciales entre sembrar e irradiar (luz):	
“semilla” / “luz” “preparar el terreno (que recibirá la semilla)” “seguir un fruto” “entrar la semilla” / “quedar la luz en la superficie (de lo iluminado)”	

Esquema N° 10: Rasgos semánticos de “sembrar” e “irradiar” (esquema propio: H.M.)

En diagrama de Venn-Euler:

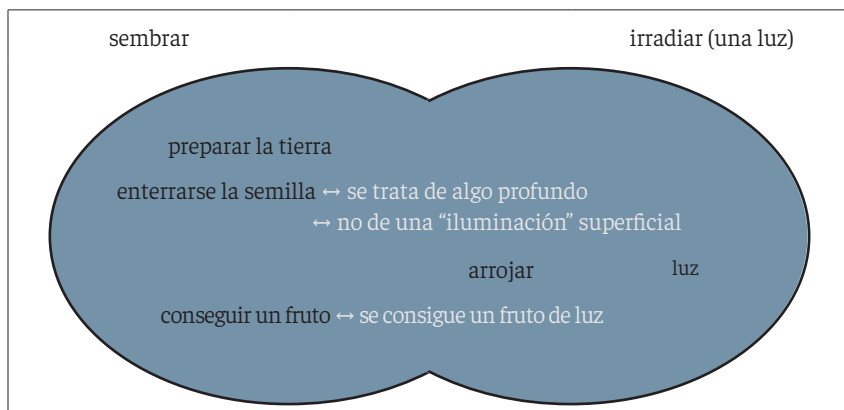


Esquema N° 11: Representación de la metáfora “sembrando una luz divina”, en la conceptualización aparece un paralelismo desde el rasgo semántico “sembrar” que en el diagrama se ubica en la intersección de los conjuntos que engloban los rasgos semánticos de cada concepto emparejado por la metáfora (esquema propio: H.M.)

“Sembrar” e “irradiar” se vinculan por su rasgo semántico común de “arrojar” o “despedir” (simbolizado en el diagrama en la zona de intersección de los conjuntos de rasgos sémicos correspondientes). La metáfora sugiere —desde los rasgos semánticos diferenciales— cierto “traspaso” o “trasvase” de los semas de un contexto hacia el otro produciendo un nuevo sentido: al sembrar una luz, esta penetra (no queda en la superficie) y se obtiene un fruto (de luz en este caso).

La metáfora implica la coposesión de rasgos semánticos comunes entre los términos emparejados manifestándose cierto fundamento de la visión de dos en uno y —paralelamente— una tensión debido a los rasgos semánticos “diferenciales” que abren la puerta a la consideración de un plus de sentido ¿Cuál es este plus de sentido? Que si lo sembrado es una luz con el sembrar habrá un fruto de luz, habrá un crecimiento interior que “hecha raíces profundas” (no es un mero ser iluminado “superficialmente” por esa luz). Notemos que podemos seguir desentrañando la imagen, lo cual no es traducir la metáfora (cf. *supra*: *Metaforizar no es traducir embelleciendo*).

Nótase que el “trasvase” de rasgos semánticos de un conjunto a otro se produce porque el “ver dos cosas en una” corresponde a la “unión” de los conjuntos diagramados arriba:



Esquema N° 12: Representación del efecto de “plus” de sentido imbricado en la metáfora “sembrando una luz divina”, donde se esperaría irradiar figura sembrar, en la conceptualización aparece un rasgo diferencial que se trasvasa del sembrar hacia el irradiar. Las flechas dobles y características en color blanco señalan la transformación de elementos en el conjunto de partida por la “fusión” del ver dos en uno, es propiamente el plus de sentido que la metáfora logra en este caso (esquema propio: H.M.)

§. Desde la coposición de partes o elementos comunes

La metáfora funciona además de la coposición de rasgos semánticos comunes por la coposición de partes, dada en el plano material o referencial, cuando la metáfora no es lingüística (cf. *infra*: *La metáfora extralingüística*). En la metáfora de los flujos de agua de Maxwell salimos del ámbito de la palabra y de la semántica y podríamos hablar de una coposición de “elementos comunes” que el genio ha captado por traslado metafórico (cf. *supra*: Esquema N° 4). En nuestra investigación sobre las metáforas que han sentado las bases de la ciencia moderna, analizamos el caso de la ley de Gravitación Universal de Newton. Dentro del elenco de *Definiciones* de su obra magna *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica* (Principios matemáticos de

la filosofía natural, en adelante: *Principia*) aparecen hipótesis cuya procedencia es metafórica: es el caso de la fuerza de gravedad que sostiene y mantiene girando alrededor como atados a una cuerda invisible a los planetas alrededor del sol y a los satélites —como la Luna— alrededor de los planetas. Newton tomando una metáfora de Huygens (Newton, 1982, p. 81) entiende la fuerza de gravedad desde la imagen de la tensión que aparece en una cuerda al hacer girar una boleadora o piedra en una honda:

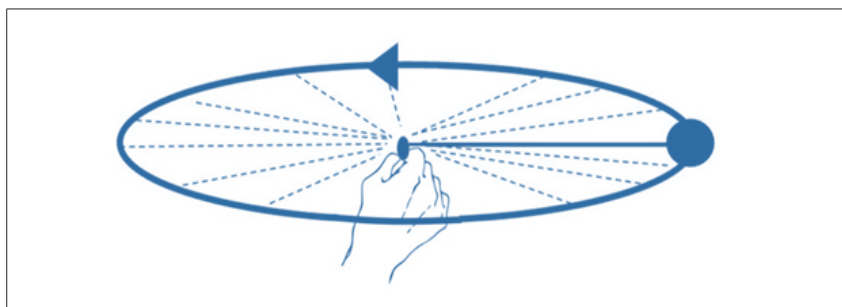


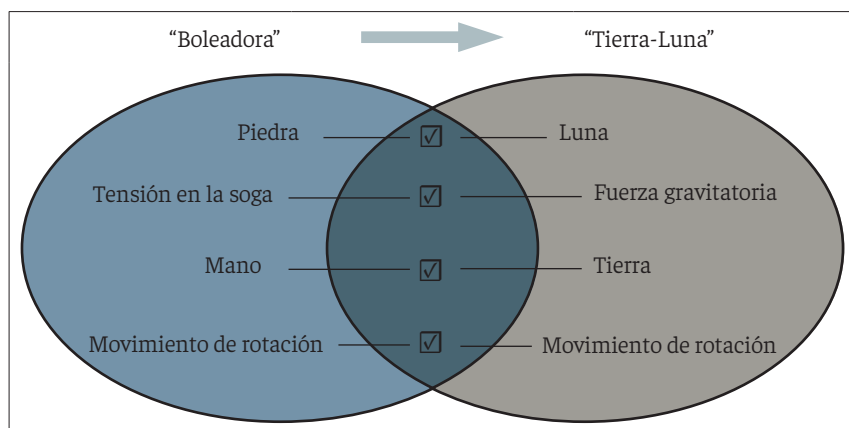
Fig. N° 3: la fuerza de gravedad que mantiene a la luna en su órbita alrededor de la Tierra, es como la tensión de la cuerda que mantiene a la piedra en revolución (elaboración propia: H.M.)

Esto parece una “pavada”, pero justamente la matematización de este esquema físico tan sencillo fue un eslabón importante en la elaboración del famoso modelo matemático de la Ley de Gravitación universal (cf. obtención en Magnasco, 2019).

Reconoce Newton la autoría de Huygens de la genial analogía en el Escolio (explicación) que sigue al Corolario IV de la Proposición IV del Primer Libro de *Principia*: “Huygens, en su eximio tratado *De Horologium Oscillatorium* ha comparado la fuerza de gravedad con las fuerzas centrífugas de cuerpos en revolución. (Newton, 1982, p. 81). La Definición V trae concretamente el ejemplo de la honda o de la “boleadora” que permite ver la fuerza de gravedad que atrae a un satélite hacia un planeta (como el sistema Tierra-Luna) como la fuerza centrípeta:

Una piedra que da vueltas en una honda se esfuerza por alejarse de la mano que la hace girar y por ese esfuerzo distiende la honda tanto más cuanto que con mayor velocidad gira, y sale volando tan pronto como es liberada. Llamo fuerza centrípeta a aquella que se opone a ese esfuerzo, y mediante la cual la honda atrae continuamente la piedra hacia la mano y la retiene en su órbita, porque se dirige hacia la mano como hacia el centro de la órbita. Y lo mismo debe entenderse de todos los cuerpos que giran en órbitas. (Newton, 1982, p. 29) (Subrayado nuestro: H.M.)

En el siguiente esquema representamos la metáfora: “la fuerza de gravedad es como la tensión en una cuerda de una boleadora”:



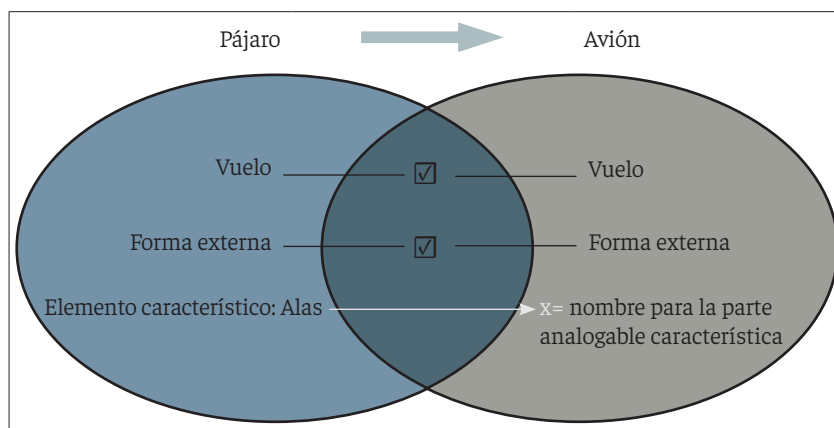
Esquema N° 13: Representación de la metáfora “la fuerza de gravedad es como la tensión en una cuerda de una boleadora”, en la conceptualización aparece un paralelismo, la flecha indica el sentido del traslado desde lo familiar. Observamos un paralelismo parcial de partes analogables, desde funcionamientos analogables o desde acciones analogables (esquema propio: H.M.).

Notemos —nuevamente— que en este último esquema no hay real intersección como, por ejemplo en el esquema N° 11, sino la captación de una estructura común (cf. metáfora estructuradora). Ni el sistema Tierra-Luna es una honda o boleadora y viceversa, pero la vinculación imaginativa le permite al sistema Tierra-Luna

ir “de menos a más” al habilitar una universalización de la acción de fuerzas “terrestres” en lo “celeste”, incorporando a lo celeste fuerzas que no estaban conceptualmente allí antes de dicha vinculación metafórica.

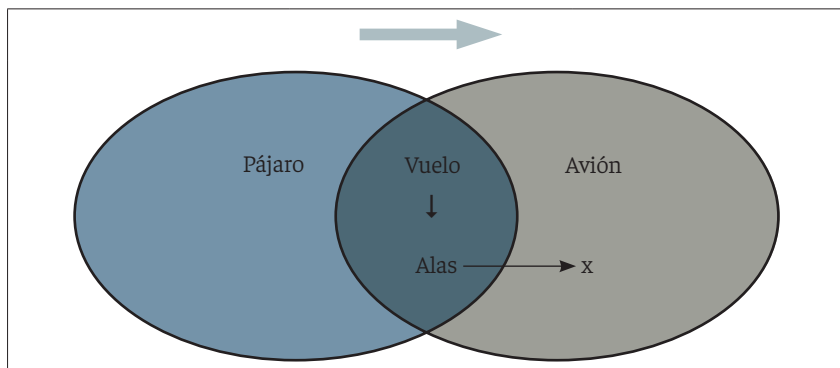
§. Ejemplos de generación metafórica del lenguaje natural

Algo semejante a lo mostrado en el Esquema N° 13 funciona en la generación de lenguaje natural. Por ejemplo respecto del nombre de las “alas” del avión, “alas” hace referencia primera a un ave voladora: el pájaro fue antes que el avión, volar como los pájaros ha sido un anhelo del hombre. Desde el funcionamiento básico de un ave voladora y desde los elementos característicos (todos los animales tienen cuerpo y cabeza, pero alas muy pocos, siendo entre ellos características las aves) se ha nombrado a esa parte del avión sin nombre “alas”, hay un vacío que se cubre a través del mecanismo de la metáfora:



Esquema N° 14: esquema de generación metafórica de un nombre para las “alas” de un avión desde un paralelismo parcial de partes analogables respecto de las aves. La flecha indica la inteligibilización desde el dominio fuente hacia el dominio meta (esquema propio: H.M.)

El esquema en diagrama de Venn-Euler anterior que vincula un avión y un pájaro podemos tratarlo en forma más sintética desde el funcionamiento característico:



Esquema N° 15: generación metafórica del nombre para las “alas” del avión desde un paralelismo parcial de funcionamiento analogable con el vuelo de las aves (esquema propio: H.M.)

Por supuesto que esta innovación metafórica ha caído en *katacrexis*, es decir, el olvido de su origen metafórico, surgiendo el concepto lexicalizado de “ala”: “Cada uno de los órganos o apéndices pares que utilizan algunos animales para volar. 2. Cada una de las partes que a ambos lados del avión presentan al aire una superficie plana y sirven para sustentar el aparato en vuelo” (DRAE).

Es interesante que desde la posición a ambos lados del cuerpo del ave, se extienda el nombre de “ala” al sector de un edificio o de un espacio: según la tercera acepción del diccionario ala es “cada una de las partes que se extienden a los lados del cuerpo principal de un edificio o en que se considera dividido un espacio o construcción cualesquiera. *El ala derecha de la plaza, del escenario*” (DRAE). Del mismo modo debido a las posiciones extremas de las alas del ave se traslada metafóricamente a las tendencias de un partido: ala es en su cuarta acepción es “cada una de las diversas tendencias de un partido, organización o asamblea, referida, sobre todo, a posiciones extremas” (DRAE).

Como hemos dicho, basta consultar un diccionario para darnos cuenta que la etimología suele denunciar una metaforización de base de las palabras de nuestro lenguaje.

Baste lo dicho hasta aquí sobre el fundamento del funcionamiento metafórico y de la innovación o “plus” de sentido lograda, “plus” que tiene fundamento *in re* —en la cosa— y en el sujeto que lo crea desde su cantera de analogías (fruto de su interacción vital con el mundo y los demás sujetos).

Capítulo 2

LA METÁFORA ESCONDIDA EN LA LÓGICA

La mente racional es un sirviente fiel, pero la mente intuitiva constituye un don sagrado. La paradoja de la modernidad consiste en habernos decantado por rendir culto al sirviente y deshonrar a la Divinidad.

Albert Einstein (citado por Owen, 2003)

XIII. LA INFLUENCIA DE LAS METÁFORAS SOBRE LOS PRINCIPIOS LÓGICOS CLÁSICOS

§. Desde la espacialización dentro-fuera de base somática

Respecto de los principios lógicos traemos lo dicho por Lakoff & Johnson: “[...] la mayoría de nuestros conceptos fundamentales están organizados en términos de una o más metáforas espacializadoras” (Lakoff & Johnson, 2007, p. 55). La condición de “básicas” de las metáforas espacializadoras y ontológicas está dada por cuanto estas metáforas se construyen sobre conceptos captados directamente: dentro-fuera, arriba-abajo, sustancia (sin mediar otra metáfora encadenada). Estos conceptos captados directamente, marcan por proyección metafórica (escondida) la “base lógica” de nuestro sistema conceptual (*identidad, no contradicción, tercio excluso*).

Veámoslo desde la espacialización *dentro-fuera* de base somática:

1. El principio de *identidad*: todo ente —o sustancia— coincide consigo mismo (base somática: mi cuerpo es mi cuerpo, es idéntico a sí mismo).
2. El principio de *no contradicción*: un ente no puede ser una cosa y ser otra distinta al mismo tiempo (base somática: algo está adentro mío o está afuera; yo soy yo, lo de afuera ya no soy yo).
3. El principio de *tercio excluso*: algo es o no es pero no puede ser y no ser al mismo tiempo (base somática: algo está adentro mío o está afuera; yo soy yo, lo de afuera ya no soy yo, se excluye la posibilidad de que algo sea y no sea a la vez yo mismo).

Es decir que cuando afirmamos de una cosa que no puede “ser y no ser” al mismo tiempo, estamos utilizando un concepto metafórico. Este concepto como “principio” lógico nos ha sido muy útil en nuestra andadura por el mundo macroscópico, pero plantea

muchos problemas en el mundo microscópico donde parece funcionar otra lógica, la de “tercio incluso” (cf. la lógica dialéctica de Stéphane Lupasco que surge ante las paradojas de la física cuántica).

§. *Desde la metáfora sustancializadora del contenedor*

Veamos ahora la generación de los principios lógicos clásicos desde la metáfora sustancializadora del *contenedor*, o del *recipiente* que metafóricamente es nuestro cuerpo:

1. *Identidad*: el recipiente es igual a sí mismo.
2. *No contradicción*: algo está adentro o está afuera pero no en ambos lados todo entero.
3. *Tercio excluso*: algo está adentro o está afuera pero se excluye que pueda estar en ambos lados a la vez todo entero.

Los principios lógicos de nuestro pensamiento han sido asumidos ingenuamente desde el racionalismo como innatos o primitivos, es decir como una estructura sin génesis. Desde lo que venimos transitando se puede inferir que lo que hay de primitivo en nuestro sistema conceptual no son conceptos lógicos innatos primitivos indescomponibles sino metáforas espacializadoras y ontológicas de base somática.

§. *Crítica: la dicotomización geométrica del pensamiento*

Hemos dicho que la metáfora revela aspectos de lo real y oculta otros. A nivel de los “principios lógicos”, estos tomados como “principios” ingénitos son peligrosos para el pensamiento, en tanto pueden “rigidizarlo” y detenerlo. Quien ha advertido esto de modo contundente es Gastón Bachelard.

Bachelard critica el sistema conceptual y el pensamiento *emergente* que ha metaforizado todo en base a la *dicotomía dentro-fuera*. Dice que esta dicotomía se traslada metafóricamente como si todo debiera decidirse “por sí o por no”: “Tiene la claridad afilada de la dialéctica

del *sí* y del *no* que lo decide todo” (Bachelard, 2005, p. 250). Esta perspectiva anula la síntesis dialéctica y la posibilidad del *tercio incluso* que supone el ver dos en uno.

Continúa diciendo Bachelard que la metaforización basada en el *dentro-fuera* genera “una base de imágenes que dominan todos los pensamientos de lo positivo y de lo negativo” (p. 250), es decir positivo es adentro, negativo es afuera, verdadero es adentro, falso es afuera y no hay otra posibilidad. “El filósofo piensa con lo de dentro y lo de fuera el *ser* y el *no ser*. La metafísica [...] se ha enraizado así en una geometría implícita [...] que [...] espacializa el pensamiento” (p. 250). Irónicamente se pregunta: “¿Si el metafísico no dibujara, pensaría? [...] Lo abierto y lo cerrado son metáforas que añade a todo, incluso a sus temas” (p. 250).

Bachelard habla de una “cancerización geométrica” de la realidad basada en esta geometría somática del dentro-fuera y en las proyecciones metafóricas que dan origen a una “ontología mal vigilada”, en cuanto que absolutiza lo que es relativo:

Se quiere fijar el ser y al fijarlo [...] se hace pasar a la categoría de absoluto la dialéctica del aquí [adentro] y del allá [afuera]. Se da a esos pobres adverbios de lugar poderes de determinación ontológica mal vigilados. Muchos metafísicos [y lógicos como Wittgenstein] exigirían una cartografía. Pero en filosofía todas las facilidades se pagan y el saber filosófico se inicia mal a partir de experiencias esquematizadas. Estudiemos un poco más de cerca esta cancerización geométrica del tejido lingüístico de la filosofía contemporánea. (Bachelard, 2005, p. 251-252) (Aclaración entre corchetes propios: H.M.)

Bachelard aspira a “abrir el ser” que ha sido encerrado (reducido a sustancia); según este epistemólogo la metafísica geométrica debe aprender de los poetas. En sintonía, en lugar de reducir el ser a una sustancia con un dentro y un afuera Bachelard plantea el ser como una espiral:

Encerrado en el ser, habrá siempre que salir de él. Apenas salido del ser habrá siempre que volver a él. Así, en el ser, todo es circuito, todo es desvío, retorno, discurso, todo es rosario de estancias, todo es estribillo de coplas sin fin. ¡Y qué espiral es el ser del hombre! En esta espiral ¡cuántos dinamismos se invierten! Ya no se sabe enseguida si se corre al centro o si se evade uno de él. Los poetas conocen bien este ser de la vacilación del ser. (p. 252-253).

Baste lo dicho para comprender que la estructura metafórica de lo conceptual, de la lógica y de la reflexión, es algo sostenido —tanto como cosa natural (Lakoff & Johnson), como cosa negativa (Bachelard)— por autores tan lejanos en su pensamiento como los nombrados.

XIV. LA INFLUENCIA DE LAS METÁFORAS SOBRE LOS RAZONAMIENTOS CLÁSICOS

§. *El origen metafórico de la deducción y de la inducción*

Tomemos un ejemplo clásico de razonamiento deductivo:

1. *Todos los hombres son mortales* (premisa mayor o REGLA),
2. *Juan es hombre* (premisa menor o CASO de la REGLA);
3. *Entonces: Juan es mortal* (conclusión o RESULTADO),

Samaja se pregunta ¿Cómo se obtuvo la REGLA? Puesto que esta “es un universal y por ende se encuentra siempre más allá de toda experiencia posible que sólo contiene singularidades” (Samaja, 2004, p. 108). Este es un problema general del conocimiento. No nos sorprende, sin embargo, que tal REGLA haya sido obtenida mediante una *inducción*:

- el hombre “1” murió (RESULTADO),
- el “2” también,
- el “3” también y así en toda la historia conocida,
- entonces la conclusión o REGLA universal: *todos los hombres son mortales*.

Un ejemplo más físico:

- una muestra de agua “1” hierve a 100°C (RESULTADO),
- y la “2” también
- y la “3” también
- y la “4” también, etc.
- entonces la conclusión: “el agua hierve a 100° C” (REGLA)

Es decir, respecto al primer ejemplo, hasta ahora los hombres mueren, luego la conclusión general *todos los hombres* (presentes y futuros) son mortales (REGLA universal). Respecto del segundo

ejemplo muchas muestras de agua hierven a 100° C, entonces la conclusión general: “El agua hierve a 100° C” (REGLA universal). Veremos que para enunciar la conclusión general (o REGLA universal), el inductivismo debe suponer que en cada particular anida una esencia universal (o bien que cada RESULTADO es un CASO de la REGLA universal).

Retengamos los esquemas lógicos que resumen los dos razonamientos clásicos:

- Deducción: REGLA + CASO \rightarrow RESULTADO
- Inducción: RESULTADO + CASO \rightarrow REGLA

Notar que la inducción (RESULTADO-CASO-REGLA) es la inversión de la deducción (REGLA-CASO-RESULTADO).

Parecido de familia y no generalización

Aparentemente la inducción funciona en base a una generalización, pero esto es un error de los inductivistas. Dice Samaja: “Generalizar significa que a un cierto atributo encontrado en una n cantidad de individuos es atribuido a todo el universo” (Samaja, 2004, p. 103) y marca que “el proceso científico por el cual se infieren a partir de una muestra ciertas conclusiones sobre un universo, no es una inferencia inductiva sino una inferencia analógica” (p. 102-103).

En el fondo de la cuestión, estamos afirmando —en el primer razonamiento— que los hombres son “análogos” en su condición de mortales, si bien el Sr. Pepe y la Sra. Pepa son distintos entre ellos y distintos a todos los seres humanos que ya han muerto, captamos que todos los seres humanos son análogos o semejantes en esta cuestión de ser mortales. Tal conclusión no es fruto de una generalización sino de una acción metafórica, ya que la analogía propuesta es fruto de un traslado (verbo *metaféro*, Pabón, 2001, p. 391) metafórico que los “ve” semejantes en esto, por tanto, funciona una lógica espécimen-especie, el Sr. Pepe y la Sra. Pepa son miembros de la misma especie: hombre. Compartimos la experiencia directa sobre los organismos vivientes:

nacen, crecen, se desarrollan, declinan, mueren... Los organismos vivos son análogos en esto y ese esquema integra nuestro acervo para concebir metafóricamente culminando en analogía: todos los seres vivientes en algún momento mueren. El Sr. Pepe y la Sra. Pepa pertenecen a la especie *hombre*, un tipo de organismo viviente, ergo, morirán. Entonces no funciona una generalización en la inducción sino una metáfora que obtiene una analogía.

En términos de la lógica clásica, la conclusión del razonamiento inductivo no se da por una lógica conjuntista (o en otras palabras por generalización) sino por la detección de un “parecido de familia” que responde a la lógica espécimen-especie que habilita obtener la REGLA. Se suele decir que los inductivistas no registran el paso por el “singular” que es un “universal concreto”, es decir algo individual en el que anida una esencia universal. El universal concreto coincide con el CASO de la REGLA.

Del mismo modo la conclusión sobre el agua supone *hipotéticamente* que en cada particular hay una propiedad universal, es decir se traslada (de nuevo el verbo *metaféro*) a cada particular la propiedad universal, y esto lo hacemos porque a las muestras de agua las “vemos semejantes” en esto. ¿Por qué las vemos semejantes en esto? En la metafísica clásica se habla de la “esencia” como aquella estructura formal que hace que una cosa sea esa cosa y no otra, es decir, el Chihuahua es igual en esencia a cualquier otro Chihuahua, pero es distinto en esencia a un Gran Danés. Del mismo modo un pedazo de mármol de Carrara es igual en esencia a cualquier otro pedazo de mármol de Carrara. Esta concepción que ve una esencia universal en cada particular es un principio económico de clasificación y se traslada en nuestros ejemplos al hombre y al agua, hay una esencia inferida o hipotética que los define. Entonces el esquema de la inducción no es RESULTADO + generalización → REGLA sino RESULTADO + CASO (que supone que en cada particular hay una esencia universal) → REGLA.

Las dos posturas clásicas señaladas —deducción e inducción— se transforman en dos caricaturas —deductivismos e inductivismos— cuando se desvinculan de los análisis realizados sobre la incidencia de la metáfora en ellos. Tales caricaturas no pueden explicar cabalmente como se logra obtener conocimiento universal desde lo particular: el inductivismo no puede justificar el salto a lo universal (que estaba puesto encubiertamente desde el principio de su indagación) y el deductivismo no puede justificar su punto de arranque (el cómo de *esa* REGLA). Ambas problemáticas se originan en el suponer “a priori” o metafísicamente que existe un sujeto y un objeto “puestos de *antemano*” como sustancias completas e inalterables antes de todo conocimiento (*res cogitans* o sustancia pensante vs. *res extensa* o sustancia material, ambas incomunicadas, separadas por una grieta), esto nos remite a repensar lo que entendemos por “verdad” (y también la verdad “científica”) y por lógica (cf. *infra*: *Construcción conjunta de sujeto y objeto por la metáfora*).

“Razonabilidad” humanizante y no razón robotizada

Volviendo a la conclusión —“el agua hierve a 100°C”—, ella es muy útil pero no es lógicamente válida, hay un salto desde “unas pocas muestras de agua” a “todas”. En el caso del ejemplo sobre los hombres que mueren la falla lógica “se siente menos” pues avala la REGLA universal, toda la historia pasada... Pero el error lógico sigue estando, si bien no podemos afirmar “lógicamente” que esto “siga siendo así”, nos parece poco “razonable” negar que las cosas sean de este modo: el hombre es mortal y el agua hierve a 100 °C y punto. La metáfora funciona como un “fundamento”, una experiencia que nos dice que las cosas deben ser de ese modo (cf. *infra*: *La verdad como “fundación de sentido” en la “fusión” metafórica*).

Aquí estamos haciendo una distinción interesante, no nos importa tanto que las cosas sean “totalmente lógicas” sino que

sean “razonables”, y en esto de ser razonables entra en el ruedo la metáfora y sus oportunos traslados.

La razón en la que entra la metáfora para construir “razonabilidad” y que es distinta de la “lógica robótica” es caracterizada por Nubiola desde los estudios peirceanos: “Frente a la razón de la modernidad, la razonabilidad peirceana apunta a un ser humano capaz de introducir nueva inteligibilidad en el universo, de dar sentido y de hacer razonable su propia vida y lo que le rodea” (Nubiola, 2009, p. 113). Desde el comienzo de nuestro recorrido hemos adherido al concepto de metáfora de Lakoff & Johnson la manera de experimentar una cosa en función de otra, destacando que en ese “experimentar” tomaba cuerpo el sentido, la significatividad para el hombre que hace la experiencia de aquello que lo rodea. Así el significado gracias a la operación metafórica empieza a tener que ver con “lo que la gente encuentra ‘significativo’ en su vida” (Lakoff & Johnson, 2007, p. 33). Vimos y veremos que en el fenómeno hermenéutico de la interpretación el hombre se re-interpreta a sí mismo, con lo cual la cosa “no es moco de pavo” (cf. *supra*: *La metáfora como invitación a la transformación*).

Sobre la “razonabilidad” encontrada en esta “significatividad” destaca Nubiola: “la razonabilidad, prepara el terreno a una comprensión más profunda de razón humana, que puede vencer la pobreza del naturalismo cienticista contemporáneo y del posmodernismo escéptico” (Nubiola, 2009, p. 111). Es decir, la pobreza del naturalismo cienticista es la operación de una razón sin razonador, de un conocimiento apartado —supuestamente— de los intereses del sujeto y sin intervención activa del mismo. Por otro lado el escepticismo que dice no hay verdad y si la hay no la podemos conocer, no nos deja muy a salvo de la depresión.

Dime cuáles son tus metáforas y te diré quién eres

Venimos sosteniendo que la metáfora está en la base de nuestro conocimiento y que en ese conocimiento logrado se hizo pie en una “cantera de analogías” (cf. Samaja, 2004, p. 138). De algún modo al conocer dejamos algo nuestro en los objetos que conocemos y ellos dejan algo de ellos en nosotros (cf. *infra*: “Fusión” de la realidad con el observador a través de sus metáforas).

Tales esquemas de la cantera sobre las que hacen pie las metáforas anidan en nuestra *praxis* y son como “órganos” que nos permiten asimilar metafóricamente la realidad y conducirnos en ella. Un ejemplo simple, hemos referido la experiencia directa sobre los organismos vivientes: nacen, crecen, se desarrollan, declinan, mueren... este esquema integra nuestro acervo para concebir metafóricamente. Este esquema —por ejemplo— se traslada junto con una metáfora sustancializadora al “día”: este nace (al alba), crece y se desarrolla (horas del día de luz diurna), declina (ocaso, puesta del sol), muere (entrada en la noche).

En la cantera se van depositando las *gestalts* experienciales (cf. *supra*: *Metaforizar desde una cantera de analogías*), recordemos que algunas son directamente captadas como el esquema “arriba-abajo”, otras son resultados de traslados metafóricos sobre las anteriores como “feliz es arriba-triste es abajo” o “subió o bajó la bolsa”. Y es la andadura pragmática hecha en primera persona con ayuda de la comunidad —experiencia de protagonismo— la que nos permite ir destilando esquemas más complejos como los que dan origen a las metáforas estructuradoras, y a que un niño vea un halcón tan viva y plenamente que no encuentre nada mejor para nombrarlo que la metáfora: *Blue Dollar Hawk* (cf. *supra*: *Las dos condiciones del surgimiento de la metáfora*).

El hecho de la comunicación nos da evidencia de que nuestra andadura como especie “en el mismo mundo”, va generando esquemas compartidos o analogías que permiten que nos podamos

comunicar con metáforas que hacen base en dicha colección o cantera que compartimos.

En el caso del niño que ve en el halcón un *Blue Dollar Hawk*, la cuestión es más personal y se dificulta saber por qué ese nombre metafórico cubrió plenamente el “hambre” del niño por obtener algo que le dijera qué *era* eso que vio volando. Seguramente que el porqué de esa metáfora nos diría no sólo algo sobre el halcón sino también algo sobre el niño.

Al respecto conviene advertir que la cantera de analogías, reservorio de esquemas directos y metafóricos que han funcionado y mediante los que conocemos, no es algo desvinculado de la “emoción” y de la “sensibilidad”. En este sentido Ortega y Gasset refiere que el poeta López Picó ofrece una sugestiva metáfora: *el ciprés es como el espectro de una llama muerta* y se pregunta: “¿Cuál es en ella el objeto metafórico? No es el ciprés ni la llama ni el espectro; todo esto pertenece al orbe de las imágenes reales. El objeto nuevo que nos sale al encuentro es un «ciprés-espectro de una llama»” (Ortega y Gasset, 1964, p. 257), de algún modo este nuevo objeto resulta de la “visión de dos en uno” que defendemos como caracterización de lo que la metáfora es. En este sentido, Ortega dice que “la metáfora nos satisface precisamente porque en ella averiguamos una coincidencia entre dos cosas más honda y decisiva que cualesquiera semejanzas” (p. 258) y se pregunta ¿Por qué?:

El sentimiento-ciprés y el sentimiento-llama son idénticos. ¿Por qué? ¡Ah! no sabemos por qué: es el hecho siempre irracional del arte, es el absoluto empirismo de la poesía. Cada metáfora es el descubrimiento de una ley del universo. Y, aun después de creada una metáfora, seguimos ignorando su porqué. Sentimos simplemente una identidad, vivimos ejecutivamente el ser ciprés-llama [...] La metáfora, pues, consiste en la transposición de una cosa desde su lugar real a su lugar sentimental (p. 261).

El filósofo afirma que ese sentimiento de identidad es del orden de lo irracional en tanto la metáfora consiste en la transposición de una cosa desde su lugar real a su lugar “sentimental” y ese lugar sentimental no es discernible del todo, por eso decíamos que hay una parte de la cantera muy personal y misteriosa que hace que el niño quede saciado con la misteriosa metáfora sobre el halcón.

El análisis de esas metaforizaciones personales pueden ser camino de autoconocimiento (cf. *supra*: *Metáfora extendida, autoconocimiento y transformación*).

§. *El origen metafórico de la analogía*

Hemos presentado una versión de la *analogía* que es el escalón más básico en las inferencias anteriores y se basa como dijimos en un traslado metafórico: se traslada (verbo *metaféro*) una estructura similar a todos los hombres y a todas las muestras de agua (cf. para un estudio profundo, Samaja, 2004, p. 98-108), como si de una “esencia” se tratara.

Veamos la versión del silogismo analógico de Darwin que lo llevó a un gran descubrimiento a través de un traslado metafórico que culminó en una analogía:

- Partió de una constatación, un *factum*: Una Granja produce seres vivientes conforme a fines (seres “adaptados”), mediante selección y acumulación de variaciones (lo sabemos en tanto granjeros o chacareros) (esta es la REGLA del análogo).
- Aquí viene el traslado metafórico: La naturaleza *es-como* una Granja (ANALOGÍA fruto de una metáfora que es el “ver dos en uno”).
- Conclusión de Darwin: La naturaleza produce seres vivientes conforme a fines (seres “adaptados”), mediante selección y acumulación de variaciones (esta es la REGLA del analogado).

Observa Samaja que la verdad de la afirmación *La naturaleza es como una granja* “es un acto perceptivo inmediato, que hunde sus raíces en la capacidad de un cierto sujeto de captar la semejanza

entre un objeto conocido (La Granja) y un objeto desconocido (la Naturaleza)” (Samaja, 2004, p. 105). Aquí hay una metáfora estructuradora funcionando y es interesante que Samaja (sin hablar de metáforas) lo considere fruto de un acto perceptivo inmediato, porque justamente venimos afirmando que la metáfora no es la traducción —segunda— de algo que podría decirse de otro modo —primero— sino que es un conocimiento primero de realidades (cf. *supra*: *Metaforizar no es traducir embelleciendo*).

Resumiendo: la deducción se basa en la inducción, la inducción en el establecimiento de una analogía y la analogía es resultado del traslado metafórico que está en la base de los razonamientos mencionados.

§. *La metáfora en el razonamiento abductivo*

Ante fenómenos *prima facie* desconcertantes —porque no sintonizan con lo conocido en la materia— y que hacen una especie de “vacío hermenéutico”, es un proceso común buscar entenderlo desde lo conocido, usando una metáfora que permita darle contornos, inteligirlo de algún modo. La metáfora aplica un esquema de la cantera de analogías, es decir, tal esquema se *infere* como posible causa o inteligencia probable de los mismos, resultando en una “hipótesis” que deberá contrastarse empíricamente.

Notemos lo siguiente:

- Esos “fenómenos intrigantes” en el lenguaje de los silogismos son un RESULTADO.
- Ese esquema tomado de la cantera de analogías —atisbado como un posible esquema coherentizador e inteligibilizador de eso que se intenta dilucidar— es en el lenguaje de los silogismos una REGLA (en este caso no es propiamente el Universal de la “lógica” sino un elemento de la cantera que funca como órgano de asimilación de la realidad, sería una REGLA adscribible a la

“razonabilidad” de Peirce de la que hablamos en *supra*: “Razonabilidad” humanizante y no razón robotizada).

- Finalmente, la inferencia que se llama “abductiva”, afirma que esos hechos intrigantes (RESULTADO) son un CASO de esa REGLA obtenida por operación metafórica.

Entonces el esquema del razonamiento abductivo es:

RESULTADO + REGLA \rightarrow CASO

Este tipo de inferencia *abductiva* es la *apagogé* de Aristóteles reinterpretada por Peirce y suele llamarse retroductiva porque procede de los efectos a las *posibles* causas. Notemos que el proceso es un “ir más allá” de la información dada a los sentidos, un “ir más allá” dado por el “traer desde otro lado” una propuesta de inteligencia para el “aquí y ahora” de la situación de vacío hermenéutico que se pretende dilucidar. Este traslado metafórico desde lo familiar o conocido —repetimos— no consiste en “embretar” o forzar una interpretación donde “todo resulta ser copia de lo mismo”: recordemos que hay una tensión fructífera en la que se produce conocimiento.

Peirce dice que en la abducción se produce un proceso de *uberty* que produce cierta emoción (al estilo del “Eureka” de Arquímedes). Con *uberty*, el autor se refiere a la capacidad heurística de la *abducción*, el vocablo es equivalente a “capacidad fructífera”, fecundidad (relacionado con la *ubertà* del italiano que significa cualidad de ubérrimo).

Peirce observa que hay dos modos de desordenar el razonamiento deductivo REGLA-CASO-RESULTADO, uno arroja la inducción: RESULTADO-CASO-REGLA, el otro la abducción: RESULTADO-REGLA-CASO, y con el desorden disminuye la fortaleza lógica (desde el concepto de “lógica” positivista aislada del sujeto) pero aumenta la razonabilidad o las consecuencias cognoscitivas o el grado de *uberty* (cf. Rodríguez Rodríguez, 2005).

Peirce entiende por abducción “cualquier modo o grado de aceptación de una proposición como verdad, porque se ha descubierto

un hecho o hechos cuya ocurrencia resultaría necesaria o probable en caso de que la proposición fuera verdadera” (Peirce, 2003 [1903], párr. 18).

En el ámbito científico al razonamiento abductivo Peirce lo llama de generación de Hipótesis, notemos que decir que esos “hechos intrigantes” son un CASO de tal REGLA es una HIPÓTESIS que luego la experimentación deberá corroborar (como ocurrió cuando Maxwell dijo que las líneas de fuerza magnética respondían al modelo de líneas de corriente líquida entre fuentes y sumideros, cf. *supra*: *Metaforizar en el arte, a diario y en ciencia dura*).

Recapitulando y vinculando los razonamientos que tienen lugar en el proceso científico: ante hechos que generan un “vacío hermenéutico” (RESULTADO), el mecanismo metafórico (impulsado por la *terceridad operante* en la naturaleza como veremos) desemboca en una ANALOGÍA que provee la REGLA para que en base a ella funcione la ABDUCCIÓN que es el momento creativo donde emerge el CASO de la REGLA. Este CASO es la HIPÓTESIS —enunciado universal— que se contrasta empíricamente —método hipotético-deductivo de la ciencia—.

XV. UNA NUEVA LÓGICA Y UNA NUEVA VERDAD

§. *Experiencia de protagonismo: condición del metaforizar*

La experiencia de protagonismo es un tipo de experiencia que rescata Samaja (1996, p. 25.49 y 2004, p. 138), más allá de los dos tipos de experiencia tradicionales: la experiencia pasivamente observante de lo que la realidad “le dicta” (realismo) y de la experiencia puramente intelectual de una “*res cogitans* cartesiana” anterior a todo conocimiento y aislada de la *res extensa* (idealismo). Esta “experiencia de protagonismo” denota una experiencia hecha en “primera persona”, ya no sólo pensando abstractamente u observando pasivamente lo que dicta la experiencia sensible sino actuando en un diálogo vivencial que va generando una cantera de esquemas híbridos. Es esta tercera concepción de experiencia la que es cara a nuestra investigación sobre la metáfora.

Estas dos experiencias tradicionales (puramente observante y puramente intelectual), tienen su raíz en dos grandes metáforas sobre la conciencia que rescata Ortega y Gasset que se pregunta ¿cómo se da el conocimiento, cómo es posible que una montaña se haga contenido de conciencia? Una metáfora clásica sobre la conciencia dice que esta es como una lámina de cera en la que la realidad, a modo de un sello, deja su impresión. Es la versión de un realismo ingenuo que deja al sujeto que conoce en la total pasividad:

La metáfora del sello que imprime en la cera su impronta delicada instálase, desde luego, en la mente helénica y va a orientar durante siglos y siglos todas las ideas de los hombres. Ya en el *Theetetos*, de Platón, se habla del *ekmageion*, de la tabla cerina, donde el escriba deja grabadas con su estilete las huellas literales. Y esta imagen,

repetida por Aristóteles —Sobre el alma, libro III, cap. IV—, va a repercutir a lo largo de toda la Edad Media, y en París y en Oxford, en Salamanca y en Padua, durante centurias, los maestros van a inyectarla en una legión de juveniles cabezas. (Ortega y Gasset, 1985 [1925], p. 616).

En el Renacimiento surge otra metáfora que se corresponde con la experiencia puramente intelectualiva:

Cuando el sello moldea la cera tenemos con la misma evidencia delante el sello y la huella por él dejada. Podemos, pues, comparar aquél con esta. Pero al ver la sierra de Guadarrama no vemos sino su impresión en nosotros, no la cosa misma. Si se tratase de una alucinación, no percibiríamos la menor diferencia. Por tanto, hablar de que los objetos existen fuera y aparte de nuestra conciencia será siempre una aventurada suposición. No tenemos noticia auténtica de ellos sino cuando están en nuestra mente, cuando los vemos, imaginamos o pensamos. Dicho de otra manera: el hecho de que las cosas en algún sentido están en nosotros es indubitable. En cambio, siempre será dudosa, problemática, la existencia de las cosas fuera de nosotros [...] Al sello y la tabla de cera se sustituye una nueva metáfora: el continente y su contenido. Las cosas no vienen de fuera a la conciencia, sino que son contenidos de ella, son ideas. La nueva doctrina se llama idealismo. (Ortega y Gasset, 1985 [1925], p. 618-619).

La grieta entre la experiencia puramente observante (dependiente pasivamente de la empiria o *res-extensa*) y la puramente intelectualiva (dependiente unilateralmente de las ideas contenidas en la conciencia o *res-cogitans*) es cubierta por la experiencia de “protagonismo”. Recordemos la característica de híbridos de estos esquemas de la cantera que no son puramente empíricos ni puramente teóricos por lo que pueden ser el puente entre la empiria y la teoría.

§. *Construcción conjunta de sujeto y objeto por la metáfora*

Estamos ante una nueva lógica y ante un nuevo concepto de verdad. A través de la operación metafórica, el sujeto delinea los contornos del objeto metaforizado y este a su vez transforma al sujeto metaforizador. Esto último sucede porque el sujeto incorpora en su aventura cognoscitiva un nuevo elemento del mundo al que asimila desde su cantera produciendo una reacomodación de su organismo conceptual y muy probablemente de la misma cantera de analogías (que está en evolución). Porque ya no hay dos sustancias separadas o aisladas (la cosa pensante —*res cogitans*— y la cosa material —*res extensa*—), sino que hay co-construcción de sujeto y objeto a través de la aplicación de los esquemas híbridos. En otras palabras el sujeto formatea al objeto desde su cantera y el objeto formatea al sujeto al ser asimilado mediante dicha cantera (su organismo conceptual se reacomoda). Todo ello sucede a través de la operación metafórica como venimos sosteniendo.

Si en vez de sujeto hablamos de un “artista” y en vez de un objeto hablamos del “mundo” y en vez de metáfora hablamos de la obra de arte (que es una metáfora no lingüística, cf. *infra: La metáfora extralingüística*) entonces podemos asociar la construcción conjunta de sujeto y objeto por la metáfora, a la construcción conjunta del artista y del mundo por la obra de arte:

El artista y el mundo se comunican a través de la obra en el proceso de creación. Esta comunicación, lejos de ser un encuentro estático, origina cambios en el estado ontológico de esos dos polos que son: artista y mundo. ¿Cómo se modifica el artista? La intimidad subjetiva del creador es llevada a la objetivación en la obra; el sentimiento se hace materia. ¿Cómo se transforma, por otra parte, el mundo? La realidad circundante es atraída a la interioridad en la operación expresiva; el puro existir concreto de las cosas se personaliza, la materia se hace sentimiento. (Schultz, 1916, p. 62)

John Dewey desde el *modelo biológico* de conocimiento como asimilación-acomodación-adaptación de un organismo, entiende el conocimiento como una *transacción* en donde el sujeto “le da algo” al objeto y el objeto “le da algo” al sujeto (como en una transacción comercial). Así, una idea fuerte de Dewey es que tanto el hombre como el mundo no están dados (como sustancias completas) antes de la transacción del conocimiento sino que se realizan o construyen mutuamente en la *investigación* (cf. Dewey, 2000, p. 113-132 y cf. Abbagnano & Visalberghi, 1992, p. 437-443).

Al hablar de una cantera de analogías como órganos de asimilación de la realidad estamos considerando la operatoria metafórica de un sujeto concreto que ha ido destilando pragmáticamente esquemas compartidos comunitariamente y otros más personales que pueden dar lugar a metáforas más personales. Esto es, no estamos suponiendo un *cogito* cartesiano (o una *res-cogitans* o sustancia pensante) sin génesis o “sujeto lógico trascendental”, sino un sujeto que es una estructura con génesis.

Hemos optado en nuestra investigación (Magnasco, 2019) por la génesis conjunta de sujeto y objeto que decanta en una *praxis* y que es la postura que permite fundamentar el éxito en la resolución de la llamada “contradicción fundamental de la ciencia” (que es un problema general del conocimiento al que aspiramos): obtener conocimiento universal o una “teoría” desde la andadura por lo particular o la empiria que es el reino de lo no universal. Desde la producción metafórica que hace pie en la cantera y a la vez la alimenta, entendemos que esas metáforas del sujeto basadas en los esquemas intermediarios entre teoría y empiria, permiten la co-construcción (es decir, establecen el puente que salva la grieta al no ser ni puramente teóricos ni puramente empíricos como adelantamos).

§. *Horizonte de la vida operante y horizonte del mundo*

Estamos refiriéndonos a una construcción conjunta de sujeto y objeto por la operación metafórica, por lo que estos están en evolución, no son sustancias cerradas y definidas. Por ello la estela de la línea Husserl-Gadamer suele hablar de “horizonte de la vida operante” (en vez de sujeto) y de “horizonte del mundo” (en vez de objeto). En el encuentro de estos dos horizontes la metáfora va construyendo dinámicamente los dos extremos del metaforizador y del metaforizado.

Hemos dicho que la significatividad de los conocimientos, el sentir que ellos realmente tienen que ver con nuestra vida, se da a través del experimentar metafóricamente una cosa en función de otra. Esto se basaba no en una racionalidad robotizada sino en una humana razonabilidad. Así, lo experimentado como verdadero, o la verdad o la sensación de verdad está vinculada al misterio de la vida (llamado por Husserl horizonte de la “vida operante”) que intenta “conjurar el caos”¹ (del “horizonte del mundo”) desde una operación metafórica. Esta “operación metafórica” de búsqueda o “encuentro” de analogías o de visualización de patrones tiene su entraña epistemológica en la generación conjunta de sujeto y objeto (cf. *infra*: *Epistemología de la metáfora*). Un sujeto que busca “seguir saliendo de lo caótico” hurgando patrones que le permitan controlar o configurar objetos desde el conocimiento, va creándose a sí mismo en cuanto sujeto “racional” (preferimos decir: sujeto “razonable”) y —también— va siendo creado por los hechos y objetos conjurados, pues la realidad tiene “saliencias” que la alejan de ser algo totalmente “amorfo”. Así en vez de los clásicos sujeto y objeto sustanciales (o sustanciali-

1. La búsqueda de intelección y de “decir” su resultado es una especie de “salida del caos” o de cubrimientos de zonas no civilizadas o “vacíos”. Es semejante —metafóricamente hablando— a una “conjuración del caos”. Una “conjuración” intenta batir o hacer retroceder una amenaza (acepción 6^a del DRAE). El miedo a lo desconocido se resuelve huyendo, negando o entendiéndolo.

zados metafóricamente), preferimos hablar —repetimos— de un horizonte de la vida operante que en el encuentro con el horizonte del mundo va generando conjuntamente al sujeto y a los hechos y objetos (Cf. *supra* en el subtítulo: *Metaforizar: generar innovaciones semánticas y ontológicas?* lo que hemos dicho sobre la postura de G. Vico —Lo verdadero es lo obrado— y también lo referido sobre la dimensión ontológica de la interpretación metafórica desde la línea Heidegger-Gadamer-Ricoeur). Seguiremos tratando esta epistemología entrañada en la operación metafórica (en *infra*: *Epistemología de la metáfora*).

Capítulo 3

METÁFORA Y NARRACIÓN: VENTANAS A LA CREATIVIDAD

El mayor enigma de los famosos girasoles de Van Gogh está, precisamente, en su apelación a lo humano estando ausente la imagen del hombre.

Todos saben que el girasol es otro después que lo pintó Van Gogh.

Elena Oliveras, "Estética"

XVI. POETIZAR: PRODUCIR UN ACERCAMIENTO EN EL ESPACIO LÓGICO

Es interesante que Ricœur, uno de los principales referentes en el tema de la metáfora nueva o *viva*, nos lleve a recuperar a Aristóteles para no restringir lo poético al poema, incluyendo además —en esta clase— tanto al relato como al ensayo. Porque lo que hace que algo sea poético es una actividad que se sobreañade al discurso: “Se puede llamar poética —siguiendo a Aristóteles— a la disciplina que trata de las leyes de composición que se sobreañaden a la instancia de discurso para conformar un texto que se considera como relato, poema o ensayo” (Ricœur, 2006, p. 17).

Según el camino que venimos transitando, este sobreañadido no lo podemos entender sólo materialmente como algo “composicional” que se encuentra *en* la obra, sino también como algo que la obra habilita pero no contiene, que es justamente la actividad del espectador-lector. Esto lo seguiremos desarrollando cuando hablemos de la experiencia estética como cierta fusión entre el espectador-lector y la obra.

Comenta Elena Oliveras sobre la obra *Girasoles* de Van Gogh:

Los girasoles han sido cortados de la planta y parecen vivos como si estuvieran aún en ella. Pero van camino hacia la muerte. Los tallos se curvan y luchan por mantenerse erguidos, firmes. Es la misma lucha entre la vida y la muerte que pueden experimentar los humanos [...] Podríamos decir entonces, parafraseando a Cézanne, “el hombre ausente, pero por completo en los girasoles de Van Gogh”. (Oliveras, 2007a, p. 34)

Todo lo que los *Girasoles* le dicen a Oliveras, la obra lo habilita por su composición pero ¿está allí? Sí y no. ¿Quién es el que ve al hombre en los Girasoles?

Esta referencia a la Poética nos lleva a reparar en la *actividad* que el hecho de *metaforizar o narrar* involucra: hay algo que esta actividad del metaforizador o narrador “sobreañade”, que en el caso de la metáfora resulta en la “visión de dos en uno” y que en el caso de la narración es la “puesta en trama” de una cadena inconexa de hechos aislados que pasan a formar *un* texto.

Esta actividad sobreañadida es obra de la creatividad que lejos de quedar en un fenómeno puramente estético genera realidad como ya insinuamos y seguiremos viendo. La “visión de dos en uno” —clásicamente establecida como un “percibir lo semejante” (Aristóteles, *Poética*, 1459a)— es caracterizada por Ricœur como una operación de *acercamiento lógico* entre cosas inicialmente heterogéneas. El filósofo entiende que este acercamiento lógico es obra de la creatividad que materializada en la predicación impertinente resulta rica en resultados cognoscitivos:

Pero ¿qué es percibir lo semejante? Si la instauración de una nueva pertinencia semántica [creada por la metáfora *viva*] es aquello por lo cual el enunciado produce sentido como un todo, la similitud [resultado de la operación] consiste en la aproximación creada entre términos [operación metafórica] que, en principio alejados, súbitamente aparecen próximos [surgimiento de lo nuevo, de la *visión de dos en uno*]. (Ricœur, 2006, p. 24) (Aclaración entre corchetes propio: H.M.)

Hay *alguien* que *percibe* lo semejante que la obra propone. Aquí debemos distinguir sensación de *percepción*, datos sensibles de *experiencia*. Nunca hay lectura objetiva de datos sensibles sino una configuración metafórica. Hay una actividad del artista-compositor-metaforizador que en la obra de arte producida entra en sintonía con la actividad del espectador-lector ante la misma. El autor y el lector generan un sobreañadido que produce la similitud entre cosas heteróclitas: “La similitud consiste pues

en un cambio de distancia en el espacio lógico. No es otra cosa que este surgimiento de un nuevo parentesco genérico entre ideas heterogéneas [creación de realidad]”. (Ricœur, 2006, p. 24) (Aclaración entre corchetes propio: H.M.)

XVII. ACERCAMIENTO POR LA VISIÓN DE DOS EN UNO Y POR LA PUESTA EN TRAMA

Pero no sólo en la metáfora *viva*, sino que Ricœur —como adelantamos— también da buenas razones para *ver* en el acto de narrar o comprender la narración (la ficción, el ensayo, la novela) la producción de un fenómeno de acercamiento lógico —también obra de la creatividad— de elementos heterogéneos a través de la *puesta en trama*: “La metáfora *viva* y la puesta-en-trama [fenómeno que define a las narraciones] son como dos ventanas abiertas sobre el enigma de la creatividad”. (Ricœur, 2006, p. 24) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

Tanto en el relato como en la metáfora se produce una innovación semántica, Ricœur precisa que en el caso del relato es una *mimesis*, una imitación que transfigura la realidad práctica (a través de tres estadios: prefiguración, configuración, transfiguración, cf. *infra*: *La verdad como “fundación de sentido” en la “fusión” metafórica*) y en el caso de la metáfora es una *redescripción* de la realidad que rige más bien en el orden de los valores sensoriales, emocionales, estéticos y axiológicos. Ricœur dice que la ficción narrativa imita la acción humana contribuyendo “a remodelar sus estructuras y dimensiones según la configuración imaginaria de la intriga. La ficción tiene este poder de rehacer la realidad y, más precisamente, en el marco de la ficción narrativa, la realidad práctica” (Ricœur, 2006, p. 26), es decir la intriga o trama aportada por el narrador produce acercamientos lógicos entre elementos heteróclitos, lo cual es rehacer o transfigurar la realidad práctica. Ricœur hace un paralelo entre la “puesta en trama” de la narración y la “visión de dos en uno” en la metáfora, que nos permite evidenciar que ambas generan por la transgresión regulada de los significados usuales de nuestras palabras una transfiguración creadora que no puede lograrse mediante la mera descripción:

[...] el discurso poético aporta al lenguaje aspectos, cualidades y valores de la realidad, que no tienen acceso al lenguaje directamente descriptivo y que sólo pueden decirse gracias al juego complejo del enunciado metafórico y de la transgresión regulada de los significados usuales de nuestras palabras. Esta capacidad de redescrición metafórica de la realidad es exactamente paralela a la función mimética que hemos atribuido antes a la ficción narrativa. (Ricœur, 2006, p. 26-27)

Aquí Ricœur habla de una transgresión —fruto de la imaginación— “regulada” tanto en la metáfora viva como en el fenómeno narrativo, pues tal transgresión sólo puede ser posible respecto de una norma, por esto afirma: “Sólo es pensable una imaginación regulada” (p. 21). En la construcción de intrigas, esta producción regulada se expresa “por un pasaje incesante entre la invención de intrigas singulares y la constitución, por sedimentación, de una tipología narrativa” (p. 24). En el caso de la metáfora *viva* podemos sustituir *intrigas* (o trama) por *metáforas* y constitución por sedimentación de una *tipología narrativa*, por constitución de una *praxis* con su *cantera de analogías* que han funcionado —experiencia de protagonismo—.

En una densa afirmación Ricœur vincula la creación de nuevas intrigas singulares (narraciones) y metáforas nuevas o vivas, con el desvío respecto de una norma, es decir, la imaginación creadora es una actividad tensiva “reglada”:

En la producción de nuevas intrigas singulares^[1] se pone en juego una dialéctica^[2] entre la conformidad y el desvío respecto de las normas^[3] inherentes a toda tipología narrativa^[4] [...] Esta dialéctica tiene su correspondencia en el surgimiento de una nueva pertinencia semántica en las metáforas nuevas^[5] (Ricœur, 2006, p. 24) (Superíndices entre corchetes propios: H.M.)

Comentamos cada párrafo señalado con el superíndice:

[1]: Ricœur está hablando aquí de la narración, del relato; en el caso de la metáfora sería la producción de una metáfora *viva* o el cubrimiento de vacíos semánticos o hermenéuticos mediante generación metafórica de la REGLA para que funcione la abducción (cf. en *supra* el título: *La metáfora en el razonamiento abductivo*).

[2]: En esta dialéctica vemos la tensión “es - no es - es más” que es otro modo de describir la visión de dos en uno o la lógica del *tercio incluso*.

[3]: En estas “normas” vemos la cantera de analogías, de aquí que digamos que la imaginación es una imaginación “reglada”.

[4]: La creatividad está relacionada con esta tensión entre conformidad —*es*— y desvío —*no es*— referida en [3]. Para que exista *desvío* es necesario contar con una *norma*, con una *regla*, por eso Aristóteles dice que la metáfora introduce desorden en un orden previo. En nuestra investigación esa “norma” se vincula con la cantera (en sentido de que se estructura lo desconocido desde lo conocido) y en cuanto expresión lingüística o predicación impertinente la metáfora importuna el sistema de la lengua (cf. *infra*: *La metáfora como desorden introducido en el sistema de la lengua*).

[5]: Aquí Ricœur establece un paralelismo entre la narración y su “puesta en trama”, con la metáfora *viva* y su “visión de dos en uno”. Ambos fenómenos son producto de la imaginación creadora que produce acercamientos “impertinentes” en el espacio lógico.

Ricœur deja claro que cuando habla de “narraciones” y del “sobreañadido” de la *puesta en trama* que aúna lógicamente elementos heterogéneos en *una* historia coherente, no está dejando de lado ni los relatos biográficos ni los relatos históricos —que parecerían más “objetivos” que todos los demás—: “La reconstrucción del pasado [...] es obra de la imaginación. También el historiador, en virtud de los vínculos antes mencionados entre la historia y el relato, configura tramas que los documentos autorizan o prohíben, pero nunca contienen” (Ricœur, 2006, p. 21).

Es decir, la metáfora y la narración como fenómenos poéticos están emparentados por un cambio de distancia en el espacio lógico, que hemos traducido en el caso de la metáfora como impertinencia, error, visión de dos en uno, violación del principio de *tercio excluso*, etc.

XVIII. ¿QUÉ ES —ENTONCES— LA IMAGINACIÓN?

Ricœur se propone una teoría general de la imaginación (Ricœur, 2006, p. 197) y afirma que imaginar es reestructurar campos semánticos, es un “ver como”, es una operación no un contenido: “[la imaginación] consiste en la aproximación que súbitamente suprime la distancia lógica entre campos semánticos hasta ese momento alejados, para engendrar el conflicto semántico [predicación extraña] que, a su vez, suscita el destello de sentido de la metáfora” (Ricœur, 2006, p. 202) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.). La imaginación es un ver dos en uno “La imaginación es la apercepción, la visión súbita de una nueva pertinencia predicativa, a saber, una manera de interpretar la pertinencia en la falta de pertinencia” (p. 202). En todo este proceso, nuestra dinámica cantera de analogías tiene un papel destacado, sin pretender identificar lo que Kant entiende por esquema, continuamos con la afirmación de Ricœur: “De este modo se retoma lo esencial de la teoría kantiana del esquematismo. El esquematismo, decía Kant, es un método para poner una imagen a un concepto [...] La imagen lejos de ser una percepción evanescente de tipo «mimético» es una significación emergente” (p. 202).

Esta consideración cambia la idea de una “imagen” como algo diluido respecto de la realidad —empirismo— o mala copia de la realidad... Imaginar es la operación misma de captar lo semejante procediendo a la *asimilación predicativa* que resuelve —en principio— el “conflicto semántico inicial” o como lo hemos llamado: “vacío interpretativo”. Súbitamente “vemos como” lo cual es una operatoria de tipo metafórico y un acto creativo. “El trabajo de la imaginación es esquematizar la atribución metafórica” (Ricœur, 2006, p. 202), en los términos de nuestro recorrido el *esquematizar* consistiría en “reparar en lo importante” en el cúmulo de sensaciones que es un

percibir desde la *praxis* o *cantera de analogías* —que es el reservorio dinámico de esquemas— para luego atribuir metafóricamente.¹

En ese “ver como” hay una tensión, el esquema no encaja del todo pero se impone con fuerza pues hay una significación que emerge. El mecanismo que los análisis anteriores han descripto como “encarnado” y generador de lo mental, del concepto y la significación, aquí —sin explicitar el origen del esquematismo— es generador de la imagen.

Finalmente, Ricœur define la imaginación: “La imaginación es esa competencia, esa capacidad de producir nuevas especies lógicas por asimilación predicativa [en tensión] y producirlas a pesar de —y gracias a— la diferencia inicial entre los términos que se resisten a la asimilación” (Ricœur, 2006, p. 24) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.). Esta resistencia a la asimilación indica que hay en el trasfondo una “norma” (o estado normal de cosas) que permite hablar de un desvío.

La presencia ubicua de la metáfora *viva* y de la *puesta en trama* lleva a Ricœur a hacer una apuesta fuerte contra una visión ingenua de lo real: “La función de transfiguración de lo real que reconocemos en la ficción poética implica que dejemos de identificar realidad y realidad empírica o, lo que viene a ser lo mismo, que dejemos de identificar experiencia y experiencia empírica” (p. 27).

1. Lo cual tiene que ver con la construcción conjunta de sujeto y objeto

Capítulo 4

LA METÁFORA QUE HABLA E IMPORTUNA LA LENGUA

La poesía es un combate contra el lenguaje

Alfonso Reyes, "Apolo o de la literatura"

XIX. LA METÁFORA COMO DESORDEN INTRODUCIDO EN EL SISTEMA DE LA LENGUA

§. *La metáfora: fenómeno del habla y de la escritura*

La metáfora es en términos de Ricœur una predicación impertinente, en este sentido introduce desorden en un orden previo, o bien según Percy es un “error” en cuanto que produce un emparejamiento ilógico. ¿Cuál es la norma que es importunada o la lógica que es violada?

Podríamos decir que la metáfora es un fenómeno más bien de la dinámica del “habla” y de la escritura, es decir, del “uso” del sistema de la “lengua”. Es por el uso y sus necesidades que justamente se introduce una novedad en ese *statu quo* (al menos parcial) planteado por el sistema actual de la “lengua”.

¿Cómo puede importunarse o desordenarse un sistema? Alterando alguno de sus elementos ya que en un sistema cada elemento se define a través de sus relaciones con todos los demás. Si yo afirmo “el amor es fuego”, estoy introduciendo un problema en el sistema ya que fuego y amor son dos conceptos distanciados por el sistema que yo estoy identificando con mi metáfora.

Ya hemos hecho referencia a las etimologías que denuncian un origen metafórico de los términos de la lengua (cf. Borges, 1928, p. 52), con lo cual podemos postular un desorden introducido en el pasado que alteró un *statu quo* de la lengua. Es decir, toda estructura tiene una génesis y toda génesis es un tránsito entre dos estructuraciones como lo señaló Piaget (cf. Piaget, 1991, estudio sexto).

Tomemos los significados de lengua y habla del diccionario (DRAE): la *lengua* es el “Sistema lingüístico considerado en su estructura” o “Vocabulario y gramática propios y característicos

de una época, de un escritor o de un grupo social”. Mientras que el *habla* es la “Realización lingüística, por oposición a la lengua como sistema”. Es evidente que la realización lingüística del habla se apoya en el sistema de la lengua pero se opone a él pues lo va alterando diacrónicamente desde la operación metafórica del conocimiento (aquí hay una dialéctica entre lo instituido y lo instituyente en el nivel lingüístico¹).

Tenemos dos grandes paradigmas del lenguaje, el diádico de Saussure centrado en el sistema de la lengua o en la estructura y el triádico de Peirce centrado en el fenómeno del habla o en la génesis. ¿Cuál es la diferencia entre cada uno y cuáles sus consecuencias?

Pensemos en el lenguaje, al hacerlo surgen en nuestra consideración varios elementos: palabras escritas u oídas (como “fuego”), lo que ellas significan (en un diccionario encontramos varias acepciones), los usos que se hacen de estas palabras en distintas situaciones comunicacionales y sus significados particulares (no es lo mismo que alguien pida “fuego” a que alguien grite “fuego”), los efectos emocionales que esas palabras producen en cada persona (“quien se quemó con leche *oye la palabra* vaca y llora”), las jergas que determinados grupos utilizan, los localismos o vocablos propios de cierta región, etc. Estos elementos nos señalan que el lenguaje es un fenómeno complejo asociado íntimamente a la vida comunitaria y pragmática de los hablantes.

Si eliminamos de nuestra consideración a los hablantes y sus situaciones vitales, sus historias, sus geografías, sus costumbres... el nivel de complejidad se reduce, notemos que con esta maniobra hemos descartado el “habla”, es decir el uso que hacen los hablantes de la lengua.

1. Cornelius Castoriadis (2008) se preguntó qué es lo que mantenía unido a un grupo o sociedad y encontró que se trataba de un entramado de significaciones sociales al que llamó imaginario social eficaz, lo instituido, pero también reconociendo un imaginario social radical que designa lo instituyente, que se tensiona, cuestiona lo viejo y da lugar a lo nuevo.

§. *El signo saussureano y la eliminación de los hablantes*

Saussure manifestó genialmente que la lengua (no el habla) forma un “sistema” en donde cada elemento es solidario con los demás y se define en relación con el resto. Este sistema de la lengua (como distinto al habla) es el que estudió Saussure como objeto de la lingüística: “Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito [...] no se sabe cómo desembrollar su unidad. La lengua, por el contrario, es una totalidad en sí y un principio de clasificación” (Saussure, 2007, p. 57-58).

El logro de claridad se hizo a expensas de sacrificar lo más propio del fenómeno lingüístico: los hablantes. Así, el “sistema” se hace autónomo respecto de los usuarios. Debemos tener presente que en un sistema cada elemento no se define aisladamente del resto, sino que hay una interdependencia, esto introduce la idea de “valor” dentro del sistema: “El valor de una unidad lingüística está determinado, limitado y precisado por el de las otras entidades del sistema: tibio, lo que no es frío ni caliente” (Alonso, 2007, p. 8). Saussure advierte sobre reparar en la idea de “valor” y no reducir el sistema a una mera nomenclatura, “esto es, una lista de términos que corresponden a otras tantas cosas” (Saussure, 2007, p. 141). Por tanto, no debe entenderse el *significado* de modo atomizado, como si a cada *significante* meramente *se le asociara* un *significado* fijo, sino que debe entenderse sistémicamente, el significado surge de la posición del signo dentro del sistema o de su “valor”: “El valor, que consiste en la solidaridad e interdependencia de una significación con las otras significaciones, emana del sistema e implica la presencia concreta del sistema en cada uno de sus elementos” (Alonso, 2007, p. 8), es decir, la significación no emana de un elemento aislado sino del conjunto como un todo.

El signo lingüístico saussureano ingresa así en un sistema de elementos fijos en donde cada uno es “una hoja de dos caras” inseparables, algo que *significa* llamado *significante* y su correspondiente

significado, que se definen en relación interna con el resto: “La lengua es también comparable a una hoja de papel: el pensamiento [significado] es el anverso y el sonido [significante] el reverso”. (Saussure, 2007, p. 237) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

Saussure advierte que cuando habla de “sonido”, no se refiere al sonido físico sino a una imagen psíquica acústica: “La lengua así delimitada [...] es un sistema de signos en el que sólo es esencial la unión del sentido [significado] y de la imagen acústica [significante], y donde las dos partes del signo son igualmente psíquicas” (p. 65). (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

No se lo puede criticar a Saussure, y nosotros no lo hacemos, que haya hecho lo que se propuso conociendo qué sacrificaba. ¿Para qué nos sirve su genial sistematización? para usarlo de contraste con el signo peirceano que nos permitirá profundizar en el desvío, o error o impertinencia metafórica.

§. *El signo peirceano asume a los hablantes y sus metáforas*

A diferencia de Saussure, Peirce incorpora en su signo la vida comunitaria de las personas que hacen uso de él, no sólo como hablantes y escribientes, sino como agentes de la *semiosis*, es decir, de las operaciones que desde el “significante” generan el “significado”. Peirce no habla de “significante” y “significado”, pues ellos contienen la idea de algo fijo y establecido que sería refractario a la vida y espíritu de los intérpretes, habla respectivamente de *representamen* y de *objeto inmediato* (interior a la semiosis), que son enlazados por un tercer y fundamental elemento llamado *interpretante*.

Este tercero es el que hace la diferencia en la interpretación del mismo representamen —por ejemplo “fuego”— en distintas situaciones. Peirce distingue para ello tres tipos de interpretantes: el inmediato, el dinámico y el final. El interpretante inmediato se basa en que cualquier representamen debe poseer una interpretabilidad como concepto, independiente de todo contexto: “Mi Interpretante

inmediato está implícito en el hecho de que cada Signo debe tener su interpretabilidad peculiar antes de obtener un Intérprete” (Peirce, 1974, p. 110), es decir, antes de situarse la interpretación del representamen en un contexto particular. En tanto que, interpretante dinámico es la interpretación del representamen en una situación o contexto particular: “Mi Interpretante Dinámico es aquel que es experimentado en cada acto de interpretación, y en cada uno de éstos es diferente de cualquier otro” (p. 110), notemos como la interpretación de un representamen es de algún modo única en cada situación particular donde aparece, porque cada situación tiene matices que habilitan y limitan la interpretación. Y, por su parte, interpretante final es hacia donde tiende la interpretación con el tiempo y la experiencia con dicho representamen: “El Interpretante Final es el único resultado interpretativo al que cada Intérprete está destinado a llegar si el Signo es suficientemente considerado” (p. 110).

[El interpretante final] [...] es el interpretante pensado como un hábito que hace posible la interpretación recurrente y estable de un signo [...] El interpretante “ser humano adulto femenino” para el representamen “mujer”, por ejemplo, es final porque es un interpretante habitual y recurrente que atribuye de modo estable a dicho representamen un objeto. El interpretante “H₂O” para el representamen “agua” es asimismo un interpretante final, pues concita el consenso entre los expertos. (Vitale, 2006, p. 16)

Finalmente, Peirce destaca que: “El Interpretante Inmediato es una abstracción: consiste en una Posibilidad. El Interpretante Dinámico es un evento singular y real. El Interpretante Final es aquel hacia el cual tiende lo real” (Peirce, 1974, p. 110), observamos que la semiótica de Peirce es una teoría del conocimiento y de la realidad.

Mucho más allá de la relación diádica estática entre significado y significante en el sistema de la lengua, tenemos desde la perspectiva peirceana con la incorporación de un tercer elemento interpretante,

la posibilidad de relacionar íntimamente en este signo triádico la vida de la comunidad de hablantes e intérpretes, con las distintas situaciones de interpretación de un representamen.

El interpretante inmediato abre la puerta a la posibilidad de la operación metafórica en la metáfora *viva* o de invención o de creación en cuanto Peirce habla del efecto que el signo produce en primera instancia: “me he acostumbrado a identificar [el interpretante inmediato] con el efecto que el signo produce en primera instancia o puede producir en una mente” (Peirce, 1974, p. 109), pensemos en esa especie de “vacío interpretativo” que experimentamos ante hechos que nos piden una explicación o una metáfora como hemos visto...

Así, de manera genérica Peirce marca tres elementos en su signo (que puede ser lingüístico o de otro tipo): “Un signo, o representamen, es *algo* que está por *algo* para *alguien* en algún aspecto o capacidad”, resaltamos en itálicas los tres elementos: 1) *algo*, 2) *algo*, 3) *alguien*. El primer “algo” es el *representamen*, el segundo “algo” es el *objeto inmediato*, y el “alguien” es el *interpretante* que hace la unión de los otros dos elementos y es de naturaleza pragmático comunitaria:

Un signo, o *representamen*, es algo que está por algo para alguien en algún aspecto o capacidad. Se dirige a alguien, esto es, crea en la mente de esa persona un signo equivalente o, tal vez, un signo más desarrollado. Aquel signo que crea lo llamo *interpretante* del primer signo. El signo está por algo: su *objeto*. Está por ese objeto no en todos los aspectos, sino en referencia a una especie de idea, a la que a veces he llamado *fundamento* del representamen. (Peirce, 2003 [c. 1897], párr. 2)

Peirce entiende la semiótica como el estudio de la semiosis, la cual es una inferencia a partir de signos o representámenes; observamos que al describir su signo en la cita recién referida, describe concomitantemente el proceso de semiosis que es el

proceso de conocimiento de la realidad. La semiosis “es siempre para Peirce un proceso triádico de inferencia mediante el cual a un signo (llamado representamen) se le atribuye un objeto a partir de otro signo (llamado interpretante) que remite al mismo objeto” (Vitale, 2006, p. 10).

El *interpretante* no es propiamente “una persona”, sino un hábito que se ha construido y se sigue construyendo pragmática y comunitariamente. Peirce es realista, la realidad —dice— se las ingenia para producir un signo que la represente, así define Peirce al *objeto dinámico* que a diferencia del *objeto inmediato*, es exterior a la semiosis:

Debemos distinguir el Objeto Inmediato, que es el Objeto tal como es representado por el Signo mismo, y cuyo Ser es, entonces, dependiente de la Representación de él en el Signo; y, por otra parte, el Objeto Dinámico, que es la realidad que, por algún medio, arbitra la forma de determinar el Signo a su Representación”. (Peirce, 1974, p. 65)

Con esta importante distinción, Peirce diferencia por un lado la realidad (objeto dinámico) de su interpretación o representación (objeto inmediato) y por otro asocia íntimamente esa representación a la realidad exterior, al decir que es esa misma realidad la que por algún medio, arbitra la forma de determinar el Signo a su Representación. Entendemos que desde esta consideración se habilita la dialéctica co-constructiva del sujeto y del objeto (cf. supra: *Construcción conjunta de sujeto y objeto*).

Como en el signo saussureano, los tres elementos del signo peirceano son entidades psíquicas y su unidad es coronada en su *interpretante* que une simbólicamente un *representamen* con un *objeto*. De este modo, el ser humano “tiene un mundo” en el que se mueve y maneja simbólicamente, como veremos, y no un “medio ambiente” de estímulos como el animal.

XX. LA METÁFORA COMO CREADORA DEL LENGUAJE Y DEL MUNDO DEL HOMBRE

§. *La metáfora: fenómeno triádico que nombra simbolizando*

¿Cómo se inserta la metáfora en el fenómeno triádico del lenguaje? Retomamos la postura de Percy: el “error” adscrito a la metáfora —o desde nuestra investigación la predicación impertinente desde la “visión de dos en uno”— es la condición del conocer (verdaderamente) algo y lograr un nombre para la cosa. Al ser la metáfora la condición indispensable de nuestro conocimiento y de nuestro nombrar, la conclusión de Percy es que ella es la creadora del lenguaje: “El acto originario de nombrar es [...] la más oscura y la más creativa de las metáforas; [...] La metáfora es la verdadera creadora del lenguaje” (Percy, 1958, p. 95-96) (Traducción propia: H.M.). En esta conclusión coincide precursoramente con Lakoff & Johnson (2007) como anunciamos.

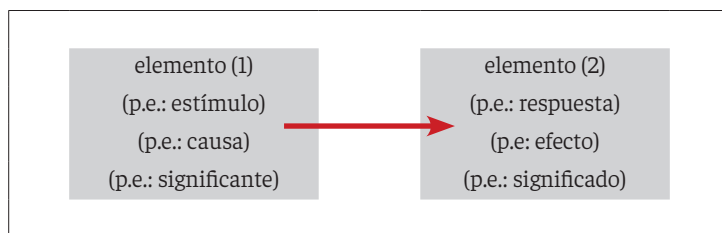
La metáfora empareja dos cosas dispares y por tanto es primariamente un error (lo que hemos llamado una visión de dos en uno). Percy entiende que este error logra un emparejamiento “ontológico” de nombre y cosa, es decir crea un “plus de realidad” en la cosa que él ejemplifica con el acontecimiento en torno al halcón (*Blue Dollar Hawk*): “Para este emparejamiento ontológico, o, si lo prefieres, «error» de identificación de palabra y cosa [predicación impertinente], es la única manera posible en la que la naturaleza aprehendida del pájaro, su interior, puede ser validada como lo que es” (Percy, 1958, p. 87) (Aclaración entre corchetes y traducción propia: H.M.).

Notemos que tenemos dos elementos emparejados y un emparejador, Lo cual nos introduce en la idea de que hay tres elementos interactuando simultáneamente (y no dos) en el fenómeno del

nombrar, nombrar que según Percy es originariamente una operación metafórica (un “error” que *empareja* dos cosas dispares). Tal emparejamiento de palabra y cosa (como se produjo en el ejemplo percyano entre *Blue Dollar Hawk* y *eso* que vio volando) no es un fenómeno diádico, porque ¿quién hace el emparejamiento?

Los fenómenos diádicos son los que pueden describirse o se describen a través de acciones recíprocas entre dos cosas sin que en esa interacción medie o intervenga una tercera, es decir, siempre se trata de interacciones de a pares de elementos. En “La criatura dividida” Percy dice que esta descripción en díadas establece un modelo de tratamiento que es propio de los estudios mecánicos de la naturaleza y suele trasladarse a estudios relativos a organismos vivos, ya que “se puede aplicar a una bola de billar que choca contra otra [...] Incluso un suceso tan complejo como el perro condicionado de Pavlov, salivando al sonido de la campana, puede ser entendido como un ‘complejo de díadas’» (Percy, 1996, parte II, párr. 8).

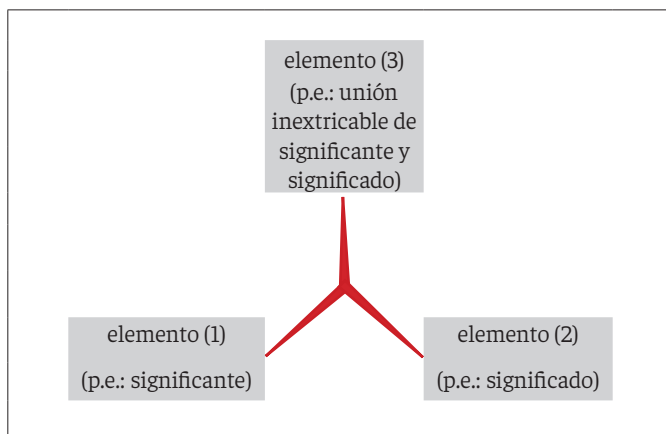
El modelo esquemático diádico tiene una célula básica que es dos bloques conectados por una flecha, flecha que representa la interacción:



Esquema N° 16: Célula básica del modelo de fenómeno diádico, propio de los funcionamientos mecánicos (esquema propio: H.M.)

Siguiendo la distinción de Peirce entre fenómenos naturales diádicos y fenómenos naturales triádicos, Percy afirma que el lenguaje es un fenómeno triádico. Una tríada, para Peirce, es la unión de tres cosas en una o la unión de dos cosas en una tercera distinta de las otras dos, nunca es reducible la tríada a tres díadas, por lo que es

usual hablar de *tríada genuina*. El modelo esquemático triádico tiene una célula básica que se representa por tres bloques conectados por una estrella de tres puntas:



Esquema N° 17: Célula básica del modelo de fenómeno triádico, propio de los funcionamientos mentales. El calificativo de inextricable (elemento 3) indica que no se puede reducir el modelo a tres díadas (esquema propio: H.M.)

En el lenguaje se unen inextricablemente tres cosas: el nombre (el *significante* o según Peirce: el *representamen*), la cosa nombrada (su *significado* o según Peirce: el *objeto inmediato*) y un tercer elemento que empareja o reúne los otros dos (que Percy llama *emparejador* y que Peirce llama *interpretante*). Reflexiona Percy que cuando un niño oye el sonido “gato” y comprende lo que significa el sonido “gato”, une inextricablemente el nombre y la cosa, incorporando a su mundo a todos los gatos. Notemos que hay tres elementos involucrados: la palabra, la cosa y el mundo del niño, no sólo dos (la palabra y la cosa o el significante y el significado). Parece una verdad de Perogrullo² pero la partícula “es” de la frase “esto es un gato” implica al tercer elemento de la tríada: “La cópula «es»,

2. Escribo con mayúscula porque es un nombre propio: “De *Perogrullo*, personaje ficticio a quien se atribuye presentar obviedades de manera sentenciosa” (DRAE).

explícita o implícita, es nada menos que la minúscula palanca triádica que pone el mundo entero al alcance de nuestra peculiar especie” (Percy, 1996, parte II, párr. 15). Leamos el párrafo entero:

¿Qué pasa cuando de pronto un niño comprende que el breve y extraño sonido «gato» [...] *significa* este gato, e incluso no sólo este gato sino todos los gatos? Y lo significa de una manera muy especial, no significa: Mira si ves al gato [...] sino: Eso es un gato. Nombrar es un suceso nuevo. [...] Para Peirce este fenómeno no puede explicarse mediante un modelo diádico, por muy complejo que sea. A palabras como «gato» las llamó símbolos, del griego *symbollein*, lanzar juntos, porque el niño pone juntas las dos, la palabra y la cosa [...] El suceso triádico, como diría Peirce, siempre implica significado, y significado de una clase especial. La cópula «es», explícita o implícita, es nada menos que la minúscula palanca triádica que pone el mundo entero al alcance de nuestra peculiar especie. (Percy, 1996, parte II, párr. 15)

§. *El mundo metafórico del hombre y el medio ambiente animal*

Para comprender —entonces— lo que sucede cuando el niño afirma “eso es un gato” se requiere un modelo triádico. El corazón del problema es el *anar*, incluir un tercer elemento que *una* inextricablemente la criatura gato (o *significado* u *objeto inmediato*) y la imagen sonora gato (*significante* o *representamen*). Este tercero es el *emparejador* o *interpretante* y el resultado del emparejar “la palabra y la cosa” es una simbolización en donde el *nombre* y la *cosa* resultan intercambiables: “eso es un gato, un gato es eso”, el niño incorpora un elemento nuevo a su mundo.

Un análisis diádico entiende las palabras como *índices*, no como *símbolos*, y esta es una diferencia enorme: “Los índices [...] se refieren a entes individuales [...] dirigen la atención a sus objetos

por una compulsión ciega [...] la acción de los índices depende de asociaciones por contigüidad y no [...] de operaciones intelectuales” (Vitale, 2006, p. 37), es decir, la caracterización de un índice es una díada. Percy en “La criatura dividida” ofrece el ejemplo de Darwin que trata el lenguaje humano en base al modelo diádico, afirmando que el acto mental involucrado es esencialmente de la misma naturaleza que en el animal:

[dice Darwin:] cuando le digo a mi terrier con voz impaciente (y he hecho la prueba varias veces) «Venga, venga ¿dónde está?», ella [la terrier] enseguida lo toma como un signo de que hay algo que buscar y lo primero que hace, normalmente, es mirar con rapidez a su alrededor, luego se abalanza sobre el arbusto más cercano [...] ¿No muestran claramente estas acciones que ella tenía en su mente un concepto o idea general de que hay algún animal presto a ser descubierto o cazado? (Percy, 1996, parte I, párr. 36) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

Es decir, como Darwin podemos decirle a nuestro perro “¡pelota!” y notar que él la va a buscar, pero si alguien nos dijera “¡pelota!” no comprenderíamos qué nos quiere comunicar. Lo que sucede es que en el animal funciona el modelo diádico y capta la palabra “pelota” como un *índice*, mientras que nosotros la captamos como un *símbolo*, es lo que refiere —por su parte— Percy:

Peirce [...] distinguió entre un índice y un símbolo. Un barómetro para un hombre es [...] un indicio, de lluvia. La palabra «balón» para mi perro es un índice para ir a buscar el balón. Pero si yo te digo a ti la palabra “balón”, tú la recibirás como un símbolo; esto es, me mirarás perplejo, con la sospecha de que probablemente me falte un tornillo y quizá me preguntes “¿Balón? ¿Qué pasa con el balón?” (Percy, 1996, parte II, párr. 14)

En palabras muy claras Percy establece la diferencia entre la captación diádica de un *índice* por parte del animal y la triádica de un *símbolo* por parte del ser humano: “El perro responde a la palabra buscando la cosa; tu concibes la pelota [el objeto mismo] a través de la palabra pelota” (Percy, 1989, p. 153) (Aclaración entre corchetes y traducción propia: H.M.³). Percy define el símbolo como algo que le permite al ser humano tener un mundo: “Un símbolo no dirige nuestra atención a otra cosa, como lo hace un signo [...] «Significa» otra cosa. De algún modo llega a contener en sí mismo lo que significa” (p. 153) (Traducción propia: H.M.). Este “tener un mundo” se da en la simbolización (triádica) del lenguaje y lejos de ser una especie de caída en el idealismo, posee el vínculo realista pragmaticista que le da Charles Peirce como veremos en breve.

§. *El Factor Delta: superando la grieta mente-cerebro*

Esta forma triádica de analizar el lenguaje, conduce a interpretar lo mental de un modo que permite ir superando la grieta *res cogitans-res extensa* (cf. *supra*: *Construcción conjunta de sujeto y objeto por la metáfora*). Porque desde la perspectiva diádica lo mental se ve como una propiedad de la organización de las neuronas (es decir, sigue siendo lo mental *res extensa*) y de este modo se afirma que no hay una diferencia sustancial entre el hombre y la terrier de Darwin: “Decir que la mente es una función o propiedad de la organización del cerebro, es como decir que la Madonna de Orleans de Rafael es una propiedad de la pintura y el color” (Percy, 1996, parte I, párr. 28). Esta sentencia de Percy en “La criatura dividida” no puede sostener lo que afirma sin —al mismo tiempo— postular que un pequeño hombrecito está actuando en el cerebro:

3. No hay traducción al castellano del ensayo “The Mystery of Language” integrante de la colección reunida en *The Message in the Bottle* (Percy, 1989).

[...] comenta Richard Leakey, el antropólogo [...] «el habla está controlada por cierta estructura del cerebro [...] El área de Wernicke del cerebro saca las palabras apropiadas del sistema retentivo del cerebro. La circunvolución angular [...] selecciona la palabra adecuada» ¿Sacar? ¿Seleccionar? Estos son verbos transitivos. Las palabras son los objetos. ¿Cuál es el sujeto? [...] ¿Hay alguna manera de comprender esto, aparte de suponer una diminuta persona, un homúnculo, haciendo las funciones de extracción y selección? (Percy, 1996, parte II, párr. 30)

Es decir, aparece un tercero que debe considerarse. Dijimos que la metáfora suele acentuar aspectos y ocultar otros, un modo de metáfora ontologizadora es la *personificación*, “en las que un objeto físico se especifica como una persona” (Lakoff & Johnson, 2007, p. 71). Notemos que en la cita anterior hay partes del cerebro que actúan “sacando”, “seleccionando”, es decir, se *personifican*, justamente el hombrecito es la personificación de las mismas. Este modo “natural” de metaforizar permite por un lado explicar pero por otro oculta al tercero que Percy está detectando.

El fenómeno natural triádico está basado en el signo triádico peirceano que siempre —como vimos— es la conjunción de a) un significante o *representamen*, b) un significado u *objeto inmediato* y c) un *interpretante* o emparejador (que de acuerdo a las circunstancias puede ser inmediato, dinámico y final). Este tercer elemento, el *interpretante*, es el que realiza la unión inextricable de *significante* (o *representamen*) y *significado* (u *objeto inmediato*). El interpretante según Peirce es de naturaleza pragmático-comunitaria, es decir, se constituye desde la acción con otros en el mundo y está relacionado con la “máxima pragmática” sobre la constitución del significado: “Consideremos qué efectos, que puedan tener concebiblemente repercusiones prácticas, concebimos que tenga el objeto de nuestra concepción. Nuestra concepción de estos efectos es la totalidad de nuestra concepción del objeto” (Peirce, 1988 [1878], punto n° 15).

Es decir, este tercer elemento interpretante tiene un fundamento empírico desde la acción pragmático-comunitaria. Percy lo descubrió a su modo y es comentado en el primer ensayo de *The Message in the Bottle* (Percy, 1989) que se refiere al lenguaje y se llama “The Delta Factor” (El factor Delta). Tiene un subtítulo largo: “Cómo descubrí el Factor Delta sentado en mi escritorio un día de verano en Luisiana en la década de 1950, pensando en un acontecimiento en la vida de Helen Keller sucedido en otro día de verano en Alabama en 1887”.

En este ensayo de Percy el lenguaje humano es presentado como un fenómeno triádico, contrastando con los estudios lingüísticos de Saussure que ofrecen una relación diádica entre:

- un significante (por ejemplo, la palabra escrita “azalea” u oída en el sonido “azalea” o visión de manchas, colores y movimientos que se *corresponderían* con una azalea) y,
- un significado (el contenido, el objeto por el que está el significante, el concepto de una azalea).

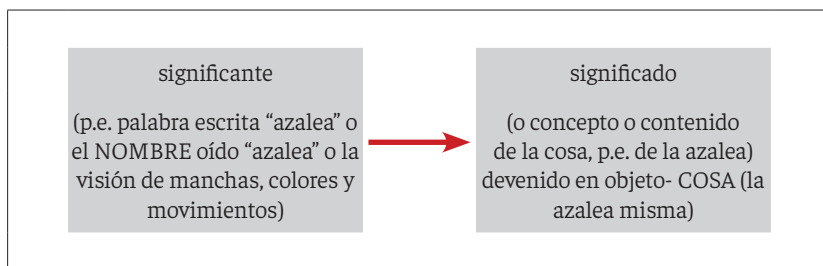
Esta interpretación diádica de la lingüística elimina al sujeto hablante, es una postura positivista de Saussure que ante la complejidad del *habla* se queda con el sistema de la *lengua*.⁴ Cabe destacar que la relación significante-significado deviene en relación nombre-cosa. Si bien ya aclaramos la naturaleza psíquica de los elementos del signo lingüístico de Saussure, él mismo reconoce que se cae en la ingenuidad de entender que la unión indisoluble o

4. Dice Amado Alonso en el prólogo al *Curso de Lingüística General* de F. de Saussure: “El Curso de Lingüística general de F. de Saussure es el mejor cuerpo organizado de doctrinas lingüísticas que ha producido el positivismo” (Alonso, 2007, p. 7) “Saussure ve la complejidad del lenguaje tan bien como Vossler [Vossler, 1947], pero la rehúye como objeto de estudio, y, en busca de uno deslindado y homogéneo, da con ‘la lengua’, un autónomo [desacoplado del sujeto] sistema de signos, separado de su uso e independiente de los individuos que lo usan” (Alonso, 2007, p. 11) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.). Sobre el concepto de “positivismo”, ver nota de Habermas en *infra: Epistemología de la metáfora*.

asociación entre significante (la palabra escrita “azalea”) y significado (el contenido, el concepto de azalea) lo es entre la palabra y la cosa:

Para ciertas personas, la lengua [...] es una nomenclatura, esto es, una lista de términos que corresponden a otras tantas cosas [...] lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto [significado] y una imagen acústica [significante]. La imagen acústica no es el sonido material, cosa puramente física, sino su huella psíquica (Saussure, 2007, p. 141-142) (Aclaraciones entre corchetes propia: H.M.)⁵

Podríamos graficarlo del siguiente modo:



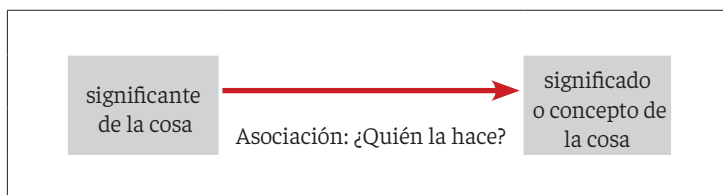
Esquema N° 18: Relación diádica entre el nombre y la cosa, relación inferida desde una interpretación ingenua del signo lingüístico saussureano que identifica el significado con la cosa misma (esquema propio: H.M.)

Respecto de lo incluido como significante en el esquema anterior, “la visión de manchas, colores y movimientos” que se corresponderían con la visión de una azalea (reconocimiento), dice el mismo Peirce:

5. Notemos en esta cita algo que va contra “el sentido común”: el signo (significante-significado) es intramental, Saussure habla al referirse al significante de *huella psíquica* no de *cosa puramente física*.

Mirando a través de mi ventana en esta encantadora mañana de primavera veo una azalea en floración. ¡No, no! No veo eso [ve manchas, colores y movimientos]; aunque tal es la única manera en la que puedo describir lo que veo [el significado de lo que ve]. Eso es una proposición, una frase, un hecho; pero lo que percibo no es una proposición, frase, o hecho, sino sólo una imagen, que hago inteligible en parte mediante un enunciado de hecho. Ese es un enunciado abstracto, pero lo que veo es concreto. (Peirce, 2009 [1901], párr. 18) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

Percy se pregunta respecto del signo diádico —que se corresponde con la consideración del lenguaje como fenómeno diádico—: ¿Quién hace la asociación o *quién* une significante y significado? La pregunta puede resultar de respuesta obvia pero la objeción de Percy es que quien hace la asociación y por tanto hace la semiosis es un tercero que es arrojado fuera de la semiosis:



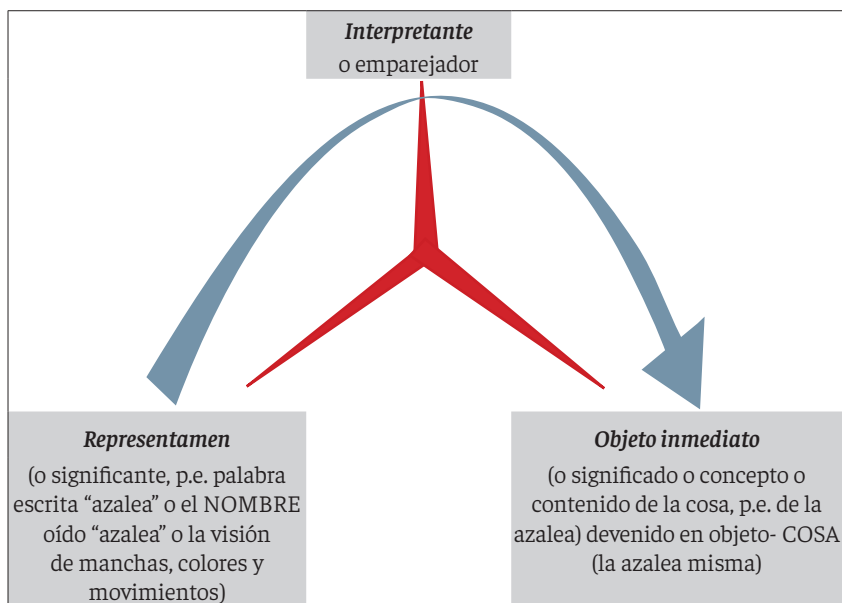
Esquema N° 19: Relación diádica y asociación mecánica entre significante y significado (esquema propio: H.M.)

La falta de consideración sobre el agente de la semiosis, que reduce el signo lingüístico a la mera asociación significante-significado, tiene un correlato en las reflexiones de Gomila sobre el signo triádico peirceano.

Gomila da cuenta de una distinción en la obra de Peirce: entre significado y significación, es decir distingue el aspecto diádico del triádico; dice que la consideración de la díada *representamen-objeto inmediato* consistiría en una primera significación que él denomina “significado natural”, que es “la pura relación

entre representamen y objeto” (Gomila, 1996, Conclusión, párr. 3) a la que distingue de la “significación, esto es, la necesidad de que el signo sea signo para alguien” (Gomila, 1996, Conclusión, párr. 3), lo cual se da a través del tercer elemento de la significación que es el *interpretante* en términos de Peirce o el *emparejador* en términos de Percy.

Estas distinciones lógicas dentro del signo —la relación de *representamen* y *objeto* y la consolidación de la unión de ambos por el *interpretante*— son inseparables en la actividad de la semiosis (forman —en palabras de Peirce— una *tríada genuina*), el representamen o signo debe significar el objeto y esto se corona y hace efectivo en un interpretante.



Esquema N° 20: Relación triádica entre significante, significado y emparejador o en términos peirceanos entre representamen, objeto inmediato e interpretante.

La flecha marca la acción del interpretante o emparejador (elaboración propia: H.M.)

El “Factor Delta” como expresión del lenguaje como fenómeno natural triádico, lo descubrió Percy reflexionando sobre un acontecimiento de la historia de Helen Keller (Helen padecía ceguera y sordera desde el año y medio de vida) ocurrido un día de verano en Alabama en 1887, concretamente cuando su maestra Ann Sullivan “escribía” en una de sus manos la palabra “agua” (palabra *significante*) mientras vertía en la otra mano agua (el líquido real).

Percy repara en que lo que aconteció con Helen se trató no de un fenómeno diádico de asociación sino de algo más profundo, porque *ella* estaba recibiendo tanto el significante (el signo del agua) como el referente (el agua misma) y esto crea un triángulo (Δ) entre “agua” (la palabra escrita en su mano, el nombre), el agua (el líquido que corría por su mano, la cosa) y Helen (que hace la unión mediante el emparejamiento simbólico), en el que cada una de las tres puntas de la Delta (Δ) conducen a las otras dos y que, según Percy, es absolutamente irreductible a tres diádas. Justamente para evitar que la representación triangular lleve a la concepción de tres diádas, la tríada se representa mejor con una estrella de tres puntas (como observamos en el Esquema N° 20).

Esta estrella lingüística es para Percy la piedra angular de la mente humana, que permite al hombre no vivir en un ambiente de estímulos como el animal (o mundo de *índices*) sino vivir en un mundo; el tercer elemento de emparejamiento o simbolización empareja el nombre y la cosa de modo ontológico, es decir, el emparejamiento los hace “intercambiables” de tal modo que el hombre se mueve en “un mundo” a diferencia del animal.

Es importante reparar —a propósito de lo dicho sobre la estrella lingüística como piedra angular de la mente humana— en que esa célula básica de la estrella triádica que representa al signo peirceano y que dijimos es propia de los fenómenos mentales humanos (cf. *supra*: Esquema N° 17), no es una entidad aislada, sino que forma parte de *encadenamientos triádicos* en el proceso de *semiosis* que Peirce llama “semiosis ilimitada”.

Es decir, el interpretante de Peirce (cf. *supra*: *El signo peirceano asume a los hablantes y sus metáforas*) forma parte normalmente de una cadena de significados, porque el interpretante es a su vez un signo: “El interpretante de un signo es otro signo, ya que cualquier cosa, al actuar como signo, pone al interpretante en la misma relación con el objeto que el primer signo tiene (CP 8.332)” (Peirce citado por Gomila, 1996, punto 2, párr. 7). En otras palabras, el *interpretante* de una tríada genuina (cf. *supra*: Esquema N° 20) se convierte —en la cadena semiósica— en un *representamen* de la tríada siguiente:

Puesto que un interpretante es en general un signo más desarrollado que el representamen [y es a su vez un nuevo representamen en la cadena semiósica], la cadena de la semiosis infinita determina un paulatino aumento del conocimiento [significado o concepto] sobre un objeto ¿pero la semiosis es infinita? En verdad, la semiosis es virtualmente infinita, por eso hay que distinguir entre la semiosis infinita y la denominada «semiosis en acto», que le pone un término provisional a la cadena cuando un interpretante final designa el objeto de un representamen en un acto semiótico particular” (Vitale, 2006, p. 25) (aclaraciones entre corchetes propios: H.M.).

Volviendo al fenómeno de la metáfora como “error”, reparando en que ese error es lo que hace surgir en la metáfora (que habilita y sostiene el error) un *nombre nuevo* (como por ejemplo, *eso es un Blue Dollar Hawk*) o bien una predicación impertinente (como *ese Halcón es un Blue Dollar Hawk*), comprenderemos que este proceso de la metáfora está en la base de la orientación simbólica del hombre en el mundo: “En resumen: se exploran los ejemplos dados del error [...] en la experiencia poética auténtica [...] para ver qué luz pueden arrojar sobre la función de la metáfora en la orientación simbólica fundamental del hombre en el mundo” (Percy, 1958, p. 98) (Traducción propia: H.M.).

La metáfora o el “error” en términos de Percy es el instrumento de conocimiento, no es ningún capricho de los poetas:

Se considera que esta «incorrección» de la metáfora no es un capricho de los poetas sino un caso especial de ese misterioso «error» que es la condición misma para que sepamos algo. Este «error», el acto de simbolización [emparejamiento de cosa y nombre o predicación impertinente], es en sí mismo el instrumento del conocimiento y es un error sólo si no apreciamos su carácter intencional. (Percy, 1958, p. 98) (Aclaración entre corchetes y traducción propios: H.M.)

Al respecto dice Lavid:

En efecto, este “error” que los semánticos critican en la metáfora desaparece en cuanto reconocemos su carácter intencional, es decir, en cuanto percibimos y analizamos el lenguaje desde el punto de vista del individuo que lo utiliza, que conoce la realidad a través del espejo que es el lenguaje. (Lavid, 1988, p. 354)

Este espejo del lenguaje del que habla Lavid, no es otra cosa que la constitución del mundo simbólico del hombre, mediante ese “emparejamiento” de palabra y cosa, a través del “error” de la metáfora o predicación impertinente que constituye cognoscitiva y ontológicamente a la cosa.

Notemos que la metáfora nombra, capta la naturaleza del objeto y afirma su existencia. El no captar la singularidad del hombre dada en el fenómeno simbólico del lenguaje que tiene a la metáfora como principio y cota especial de belleza y conocimiento (a través del “emparejamiento” que constituye la predicación impertinente o el “error” en el nombrar), lleva a una fisura entre mente y materia entre *res cogitans* y *res extensa*:

Peirce se percató de que el camino que nos lleva hasta [...] la gran fisura moderna entre mente [*res cogitans*] y materia [*res extensa*], pasa por el único lugar donde ambas se cruzan, el lenguaje. El lenguaje es tanto las palabras como los significados. Es imposible imaginarse el lenguaje sin ambos. (Percy, 1996, parte II, párr. 6)
(Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

Es por esto que —a lo largo de este libro— vamos abonando la hipótesis de que la metáfora que lleva a lograr inteligencia nombrando y simbolizando, va construyendo conjuntamente al hombre y al mundo (cf. *supra*: *Construcción conjunta de sujeto y objeto*).

XXI. LA DINÁMICA SEMIÓTICA DE LA OPERACIÓN METAFÓRICA

§. El “vacío” semántico y hermenéutico como “hambre”

Aristóteles en su *Física* concluía que la materia tenía “horror al vacío”, con lo cual expresaba la idea de que no existía el espacio vacío. Esta metáfora es una “personificación” y su idea se mantuvo viva varios siglos —hasta las controversias entre Hobbes y Boyle (cf. Shapin & Schaffer, 2005) y los experimentos de Galilei y Torricelli—.

Proyectaba esta idea —a nuestro entender— el temor del hombre a lo desconocido: esta concepción se refleja en la literatura sagrada antigua —por lo menos de medio oriente—, en ella los sitios no habitados por el hombre eran sitios ocupados por los demonios (y según la cultura, demonios del mar —como el *Leviatán* y el *Behemot*— o de los desiertos —como *Pazuzu*—). Por eso me parece pertinente aquí la idea del “vacío” de conocimiento como algo que se convierte en “acicate” intelectual (lo cual es una nueva metáfora...), frente a fenómenos que piden “un nombre” (recordar el vacío semántico del niño y su *Blue Dollar Hawk*) o fenómenos intrigantes que piden explicación (recordemos a Maxwell frente al vacío hermenéutico de las *líneas de fuerza* de Faraday).

Hemos resaltado el valor de la metáfora como recurso cognoscitivo frente a estas situaciones, hechos o fenómenos que producen “vacíos” de predicación o explicación o de inteligencia. Utilizo la palabra “vacío” porque desde la imagen del “*horror vacui*” (tendencia a llenar un vacío) puedo hacer referencia a esa “tensión o hambre” que referimos (cf. *supra*: *Las dos condiciones del surgimiento de la metáfora*) y que mueve a la búsqueda de un nombre o de una explicación.

En el nivel de la palabra y de la frase (cf. *infra*: *Los tres niveles de “vacíos” y sus cubrimientos*) la metáfora se presenta como un recurso que viene a cubrir un “vacío semántico” y que produce —por tanto— una innovación semántica (que no es una mera innovación semántica ya que hay un plus de ser que se crea o manifiesta). Aquello que todavía no ha sido nombrado y permanece no alcanzable en su ser y funcionalidad por nuestro “brazo intelectual” —y por tanto todavía desconocido e incomunicable, pero de algún modo atisbado (cf. *infra* “vacío” como “primeridad”)— es alcanzado heurísticamente por el recurso llamado metáfora que añade un plus a dicho “brazo”. Estamos usando —para darnos a entender— una metáfora de José Ortega y Gasset:

[La metáfora] es un procedimiento intelectual por cuyo medio conseguimos aprehender lo que se halla más lejos de nuestra potencia conceptual. Con lo más próximo y lo que mejor dominamos podemos alcanzar contacto mental con lo remoto y más arisco. Es la metáfora un suplemento a nuestro brazo intelectual y representa, en lógica, la caña de pescar o el fusil. (Ortega y Gasset, 1985 [1925], p. 604) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

En nuestros términos Ortega habilita lo que Korzybski llama pensamiento silencioso (cf. Korzybski, 1951, cf. *infra*: *Pensamiento silencioso: obertura de la metáfora*), esto es, un pensamiento que está buscando las palabras para expresarse y que en este ámbito lo hará con una metáfora:

No se entienda por esto que, merced a ella trasponemos los límites de lo pensable. Simplemente nos sirve para hacer prácticamente asequible lo que se vislumbra en el confín de nuestra capacidad. Sin ella habría en nuestro horizonte mental una zona brava que en principio estaría sometida nuestra jurisdicción, pero de hecho quedaría desconocida e indómita [pensamiento silencioso]. (Ortega y Gasset, 1985 [1925], p. 604) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

Finalmente, Ortega afirma que la metáfora es una verdad:

Como la metáfora ejerce en ciencia un oficio suplente, sólo se la ha entendido desde el punto de vista de la poesía, donde su oficio es constituyente [...] De aquí que no se haya hecho constar debidamente que la metáfora es una verdad, es un conocimiento de realidades. Esto implica que en una de sus dimensiones la poesía es investigación y descubre hechos tan positivos como los habituales en la exploración científica. (p. 604-605)

Esta heurística se basa en una tensión, una visión de dos en uno, que se hace productiva en la síntesis (como adelantamos, en este proceso funciona una lógica que no es la tradicional, sino una lógica dialéctica o trialéctica —en términos de S. Lupasco—⁶). Cuando el hombre no encuentra una palabra que exprese una idea, naturalmente tiende a hacer uso de lo conocido para darse a entender (a sí mismo y a los demás), pero originando una tensión dialéctica entre lo familiar y conocido y el contexto “no correspondiente” o “ajeno” donde se inserta lo familiar. Notar que aquí estamos introduciendo la posibilidad de un “pensamiento sin palabras” (cf. Korzybski, 1951; Penrose, 1996; Nietzsche, 1990b, González de Santamaría, s/f), donde la traducción al sistema lingüístico vendría en un segundo momento; son interesantes los testimonios de los grandes científicos en este aspecto (cf. Magnasco, 2019).

6. La lógica trialéctica lupasciana (o de *tercio incluso*) surge ante las paradojas de la física cuántica iniciada por Planck (cf. Landau & Lifshitz, 1982, p. 13-19). Planck afirma que la radiación electromagnética además de una onda (como olas en el agua) se comportaba como pequeños paquetitos indivisibles (como pelotitas), lo cual es una paradoja. Lo que pasó con la radiación se extendió luego por una operación metafórica de búsqueda de simetrías al electrón en sentido inverso, se pensaba que era corpúsculo (una pelotita) y resultó también ser una onda (como un olaje).

§. El “hueco” para que se “cuele» la metáfora

Esta cuestión de “pensar en la tensión o hambre”, buscando nombrar lo aún no nombrado durante los “vacíos”, entra en tensión con la hipótesis de Sapir-Whorf sobre la preeminencia del lenguaje sobre el pensamiento...

Este nombrar lo desconocido es justamente el resultado de un *pensamiento sin palabra*. Aquello que todavía no ha sido nombrado pone al pensamiento en una búsqueda de una palabra o concepto que aún no posee.

Como nosotros ampliamos el panorama de Lakoff & Johnson (2007) por tener otros intereses (no porque superemos su genial estudio), hablamos de la metáfora viva, cuya obertura es un vacío, un pensamiento silencioso (cf. *infra: Pensamiento silencioso: obertura de la metáfora*) que postula un pensar sin palabras. Es necesario referir lo dicho a la postura que sostiene que el lenguaje es “vehículo” del pensamiento, conocida como hipótesis de Sapir-Whorf (cf. Hollis, 1994, cf. Borjas, 2007, p. 29), es decir, primero es el lenguaje luego el pensamiento como una *combinatoria de palabras-conceptos*.

La interpretación de esta postura es que el lenguaje condiciona la forma de ver la realidad de manera dramática (función categorizadora del lenguaje, cf. Alonso Schökel, 1986, p. 151), produce un recorte de la realidad y sólo podemos percibir lo que está formalizado a través de la lengua; de algún modo el lenguaje abre la visión del mundo pero también produce ceguera y cierra mundos.

Esta prioridad del lenguaje sobre el pensamiento convierte al pensamiento y a toda producción del pensamiento en una especie de álgebra combinatoria de las palabras (criticada literariamente por Borges, 1952a, p. 748). Tal postura establece vínculos con el “primer” Wittgenstein (el del *Tractatus Lógico-Philosophicus*): “los límites de mi mundo significan [son] los límites de mi lenguaje” (Wittgenstein, 2009, p. 105) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.).

La pregunta sobre la posibilidad de un pensamiento sin palabras es ineludible para la temática de nuestro libro. “Pensar sin palabras” es estar frente al “vacío” semántico o interpretativo. No tener la palabra adecuada en el caso del “vacío semántico” o la descripción “empalabrada” (Vilanou, 2001, p. 23) —pertinente en el caso del “vacío hermenéutico”— obliga a pensar “eso” que tenemos enfrente con la ayuda de otras palabras *trasladadas desde* ámbitos ajenos a “eso” pero familiares a nosotros. Tales vacíos, entonces, abren la posibilidad del llenado o cubrimiento creador de la metáfora. El resultado no es un *ajuste perfecto* (si así fuera la palabra estaría disponible y no existiría vacío) sino una tensión, un “ver dos cosas en una”.

Esto es, nuestra postura es “dialéctica”, no hay un primero (pensamiento o lenguaje) sin un segundo (lenguaje o pensamiento) siendo la metáfora el tercero que completa la tríada dialéctica. Por dialéctica entendemos un diálogo entre una cosa y otra que están como en tensión u oposición, tensión que es parcialmente superada en ese diálogo:

Fichte en 1794 [entendió la dialéctica como] «síntesis de los opuestos por medio de la determinación recíproca» [...] Según Hegel, toda la realidad está dialécticamente en movimiento o en devenir [...] ve por todas partes tríadas de tesis, antítesis y síntesis, en las que la antítesis representa la «negación» o «lo opuesto» o el «ser otro» de la tesis, y la síntesis constituye la unidad, y al propio tiempo la verificación tanto de la una como de la otra”. (Abbagnano, *et al.*, 1971, p. 19-23)

Hemos introducido la idea de “vacío hermenéutico” queriendo referirnos a un “vacío interpretativo” que se produce frente a unos hechos que resultan desconocidos, intrigantes, como “cabos sueltos” a primera vista “incoherentes” (juzgando desde lo que se conoce, se produce un “conflicto cognitivo”).

Si la metáfora ha sido exitosa como mecanismo de inteligencia en el cubrimiento de vacíos semánticos en el lenguaje natural (cf. Ortega y Gasset, 1965, 1985 [1925] y Lakoff & Johnson, 2007), ¿qué estatuto epistémico tendrá en el cubrimiento de “vacíos interpretativos” (recordemos las metáforas usadas en ciencia)? Refuerza esta cuestión el hecho de que hay mecanismos metafóricos funcionando en diversas narraciones como el mito, el cuento, la novela, la epopeya y por supuesto en el poema.

Nótese que “mito”, “cuento”, “novela”, “poema” pueden ser tratados como entidades sin valor cognoscitivo, o por el contrario como un modo de acercarse a realidades que están reclamando una palabra o cierta inteligibilidad... desde este último punto de vista hay un poder cognoscitivo “de tipo literario”, un lenguaje que aspira a decir lo que un ajuste duro y científico del lenguaje al estilo del propuesto por el Wittgenstein del *Tractatus Logicus Philosophicus* no logra hacer... ¿qué relación habrá entre arte, literatura y conocimiento?

La realidad para algunos —militantes de empirismos y racionalismos— es un libro escrito en caracteres lógicos-matemáticos (expresión metafórica de Galileo Galilei en su obra *Il Saggiatore*), para otros —enrolados en una génesis dialéctica de sujeto y objeto— hay un “misterio” que no se deja embretar fácilmente en esos caracteres y que reclama un “nuevo tipo de lenguaje”. Respecto de esta génesis dialéctica de sujeto y objeto, debemos reparar en que el conocimiento no nos deja igual que antes del conocer, como así tampoco lo conocido queda igual que antes de ser conocido. ¿Cambia un texto por el hecho de ser leído? se preguntaba Roland Barthes y respondía que sí, porque el lector aporta cosas que el texto habilita pero no contiene. Podemos trasladar la cuestión ¿Cambia la realidad al ser conocida? Sí. ¿Cambia el lector del texto de la realidad? Sí. Hemos dicho que la metáfora está en la base de nuestro

conocimiento y que ella funciona haciendo pie en una “cantera de analogías” (cf. Samaja, 2004, p. 138) que anidan en nuestra *praxis* y son como “órganos” que nos permiten asimilar metafóricamente la realidad y conducirnos en ella. De algún modo al conocer dejamos “algo nuestro” en los objetos que conocemos y ellos dejan algo de ellos en nosotros.

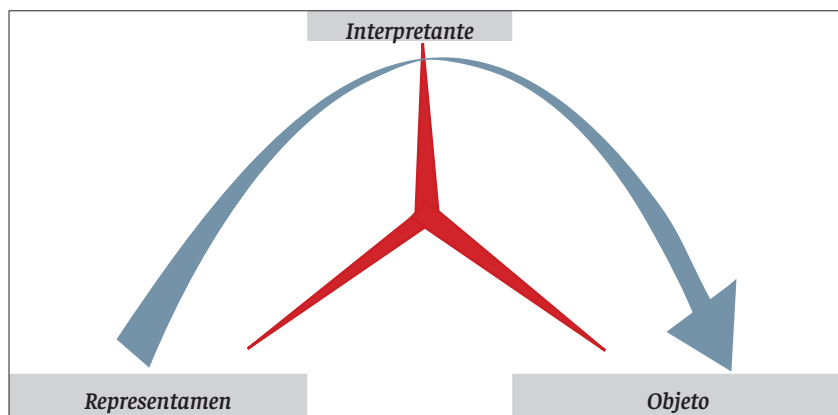
Señalaremos que en el proceso metafórico de este nuevo tipo de lenguaje se encierra la vida del que conoce y su misterio... Lo lógico-matemático —cuando se está acostumbrado o impulsado por las circunstancias a utilizarlo— es un revestimiento simplificador y empobrecedor que oculta la rica metáfora que atesoraba el misterio de la vida del que interpreta.

Notemos que la metáfora como la estamos tratando tiende lazos —en la construcción de su definición y operación— hacia los campos de la filosofía de la ciencia (empirismo-racionalismo, etc.), la lingüística (lenguaje natural, semántica, etc.), la hermenéutica (la interpretación como ámbito de generación de sujeto y objeto), la semiótica (Saussure, Peirce), la lógica dialéctica y el arte. Si se recortan estos campos se produce el viejo reduccionismo que anula el valor que puede tener este libro.

§. *El vacío como primeridad. Análisis semiótico de la metáfora*

Dijimos en el apartado *El signo peirceano asume a los hablantes y sus metáforas* que el interpretante inmediato del signo peirceano abre la puerta a la posibilidad de la operación metafórica, como metáfora *viva* o de invención o de creación. Respecto de esta fina consideración de Peirce, el interpretante inmediato es “el efecto que el signo produce en primera instancia [...] en una mente” (Peirce, 1974, p. 110), pensemos que aquí ingresa esa especie de “vacío semántico” o bien “interpretativo” que experimentamos ante hechos que nos piden una palabra o una explicación.

Dijimos que el signo de Peirce introduce en el ser de su signo la dinámica de la vida de una comunidad como hablantes, escritores y experimentadores —en primera persona y con ayuda de la comunidad— de lo real. Esta realidad da “significatividad” a lo conocido (Lakoff & Johnson, 2007) y humana “razonabilidad” (Nubiola, 2009) y se encarna en los *interpretantes* que unen *representámenes* con sus *objetos* en lo que Peirce llama *relación triádica genuina* y que Percy señala como el fenómeno triádico del lenguaje que permite al hombre tener un mundo que lo distingue del animal (Percy, 1989). Su representación clásica:



Esquema N° 21: Relación triádica entre representamen, objeto e interpretante, la flecha marca la acción del interpretante emparejando representamen y objeto en una triada genuina simbolizante (elaboración propia: H.M.).

En este signo triádico hay una precedencia lógica que son las categorías fenomenológicas o faneroscópicas⁷ de Peirce: el

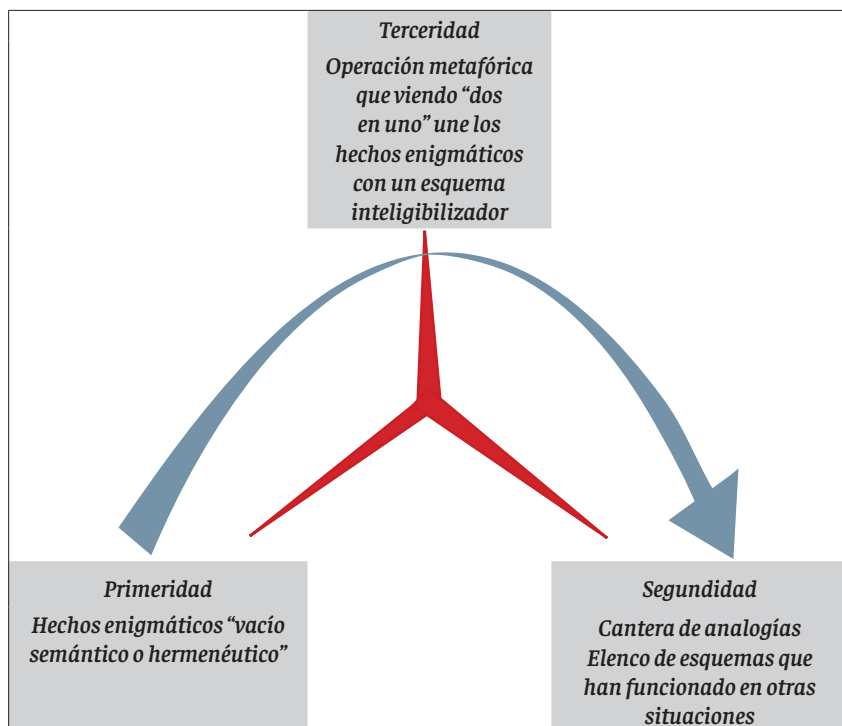
7. Palabra que deriva de *fanerón*: “el total de todo lo que de algún modo o en algún sentido está presente en la mente, con independencia absoluta de si corresponde a algo real o no” (CP 1.284; 306)” (Vericat, 1988, Nota 1), equivalente a *phenomenon*: “todo lo que en cualquier sentido está ante nuestras mentes (CP 8.265)” (Vericat, 1988, Nota 1).

representamen es una *primeridad*, el objeto una *segundidad* y el interpretante una *terceridad*.

Primeridad es el “modo de ser de aquello que es tal como es, de manera positiva y sin referencia a ninguna cosa” (Peirce, 1974, p. 86). Como modo de ser (categoría metafísica) es una *posibilidad* (cf. Ferrater Mora, 1964, p. 268). Tiene que ver con la originalidad y la sensibilidad (p. 268). De un modo más dinámico y menos taxativo decimos que la *primeridad* es una primera impresión no analizada conscientemente, no aparece con referencia a un hecho real sino como una posibilidad o apariencia y aquí afirmamos que esos hechos que piden una palabra o una explicación se ubican como *primeridad* dando lugar al “vacío” y al “hambre” que busca una metáfora para cubrirlo.

Segundidad es el “modo de ser de aquello que es tal como es, con respecto a una segunda cosa, pero con exclusión de toda tercera cosa” (Peirce, 1974, p. 86). Como modo de ser (categoría metafísica) es una actualidad o existencia (Ferrater Mora, 1964, p. 268). Es la idea elemental de algo que posee existencia en “bruto”. Aquí ingresa la cantera de analogías, colección de esquemas que han funcionado, especies de órganos para asimilar la realidad.

Terceridad es el “modo de ser de aquello que es tal como es, al relacionar una segunda y una tercera cosa entre sí” (Peirce, 1974, p. 86). La *terceridad* es la relación triádica que se actualiza entre un representamen y su objeto, es considerada en el orden de la razón —razonabilidad—, de la ley, del hábito (Ferrater Mora, 1964, p. 268) y de la representación —significatividad—. Aquí ingresa la operación metafórica que une en tensión desde el lugar de la *terceridad* los hechos enigmáticos con el esquema que proveniente de un ámbito extranjero anida en la cantera de analogías.



Esquema N° 22: Operación metafórica que viendo “dos en uno” —terceridad— une los hechos enigmáticos —primeridad— con un esquema inteligibilizador —segundidad— (elaboración propia: H.M.)

Vamos a vincular este esquema semiótico con el esquema lógico RESULTADO + REGLA → CASO que presentamos más arriba en el subtítulo: *La metáfora en el razonamiento abductivo*.

Recordemos que allí decíamos que el razonamiento abductivo —generador del CASO que es la HIPÓTESIS en ciencia— necesitaba la operación metafórica que produjera una REGLA para que la abducción funcione, así teníamos este esquema más completo: RESULTADO intrigante + REGLA obtenida por el establecimiento de una ANALOGÍA por vía metafórica → ABDUCCIÓN del CASO; “esos hechos

Capítulo 5

PENSAMIENTO SILENCIOSO: OBERTURA DE LA METÁFORA

¿qué es el tiempo? ¿Quién podrá comprenderlo con el pensamiento para explicarlo luego con la palabra?

Agustín de Hipona, “Confesiones”

But time keeps flowing like a river to the sea

The Alan Parsons Project, “Time”

XXII. LA “IDEA PURA” Y SU NECESARIO REVESTIMIENTO METAFÓRICO

La idea de un vacío semántico o hermenéutico implica que la construcción metafórica está suponiendo una distinción o una distancia entre el pensamiento no verbal —que nombramos siguiendo a Peirce como “idea pura” (o “desnuda”)— y el pensamiento traducido o revestido de un lenguaje que permite decirlo. Ortega y Gasset (cf. Karagiannis, 2005, p. 131) entiende que cualquiera que sea la idea, esta tiene que ser simbolizada o metaforizada (“vestida”), de lo contrario quedaría como una “sombra incomunicable” (sería lo que Korzybski, 1951, refiere como “pensamiento silencioso”). Charles S. Peirce se ha pronunciado respecto de “la idea pura” y la necesaria expresión metafórica de la misma:

Se ha dicho con desprecio que la metafísica es una fábrica de metáforas. Pero no sólo los conceptos metafísicos, sino también los faneroscópicos y los lógicos necesitan revestirse de tales trajes. Pues la idea pura sin una metáfora u otra ropa significativa es una cebolla sin piel.¹ (Peirce, 2004 [1906], n° 9, párr. 8).

Como vimos en el capítulo anterior, los conceptos faneroscópicos derivan de *fanerón*: “el total de todo lo que de algún modo o en algún sentido está presente en la mente, con independencia absoluta de si corresponde a algo real o no (Peirce, CP 1. 284; 306)” (citado por Vericat, 1988, Nota 1). Es equivalente a *phenomenon*: “todo lo que en cualquier sentido está ante nuestras mentes (Peirce, CP 8.265)” (citado por Vericat, 1988, Nota 1). Es

1. Peirce entiende a la cebolla como una suma de capas o pieles, una cebolla sin piel se reduce —entonces— a la nada.

decir, todo lo que aparece en nuestra mente debe ser revestido por la metáfora para ser conceptualizado y comunicado.

Respecto de los conceptos lógicos ya hemos visto como las metáforas los sustentan, y cómo los “principios” lógicos así establecidos han llevado a una dicotomización del pensamiento. Por tal razón Gastón Bachelard (Bachelard, 2005, p. 250) critica el sistema conceptual y el pensamiento emergente que ha metaforizado todo en base a la *dicotomía dentro-fuera, on-off, verdadero-falso*. Todo se dicotomiza y Bachelard entiende que esto encorseta la cultura y la reflexión dejándola en la incomodidad y la pobreza ya que no todo es “blanco o negro” o “sí o no”. Tal dicotomía hace pie en el “dentro-fuera” de nuestro cuerpo y metafóricamente se vuelve lógica binaria.

En este necesario revestimiento de la idea, la misma queda irremediabilmente unida a la *praxis* de quien produce dicho revestimiento. Decíamos que la realidad tiene para el metaforizador “saliencias” que la alejan de ser algo totalmente “amorfo”, así el “vacío” semántico o interpretativo no es “una nada” sino algo preñado que dará a luz una metáfora (desde la cantera de analogías). Recordemos al niño Percy en Alabama necesitando un nombre para eso que tan vivamente se le había presentado. Hablar de una “idea pura” anterior al revestimiento metafórico de la palabra supone un poder “pensar sin palabras”, esto lleva nuestro recorrido al siguiente punto.

XXIII. EL PENSAMIENTO “SILENCIOSO” Y LA HABILITACIÓN DE LA METÁFORA

¿Qué medió —en el caso de Newton— entre el mirar la Luna girando sobre la Tierra y la imagen de una honda o “boleadora”? Esa imagen vino a cubrir inicialmente un “vacío” y ese vacío era un vacío de palabra pero no un vacío de pensamiento, ya que si fuera un vacío de pensamiento nunca se hubiese seguido la imagen metafórica. Agregamos también que ese pensamiento aun sin palabra es algo “preñado” que da a luz desde la cantera de analogías una metáfora y en esto hay cierta lógica como “razonabilidad”.

Este pensamiento sin palabra, preludeo del surgimiento de la metáfora, ha sido analizado por un ingeniero de Varsovia, Alfred Korzybski que fue quien utilizó esa metáfora a la que hemos acudido numerosas veces: “el mapa no es el territorio” (Korzybski, 1951, párr. 113). Hablando sobre el proceso de abstracción desde un punto de vista noaristotélico Korzybski (1951) ha dicho que el funcionamiento del sistema nervioso tiene un carácter electrocoloidal, por lo que, cuando “percibimos” un suceso o evento (“evento” en el sentido que le da Whitehead de corte transversal instantáneo en un proceso) tenemos un suceso de “primer orden” que ha ocurrido en niveles no verbales o niveles “silenciosos”, es decir, niveles dónde no anida la palabra. Al reflejarse sobre un evento —por ejemplo la caída de una caja de fósforos— la luz impresiona en el ojo produciéndose en el cerebro una serie de configuraciones electrocoloidales. Reaccionamos, entonces, a esas configuraciones en los niveles “silenciosos” con ciertos “sentimientos”, realizando algunas evaluaciones, etc., sobre ellas. Por último “entramos” en los niveles verbales y podemos “decir el evento”, hablar sobre dichas reacciones orgánicas del nivel silencioso:

Newton hubiera denominado “gravedad” a la caída de la caja; Einstein emplearía el concepto de “curvatura espaciotemporal”. Digamos lo que digamos sobre el suceso de primer orden este pertenece a los niveles silenciosos. El cómo hablemos [en una segunda etapa] sobre ello puede variar de día a día, de año en año, de siglo a siglo. Todos nuestros “sentimientos”, “pensamientos”, nuestros “amores”, “odios”, etc., suceden en los niveles no traducibles a palabras [esto es, niveles silenciosos, donde no “anida” la palabra], viéndose estos afectados por los niveles verbales gracias a una interacción continua. Cara a los demás o a nosotros mismos podemos verbalizar sobre ellos, intensificarlos, disminuirlos, etc., pero esto constituye un problema diferente. (Korzybski, 1951, párr. 11) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

Korzybski —entonces— plantea una distancia entre el percibir (electrocoloidal) y el “decir”. El revestimiento significativo de la experiencia coloidal dependerá de la cantera de analogías que anida en la *praxis* del que percibe. Vemos aquí la consolidación de la oportunidad del pensamiento creativo. El referirse siempre a una “cantera de analogías” puede generar la sensación de una inteligibilidad como “reducción a lo conocido”, pero es importante captar entonces que —como hemos referido al relacionar metáfora y lenguaje— funciona la abducción, que según Peirce aporta el mayor grado de *uberty* o de fecundidad creativa.

Contrariamente a la posibilidad de un pensamiento silencioso, algunos se han preguntado si todo pensamiento es “verbal”, es decir, si todo pensamiento se basa en palabras o en nuestro lenguaje (aquí se da una especie de inmediatez, anulándose el pensamiento del nivel silencioso). Si se responde que “sí”, nos limitamos al “pensamiento” verbal y bajo tales condiciones dificultamos cualquier obra científica o creativa, ya que el “molde” del lenguaje nos impide ver de forma “diferente” el mundo exterior o interior. J. L. Borges ha hecho notar cómo un sistema de signos finitos como el de la lengua

puede dar lugar materialmente a una biblioteca infinita —cf. su cuento *La Biblioteca de Babel*— y cómo un solo libro puede dar lugar a infinitas interpretaciones —cf. su cuento *Pierre Menard autor del Quijote*—, con lo cual aconseja no reducir las producciones de la lengua a una mera combinatoria, es decir, el pensamiento es más que una combinatoria de los signos del lenguaje.

Refiriéndose al pensamiento científico y su capacidad creativa Korzybski (1951) afirma que existe una gran diferencia entre “pensar” en términos verbales, y “contemplar” en silencio, en los niveles no verbales para luego —en un segundo momento— buscar la estructura adecuada de lenguaje que se ajuste a esos procesos silenciosos que intentan ser dichos o explicados o descubiertos por la ciencia moderna. Lo recién dicho y lo que sigue abona la hipótesis del rodeo por la metáfora que se da tanto en la vida diaria como en el llamado “contexto de descubrimiento” de la ciencia ante el vacío hermenéutico:

Cuando “pensamos” verbalmente actuamos como observadores sesgados y proyectamos la estructura del lenguaje que empleamos en los niveles silenciosos, con lo que permanecemos en nuestras viejas orientaciones que hacen imposible que desarrollemos buenas observaciones (¿“percepciones”?) no sesgadas y trabajo creativo. Por el contrario, si en nuestra búsqueda general de una semejanza entre los dos niveles, el silencioso y el verbal, “pensamos” sin palabras, con imágenes, o con visualizaciones (que implican estructura y, por tanto, relaciones) podremos descubrir nuevos aspectos y relaciones en los niveles silenciosos y podremos formular importantes resultados teóricos. Prácticamente todos los grandes avances se han logrado de esta manera. (Korzybski, 1951, párr. 24)

En el polo opuesto algunos ven la percepción muy condicionada por el lenguaje, y ante la cuestión de si captamos —mediante la percepción— un orden exterior o más bien “lo imponemos”, se

inclinan por esto último siendo el “elemento ordenador” el lenguaje inmerso en la cultura. Esta es la hipótesis de Sapir-Whorf como ya mencionamos:

El “mundo real” se construye en gran medida de forma inconsciente sobre las costumbres lingüísticas del grupo. Los mundos en que viven las diferentes sociedades son mundos distintos, y no meramente un mismo mundo al que se le han puesto etiquetas distintas. Vemos, oímos o experimentamos en gran medida como lo hacemos porque los hábitos de nuestra comunidad nos predisponen a determinadas decisiones de interpretación. (Sapir, citado por Hollis, 1994, p. 238)

La afirmación de que “imponemos” unilateralmente orden, más que descubrirlo o crearlo con fundamento *in re* (y en nosotros), pone en entredicho la creencia de que la percepción nos proporciona un conocimiento objetivo del mundo. Dice Hollis respecto de la percepción influenciada no ya sólo por el lenguaje sino por la cultura y sus categorizaciones:

Las culturas varían enormemente en la manera de conceptualizar y ordenar sus experiencias [...] Los occidentales organizan su experiencia y le dan sentido mediante categorías de espacio, tiempo, causa, número, acción y persona, por ejemplo, que no son evidentemente universales, por lo menos en el detalle. Otras culturas carecen de nuestra noción de sí mismo y algunas parecen no tener noción alguna de identidad personal. (Hollis, 1994, p. 237)

Hemos referido ya que Nietzsche ha hablado de este revestimiento verbal posterior en términos de metáforas:

La “cosa en sí” (esto sería justamente la verdad pura, sin consecuencias) es totalmente inalcanzable y no es deseable en absoluto

para el creador del lenguaje. Este se limita a designar las relaciones de las cosas con respecto a los hombres y para expresarlas apela a las metáforas más audaces. ¡En primer lugar, un impulso nervioso extrapolado en una imagen! Primera metáfora. ¡La imagen transformada de nuevo en un sonido! Segunda metáfora. Y, en cada caso, un salto total desde una esfera a otra completamente distinta. (Nietzsche, 1990b, p. 546)

En la cita la frase “un impulso nervioso” sería asimilable al pensamiento silencioso de Korzybski o a la idea pura de Peirce, la sentencia completa: “un impulso nervioso extrapolado en una imagen! Primera metáfora” estaría habilitando la creación con fundamento *in re*, en la cosa, aportando a la creación su dimensión objetiva.

Ese “pensamiento silencioso” o “idea pura” sería —entonces— una fase del “vacío interpretativo” que es cubierto por el mecanismo metafórico (ejercido por el “horizonte de la vida operante” como veremos). Nótese que ese “vacío interpretativo” no es “la nada”, hay una fase de idea (“pura”) o pensamiento (“silencioso”) que está cargado de una potencialidad que se actualiza en la metáfora que se apoya en la “cantera de analogías”. Si fuera la “nada”, el cubrimiento del vacío sería totalmente subjetivo y caprichoso, una especie de loca prueba-error (al respecto ver las reflexiones de Peirce sobre la abducción, razonamiento este que supera totalmente un ciego y dilatado proceso de prueba-error, acercándose a lo que el mismo Peirce llama “adivinación”, cf. *infra*: *La adivinación como instinto creativo*).

Lo dicho nos permite afirmar que la metáfora es un instrumento de conocimiento no sólo en poesía como tradicionalmente se aceptó —a partir de un renovado estudio sobre Aristóteles— sino en la vida cotidiana y en la ciencia.

XXIV. EL “VACÍO INTERPRETATIVO” Y EL “HORROR VACUI”

Hemos hablado de un “horror vacui”, como algo que ante el “vacío” busca un “cubrimiento” explicativo. Hay que decir que este cubrimiento viene teniendo mucho éxito. En ciencia física hay muchas metáforas “fisicalistas” (pues explican lo abstracto-invisible por medio de imágenes físicas o materiales) que han tenido “éxito” y han permitido comprender y producir conocimiento.

Estas metáforas han perdurado y —de tanto uso— se han “naturalizado” y lexicalizado. Pensemos por ejemplo en la “corriente” eléctrica... el símil del fluido, la analogía con una corriente de agua por un canal o cañería han permitido describir un fenómeno “invisible” desde la experiencia diaria e histórica de los palpables ríos vinculados a la vida, al sedentarismo y a la socialización de los hombres. La corriente eléctrica no podemos asegurar que sea una corriente fluida, pero de algún modo lo es porque la analogía funciona y ha permitido explicar, comprender y pensar muchos fenómenos que “tienen que ver” con eso que llamamos electricidad. Hay una estructura análoga en ambos fenómenos. Hay uso desviado o análogo de “corriente”, hay “traslación” del ámbito de los flujos de agua de un esquema y sustitución que llena el “vacío semántico” y le confiere “un ropaje visible” a la idea.

Otra metáfora exitosa ha sido el trasladar al ámbito de la luz el esquema de ondas en el agua u “olas”; así decimos que la luz “es” una onda, aunque en realidad “no es” sino “se comporta” (a veces) como una onda... Aquí la analogía recae sobre el funcionamiento y ha permitido explicar fenómenos como el de la interferencia y la difracción de la luz. El éxito del “modelo” o esquema teórico proyectado sobre la realidad se confunde con la realidad y se dice sin más “la luz es una onda”... Es como si confundiéramos la naturaleza con una granja (recordando la analogía mencionada de Darwin).

En estos ejemplos sobre la “corriente” eléctrica, o en el de la honda o boleadora para la gravedad o en el de la ola acuática para la luz, la metáfora está funcionando más allá del nivel lingüístico en el que tradicionalmente se la ha incluido (cf. *infra*: *La metáfora extralingüística*). Es decir, la metáfora opera encontrando una creativa semejanza que se resuelve en una analogía entre un análogo y un analogado² pero son ámbitos —no palabras— entre los que hay una distancia que concierne íntimamente a la metáfora. El éxito de la misma consistirá en la captación de la estructura común, en llenar pertinentemente el “vacío semántico” o “vacío hermenéutico”. En esta última frase por un lado hay un problema y por otro un salto inferencial. El problema está dado por el tema de la “pertinencia” en el llenado del “vacío semántico”: ¿cómo se justifica?

El salto consiste en que ya no hablamos sólo de “vacío semántico” (en la línea de Vico y de Ortega y Gasset) sino que hablamos de “vacío hermenéutico” o de interpretación. ¿A qué nos referimos? Lo hermenéutico —o lo interpretativo—³ hace referencia a lo subjetivo, a lo que el sujeto “pone de sí” en el conocimiento,⁴ lo cual no invalida

2. Clásicamente esto se relaciona con el cuarto tipo de metáfora de Aristóteles.

3. Si bien ya hemos hablado de la postura hermenéutica que adoptamos, aclaramos el término “hermenéutico” un poco más: tomamos el sentido de “hermenéutico” como “interpretativo” en el sentido de la hermenéutica que se inscribe dentro de las Semióticas de 2ª y 3ª generación (Zechetto, 2002), donde la interpretación es un esfuerzo de comprender la propia existencia desde una situación determinada (2ª generación, años 70, Gadamer, Ricœur) y un esfuerzo de transformación de la realidad (enfoque pragmático, 3ª generación, mediados de los años 80, Paolo Fabbri, Landowsky). Cf. nota siguiente.

4. En la ciencia de la interpretación de textos una *exégesis* es un acercamiento que intenta respetar (lo más posible y a través de métodos de acercamiento) “la voz” del texto, lo que el texto quiso decir en su momento, en su contexto a sus destinatarios. La *eiségesis* —en cambio— busca la respuesta del texto a nuestras inquietudes personales. La *exégesis* pregunta: ¿qué dice el texto? Mientras que la *eiségesis* pregunta: ¿qué *me* dice el texto? Muchas veces se entendió la hermenéutica en este sentido de *eiségesis*. El positivismo, piensa que la *exégesis* de lo real es posible puesto que considera que hay un *punto de contacto fijo con la empiria*

tal conocimiento sino que lo ubica en su ser y en su riqueza o en su “razonabilidad” (Nubiola, 2009): está aquí la vinculación con la “cantera práxica” de donde “sacamos” esquemas para “poner sobre” la realidad o donde la realidad misma “llama a poner” sobre ella el esquema en un “diálogo” (notar que hemos dicho que el vacío no es “la nada”, ese vacío está como “preñado” en tanto depende de la cosa y del sujeto).⁵

La idea del “vacío hermenéutico” tal como la venimos empleando en este libro entendemos que es original. Con ella nos referimos —como hemos reiterado— a un “vacío interpretativo” *que se produce frente* a unos hechos que nos resultan desconocidos, intrigantes, como cabos sueltos, como a primera vista “incoherentes”. Aquí aparece un acicate intelectual que impulsa un proceso de búsqueda, de procurar llenar ese vacío en una especie de “*horror vacui*”. La idea original de “vacío hermenéutico” lo es en tanto se corresponde con la idea de “horror vacui”, es decir, no nos referimos a un vacío de interpretación como mera “falta de explicación” o como “laguna” u omisión de una interpretación que todavía no se hizo.⁶

(punto que es “fijo” porque el sujeto no interviene: el dato es propiamente un “dato”, algo “dado” objetivamente). La ciencia de la interpretación contemporánea (línea Heidegger-Gadamer-Ricœur) entiende que no hay *exégesis* pura, sino que siempre hay una intervención del sujeto con su *eiségesis* que hace que el dato sea algo construido. Para Gadamer este hecho constituye una traición del lector al autor del texto (o al texto), para Ricœur este hecho constituye una riqueza, algo que aporta un plus de sentido o actualiza una reserva de sentido potencial que sólo puede ser actualizada o cobrar existencia desde la interioridad del intérprete.

5. Es interesante —desde aquí— leer la afirmación de Peirce en una carta a Lady Welby de 1911 a la que ya hicimos referencia: “(...) es totalmente cierto que nunca podremos alcanzar un conocimiento de las cosas tal como son. Podemos conocer sólo su aspecto humano. Pero ese es todo el universo que existe para nosotros” (Peirce, citado por Nubiola 2002, párr. 7) (subrayado nuestro: H. M.).

6. De este modo —como omisión de explicación— emplean la expresión “vacío hermenéutico”: Schwartzmann (2000, p. 265), Jaimez (2004, p. 11), Calles Hidalgo (2012, p. 19.210); etc. Es decir, la expresión “vacío hermenéutico” se emplea metafóricamente como “laguna” de explicación.

XXV. EXITO DE LA METÁFORA ANTE EL VACÍO INTERPRETATIVO

La pertinencia de la metáfora en el cubrimiento del “vacío interpretativo” queda evidenciada por la desaparición estable de tal vacío y la “katacrescación” de la imagen metafórica (en ciencia varias de estas expresiones son tomadas como términos teóricos *técnicos*, por ejemplo: *corriente* eléctrica, *onda* luminosa, electrón como *partícula*). Dicha imagen metafórica es susceptible del “revestimiento teórico” que culmina en el lenguaje de los modelos matemáticos. El olvido del origen metafórico del cubrimiento se produce por ese paso de la metáfora al “modelo” que es su revestimiento lógico-matemático y que tanto convence a la ciencia dura desde la metáfora de Galileo (*La naturaleza es un libro escrito en caracteres matemáticos*), nótese que sin el cuerpo o la textualización producida por la metáfora no habría tal revestimiento que culmina en “modelo”. Además hay una pertinencia o “validez empírica” de la metáfora, es decir, esa imagen tiene que ver con lo real y no es una pura fantasía que llegó casualmente a tener éxito. Tales pertinencias señaladas anidan o tienen su origen en la *praxis* del investigador o conocedor.

Con la expresión “pertinencia práxica” de la metáfora (que lleva a construir un esquema interpretativo llenando el “vacío hermenéutico”) queremos manifestar que tal pertinencia no es idealista (veracidad como mera coherencia en un sistema intramental) sino que tiene un fundamento “*in re*”, en la cosa, una base empírica. Sin la lógica dialéctica (constitución de los conceptos mediante tesis, antítesis y síntesis) acompañada por una epistemología dialéctico-genética⁷, este fundamento queda en el aire. La síntesis “recaída

7. Samaja (2004, p. 133) dice: “las epistemologías dialéctico-genéticas proponen (con diversos matices) la gran idea de la evolución biológica y la historia social como modelo para interpretar el proceso de construcción de estos encuentros monadológicos entre el mundo de las formas fácticas y las formas de las teorías”.

en la inmediatez”⁸ da la sensación de conceptos y entes aislados en una atomizada monadología.

Este reparar en lo semejante, a través de la focalización de elementos fácticos relevantes (en curiosa economía), supone una “teoría”, o mejor dicho un esquema metafórico de traslado, que culmina en una analogía. Este incipiente cartografiado metafórico es una especie de juicio sintético a priori, juicio sintético porque recapitula facticidades, pero *a priori*, porque no está basado *hic et nunc* (“aquí y ahora”) en ellas... Hay una memoria de vida, de adaptaciones, de éxitos pragmáticos en ese mirar que se apropia económicamente y heurísticamente de lo relevante (tratamos de expresar con palabras pobres algo muy rico).⁹

Así, analogías, modelos, esquemas... y las metáforas que le dieron vida y que se acopian en la cantera, se traducen en pautas “económicas” de observación (que hemos caracterizado como especies de “órganos de asimilación”), que dan lugar a “hechos” y a “enunciados teóricos” en los modelos consolidados, siendo una especie de “puente” ni puramente teórico ni puramente empírico, sino un híbrido como hemos señalado. De este modo se produce una especie de encuentro “monadológico”, esto es, una coincidencia o concordancia entre cosas que en principio no tienen nada en común (lo particular y lo universal). Esta es la pertinencia práxica mencionada.

8. La “recaída en la inmediatez” de los conceptos es una expresión de Hegel, que alude al hecho muy frecuente de tomarlos como estructuras sin génesis o ingénitas.

9. Samaja (2004, p. 134) dice con frases mucho más ricas: “[...] en toda teoría están las huellas de experiencias ya conquistadas y de las cuales se han extraído por reflexionamiento los elementos invariantes que permiten anticiparla como si dijéramos a priori. En toda construcción lógica hay una fuerza demostrativa porque toda lógica es un *ri-corsi* de un *corsi* protagonizado con anterioridad y en el cual la propia subjetividad se ha constituido. Por eso *comprender* y *aceptar como evidente* significan lo mismo: *rehacer la coordinación general de experiencias siempre posibles*”. Este *rehacer...* es la *praxis*.

La visión de dos en uno es el proceso metafórico de la tesis (“es”), la antítesis (“no es”) y la síntesis (“es más”) que cubre el vacío hermenéutico. El hecho de haber propuesto la metáfora como mecanismo de “*uberty*” (cf. *supra*: *La metáfora en el razonamiento abductivo*), de “ir más allá” de lo fragmentario, relaciona la ciencia con lo artístico,¹⁰ el conocimiento con la imagen, la razón con la fantasía.¹¹

Podemos concluir que el éxito del llenado se debe a que el mismo no es ciego (buscar cualquier explicación con el objeto de tranquilizar nuestra ignorancia), sino que tiene fundamento en la cosa, es decir, alcanza el misterio de lo real. ¿Cómo se justifica?

10. Nos viene a la mente el documental de divulgación científica *El universo elegante* (2003) basado en el libro de Brian Greene, *El universo elegante. Supercuerdas, dimensiones ocultas y la búsqueda de una teoría final*, que presenta la “Teoría de supercuerdas”, el calificativo “elegante” se refiere a la cualidad estética de tal teoría, que la hace manifestar cierta “belleza”.

11. Pensamos aquí en la narrativa como método de investigación (cf. Bruner, 2004; Jimenez Barriga, 2008, p. 45ss)

Capítulo 6

INTENTOS DE “METAFORICIDIO”

Los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas.

Jorge L. Borges, “El idioma analítico de John Wilkins”

XXVI. EL CONFLICTO ENTRE “LAS PALABRAS Y LAS COSAS”

Hemos hablado de “intersticios” o de “vacíos” entre el pensar y el decir por donde se colaba o aparecía la necesidad de la metáfora. ¿Y si pudiésemos eliminar tales vacíos? La metáfora no sería ya necesaria. ¿Cómo hacerlo? ¿Quién es el culpable de tales intersticios? Muchos han apuntado al lenguaje...

Un lenguaje ajustado a la realidad —como lo intentó respecto de los animales la lista de Borges— eliminaría los “vacíos” y ya no serían necesarios los rodeos por la metáfora y sus ambigüedades. En el fondo de la cuestión, se está dando una prioridad al lenguaje sobre el pensamiento en el conocimiento. Recordemos lo que hemos dicho sobre la hipótesis de Sapir-Whorf, sobre la función categorizadora del lenguaje señalada por Alonso Schökel y lo advertido por Borges —desde el mundo literario— respecto de la inconveniencia de reducir el lenguaje a una “combinatoria” binaria desde donde surgirían todas las ideas habidas y por haber sin necesidad de un pensamiento (para las tres referencias cf. *supra*: *El “hueco” para que se “cuele” la metáfora*).

Para los que ignoran o no admiten la necesidad de la metáfora, un lenguaje técnico y desambiguado como el matemático podría “leer” el libro de la naturaleza de modo “ajustado”, un lenguaje que “pinte” a la realidad tal cual es fue la idea de la “teoría pictórica” del primer Wittgenstein (Wittgenstein, 2009). La matemática da la impresión de ser un lenguaje en donde no hay tales intersticios, después de todo aquí y en la China, $2+2=4$ y los modelos matemáticos de la física se “ajustan” a la realidad de las cosas. ¿Se podrá ajustar el lenguaje de modo que sea apropiado tanto para hacer ciencia como para manejarnos en la vida cotidiana

eliminando desajustes entre “las palabras y las cosas” y así toda ficción y metáfora?¹

Esta pregunta intentó ser respondida en el siglo XVII con motivo de la *Nuova scienza*² por los “Proyectistas ingleses” (Lodwick, Dalgarno y Wilkins, cf. Laborda Gil, 1981, p. 4 - 5) que desde una postura empirista aspiraron a un “lenguaje universal” que sirva tanto al vulgo como a la ciencia y que termine con las ambigüedades metafóricas y las ficciones metafísicas. El calificativo de “universal” se debe a que se toma como modelo la lógica y la precisión del lenguaje “universal” de la matemática. Si esta es la vertiente empirista de tal empresa hay que decir que como reflejo de las posturas racionalistas o cartesianas los monjes de Port-Royal (Lancelot, Arnauld y Nicole) aspiraron a construir una “gramática universal”.

Estos intentos de lograr un “lenguaje universal” —podríamos decir científico y literario a la vez— es consecuencia del llamado conflicto entre “las palabras y las cosas” del siglo XVII, que tiene

1. Este apartado sobre el fracaso de la construcción de un lenguaje que pretenda decirlo todo con justeza y precisión hace justicia al título de nuestra Tesis: “*Bases epistémicas del surgimiento de la metáfora, como mecanismo de inteligencia, creación y comunicación en ciencias duras e ingeniería. Incidencia en la Docencia Universitaria*” (Magnasco, 2019), es decir, no estamos refiriéndonos meramente a la presencia del mecanismo metafórico en ciencia sino al *porqué* de su presencia y de su éxito y a las dificultades de su abolición...

2. El siglo XVII con Galileo Galilei (1564-1642) es testigo del afianzamiento de la llamada *nuova scienza*, fundamentada en un método experimental que combina la observación de los hechos con la cuantificación y generalización de éstos por medio del lenguaje matemático. Quedan atrás —para sus impulsores— el dogmatismo medieval del conocimiento por autoridad y el escepticismo renacentista. En sus vertientes racionalistas y empiristas la nueva ciencia tiene como características la confianza en la razón humana como órgano capaz de conocimiento (absoluto para el racionalismo cartesiano, relativo a las cosas y limitado para el empirismo de J. Locke) y el realismo de las cosas que independientes de la conciencia son objeto y “límite” del conocimiento. El método en una y otra vertiente científica se vuelve necesario como guía del espíritu en la fidelidad a lo real.

bases en Descartes (1596-1650) y en Francis Bacon (1561-1626). René Descartes encuentra en la matemática el modelo para analizar y describir con “claridad y distinción” todo lo que comprende la *res extensa*, ascendiendo a principios primarios indubitables y descendiendo luego hasta las cosas mismas mediante el razonamiento deductivo seguro (de algún modo se reproduce formalmente “la vida interna” de la cosa). Está convencido de la unidad de toda la ciencia dada por el cifrado “mecanicista” de sus objetos o de toda la *res extensa* (que abarca biología, fisiatría, corporalidad del hombre, mundo natural —animal, vegetal y mineral—, fenómenos luminosos, etc.) y su posible y necesaria descripción en términos mecanicistas-lógico-matemáticos.

La primera regla de su método es el criterio de verdad para la ciencia: es tomado de la matemática y consiste en la evidencia lograda por la claridad y distinción de las ideas... en este sentido dice que no hay más ciencia que la aritmética y la geometría por lo que para hacer científico al conocimiento hay que expresarlo en lenguaje matemático. La segunda regla de su método es la clasificación de los datos y la reducción de los mismos a naturalezas simples, esto es, “claras y distintas”. La tercera regla es una ordenada y perfectamente trabada cadena de deducciones a partir de la evidencia de los primeros elementos o naturalezas simples hasta conocer sin sombra de duda su naturaleza compleja.³

3. Para Descartes, Dios (de quien poseemos una idea innata) ha dejado leyes inscritas en la naturaleza que pueden extraerse de la propia conciencia ya que han sido también impresas por él en nuestra alma: “Siempre he permanecido firme en la resolución que tomé de no suponer ningún otro principio que el que me ha servido para demostrar la existencia de Dios y del alma, y de no recibir cosa alguna por verdadera, que no me pareciese más clara y más cierta que las demostraciones de los geómetras; y, sin embargo, me atrevo a decir que no sólo he encontrado la manera de satisfacerme en poco tiempo, en punto a las principales dificultades que suelen tratarse en la filosofía, sino que también he notado ciertas leyes que Dios ha establecido en la naturaleza y cuyas nociones ha impreso en nuestras almas de tal suerte, que si reflexionamos sobre ellas con bastante

Desde el modelo del “lenguaje” matemático (que parece describir lo real con perfección —además de ser trasladable de un país a otro—) tanto racionalistas como empiristas son testigos de la imbricación de lenguaje y conocimiento y del consiguiente obstáculo que el lenguaje vulgar o metafórico ocasiona a la ciencia. Este lenguaje vulgar —herencia de una credulidad que se ha guiado por la fe o por el principio de autoridad— da lugar en cada nación a un “saber verbalista” que discute sobre lo que en realidad no existe. A la luz de los logros científicos de la nueva ciencia y del acuerdo que el lenguaje matemático produce en los espíritus científicos, esta “vulgarización” internacional del lenguaje es ocasión de ignorancia e incomunicación.

Bacon en su *Novum Organum* (“Nuevo órgano o verdaderas nociones de la interpretación de la naturaleza y del reino del hombre”, Bacon, 1949 [1620]) establece 4 pasos críticos para acceder al conocimiento científico: 1º ve la necesidad de hacer una crítica de los sentidos, estableciendo condiciones para que las impresiones sensoriales no sean erróneas o débiles en su agudeza; 2º propone atender críticamente a la actividad de “extraer nociones de las impresiones”, con lo cual busca purificar el lenguaje o exorcizar a los “ídolos del foro”; 3º en cuanto a los datos y su tratamiento, deben ser suficientes en número para guiar al espíritu (contra el racionalismo que le hace decir a la empiria lo que ya tiene en mente) y 4º propone una crítica de la inducción, para no elaborar leyes prematuramente sino con gradualidad y seguridad.

Estos pasos tienen una base metafórica teológica, contra el racionalismo y su metafísica Bacon defiende por motivos teológicos el “método experimental” como medio purificador de las ideas, como

detenimiento, no podremos dudar de que se cumplen exactamente en todo cuanto hay o se hace en el mundo.” (Descartes, 2011, p. 129 -*Discurso del Método*, 5ª parte-). De este modo Descartes resolvería la “contradicción fundamental de la ciencia”: el conocimiento universal desde lo particular es posible porque tanto en las cosas como en la mente están las leyes que gobiernan el mundo.

etapa que ha de liberarnos de “los ídolos” o prejuicios de la mente humana:

Entérense pues los hombres (...) de cuán grande es la diferencia que hay entre los ídolos de la mente humana y las ideas de la mente divina. Aquellos no son más que abstracciones caprichosas; estas son el sello verdadero del Creador sobre sus criaturas, impreso y definido sobre la materia con líneas verdaderas y exquisitas (Bacon, 1949 [1620], p. 169).

Bacon supone que las ideas del creador han sido impresas en su obra (la creación), lo cual es un traslado metafórico del constructor de máquinas medieval-renacentista que hace uso de la matemática para crear su obra (cf. Prigogine & Stengers, 2004, p. 72). Bacon usa una analogía para establecer su posición cuando recomienda no ser como los empíricos que semejantes a hormigas “solo saben recoger” (como si el conocimiento surgiera del sólo recoger datos y como si los datos se recogieran *como manzanas de un árbol*), ni como los racionalistas que semejantes a arañas sólo fabrican “telas que sacan de sí mismos”, él propone ser como la abeja que recoge materiales de las flores pero para transformarlos “por una virtud que le es propia” (la abeja representa al que deja guiar su espíritu por la empiria —punto 3º— produciendo la transformación de la misma en conocimiento científico).

Isaac Newton (1642-1727) cohesiona —como la “abeja” de Bacon— la observación experimental y la elaboración teórica plasmada en sus *Principia*. Como Descartes y Galileo, Newton entiende que la naturaleza está “matematizada” porque ha “salido” de la mente de Dios (Newton, 1982, p. 617ss) y se ha encarnado (como su Verbo o su Hijo) en el mundo (cf. Kojève, 1964).

XXVII. LA BÚSQUEDA DE UN LENGUAJE UNIVERSAL Y PERFECTO: SIN METÁFORA

El deseo de un nuevo lenguaje que se adecúe a las exigencias de la nueva ciencia bulle en el S XVII:

Muchos son los eruditos comprometidos en la tarea de la proyección de un nuevo lenguaje, desde Bacon, que suministra algunos *desiderata*, hasta Newton. De entre todos destacan tres autores, a los que se les agrupa bajo la denominación común de “proyectistas ingleses”. Estos son Lodwick, Dalgarno y Wilkins (Laborda Gil, 1981, p. 4)

Pero no sólo en “ciencia” hay un interés por un lenguaje universal sino también —lógicamente— en educación. Como ejemplo, el pedagogo moravo John Amós Comenius realiza una dura crítica de los defectos de las lenguas naturales y busca un lenguaje universal. Umberto Eco recuerda que Comenius realiza esta dura crítica en su *Pansophiae Christianae liber III* (1639-1640), en el que reclama:

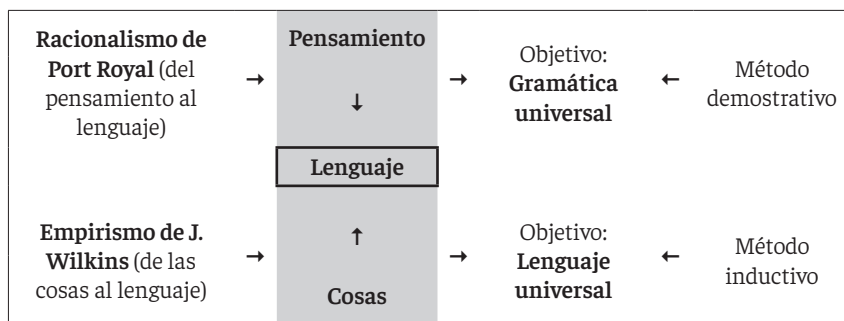
[...] una reforma lingüística que elimine las artificiosidades retóricas, fuente de ambigüedades, y fije claramente el sentido de las palabras, utilizando un solo nombre para cada cosa y devolviendo a los términos su sentido originario. (Eco, 1994, p. 97)

Las disposiciones para elaborar tal lengua universal artificial se hallan en su *Via lucis* de 1668, la misma debe contar con las siguientes características: “Racional [...] Analógico, que no contenga anomalía en ninguna materia. Armonioso, que no traiga discrepancias entre las cosas y los conceptos [...] Todo en nuestro nuevo lenguaje deberá ser adaptado para la exacta y perfecta representación de las cosas” (Comenius, 1668, *Via Lucis*).

El obispo John Wilkins a la cabeza de los “proyectistas ingleses” es guiado por el empirismo baconiano, busca una lengua universal y perfecta atendiendo a las cosas, a lo externo, procurando un lenguaje unívoco que refleje fielmente la naturaleza de cada cosa (en esto se parece al Wittgenstein del *Tractatus Logicus Philosophicus* que busca un lenguaje de tipo “pictórico”). Port Royal, por su parte, es guiado por el racionalismo cartesiano, atiende a la conciencia, a su lógica, por lo que persigue más que un “lenguaje universal”, una “gramática universal” que genere (antecedente de la lingüística generativa) fielmente todos los “decires” o el lenguaje sobre lo real.⁴

Las dos corrientes coinciden en atribuir al lenguaje y a su gramática un papel de gran relevancia científica: el racionalismo de Port Royal atiende a la relación del lenguaje con el pensamiento aspirando a esa “gramática universal” que no es otra cosa que una explicitación de las leyes del pensamiento; mientras que Wilkins y los proyectistas, desde el empirismo, atienden a la relación entre las palabras y las cosas, aspirando al lenguaje universal. Los primeros —en sintonía con su postura— usan el método demostrativo: parten una hipótesis que proporciona la lógica y de ella extraen conclusiones gramaticales; los segundos utilizan el método inductivo avanzando en progresivas generalizaciones desde la empiria. Podemos resumir en un esquema lo que venimos diciendo:

4. Port Royal genera dos obras emblemáticas: la *Grammaire générale et raisonnée* (1660) y la *Lógica* (1662), Wilkins por su parte genera *An Essay towards a Real Character and a Philosophical Language* (1668).



Esquema N° 24: La eliminación de la metáfora. Gramática universal y Lenguaje universal (esquema propio: H.M.)

La empresa de Wilkins es rescatada contemporáneamente por Jorge Luis Borges (Borges, 1952b), es interesante su caracterización, porque hace un paralelo con el lenguaje matemático y refiere su potencial educativo:

En el idioma universal que ideó Wilkins al promediar el siglo XVII, cada palabra se define a sí misma. Descartes, en una epístola fechada en noviembre de 1629, ya había anotado que mediante el sistema decimal de numeración, podemos aprender en un solo día a nombrar todas las cantidades hasta el infinito y a escribirlas en un idioma nuevo que es el de los guarismos; también había propuesto la formación de un idioma análogo, general, que organizara y abarcara todos los pensamientos humanos. John Wilkins, hacia 1664, acometió esa empresa. Dividió el universo en cuarenta categorías o géneros, subdivisibles luego en diferencias, subdivisibles a su vez en especies. Asignó a cada género un monosílabo de dos letras; a cada diferencia, una consonante; a cada especie, una vocal [...] Las palabras del idioma analítico de John Wilkins no son torpes símbolos arbitrarios; cada una de las letras que las integran es significativa, como lo fueron las de la Sagrada Escritura para los cabalistas. Mauthner observa que los niños podrían aprender ese idioma sin saber que es artificioso; después

en el colegio, descubrirían que es también una clave universal y una enciclopedia secreta. (Borges, 1952b, p. 707)

Los intentos de los proyectistas fueron infructuosos (cf. Laborda Gil, 1981, p. 51) en cuanto que tal lenguaje universal no se logró. El problema radicó en buscar que sea *científico*⁵, esto es, pretender que sea un “inventario orgánico” de todo el conocimiento (fidelidad a las cosas y sus relaciones), pues cada “cosmovisión” tiene su propia “organicidad artificial”.

Es interesante el análisis que hace Jorge Luis Borges sobre la clasificación de Wilkins. Comenta el escritor argentino que Wilkins dividió el universo en cuarenta categorías o géneros, siendo esta “tabla cuadragesimal” resultante, la base de su lenguaje universal. En ella se observan —contra su pretensión— deficiencias y ambigüedades. Borges comenta con un ejemplo las ambigüedades que para una cultura tiene la clasificación de otra:

Esas ambigüedades, redundancias y deficiencias recuerdan las que el doctor Franz Kuhn atribuye a cierta enciclopedia china que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*. En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel

5. El lenguaje universal buscado por Wilkins y los proyectistas debería tener tres características: 1. *Universal*: esto es, expandible a todas las naciones y estable (todas las naciones lo entenderían). 2. *Científico*: esto es, ser un inventario orgánico de todo el conocimiento (fidelidad a las cosas y sus relaciones) y para exigir de su hablante rigor en sus operaciones (aquí entra la gramática y la lógica). 3. *Aplicable*: es decir, tener viabilidad práctica, esto es que se pueda aprender fácilmente (aquí las distintas soluciones iban por el lado ideográfico o de grafía icónica, fonética onomatopéyica, etc.).

finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas.” (Borges, 1952b, p. 708).

Michel Foucault encabeza su libro *Las Palabras y las cosas* con estas palabras: “Este libro surgió de un texto de Borges” (Foucault, 1968, p. 1) refiriéndose al citado cuento de Borges “El idioma analítico de John Wilkins”. Al respecto comenta que la clasificación de los animales recién referida le “produjo risa” durante años pero también malestar porque entre sus surcos hace surgir la sospecha de que hay un desorden peor que el de lo incongruente y el acercamiento de lo que no se conviene: sería el desorden que hace centellear los fragmentos de un gran número de posibles órdenes en una dimensión sin ley ni geometría.

Borges concluye que no existe ninguna clasificación del universo que no sea arbitraria ni hipotética (cf. también Eco, 1994, p. 93-94). Lo que hemos dicho sobre la influencia del lenguaje natural (cf. Alonso Schökel, 1986, p. 151; Wittgenstein, 2009, p. 105) y de los contextos cultural (Piaget & García, 1994, p. 233) y personal (aspectos personales de la cantera de analogías) en la lectura de la realidad, ofrecen causas de este hecho de la arbitrariedad e hipoteticidad de toda descripción y clasificación de las realidades empíricas. Esto nos lleva a comprender lo infructuoso de una empresa que pretenda lograr un lenguaje universal ajustado a la realidad y por tanto desambiguado (no hay lectura de la realidad que sea totalmente objetiva, podemos advertir como en el objeto “clasificado” está —la arbitrariedad de— el sujeto).

Hay una “resistencia” de lo real a dejarse describir o “embretar” en un lenguaje lógico-matemático, los intentos serios realizados ya en el siglo XVII de lograr un lenguaje “matematizado” ajustado a las cosas han sido vanos. La razón última de este fracaso hay que buscarla en la urdimbre metafórica del lenguaje y del conocimiento.

XXVIII. ¿FIN DEL CONOCIMIENTO METAFÓRICO?

Michel Foucault advierte que en Occidente el conocimiento “por semejanza” culmina a fines del siglo XVI.⁶ La semejanza en esta época tiene cuatro formas: la adecuación, la emulación, la analogía y la simpatía (cf. Foucault, 1968, p. 26-32), de las cuales nos interesa sobre todo la tercera: la analogía, la cual según el mismo autor tiene “un campo universal de aplicación” y su punto de comparación es el hombre:

Por medio de ella, pueden relacionarse todas las figuras del mundo. Sin embargo, existe en este espacio surcado en todas direcciones, un punto privilegiado: está saturado de analogías (cada una puede encontrar allí su punto de apoyo) y, pasando por él, las relaciones se invierten sin alterarse. Este punto es el hombre; está en proporción con el cielo, y también con los animales y las plantas, lo mismo que con la tierra, los metales, las estalactitas o las tormentas [...] El cuerpo del hombre es siempre la mitad posible de un atlas universal. [...] El espacio de las analogías es, en el fondo, un espacio de irradiación. Por todas partes, el hombre se preocupa por sí mismo; pero, a la inversa, este mismo hombre transmite las semejanzas que él recibe del mundo. Es el gran foco de las proporciones, el centro en el que vienen a apoyarse las relaciones y de donde son reflejadas de nuevo. (Foucault, 1968, p. 30-32)

6. “Hasta fines del siglo XVI, la semejanza ha desempeñado un papel constructivo en el saber de la cultura occidental. [...] Es necesario que nos detengamos un poco en este momento del tiempo en el que la semejanza va a desligarse de su pertenencia al saber y desaparecerá, cuando menos en parte, del horizonte del conocimiento.” (Foucault, 1968, p. 4).

Laborda Gil destaca que el instrumento o herramienta de estas analogías era el lenguaje:

M. Foucault (*Las palabras y las cosas*) explica que, en el siglo anterior, se comparaban las cosas y los fenómenos por aproximación, analogía, atracción o repulsión. Y en esa actividad era fundamental el lenguaje [...] Mediante el lenguaje se aprehendía esa realidad enigmática del ser humano, de la naturaleza inmediata y de la naturaleza más total o cosmos. (Laborda Gil, 1981, p. 51, nota n° 2).

Más allá de las intenciones de Foucault en su ensayo *Las palabras y las cosas* y de la interpretación de Laborda Gil sobre el mismo ensayo, es interesante para nuestro tema sobre la necesidad de la metáfora en el conocimiento, esta caracterización histórica sobre el “conocimiento por analogía” y su “desaparición” en el siglo XVII con motivo de la *Nueva Ciencia* y sus éxitos.

En realidad el conocimiento “por analogía” no se termina con la *Nueva Ciencia* —hemos referido su uso producto de metáforas en Newton y en Maxwell⁷—; lo que ocurre es que se cambia la óptica sobre el lenguaje “que habla” la naturaleza. Este lenguaje será matemático o no será (postura de Galileo Galilei), por lo que lo que no corresponda a tal respuesta matemática y precisa de la naturaleza se considerará no científico. Así, lo que sí se termina en el siglo XVII es la consideración científica de lo que luego se llamará “contexto de descubrimiento”, es decir cómo al científico se le ocurre determinada hipótesis. Relegado desde entonces al anecdotario científico, se anula la riqueza de los procesos que tienen lugar en el mismo ya que en tal contexto el lenguaje es vulgar, metafórico, analógico, funciona por semejanza... Lo que se busca es salirse lo antes posible de este trance metafórico, es más, se lo niega como parte del proceso de la ciencia, se lo “mete debajo de la alfombra”, pretendiendo ocultar que

7. Ver para un estudio científico nuestra Tesis (Magnasco, 2019).

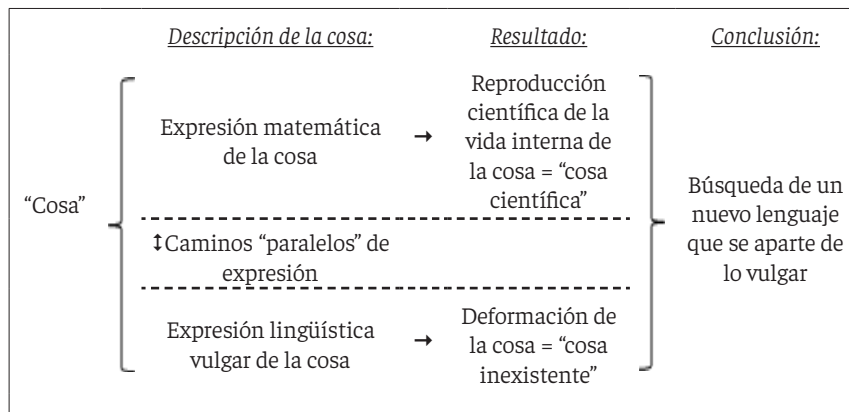
se pasó a través suyo. Se busca sólo mostrar un nuevo lenguaje para validar matemáticamente o revestir de matemática los objetos, ya que es el lenguaje que “habla” la naturaleza.⁸

Que las cosas adquieran en el siglo XVII una expresión matemática, siembra la idea de que las palabras deberían tener el rigor de símbolos matemáticos. En realidad se están tomando como paralelas o simultáneas situaciones que son sucesivas: el “primer” lenguaje ambiguo sobre la “cosa” pertenece al “contexto de descubrimiento” y su carga metafórica o analógica, mientras que el “segundo” lenguaje matemático sobre la cosa pertenece al estadio “posterior” de la justificación (“contexto de justificación”, para lo cual debe diseccionarse la naturaleza). El plantear como paralelas situaciones que son sucesivas (o de alternancia espiralada o dialéctica) hace surgir la búsqueda de un lenguaje y una gramática universales (antecedentes de la lógica simbólica), dándose el deseo de una matematización de la lingüística, una aspiración a cierta confluencia entre la matemática y la lingüística. Lo infructuoso de tal empresa de los proyectistas ingleses nos lleva a buscar la causa en la *naturaleza* metafórica del lenguaje y el conocimiento.

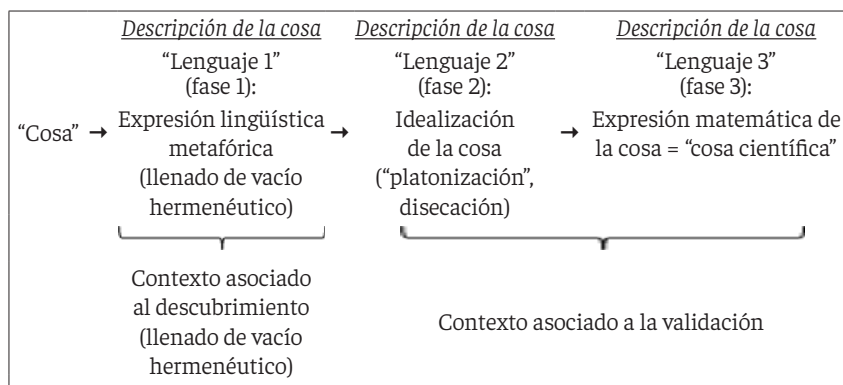
Podemos plantear lo recién mencionado en dos gráficos, en el primero (Esquema N° 25) se plantea la posibilidad de descripción de la cosa o el hecho por “caminos” paralelos como suponen los que desconsideran la necesaria participación de la metáfora en el conocimiento; en el segundo (Esquema N° 26) se plantea la descripción de la cosa o de los hechos por un “camino” en fases consecutivas, primero imagen metafórica —que cubre el vacío— (fase 1) y luego

8. El conflicto entre “las palabras y las cosas” es el espejo del conflicto entre los lenguajes utilizados en el contexto de descubrimiento y en el de validación. En el contexto de descubrimiento se utiliza un lenguaje metafórico (“las palabras vulgares”) y en el de validación —por sucesivas idealizaciones— se utiliza un lenguaje matemático “ajustado” a “las cosas” (o mejor dicho a sus idealizaciones o disecciones) (cf. Magnasco, 2019).

disección (fase 2) y revestimiento matemático o mediante “lenguaje universal” (fase 3) (estas dos últimas fases pueden reducirse a una):



Esquema N° 25: Posibilidad de descripción por "caminos" paralelos como suponen los que desconsideran la necesaria participación de la metáfora en el conocimiento (esquema propio: H.M.)



Esquema N° 26: Planteo de descripción de la cosa o hechos por un "camino" en fases consecutivas, primero imagen metafórica que cubre el vacío y luego revestimiento matemático (esquema propio: H.M.)

Este esquema N° 26 es sólo un apoyo de la argumentación (para contrastar con el anterior, el N° 25) pero no reproduce la actividad científica real donde no pueden distinguirse ni separarse claramente

en pasos sucesivos los ámbitos o contextos mencionados (cf. Samaja, 2004, p. 212-213; cf. Magnasco, 2019)

Consideramos muy importante en el contexto educativo el tipo de lenguaje que la ciencia “le hace hablar” a la naturaleza y las consecuencias que puede tener el considerar *a priori* que la naturaleza habla en lenguaje matemático o “es un libro escrito en caracteres matemáticos” (como reza la metáfora de Galileo Galilei ya referida). Tomada la metáfora de Galileo como una realidad, implica que tanto el lenguaje de interrogación de la naturaleza como el de respuesta de la misma, deberá ser el mismo lenguaje lógico-matemático preciso y ajustado a la “naturaleza” de las cosas... pero ¿las cosas hablan “naturalmente” con este lenguaje? El lenguaje que utilicemos para dialogar con la realidad influirá en la respuesta que esta nos dé (o le “arranquemos”), esto es, influirá en nuestra percepción de esa realidad.

El lenguaje condiciona pero no determina nuestra percepción de la realidad. Ya hemos explicitado dos paradigmas del lenguaje natural que dan visiones totalmente diferentes del mundo (cf. *supra*: ¿El “plus” de ser se crea o se descubre?). Uno da la sensación de que la vida se desarrolla en un *cosmos*, en un mundo que tiene un “orden de base” metafísico establecido, siendo la verdad algo a descubrir porque está allí desde siempre para ser descubierta (paradigma griego); el otro paradigma de lenguaje natural da la sensación de que la vida se desarrolla en un *cronos* y que la verdad es algo a construir, no “es” sino que “será” (paradigma hebreo). Llamamos al primer tipo de lenguaje “estático” porque genera la sensación de un mundo con “leyes fijas” a descubrir y al segundo “dinámico” porque genera la expectativa de que lo de ayer no será igual a lo de hoy ni a lo de mañana.

La lectura “estática” (que cree en verdades eternas que están para ser descubiertas) se da en el marco de una preferencia por los mundos predecibles, estables y ordenados. Tal estabilidad y orden proyectados en el objeto de estudio por la ciencia moderna, lleva a eliminar todo

atisbo de subjetividad en el objeto estudiado y a suponer que tal objeto puede reflejarse sin deformación en la interioridad del sujeto. Para ello es necesario un lenguaje preciso, carente de ambigüedad, que haga posible el dialogo aséptico-metódico y la descripción estable insertada en un orden o sistema lógico.

En el ámbito científico contemporáneo encontramos este presupuesto en Max Planck —que desde una postura racionalista cartesiana— confiesa que decidió dedicarse a la ciencia:

[...] al comprender el hecho evidente de que las leyes del razonamiento humano coinciden con las leyes [...] del mundo que nos rodea y, en virtud de ello, que el razonamiento puro puede permitir al hombre formarse una imagen del mismo. En este sentido, es de fundamental importancia que el mundo exterior sea independiente del hombre, algo absoluto, y, para mí, la búsqueda de las leyes aplicables a este absoluto representa la más sublime de las tareas científicas. (Planck, 1987, p. 43-44) (subrayado propio: H.M.)

Planck asume un “hecho evidente” que anula todo problema epistemológico presuponiendo una sintonía previa sin génesis entre sujeto y objeto. Si las leyes del razonamiento puro coinciden con las de la naturaleza se podrá tejer un “lenguaje preciso” que diga lo real con fundamento y fidelidad.⁹

9. Ya hemos visto que tal empresa no ha sido posible. Planck supone que la lengua “natural” del mundo que nos rodea es matemática y que esta misma lengua está grabada en nuestro intelecto. Como se ve sería una decepción que no hubiese entendimiento con un código comunicacional tan preciso. Según Mario Bunge (1987), Planck sustenta una filosofía de la ciencia que puede resumirse en cuatro tesis: “I. La naturaleza existe de por sí y el hombre no es sino una pequeña parte de ella. II. La naturaleza es legal (satisface leyes) y la legalidad es causal (no hay azar objetivo). III. La realidad puede conocerse de a poco, aunque jamás perfectamente [cf. platonismo de Penrose expresado en “los tres mundos” en Penrose, 1996, p. 110 y p. 380-381 y Penrose, 2006, p. 61-70]. IV. La ciencia marcha de la

El lenguaje matemático responde al paradigma “estático”. Es pertinente decir que el nombre de Platón es muy importante en el mundo matemático. Matemáticos de renombre como Alfred North Whitehead, Kurt Gödel o Roger Penrose se confiesan platónicos (cf. Penrose, 1996, p. 110 y 380-381; Penrose, 2006, p. 61-70 y Colbert, 1971, p. 12), al fundamentar filosóficamente la matemática en el mundo de las ideas de Platón. Así podemos establecer las características que heredará la concepción de la realidad cuando naturalmente aceptamos que la misma habla ese lenguaje: esta tiene una verdad dada desde siempre porque la matemática tiene su anclaje eterno en el mundo de las ideas de Platón (hay un *cosmos*, un orden de base). La tarea científica consistirá en descubrir este orden matemático (incluyendo la estadística) sin interferir con subjetividades (pensemos en la posible influencia de este paradigma en educación).

Preguntamos retóricamente: ¿qué lenguaje entablamos con la realidad? Entender que si el lenguaje que entablamos pretende ser “estático” o “numérico” las respuestas serán “numéricas” pero habremos perdido parte de esa realidad (en sucesivas simplificaciones) y nos habremos convertido —de algún modo— en “fríos números” (parece que la caricatura del científico “serio” está integrada por los caracteres de la falta de emoción y de pasión y de natural descrédito ante todo lo que no sea medible)..

La lectura “dinámica” en cambio (que cree que el camino “se va haciendo al andar”) se da en el marco de una “aventura”, desde el saber que no está todo oído ni lo estará (importancia del oído, de escuchar distintas voces). Confía en el momento presente en el que se gesta algo nuevo. Aspira a que el mundo no sea una replicación del que fue ayer, busca situaciones más verdaderas o —mejor dicho— más verosímiles, es una lectura desde una posición “desinstalada”.

diversidad a la unidad, de lo subjetivo a lo objetivo, y de lo relativo a lo absoluto.” (Bunge, 1987, p. 25) (Aclaración entre corchetes propia. H.M.).

Para ella, lo natural es el movimiento, presenta dificultad para concebir el reposo, algo siempre igual a sí mismo. La vida se desarrolla en un “*cronos*”, lo que no cambia “está muerto” (pensemos en la posible influencia de este paradigma en educación).

Capítulo 7

NUEVOS VIEJOS APORTES

La metáfora es probablemente la potencia más fértil que el hombre posee. Su eficiencia llega a tocar los confines de la taumaturgia y parece un trabajo de creación que Dios se dejó olvidado dentro de una de sus criaturas al tiempo de formarla, como el cirujano distraído se deja un instrumento en el vientre del operado.

Ortega y Gasset, "La deshumanización del arte"

XXIX. EL APORTE DE LA CONCEPCIÓN CLÁSICA DE LA METÁFORA

La concepción “tradicional” de la metáfora tomó sólo una parte de la concepción clásica (que puede adscribirse a la *mimesis* de Aristóteles en la *Retórica* y en la *Poética*). Tal concepción se centró en la metáfora en el nivel de la palabra, mientras que Ricœur en *La Metáfora Viva* (1977) amplía la visión recuperando la concepción clásica a la que relaciona con la hermenéutica moderna y contemporánea; de aquí que esta obra sea fundamental para captar qué es la metáfora viva.

Los estudios clásicos nos aportan marcos para seguir entendiéndolo y analizando qué es lo que produce —o qué lógica tiene— ese “ver dos cosas en una” que es el *quid* de la operación metafórica y que fundamentamos desde la coposición de rasgos semánticos comunes y diferenciales. Veremos a continuación que la metáfora funciona en el plano lingüístico en tres niveles: el de la palabra, el de la frase y el del discurso.

Sostenemos que estos niveles se corresponden con tres tipos de “vacíos” que el proceso metafórico acude a cubrir, y es lo que trataremos en el punto siguiente.

§. *Los tres niveles de “vacíos” y sus cubrimientos*

La Metáfora Viva de Paul Ricœur (1977), por su profundidad y síntesis nos ha permitido vincular los estudios modernos y contemporáneos con los clásicos; en ella el destacado filósofo francés estudia la metáfora progresando en tres niveles: la metáfora en el nivel de la palabra (estudios primero y segundo), la metáfora en el nivel de la frase (estudios tercero, cuarto y quinto) y la metáfora en el nivel del discurso (estudios sexto, séptimo y octavo). La obra apunta a una interpretación de la metáfora en términos de discurso, a “contracorriente” de la definición tradicional

en términos de nombre y de denominación (nivel de la palabra). Somos deudores en todas estas intuiciones de este profundo y difícil estudio sobre la metáfora: al pasar del nivel de la frase al nivel del discurso, el tratamiento de la metáfora pasa de lo semántico a lo hermenéutico y aborda el tema de la referencia en el discurso poético.

La metáfora en el nivel de la palabra o metáfora-palabra

Aquí el estudio se centra en la palabra que implica una dimensión semiótica “mínima”.¹ En este caso habría un “vacío” en el nivel de la palabra que sería cubierto por una “palabra-metáfora”, atendiendo a sus rasgos semánticos pertinentes para generar la visión de dos en uno. Recordemos que si bien suele hablarse de una palabra-metáfora, en realidad hay una palabra “intrusa” que entra en tensión con un sistema marco (cf. *supra*: *Metaforización como sustitución incómoda*). Hay entonces una “impertinencia semántica” considerada desde el contexto en el que está ubicada.

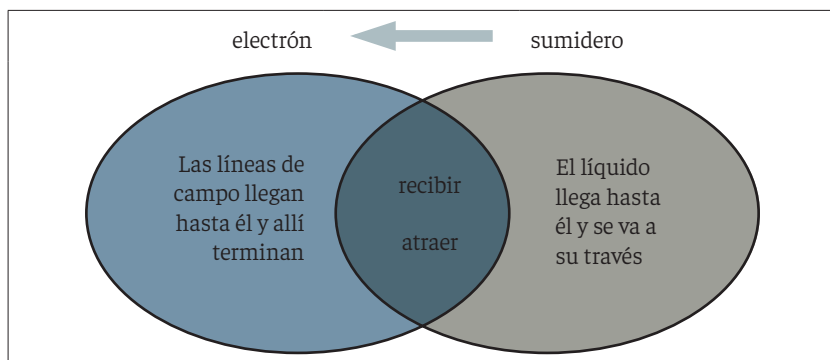
Esta impertinencia produce una “innovación semántica” por una especie de trasvasado de rasgos sémicos de la palabra metáfora hacia la palabra a la que está “sustituyendo” (la que se infiere desde el contexto) y con la que ha entrado en fructífera tensión. Ejemplo: cuál es el “vacío” que el poeta intenta cubrir cuando no le alcanza decir “*irradiando una luz divina*” y recurre a la metáfora-palabra sustitutiva “*sembrando una luz divina*”. Algo hemos desentrañado de este plus de sentido (cf. *supra*: [Operación metafórica] *Desde rasgos semánticos comunes y diferenciales*): con el sembrar hay un fruto de luz, hay un crecimiento interior que hecha raíces (no es un mero ser iluminado por esa luz). Notemos —como ya advertimos— que

1. Calificamos de “mínima” a la dimensión semiótica de la palabra, porque el discurso es también una unidad de análisis para la semiótica y aun la *praxis* misma puede ser examinada semióticamente (cf. Giroud & Panier, 1982, p. 15-16).

podemos seguir desentrañando, lo cual no es traducir la metáfora (cf. *supra*: *Metaforizar no es traducir embelleciendo*).

¿Qué ejemplo encontramos a nivel de la Ciencia? Las “cargas” positivas son “fuente” del “campo” eléctrico y las negativas “sumideros”, metáfora que hemos referido (cf. *supra*: *Metaforizar en el arte, a diario y en ciencia dura*) y mostrado en Fig. N° 1b. ¿Cuál es el “vacío” que la metáfora-palabra viene a cubrir? Justamente, el entender las cargas positivas como *fuentes* de la que mana el campo eléctrico y las negativas como sus *sumideros*. Al respecto dicen los libros de Física: “Al hablar de electrostática, las fuentes o sumideros del campo son cargas positivas o negativas, y las intensidades de las fuentes o de los sumideros son proporcionales a las magnitudes de las cargas” (Halliday, Resnick & Krane, 1999, p. 43). Lo impertinente (que para cualquier estudiante de Física ya pasa desapercibido por la *katacrexis*) es metaforizar fenómenos eléctricos desde el dominio fuente de la hidrodinámica; así como un líquido sale de una fuente o canilla y se va por un sumidero o tragadero, así sucede con un “campo” eléctrico (o zona de influencia de las cargas eléctricas): “brota” como un líquido desde la “carga positiva” y se “va” como un líquido por el “sumidero” de la “carga negativa”. Por supuesto parte de lo impertinente está dado por el hecho de que no hay movimiento alguno, ya que como la cita lo indica se está refiriendo lo dicho a la “electro-stática”.

Como dijimos (cf. *supra*: *Metaforizar en el arte, a diario y en ciencia dura*) fue Faraday (ver Fig. 1a) quien representó al campo magnético mediante una geometría de “líneas de fuerza” que luego fueron trasladadas como representación del campo eléctrico y que Maxwell vio semejantes a las líneas de corriente de un fluido en movimiento. Decir que el electrón (carga negativa) es un sumidero es hacer metáfora *en el nivel de la palabra*. En diagrama de Venn-Euler:



Esquema N° 27: Metáfora sobre el electrón como “sumidero” de un campo eléctrico, desde el funcionamiento de “recibir o atraer” líneas del mismo, la flecha indica el traslado metafórico desde el dominio fuente hacia el dominio meta (esquema propio: H.M.)

Por supuesto la interacción que da lugar a ver al electrón como un sumidero está asociada a toda una estructura semejante entre los fenómenos eléctricos e hidrodinámicos (que Maxwell captó), es decir, hay en el fondo una metáfora estructuradora operando (cf. *supra*: Esquema N° 4) y un cubrimiento de un vacío hermenéutico. Este cubrimiento metafórico se expresa lingüísticamente como: “*las líneas de fuerza son como líneas de un líquido en movimiento*” por lo que, si bien la metáfora no es lingüística, ella se traduce en una metáfora al nivel del discurso.

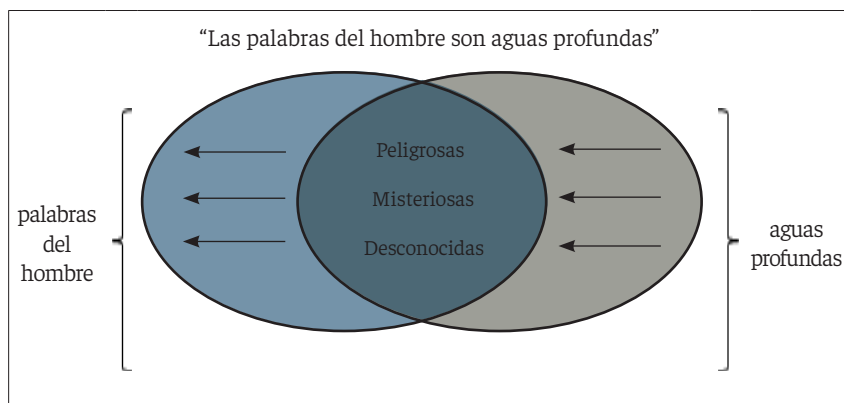
En estos dos ejemplos, uno del arte y otro de la ciencia, los vacíos reclamaban un “plus” de sentido, pero más arriba vimos ejemplos de “vacíos” plenos, dónde no teníamos una palabra para nombrar y hubo que crearla, como el caso de las alas del avión (cf. *supra*: *Ejemplos de generación metafórica del lenguaje natural*).

Como conclusión podemos decir que hablar de metáfora “en el nivel de la palabra” es engañarnos un poco, ya que siempre hay una interacción que va más allá del nivel de la sola palabra o de la mera sustitución (cf. *supra*: *La metáfora como efecto de interacción fecunda de lo diverso*).

La metáfora en el nivel de la frase o metáfora-frase

Aquí el estudio progresa del nivel semiótico más elemental (metáfora como palabra-signo) al nivel semántico ya que hay una frase metafórica, esta no es una “denominación desviante” que descubre en lo nombrado nuevos aspectos (como decir “fuego” por “amor” o “sembrar” por “irradiar”) sino que es una “predicación impertinente” (Ricoeur, 2006, p. 23).

El hablar de “predicación” hace referencia a un “sujeto” del que se predicán cosas desviadas o que se alejan del “lenguaje común”. Esta predicación es impertinente pero justamente por eso genera un plus de sentido: podríamos decir que genera un plus de realidad al cubrir un vacío predicativo. Por ejemplo, en la “frase-metáfora”: “las palabras del hombre son aguas profundas”, se está viendo las palabras humanas como las aguas profundas y predicando entonces sobre las palabras del hombre lo que se predica sobre las aguas profundas. Podemos recurrir a los diagramas de Venn-Euler para apreciar la continuidad en el funcionamiento:



Esquema N° 28: Representación de la metáfora “Las palabras del hombre son aguas profundas”. Trasvase de significados de las aguas profundas a las palabras del hombre (del predicado al sujeto) por predicación impertinente (esquema propio: H.M.).

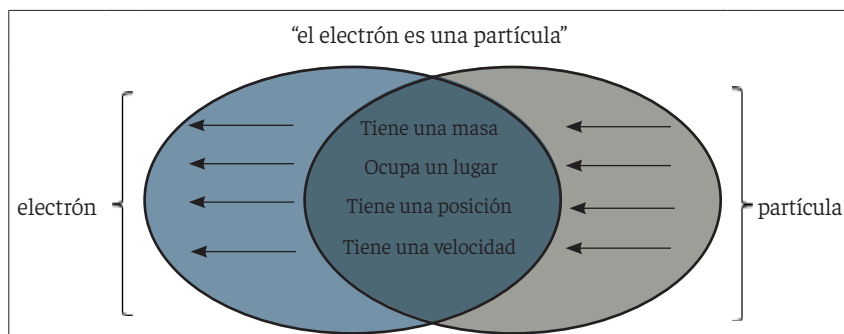
El sentido de las flechas indica que las predicaciones sobre las aguas profundas pasan a ser ahora las predicaciones sobre las palabras del hombre, esto es, hay un trasvase de predicados desde la visión de dos en uno que la frase metafórica genera.

Notase que la metáfora produce un *ir de menos a más*, las palabras del hombre no serán la misma cosa a partir de esta metáfora (por supuesto que debe haber un juego de semejanzas captado por la actividad del que crea y del que recibe la metáfora viva, esto supone que no se puede predicar “cualquier cosa” a ver qué pasa...).

En el ámbito literario la semejanza entre ideas produce la *hipotiposis*, es decir, la descripción viva y eficaz (de alguien o algo) por medio del lenguaje. Según Ricœur para Fontanier la descripción consiste en:

[...] exponer un objeto ante los ojos y hacerlo conocer por el detalle de todas las circunstancias más interesantes... que da lugar a la hipotiposis cuando la exposición del objeto es tan viva, tan enérgica, que resulta en el estilo una imagen, un cuadro (Ricœur, 1977, p. 98).

Tal descripción introduce un “plus de realidad” y cubre un “vacío” atisbado por el poeta. ¿Qué ejemplo encontramos en el nivel de la Física? La metáfora que sustancializa al electrón como una partícula: *el electrón es una “partícula”*. Encontramos en los libros de Física esta metáfora sobre el electrón en estado de katacresis: “Un electrón (carga = $-e$) gira alrededor de un núcleo de helio (carga = $+2e$) en un átomo de helio. ¿Qué partícula ejerce la fuerza mayor sobre la otra?” (Halliday, Resnick & Krane, 1999, p. 11).



Esquema N° 29: Representación de la metáfora en el nivel de la frase o de la predicción: “el electrón es una partícula” y trasvase de significados del predicado al sujeto (esquema propio: H.M.).

La metáfora en el nivel del discurso

Dijimos que la obra de Ricœur (1977) apunta a una interpretación de la metáfora en términos de discurso, a “contracorriente” de la definición tradicional en términos de *nombre* y de *denominación* (nivel de la palabra). De algún modo recupera el sentido que Aristóteles da a la *mímesis* en la poética: metáfora será toda re-descripción de la realidad que la instala en su ser más genuino. Ricœur entiende que esta re-descripción es una capacidad de la imaginación (cf. Ricœur, 2006, p. 197-218), y presenta una teoría general de la misma que conecta con la metáfora (cf. *supra*: *¿Qué es —entonces— la imaginación?*).

En este nivel, la metáfora no se concentra en una palabra o en una frase, sino que se materializa en un poema, en un relato, en un mito, en una fábula, en una alegoría. Se transita del nivel semántico —significado de una frase— al nivel hermenéutico —relación más franca de la metáfora con el mundo— con base en la *mímesis* o imitación creadora.

Este paso de la metáfora al nivel del discurso con base en la *mímesis* toma cuerpo en la poesía: el poema es una especie de “escultura hecha con palabras”, algo para “detenerse a contemplar”.

Dentro del nivel del discurso, la metáfora funciona a nivel no lingüístico en la tragedia² griega, la pintura, la escultura, el teatro, el cine, etc. La tragedia griega es otra manifestación de la poética y su teatralización lleva a incorporar en el nivel hermenéutico a la metáfora no lingüística; la tragedia es imitación (*mímesis*) de las acciones³ de los hombres (Aristóteles): acercamiento lógico en la trama de actores, versos, actrices, luces, música, imágenes...

Entonces suele referirse el nivel hermenéutico de la metáfora cuando se la considera como “todo un poema” (como unidad, no como conjunto de metáforas sueltas⁴) o cómo “una obra de arte completa”, en cuanto que se aborda de lleno el tema de la referencia en el discurso metafórico, esto es, la relación del texto con el mundo. Se aborda “de lleno”, digamos “con gran fuerza”, pero los análisis que realizamos sobre la metáfora-palabra y la metáfora-frase también abordan —con su plus de sentido generado y su correspondiente plus ontológico— la relación con el mundo.

Como en los niveles anteriores —metáfora-palabra y metáfora-frase (o predicación impertinente)—, aquí también, y quizás con más fuerza hay referencia diferida o suspensión momentánea de la referencia inmediata al contexto (Jakobson, 1984, p. 353). Esto centra al espectador o lector en el mensaje mismo codificado que se torna por un momento opaco debido a lo desviado de su

2. “Tragedia: En la Grecia antigua, género teatral en verso que, con ayuda de un coro y varios actores, desarrolla temas de la antigua épica centrados en el sufrimiento, la muerte y las peripecias dolorosas de la vida humana, con un final funesto y que mueve a la compasión o al espanto” (DRAE).

3. “La tragedia —dice Aristóteles— es la imitación de una acción, es decir, la re-presentación de una acción donde hubo deliberación y debate, y no impulso ni precipitación [...] y que persigue con ello un propósito de carácter elevado [...] tal es el sentido de la obra de arte” (Albano, 2004, p. 20). La *mímesis*, lo recuerda también Albano, no es una mera *imitación* sino una transfiguración para quien la contempla.

4. Ortega y Gasset dice que un poema o la poesía no es un conjunto de metáforas sino “el álgebra superior” de las metáforas (Ortega y Gasset, 1925 y 1998 [1925]).

predicación (Jakobson llama a esta función del lenguaje “función poética”, cf. *supra*: *La metáfora como invitación a la transformación*). Esta referencia inmediata suspendida que lleva al lector a detenerse en el poema, lo implica íntimamente produciendo una “fusión” en la que se libera —gracias a la misma— una referencia de segundo orden (cf. *infra*: “Fusión” de la realidad con el observador a través de sus metáforas).

El nivel del discurso es amplio, no sólo lingüístico. En nuestro camino, es importante la consideración de este nivel, que se materializa en la analogía, que es el producto de un proceso metafórico de captación de elementos comunes o coposesión de partes o funcionamientos analogables o estructuras similares.

§. *La metáfora extralingüística*

Relación con la metáfora estructuradora

La metáfora, que tradicionalmente se realizó en el ámbito de la palabra puede realizarse desde otros medios expresivos, de hecho metaforizamos extralingüísticamente mediante metáforas conceptuales y estructuradoras en los Esquemas N° 4 (*las líneas de fuerza son como líneas de un líquido en movimiento*), N° 7 (*Circuito eléctrico visto como uno hidráulico*), N° 13 (*la fuerza de gravedad es como la tensión en una cuerda de una boleadora*), N° 14 y N° 15 (*generación metafórica de un nombre para las “alas” de un avión desde un paralelismo aviar*), N° 27 (*metáfora sobre el electrón como “sumidero desde un paralelo hídrico*). Si bien en estos ejemplos la metáfora fue extralingüística en el “ver dos en uno”, su expresión termina siendo verbal, un nombre o una predicación impertinente.

En el ámbito propiamente artístico, la metáfora puede ser construida a “propósito” a través de objetos extralingüísticos dados a la sensación visual, táctil, auditiva, olfativa... El artista busca expresar

nuevas realidades o crear aspectos de lo real: “La visión metaforizante es creativa porque las semejanzas entre realidades diferentes —que ella propone— no están dadas, pertenecen al mundo de lo creado” (Schultz, 2016, p. 61), por eso preferimos hablar de metáfora “creadora” más que “creativa”. Refiriéndose a las artes plásticas dice Schultz que en ellas: “Dos realidades se anulan mutuamente para dar paso a la realidad fingida que es el cuadro, la escultura, el grabado” (p. 61). Las dos realidades que se anulan son “la imagen sugerente y la materia empleada [que no es puramente lingüística] que reverberan [por obra y gracia de la fantasía] sin prevalecer ni llegar a eliminarse” (p. 61) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.).

¿Cómo funciona una metáfora plástica en el ámbito de la ciencia y de la vida diaria? Podemos a partir de lo referido sobre las metáforas empleadas por Newton, ir al ejemplo de la honda o “boleadora”: es una imagen, un funcionamiento, un conjunto de partes ensambladas que se ponen en relación de semejanza con la luna girando alrededor de la tierra. Aquí funciona una semejanza por un paralelismo parcial (cf. *supra* Esquema N° 13). También el ejemplo de las líneas de fuerza vistas por Maxwell desde la metáfora de los flujos de agua. En ambos casos la metáfora no es hecha con alteraciones en el sistema de la lengua (cf. *supra*: *La metáfora que habla e importuna la lengua*) sino por una conexión de ámbitos dispares, que de algún modo “modela” uno en función del otro y que por lo tanto podemos llamar metáfora plástica⁵. La misma está basada en el encuentro de semejanza parcial de estructuras, en coposición parcial de forma, de partes o funcionamientos.

Nos interesa marcar la salida del ámbito del lenguaje propiamente dicho y de los “vacíos” semánticos (metáfora en el nivel de la palabra) o predicativos (metáfora en el nivel de la frase) —vacíos que la metáfora ayuda a cubrir a través de la coposición de semas

5. Plástica: del latín *plasticus*, lo perteneciente a la alfarería o escultura. Por metonimia: escultor, el que hace el modelo (cf. De Miguel y el Marqués de Morante, 1914, p. 708).

o trasvase de predicaciones respectivamente— para entrar en un ámbito más “físico” o material, donde los “vacíos” pueden estar generados por la presencia de fenómenos desconocidos por lo menos para alguna conciencia. Suponiendo el fenómeno electrodinámico donde el físico interpreta la “corriente eléctrica” —impulsada por una batería eléctrica o diferencia de potencial— dentro de un “conductor” como un “flujo” de “electrones” similar a un “flujo” de agua por una cañería generado por una bomba o diferencia de presión (en orden por ejemplo a explicarlo didácticamente), de algún modo está generando por la operación metafórica o “viendo” un paralelismo fructífero que se resuelve en una analogía.

Es evidente que la metáfora no está funcionando “lingüística-mente” —como cubriendo vacíos semánticos o hermenéuticos— sino que está procurando inteligibilizar un funcionamiento en base a la experiencia diaria de los movimientos del agua... la operación metafórica se resuelve en una analogía que podemos llamar “modelo” plástico, “plástico” en tanto no está disecado por un proceso de matematización obsesionado por obtener un modelo “matemático”. Según Black el modelo funciona como un tipo “más general” de metáfora (cf. Black, 1966, p. 231-232), porque se sale del ámbito literario para abarcar el ámbito físico.

Dijimos que en el ámbito literario la semejanza entre ideas produce la descripción viva y eficaz, exponiendo al objeto ante los ojos haciéndolo conocer por el detalle de todas sus circunstancias más interesantes (lo que introduce un “plus de realidad” y cubre un “vacío” atisbado por el poeta). En el ámbito físico la metáfora produce o crea la semejanza o analogía de “varias casillas” entre algo conocido y algo que se quiere conocer introduciendo un esquema y una tensión cuyo efecto es la estética de una simplicidad que produce en el espíritu del científico una emoción (cf. supra: *Metaforizar: desrealizar, deshumanizar y gozar*). En el mundo de la ciencia dura o físico-matemática, estas analogías logradas por traslado metafórico se revisten de matemática (cf. Magnasco, 2019) y se

vuelven (no sin pérdida) “modelos matemáticos”. Estos se concretan en ecuaciones y se suele decir que las mismas son “bellas” cuanto más “simples” y más abarcativas en su descripción de la realidad o del mundo matemático resultan (cf. *supra*: *Metaforizar en el arte, a diario y en ciencia dura*).

Relación con la metáfora por coposición de partes no lingüísticas

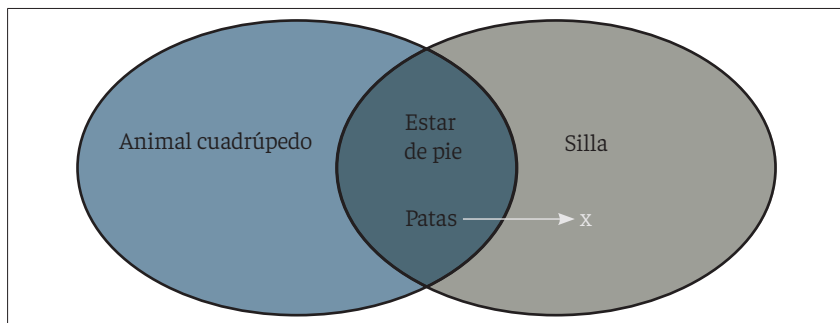
Hemos dicho que la metáfora en el nivel de la palabra implica la coposición de características semánticas comunes y diferenciales. Pero saliendo del nivel lingüístico, una metáfora puede estar sustentada por la “coposición de partes”, fenómeno estudiado por el “Grupo μ ” —o grupo M o grupo de Lieja— (cf. Beristáin, 1998, p. 308). La acción metafórica manifiesta la identidad parcial de dos “sistemas” materiales no lingüísticos. Se advierte la relación de esta idea del grupo de Lieja con lo visto sobre la metáfora estructuradora de la experiencia y su vinculación con lo que hemos llamado “metáfora plástica”.

En la metáfora de la honda o “boleadora” señalada (cf. *supra*: *Operación metafórica en literatura, ciencia y generación de lenguaje*) salimos del ámbito de la palabra y de la semántica por lo cual podríamos hablar de una coposición de “elementos comunes” (piedra-satélite / cuerda-atracción / trayectoria circular-trayectoria cuasi circular) que el genio ha captado por traslado metafórico (cf. *supra* Esquema N° 13).

Relación con la generación de léxico

En paralelo con el funcionamiento de la metáfora por coposición de partes no lingüísticas, el funcionamiento en la generación de lenguaje natural ocurre al captar un paralelismo parcial de partes analogables, desde funcionamientos analogables o desde acciones analogables que dan lugar a nombrar lo desconocido por lo conocido.

Algo similar a lo ocurrido con el ejemplo de las “alas” del avión, ocurre con las “patas” de las sillas o los muebles:



Esquema N° 30: Las “patas” de la silla. Generación metafórica de léxico desde el paralelismo parcial de partes, funcionamientos, acciones (esquema propio: H.M.).

También las “patas” han caído en katacresis e ingresado a los conceptos del diccionario: “Pata: Pie y pierna de los animales || 2. Pie de un mueble. ...” (DRAE).

Capítulo 8

EPISTEMOLOGÍA DE LA METÁFORA

Las palabras amica silentia lunae, significan ahora la luna íntima, silenciosa y luciente, y en la Eneida significaron el interlunio, la oscuridad que permitió a los griegos entrar en la ciudadela de Troya... La literatura no es agotable, por la suficiente y simple razón de que un solo libro no lo es. El libro no es un ente incomunicado: es una relación, es un eje de innumerables relaciones. Una literatura difiere de otra, ulterior o anterior, menos por el texto que por la manera de ser leída.

Jorge L. Borges, "Nota sobre (hacia) Bernard Shaw"

XXX. “FUSIÓN” DE LA REALIDAD CON EL OBSERVADOR A TRAVÉS DE SUS METÁFORAS

§. *Fusión metafórica en el mundo microscópico*

En este tramo del camino, queremos señalar que la fusión que venimos observando entre sujeto y objeto en el fenómeno del conocimiento metafórico, se ha puesto fuertemente de manifiesto a través de las metáforas actuantes en el conocimiento del mundo microscópico.

Todas las metáforas que hemos utilizado como ejemplos —tanto vivas como lexicalizadas— tuvieron en común el haberse referido a la inteligencia de “fenómenos macroscópicos” en el dominio meta: el amor, una discusión, Julieta, Aquiles, el tiempo... Y las metafóricas que lograron la conceptualización —a través de predicaciones impertinentes— también provinieron de dominios macroscópicos: el fuego, la guerra, el sol, el león, los recursos naturales...

En todas estas operaciones la metáfora generó conocimiento, y decíamos más arriba (cf. *supra*: *La metáfora es ver imaginativa y creadoramente “dos cosas en una”*) que con el “plus” semántico concommitaba un plus ontológico. Este plus se manifestó convincentemente en el objeto físico de la ciencia, recordemos los ejemplos vistos de las Ecuaciones de Maxwell y la Ley de Gravitación Universal de Newton, productos de traslados metafóricos a través de cierta fusión. Este proceso del conocer lo más abstracto desde lo más concreto o familiarmente conocido, hace pie en nuestra *praxis*, en los esquemas destilados que han funcionado y que se presentan entonces como nuestros “órganos de asimilación” creativa.

Decíamos (en *supra*: *Dime cuáles son tus metáforas y te diré quién eres*) que hay esquemas de la cantera compartidos con los demás

—por pertenecer a la misma especie que se mueve en determinada cultura— y que también en esta cantera —en su bagaje— hay esquemas más personales que dependen de nuestra andadura única por la aventura humana. Por ejemplo, es un hecho que no todos percibimos lo mismo ante “las mismas cosas o hechos observados”... Resuena la advertencia hiperbólica de F. Nietzsche, resumida muchas veces en la sentencia: *no hay hechos sino interpretaciones* (cf. Nietzsche, 2006, p. 337 sentencia 476)¹, a la que agrega —en el mismo estilo— que “La verdad es el error, sin el que no puede vivir ningún ser viviente de determinada especie” (p. 343 sentencia 488). Desde la línea hermenéutica *Heidegger-Gadamer-Ricœur* (anunciada en *supra*: *Metaforizar: generar innovaciones semánticas y ontológicas?*) estas sentencias —y en sintonía con Nietzsche— no son interpretadas escépticamente (“no hay verdad” o “todo vale” o “todo es subjetivismo puro”). Las sentencias dicen que *hay* verdad, pero un tipo de verdad que no puede prescindir de los sujetos que conocen (como supone el positivismo²).

1. La cita dice: “En mi criterio, contra el positivismo que se limita al fenómeno, ‘solo hay hechos’. Y quizá, más que hechos, interpretaciones. No conocemos ningún hecho en sí, y parece absurdo pretenderlo [...] El mundo es algo ‘cognoscible’ [...] pero al ser susceptible de muchas interpretaciones no tiene un sentido fundamental sino muchísimos sentidos. Perspectivismo” (Nietzsche, 2006, p. 337 sentencia 476).

2. C. H. De Rouvroy, acuñó el término “positivo” como calificativo de un nuevo modo de acercarse a lo real y fijar sus límites, dejado atrás el “oscurantismo” metafísico y religioso medieval: la ciencia moderna positiva tendrá un evangelio, la inducción o verificación experimental. A. Comte (1985 [1849]) —secretario de De Rouvroy— anunciará la edad “madura” del hombre que deja atrás la infancia de la “explicación” religiosa y la adolescencia de la metafísica para establecerse en la ciencia positiva. Un gran crítico del positivismo, Habermas, recuerda lo que significa algo positivo: “lo que es, de hecho, frente a lo meramente imaginado (oposición ‘real-quimérico’); lo que puede pretender la condición de cierto frente a lo indecible (oposición ‘cierto-indecible’); lo rigurosamente preciso frente a lo indeterminado (oposición ‘preciso-vago’); lo útil frente a lo vano (oposición ‘útil-ocioso’)” (Habermas, 1990, p. 81-82).

En este sentido, precursoramente había dicho Peirce el 20 de mayo de 1911 a Lady Welby: “Es totalmente cierto que nunca podremos alcanzar un conocimiento de las cosas tal como son. Podemos conocer sólo su aspecto humano. Pero ese es todo el universo que existe para nosotros” (Peirce, citado por Nubiola, 2002, párr. 7). En este párrafo de la carta a Lady Welby, el “aspecto humano” de lo conocido señalado por Peirce, es el objeto respondiendo —como puede— a las preguntas e intereses de los hombres. Recordemos la “máxima pragmática” de Peirce sobre el significado: “Consideremos qué efectos, que puedan tener concebiblemente repercusiones prácticas, concebimos que tenga el objeto de nuestra concepción. Nuestra concepción de estos efectos es la totalidad de nuestra concepción del objeto” (Peirce, 1988 [1878], punto n° 15).

Este objeto humanizado (recordemos en *supra*: “*El hombre se lobifica y el lobo se humaniza*”), es un “mapa” posible o “razonable” del “territorio” que no podemos —sin más— identificar con las cosas “en sí”, como si el conocedor —o investigador— las hubiese descubierto observando asépticamente y midiendo sin poner nada propio allí (confundiendo el “mapa” con el “territorio”, cf. *supra*: *Una nueva lógica y una nueva verdad*). Se asume en esta confusión del mapa con el territorio que el sujeto que conoce o investiga está ausente...

Toda esta perspectiva del positivismo que anula al sujeto del conocimiento y sus metáforas, ha sido duramente criticada por Habermas quien opina que la ciencia y la tecnología están siendo regidas por valores e intereses que contradicen la búsqueda de la verdad. Sostiene que la “sociedad tecnológica” y el consiguiente aumento de la burocracia han servido para despolitizar a los ciudadanos. De esta forma la razón y la ciencia se han convertido en herramientas de dominación (cf. Habermas, 1990, p. 81-82).

Esta advertencia respecto a que “el mapa no es el territorio” es una metáfora sobre el conocimiento logrado —a veces atribuida a Gregory Bateson— que pertenece —como anunciamos— a

Alfred Korzybski ingeniero de Varsovia, que analizó el proceso de abstracción desde un punto de vista noaristotélico. “El mapa no es el territorio, ningún mapa cubre todo el territorio y todo mapa es autorreflexivo’. Los famosos axiomas de la Semántica General Korzybskiana [...] son perfectamente aplicables al empleo de las metáforas” (Álvarez, 2003, p. 22).

Recordemos lo que hemos dicho sobre la “razonabilidad” (cf. *supra*: “Razonabilidad” humanizante y no razón robotizada), hay verdad y esta verdad es humana. La sentencia nietzscheana dice que no hay verdad entendida ingenuamente como “coincidencia especular” del intelecto al hecho “en sí”, como si la cosa o el hecho se “reflejara” sin deformación en nuestro interior “tal como es” sin ninguna participación de nuestra parte.³ Nosotros participamos y muy activamente a través de la metáfora, fenómeno humano por excelencia (cf. Percy, 1989).

Es cierto entonces: *no hay hechos sino interpretaciones* como dice preclaramente Nietzsche. Lo que se considera verdad no es sino una perspectiva entre otras, (secretamente dictada por una voluntad de poder o posibilidad —*Wille zur Macht*— que busca imponerse según el filósofo). Aquí hay que distinguir con Heidegger (cf. Negro Pavón, 1989) un “nihilismo pasivo” que proclama que “no hay verdad en sí” de un “nihilismo activo” que le reconoce a las distintas perspectivas verdaderas un valor positivo: Nietzsche no va contra la verdad sino contra el “sustancialismo” de la cosa “fijada”, recordemos que hay

3. Hemos referido ya que Nietzsche ha hablado de la actividad del sujeto en términos de metáforas: “La ‘cosa en sí’ (esto sería justamente la verdad pura, sin consecuencias) es totalmente inalcanzable y no es deseable en absoluto para el creador del lenguaje. Este se limita a designar las relaciones de las cosas con respecto a los hombres y para expresarlas apela a las metáforas más audaces. ¡En primer lugar, un impulso nervioso extrapolado en una imagen! Primera metáfora. ¡La imagen transformada de nuevo en un sonido! Segunda metáfora. Y, en cada caso, un salto total desde una esfera a otra completamente distinta.” (Nietzsche, 1990b, p. 546)

metáforas sustancializadoras y ontologizadoras muy útiles pero —en tanto metáforas— nunca definitivas.

En este sentido todos tenemos una “vocación” en la construcción de la verdad. Por esto Ortega y Gasset recomendaba vencer la tentación de “cambiar la retina por otra ajena” (Ortega y Gasset, 1985 [1916]) (o de “hablar por boca de ganso”⁴) para ser fiel a la misión respecto de la verdad razonable, aportando la perspectiva personal que es única y necesaria para una construcción “polis cópica”, es decir, abierta a múltiples perspectivas, dialógica y tolerante (para Gadamer este es el efecto de la fusión de horizontes). Ortega dice que donde está “nuestro ojo” no está otro, podemos nosotros decir que donde está nuestra “cantera”, nuestro recorrido único de vida, no está otra ajena.

Hasta aquí, en la andadura por el mundo macro, las metáforas que están en la base del conocimiento han originado grandes avances, que en ciencia indiscutiblemente se han coronado con las síntesis de Newton y Maxwell... Pero ¿qué sucede cuando lo que se intenta nombrar o conocer es un fenómeno microscópico?

En el estudio de los fenómenos microscópicos observamos que, las metaforizaciones provenientes de ámbitos macroscópicos producen paradojas que terminan denunciando que el ideal de objetividad de la ciencia moderna se resquebraja: el sujeto conocedor no se puede eliminar...

Por ejemplo en los albores de la física cuántica, Max Planck afirmaba que la radiación electromagnética además de comportarse como una onda (como olas en el agua) se comportaba como si fuera un conjunto de pequeños paquetes indivisibles (“cuantos”, podríamos asemejarlos a pelotitas indivisibles de energía), lo cual es una paradoja ya que un conjunto de olas marinas es un fenómeno

4. Repetir lo que el otro dice sin demasiado análisis: la frase proviene de la pluma del ganso que se utilizaba junto con el tintero para escribir (cf. Zimmerman, 1999, p. 126). Es una metonimia, se dice lo producido (lo que otro dice o escribe) a través del instrumento de escritura que lo produjo.

“distribuido” en el espacio mientras que un paquete es un fenómeno “concentrado”. Esta forma de interpretar la radiación se extendió luego (por una operación metafórica de búsqueda de simetrías) al electrón pero en sentido inverso, se pensaba que era corpúsculo (una pelotita) y resultó también ser una onda (como un olaje).

Que estemos efectivamente trabajando con metáforas y no con “copias especulares” de la realidad resulta del hecho de haber considerado durante mucho tiempo —y como quizás nos enseñaron en la escuela media— al electrón “indudablemente” como una partícula girando alrededor del núcleo del átomo (hasta que se manifestó su naturaleza ondulatoria). El éxito de esta consideración ocultó el hecho de que estábamos utilizando una metáfora sustancializadora (cf. *supra*: *Metaforizar sustancializando*).

En el mundo microfísico el esfuerzo ha sido titánico, las metáforas del electrón y de la onda se volvieron complementarias (interpretación de Copenhague) y la matemática que acompañó los procesos y experimentos terminó por “comerse” a la realidad que no puede distinguirse del sujeto que la conoce. Dice al respecto uno de los fundadores de la mecánica cuántica:

[...] la noción de realidad objetiva de las partículas elementales se ha disuelto en forma muy significativa [...] en la transparente claridad de una matemática que describe no el comportamiento de las partículas elementales, pero sí nuestro conocimiento de dicho comportamiento [...] nos vemos forzados a tomar por único objeto de la ciencia a nuestro propio conocimiento de aquellas partículas [...] Las vulgares divisiones del universo en sujeto y objeto, mundo interior y mundo exterior, no sirven ya más que para suscitar equívocos [...] En la ciencia el objeto de la investigación no es la naturaleza en sí misma, sino la naturaleza sometida a la interrogación de los hombres [...] En la teoría de los cuantos ha habido que hallar fórmulas matemáticas que expresaran no la naturaleza sino el conocimiento que de ella tenemos [...] La incidencia del método modifica su objeto y lo transforma hasta el punto de que el método no puede distinguirse del objeto (Heisenberg, 1985, p. 15-27).

De algún modo lo que afirma Heisenberg es que en el objeto se encuentra el sujeto (que ingresó a través del método de indagación guiado por las metáforas de la pelotita y la del oleaje) y —agregamos— su misterio (cf. *supra*: *Metáfora extendida, autoconocimiento y transformación*): “El observador modifica lo observado: no sabe si lo que acontece en el experimento es una escena real, una creación de su mente o una fantasía de los refinados instrumentos” (Massuh, 1990).

Los esquemas que a nivel macroscópico han funcionado en el ámbito científico —dándonos la sensación de una reproducción fiel de la vida interna de los objetos de la naturaleza—, en el nivel microscópico se tornan ambiguos, empiezan a carecer de “lógica macroscópica”. Porque nuestra andadura ha sido por lo macroscópico (recordemos la “máxima pragmática” de Peirce) y todos los esquemas “lógicos” que han funcionado a través de los traslados metafóricos los hemos guardado como herramientas para la vida macroscópica en la “cantera de analogías”.

Hemos visto (cf. *supra*: *La base no metafórica del organismo metafórico* y *Ampliando la base somática del organismo metafórico*) que los procesos metafóricos inteligibilizadores tienen una base emocional-somática. Así, de algún modo, “el cuerpo está en la mente” y la “cognición está encarnada” (cf. Lakoff & Núñez, 2000; Muñoz Tobar, 2010; GPU, 2008).

Este estar el cuerpo en la mente da una base empírica y vivencial a lo “lógico” y a lo “verdadero”, nosotros experimentamos que “eso —lo que corresponda— es verdadero”, hay una idea de la verdad como “fundamento” más que como coincidencia especular pasiva con la cosa. Recordemos la postura de G. Vico: “lo verdadero es lo obrado” (vista en *supra* *¿Las innovaciones semánticas son también ontológicas?*) que es rescatada por Samaja como “experiencia de protagonismo” (Samaja, 1996, p. 49-50, cf. *supra*: *Experiencia de protagonismo: condición del metaforizar*). Este proceso queda reflejado en el lenguaje y en su semántica (cf. Lakoff & Johnson, 2007; Percy, 1989; Korzybski, 1951). Algo *termina* siendo “lógico” como

consecuencia de abducciones de base metafórica muy básicas y pragmáticas (cf. *supra*: *El vacío como primeridad. Análisis semiótico de la metáfora*, Esquemas N° 22 y n° 23).

Entonces, como sugirió Heisenberg, en el objeto quedó insertado el sujeto y —nosotros agregamos— su misterio, de algún modo al conocer dejamos algo nuestro en los objetos que conocemos y también es válido lo recíproco ellos dejan algo de ellos en nosotros (el trasladar esquemas no es “caprichoso” o meramente subjetivo).

Lo hasta aquí analizado y coronado por las reflexiones de Heisenberg (1985), nos lleva —usando una metáfora— a hablar de cierta “fusión” del sujeto con el objeto a través de un proceso de interpretación metafórico (Heisenberg diría proceso de interpretación matemático que funde realidad y conocimiento).

Así como el proceso de la metáfora en el mundo macroscópico “no es inocente” (puesto que resalta y oculta), siendo necesario —como lo aconsejan Ortega y Gadamer— ver desde distintas metáforas (como “una discusión es una guerra” y “una discusión es una construcción”), aquí también en el mundo microscópico las metáforas son complementarias. Como anunciamos (interpretación de Copenhague de la dualidad onda-partícula) no “basta” una sola metáfora para agotar la realidad. Bohr lo ha establecido en el llamado “principio de complementariedad”, donde las metáforas no son contradictorias sino complementarias:

Los aspectos de onda y de partícula de una entidad cuántica son ambos necesarios para una descripción completa. Sin embargo, no pueden revelarse los dos aspectos simultáneamente en un sólo experimento. El aspecto que se revele está determinado por la naturaleza del experimento que se lleve a cabo. (Halliday, Resnick & Krane, 1999, p. 522-523).⁵

5. Hewitt señala que Bohr expresa que el experimento define lo que aparece, comportamiento corpuscular u ondulatorio, es decir, lo que se espera encontrar

En cierto modo el fenómeno llamado electrón “es las dos cosas a la vez”, onda y partícula, dejando ver una cara u otra según la situación de observación planteada en el experimento.

Este “principio de complementariedad” de las metáforas de la partícula y de la onda en el mundo microfísico, está en sintonía con la actitud abierta al diálogo en el mundo macrofísico. Debemos construir la verdad desde distintas perspectivas y saberes, sabiéndonos escuchar y animándonos a ofrecer nuestra opinión.

§. *Paralelo con la interpretación de la obra de arte*

Así como en el mundo microfísico la aventura del conocimiento manifestó su aspecto metafórico de fusión del fenómeno observado con el experimentador (cf. Heisenberg, 1985, p. 15-27) —situación del conocimiento que no había sido constatada en la física moderna hasta ese momento—, así también la experiencia con la obra de arte manifiesta una invitación a la fusión que se constituye para Gadamer en el modelo de todo conocimiento (por eso la metáfora *en la vida diaria y en la ciencia y no sólo en el arte*; cf. *supra*: *La metáfora como invitación a la transformación*). En palabras más sentenciosas y a riesgo de caer en el binarismo: así como en las metáforas del arte se pone fuertemente de manifiesto el tema de la fusión entre la obra y el contemplador, en las metáforas de la física cuántica se ha puesto fuertemente de manifiesto esa misma fusión.

Se advierte que la obra de arte no puede ser dominada —en el sentido de ser “objetivada”— puesto que entabla un diálogo con la interioridad del lector que es inagotable (cf. Borges, 1952a). Del mismo modo también la realidad propone —en todos los ámbitos—

(onda o partícula) eso se encuentra: “Como dijo Bohr, los fenómenos cuánticos muestran propiedades complementarias (mutuamente excluyentes), y aparecen como partículas o como ondas, dependiendo de la clase de experimento efectuado [...] La parte más importante depende de lo que pregunte uno a la naturaleza” (Hewitt, 2007, p. 613).

un diálogo inagotable, un nuevo tipo de verdad y de lógica (cf. *supra*: *Una nueva lógica y una nueva verdad*). La fusión que acontece en el conocimiento lleva a cierta renuncia a la actitud dominadora “objetivante”.

§. *Bildung*: la fusión metafórica entre seres humanos

Hay fusión metafórica frente a la realidad, ya sea artística, física o microfísica... ¿Qué sucede frente a otro ser humano? Gadamer habla de una necesaria fusión de horizontes entre los seres humanos a través del diálogo. Esta fusión amplía nuestra visión sobre el mundo, nos hace emigrar de pequeños o estrechos horizontes hacia una experiencia humana más rica y liberadora.⁶

Así como en el conocimiento la actitud dominadora (“objetivante”) queda diluida por la fusión metafórica, en el diálogo es necesaria una actitud no dominadora y de respeto a la voz de los demás. Para Gadamer esto significa la fusión de mi horizonte con el del otro. Se relaciona en el plano educativo con la formación con sentido ético —llamada *Bildung*—, que no impone puntos de vista sino que trata de comprender desde el punto de vista del otro —para salir de una actitud estrecha o “provinciana” y abrirse a algo más universal—. Fundir los horizontes es el modo del conocer la obra de arte y cualquier “entidad”. De modo especial, Gadamer ve la necesidad de un conocimiento como *Bildung* en el ámbito de las ciencias humanas:

6. Recordemos que E. Morin (1992), refería que nuestra cultura nos sella con un *imprinting* que tiende a eliminar la discusión fructífera y la apertura a la novedad, en tanto nos “normaliza”. Por eso brega por el diálogo, por una “dialógica cultural” que es la pluralidad de los puntos de vista, donde las ideas antagónicas y concurrentes se vuelven al mismo tiempo complementarias. Lo intenso y rico del debate crea condiciones de autonomía para el espíritu, la posibilidad de despegarse del “soberano oculto” que es el paradigma que nos gobierna... Esta dialógica: “atenúa el *imprinting* [...] y va a favorecer las expresiones/intercambios de ideas [...] son justamente estas diversidades de puntos de vista lo que inhibe el *imprinting* y lo que reprime la normalización” (p. 31). Cf. también Morin, 1999, p. 10.

El punto de partida de Gadamer, como es bien conocido, es una reflexión sobre la verdad de las ciencias humanas. La tesis de Gadamer es que las ciencias humanas se comprenderían mejor a partir de la tradición humanista de la *Bildung* que a partir de la idea de método característica de la ciencia moderna. (Grondin, 2003, p. 5)

Trasladar el método de las ciencias naturales a las humanas, es un traslado metafórico que ha dejado a muchas investigaciones a mitad de camino, enredándolas en una burocracia. Pero ya lo microfísico ha dado indicios de una fusión. En el mundo del conocimiento, el sujeto “se mete” en el objeto por cierta fusión a partir de su modo de interrogar en base a su precomprensión, por lo cual no puede “dominar” u “objetivar” o “sustancializar” o “explicar” objetivamente como quisiera... Esto que parecía no existir en el mundo del método científico aplicado al mundo macroscópico, tuvo en el mundo microfísico un traspie en el sentido que le dio Heisenberg (1985, p. 15-27).

Según Grondin, Gadamer brega desde la fusión de horizontes y desde la contemplación de la obra de arte por lograr cierta sana universalización (en cuanto riqueza y expansión):

La intención de Gadamer es mostrar que la formación del gusto nos eleva a una cierta universalidad, a una independencia respecto a nuestra condición histórica y social. Eso importa mucho: la elevación a la universalidad como objetivo fundamental de la formación y de la educación. Y esa formación consiste en la capacidad de poder tomar distancia con relación a sí y a su determinación.⁷ (Grondin, 2003, p. 5) (nota al pie propia: H.M.)

Según Grondin (2003) *Bildung* es capacidad ética de salir de la propia parcela (el pequeño mundo personal que tiende a calcificarse como posición de comodidad) para abrirse a

7. Cf. lo dicho en nota anterior por Edgar Morin sobre el *imprinting* cultural.

perspectivas más universales elevándose sobre la determinación cultural o “provinciana”. *Bildung* es —en otras palabras— la interiorización personal y ética de la cultura, su captación y vivencia personal, implica un proceso metafórico de transformación (en cuanto que conocemos desde lo conocido y superamos ese saber en síntesis), de fusión o relectura desde nuestra experiencia única...

¿Se nos permite respecto de esta aclaración terminológica hacer notar la cercanía de este término con el concepto —quizá más personal y menos ético— de *praxis*? De algún modo la ética lleva a comprender “desde el otro”, ampliar el propio horizonte desde el horizonte y situación del otro. Y esto conlleva una riqueza: auto-comprenderse más al ampliar el horizonte introduciéndonos en esa búsqueda de sentido que toda comprensión humana —en el fondo— pone en juego (hay que notar aquí la relación con la generación conjunta de Objeto y Sujeto).

§. *Las características del conocimiento por fusión*

En definitiva, podemos reconocer en todo conocimiento por fusión (también en el conocimiento científico) tres características: fusión, universalización con acento en la actividad del sujeto y, no dominación “objetivante”. Estas tres características *Fusión – Universalización – No dominación* son señaladas desde la línea hermenéutica Heidegger-Gadamer-Grondin como características de lo artístico (en Heidegger, 1988, p. 63 y 66 y en Grondin, 2003, p. 6-7).

La desviación metafórica utilizada por el arte lleva al espectador a ver dos cosas en una y lo invita a superar en síntesis hacia una nueva forma de ver al objeto; no hay funcionamiento metafórico sin esta participación activa del espectador sujeto. Pero no sólo la realidad se transfigura por la obra de arte sino también el observador. Recordemos las reflexiones de Oliveras sobre el *Acromo* de I. Klein y los *Girasoles* de V. Gogh:

El mayor enigma de los famosos girasoles de Van Gogh está, precisamente, en su apelación a lo humano estando ausente la imagen del hombre. Todos saben que el girasol es otro después que lo pintó Van Gogh [...] Así, el horizonte de Van Gogh se fusiona con nuestro propio horizonte del presente. Participar de ese minuto que captó Cézanne, Van Gogh o Klein es volverse ese minuto. Nos volvemos paisajes, girasoles, azules. (Oliveras, 2007a, p. 34)

La obra de arte se constituye en la interioridad —hay una fusión—, como síntesis del ver dos cosas en una que es la metáfora. La obra de arte no es sin fusión, el conocimiento que proporciona se da en la fusión; en el conocimiento científico —a partir de los sucintos ejemplos mostrados aquí⁸— se da también esta fusión a través del método utilizado... En el arte la metáfora genera la fusión y el conocimiento, en la ciencia también: lo que la interioridad del sujeto espera es lo que le ofrece el objeto como resultado...

Con estas relaciones seguimos dando fundamento epistémico a la operación metafórica como primera inteligencia del objeto, que luego en el ámbito científico de la ciencia “dura” o físico-matemática suele revestirse —no sin pérdida y disminución— del lenguaje lógico-matemático (cf. Magnasco, 2019).

§. *Metáfora: entre el horizonte del mundo y la vida operante*

Si en el objeto conocido *queda algo del sujeto*, más que hablar de un “objeto” dado de antemano habría que hablar de un *horizonte del mundo* que se pone en contacto con el *horizonte de la vida operante* más que con el sujeto “constituido” o “determinado y fijo” (cf. *supra*: *Dime cuáles son tus metáforas y te diré quién eres*). Para fundar epistémicamente esta constatación empírica que en el mundo

8. Como anunciamos, dejamos para un segundo libro la operación de la metáfora en “ciencia dura”.

microfísico quedó reflejada en las palabras referidas de Heisenberg (1985), nos adentramos en las reflexiones de Ricœur sobre el *horizonte del mundo* que se pone en contacto con el *horizonte de la vida operante* (o viceversa).

P. Ricœur (cf. Ricœur, 1975, p. 7-30) analizando las distintas etapas de la fenomenología de Husserl (1859-1938) destaca la transición que se produce en este filósofo: el “primer Husserl” que había puesto entre paréntesis la hipótesis del mundo exterior —reducción de la tesis del mundo— se termina encontrando con un sujeto idealista encerrado en su sistema de significaciones, es decir, un *cogito* cartesiano. El “último Husserl” (p. 13) habla del “mundo de la vida”, es decir, un estrato de la experiencia anterior a la relación Sujeto-Objeto; en vez de un *cogito* enfrentado al mundo hay un ser vivo que tiene como horizonte de todas sus intenciones al mundo. Antes de la objetividad existe “el horizonte del mundo”, antes del sujeto existe “la vida operante” que Husserl llama “anónima” no porque vuelva a un sujeto impersonal kantiano (a quien combate) sino porque el sujeto que negocia cognoscitiva o transaccionalmente objetos (cf. *supra*: *Construcción conjunta de sujeto y objeto por la metáfora*) es derivado —él mismo— de la vida operante.

La vida operante más el horizonte del mundo salva que todo no sea un sueño —un mero subjetivismo—, hay un *lenguaje de las cosas vivido en nosotros* (cf. Grondin, 2004, p. 89). El último Husserl emprende esta empresa subversiva: “sustituir una epistemología de la interpretación por una ontología de la comprensión” (Ricœur, 1975, p. 13), el problema de la hermenéutica pasa de ser un problema epistemológico (estudio del conocimiento científico) a uno ontológico (estudio del ser de lo existente) (p. 12). Es preciso salir “del círculo encantado de la problemática Sujeto-Objeto e interrogarse sobre el ser en general” (p. 11), es decir, lo que hay antes de sujeto y objeto. Se invierte la cuestión: no ser para conocer, sino conocer para ser (conocimiento como un modo de ser, de existir, recordemos que este “conocer para ser” tiene una manifestación temprana en la

obra de John Dewey como anunciamos al hablar del conocimiento como transacción en *supra*: *Dime cuáles son tus metáforas y te diré quién eres*).

Heidegger (1889-1976) elaboró también una ontología desde la comprensión, dice Ricœur al respecto que una ontología separada del proceso de comprensión sería inaccesible: “Es solamente en el movimiento de la interpretación que percibimos al ser interpretado. La ontología de la comprensión permanece implícita en la metodología de la interpretación, según el ineluctable ‘círculo hermenéutico’ que el mismo Heidegger nos ha enseñado a trazar” (Ricœur, 1975, p. 24-25).

En otros términos —y en esa comprensión que se hace palabra— dice Martin Heidegger: “el lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre. Los pensadores y poetas son los guardianes de esa morada” (Heidegger, 2006, p. 11). Para Heidegger los guardianes de esta casa son filósofos y poetas pues la verdad, el ser verdadero, tiene que ver con la palabra literaria y la poesía. Si la poesía es “el álgebra superior de las metáforas” como lo ha expresado Ortega y Gasset (1925, p. 372; 1998 [1925]) se colige que para el filósofo español sea el mecanismo de la metáfora un “plus del brazo intelectual” (cf. Karagiannis, 2005, p. 34 y Ortega y Gasset, 1985 [1925] y 1965) que permite llegar donde otro mecanismo no llega. Literatura y filosofía tienen una historia de encuentros en el tema de la verdad, del inteligir el ser íntimo de las cosas, en este sentido Gastón Bachelard dijo que la poesía “es una metafísica instantánea” (Bachelard, 1997, p. 226).

Agrega Gadamer: “el ser que puede ser conocido es lenguaje” (Gadamer, 1999, p. 567). En estas tres posturas (Heidegger-Gadamer-Ricœur) básicamente “no se es para conocer sino que se conoce para ser”, y no se resuelve en un solipsismo del *cogito* o de la conciencia sino en esa dialéctica que supone dos indefinidos que se necesitan para ser: el horizonte del mundo y el de la vida operante.

Usando una metáfora, podemos decir que la metáfora es un puente que va generando por fusión los extremos que va separando:

sujeto metaforizador y objeto metaforizado. Esto establece la verdad humana como fundamento (no como adecuación especular) y la significatividad de los objetos como razonabilidad (no como razón robotizada).

Hay en estas posturas sobre los horizontes del mundo y de la vida operante como dice Ricœur: “una verdadera destitución de la problemática clásica del sujeto como conciencia [...] un cuestionamiento a la pretensión de la conciencia a erigirse en origen del sentido”⁹ (Ricœur, 1975, p. 25).

Este cuestionamiento sobre el sujeto como “conciencia sin historia” lo había hecho anteriormente Freud, en este sentido dice Ricœur (p. 27) que la existencia que descubre el psicoanálisis detrás de las capas construidas por el deseo se revela en una “arqueología del sujeto”. Esta arqueología descubre el “yo” que es el más arcaico de los objetos, al “yo” hay que encontrarlo detrás del “falso *cogito*” al que le dio entidad el deseo: “hay que perder el mí para encontrar el yo” (p. 25).

Mientras el psicoanálisis sospecha de ese sujeto mirando “hacia atrás”, la existencia que descubre la fenomenología del espíritu está “adelante de sí”, en una marcha donde cada etapa es abolida y retenida en la siguiente por lo que hay una “teleología del sujeto”. Es interesante como expresa Ricœur esta generación del sujeto desde un origen del sentido sin caer en un solipsismo:

[esta hermenéutica desde la fenomenología del espíritu] sugiere otra manera de desplazar el origen del sentido, ya no detrás del sujeto, sino delante de él [...] una hermenéutica que vale como profecía de la conciencia [...] El psicoanálisis nos proponía una regresión hacia lo arcaico; la fenomenología del espíritu nos propone un movimiento según el cual cada figura encuentra su sentido, no en aquella que la precede, sino en aquella que la sigue;

9. Lo cual es la versión racionalista de la ciencia...

la conciencia es así arrojada fuera de sí, delante de sí, hacia un sentido en marcha, en el cual cada etapa es abolida y retenida en la siguiente. De este modo una teleología del sujeto se opone a una arqueología del sujeto. Pero lo importante para nuestro propósito es que esta teleología, del mismo modo que la arqueología freudiana, no se constituye más que en el movimiento de la interpretación que comprende una figura por medio de otra figura; el espíritu no se realiza más que en este pasaje de una figura a otra; es por la dialéctica misma de las figuras por la cual el sujeto es arrojado fuera de su infancia, arrancado a su arqueología. Por esta razón la filosofía sigue siendo una hermenéutica, es decir, una lectura del sentido oculto en el texto del sentido aparente. Es la tarea de esta hermenéutica mostrar que la existencia no accede a la palabra, al sentido y a la reflexión, más que procediendo a una exégesis continua de todas las significaciones que ven el día en el mundo de la cultura; la existencia no deviene un sí —humano y adulto— más que apropiándose ese sentido que reside ante todo «fuera», en las obras, las instituciones, los monumentos de la cultura donde la vida del espíritu se objetiva. (Ricœur, 1975, p. 27-28) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

En términos gadamerianos hay un horizonte del mundo y un horizonte de la vida operante que se fusionan, y de esta fusión de horizontes nacen el sujeto y el objeto, el modo en que esto sucede lo refirió Ricœur en la cita anterior. En términos peirceanos hay una terceridad operante en la naturaleza, en términos piagetianos hay *estructuras invariantes funcionales* de todo organismo (la *adaptación* como interjuego entre *asimilación* y *acomodación*) *innata, común* a los seres vivos, *necesaria* y que *modela* al sujeto a lo largo de su desarrollo (cf. Serulnikov & Suárez, 2001). En términos heideggerianos el sujeto descubre por la exégesis de su vida que está puesto en el ser antes de que él se ponga y se posea (Ricœur, 1975, p. 16).

§. *Las metáforas de la fusión y de los horizontes*

Dijimos que Gadamer (1999, p. 466-468) establece que la fusión es producto de un diálogo, de una dialéctica, de una conversación: “podemos reconocer en ello [la fusión] la forma de realización de la conversación, en la que un tema accede a su expresión no en calidad de cosa mía o de mi autor sino de la cosa común a ambos” (p. 467) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.). Cuando dos o más personas estudian analizan o tratan de descifrar unos fenómenos, pueden dialogar y discutir generándose (cuando no hay cerrazón) una fusión de horizontes, entre los que discuten y el horizonte del mundo analizado. El resultado es una ampliación (universalización) de horizontes donde el objeto y los sujetos no quedan igual que al principio, han ampliado su horizonte.

La idea de “horizonte” es tomada del contexto visual: el horizonte es la línea que limita la superficie terrestre alcanzada por la vista del observador, es el límite entre lo visible y lo no visible. Según Jean Grondin: “El horizonte es lo que se ve desde un punto de vista. No es el punto de vista mismo” (Grondin, 2009, p. 78).

El horizonte llevado al ámbito de la comprensión tiene que ver con el alcance y la limitación de la visión y por lo tanto de la comprensión. El observador puede ampliar su horizonte desde el encuentro con otras perspectivas. En este sentido dijo Gadamer: “Ganar un horizonte quiere decir siempre aprender a ver más allá de lo cercano y de lo muy cercano, no desatenderlo, sino precisamente verlo mejor, integrándolo en un todo más grande y en patrones más correctos” (Gadamer, 1999, p. 375).

La idea de “fusión” es una metáfora que supone fundir metales diferentes para lograr una aleación que contiene a los metales fundidos pero ahora en una integración con propiedades nuevas. En la “fusión de horizontes” se produce el encuentro de dos horizontes de visión y experiencia o dos praxis que se transforman permitiendo el surgimiento de lo que él denomina “acontecimiento”. Como hemos

anunciado la fusión es la ocasión de la novedad y de ampliar el propio horizonte del intérprete (no hay fusión cuando desde una postura cerrada se proyectan las propias ideas sobre lo que se pretende comprender, no asimilando lo que el texto —cualquiera que sea— sugiere, sino forzándolo a expresar o decir lo que de antemano el intérprete ya trae como horizonte).

§. *La verdad como “fundación de sentido” en la “fusión” metafórica*

Decíamos al inicio del camino que Lakoff & Johnson (2007) abordaban el tema de la metáfora desde el problema semántico: ¿por qué asociamos un sentido —entendido como verdadero— a determinadas palabras? Ellos se referían a *experimentar* una cosa en términos de otra y fundaban en esto la significatividad de los significados, en sintonía nosotros compartíamos con Nubiola la postura de Peirce sobre la verdad humana como verdad “razonable” (cf. *supra*: “Razonabilidad” humanizante y no razón robotizada).

Conectamos estos decires con las ideas de Gadamer (Gadamer, 1998) cuando habla de la función categorizadora del lenguaje o constituidora del mundo que nos abre a la verdad, no la verdad en el sentido tradicional de *adaequatio rei et intellectus* (adecuación del intelecto a la cosa), como si la verdad de la cosa fuera previa al lenguaje sino a la verdad que anida en el lenguaje como fundación de sentido: “Esta fundación de sentido se hace por excelencia en el lenguaje de la creación literaria, de lo que los alemanes llaman *Dichtung* y que es más que la ‘poesía’ —como se suele traducir— en el sentido de ‘lirica’ o ‘versos” (Vilar, 1996, p. 4, prólogo a Gadamer, 1998).

Para la línea hermenéutica Heidegger-Gadamer-Ricœur, la literatura funda el decir verdadero: Gadamer defiende un humanismo sobre las bases tradicionales de la palabra, es decir, la escritura, la lectura y el diálogo y que frente al mundo científico-técnico que parece dominar la civilización actual, es defensor de la cultura literaria y artística que no debe morir sino convivir con la anterior.

La literatura para el filósofo alemán es fundante de todo decir verdadero, de todo intento por alcanzar la verdad; el arte nos saca de la actitud de dominadores para entrar en la esfera del “decir” de las cosas mismas. Este decir de las cosas no se recibe pasivamente sino por la fusión: para Grondin lo que Gadamer propone es que nuestro lenguaje es el lenguaje de las cosas vivido en nosotros (cf. Grondin, 2004, p. 89).

Es importante aclarar lo recién dicho. Una de las tesis fundamentales de Gadamer se refiere a su concepción sobre la naturaleza del lenguaje natural humano. Recordemos que el lenguaje tiene varias funciones que han sido establecidas por R. Jakobson entre 1956 y 1960 sobre el esquema básico de la comunicación (cf. *supra*: *La metáfora como invitación a la transformación*); esta clasificación es más bien descriptiva, es decir, no dice sobre la naturaleza del lenguaje.

Podemos elevarnos un poco sobre el esquema comunicativo y reparar en tres funciones generales o dimensiones fundamentales del lenguaje: la *cognitiva* —el lenguaje sirve para conocer—, la *comunicativa* —el lenguaje sirve para comunicarnos— y la *categorizadora* —el lenguaje permite ver y sentir de determinado modo, habilitando y deshabilitando “realidades”—. La función *cognitiva* es la más evidente: describir un estado de cosas (sería la referencial de Jakobson). La *comunicativa*, es la que nos permite no tanto describir el mundo como ponernos de acuerdo con los demás, entendernos acerca de lo que hay en el mundo y como eso es valorado por unos y otros. La función *categorizadora*, es la constituidora o abridora del mundo acerca del que se puede hablar. Esta última función no ha sido bien comprendida hasta Heidegger, aunque ya estaba presente en pensadores como Nietzsche (cf. Nietzsche, 1990a).

Desde la función categorizadora del lenguaje o constituidora del mundo mencionada, Gadamer dijo que “el ser que puede ser conocido es lenguaje” (Gadamer, 1999, p. 567). Ya su maestro Heidegger había dicho: “el lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre” (Heidegger, 2006, p. 11). Este habitar del hombre en el lenguaje tiene

como consecuencia que el mundo, sus hechos y lo que en él acontece, no puede ser pensado como una cosa “frente al hombre”, sino como un habitar que no tiene “dentro o afuera”.

En este sentido Wittgenstein sentenció: “los límites de mi mundo significan los límites de mi lenguaje” (2009, p. 105 en *Tractatus Lógico-Philosophicus*), Grondin (2004) lo dice: “los límites del lenguaje son entonces los límites también de nuestra comprensión” (p. 87). Aquí reside la dificultad de una hermenéutica de naturaleza lingüística, la realidad parece adquirir entidad en un conjunto heredado de textos, relatos, mitos, narraciones e instituciones que fundan las bases de nuestro conocimiento de lo que es el mundo y el hombre.

Hay una lingüisticidad del *ser* y también una temporalidad y una historicidad del ser que es la de los intérpretes: interpretamos desde un fluir, desde una ubicación, desde un proceso que se inscribe en una tradición y se proyecta a un futuro. Desde nuestra investigación (Magnasco, 2019) entendimos la categorización como una metaforización que genera nuevo léxico y sentido en base a una síntesis desde lo conocido que produce una fundación de sentido.

Es en la poesía donde en fórmulas de Gadamer “crece el ser” (Vilar, 1996, p. 4), o “surge la palabra”, allí la palabra “dice más” que en cualquier otro caso:

¿Qué significa el surgir de la palabra en la poesía? Igual que los colores salen a la luz en la obra pictórica, igual que la piedra es sustentadora en la obra arquitectónica, así es en la obra poética la palabra más dicente que en cualquier otro caso. Esta es la tesis. (Gadamer, 1971, p. 16)

Nosotros decimos en otras palabras que metaforizar hace “retroceder el caos” y en consecuencia hace “crecer el ser”. Este “decir más” de la palabra metafórica o poética es una creación más que un descubrimiento como hemos referido.

Los textos científicos buscan ajustar el lenguaje (produciendo uno técnico) para quitarle la posible ambigüedad, ya vimos que esto si bien es muy útil, es una fantasía (cf. *supra*: *Intentos de "metaforicidio"*). Pero leer "textos técnicos" como simplemente "reconocer un mensaje fijo y objetivo" es un caso excepcional de lectura. Leer un texto es re-escribirlo en el interior y así de algún modo modificarlo o "traducirlo" (fenómeno de "intertextualidad"). La lectura habitualmente es una interpretación con matices que dependen no sólo del texto, por ello Gadamer (1984) entiende la lectura como una especie de "representación ante un escenario interior", lo cual expresa en metáfora su teoría de la lectura.

Esta postura de Gadamer se opone a la idea de un conocer o interpretar mediante una representación del tipo impresión sello-cera (metáfora de la conciencia vista en *supra*: *Experiencia de protagonismo: condición del metaforizar*). Esto conecta con la idea de Eliseo Verón que refiriéndose a las operaciones semióticas del conocimiento que terminan en el significado (cf. Bitonte, 2002) prefiere hablar de "espacio mental" y no de "representación mental". Esta idea del "espacio mental" como metáfora del conocimiento conecta con el "escenario interior" de Gadamer. Según Verón en la "representación" la dimensión semántica apunta al iconismo, mientras que el "espacio mental" alude a los peculiares reagrupamientos de materia semiótica que se condicen con su postura de un conocimiento como producto (creativo) y no como un "implante".¹⁰

10. En su argumentación está buscando una respuesta a la cuestión del sentido, a la cuestión semántica y en este punto tiene contactos con la postura del conocimiento encarnado de Harry Collins. Para Verón esos "reagrupamientos de materiales semióticos" que dan origen al sentido en el "espacio mental" tienen cuatro fuentes teóricas: la teoría de los mundos posibles de Nelson Goodman, el constructivismo de Jerome Bruner, la idea de conocimiento encarnado de Harry Collins y la teoría semiótica de Peirce.

Para Gadamer desde su metáfora del “escenario interior” —que no podemos dejar de vincular a los marcos metafóricos de Lakoff (2004)— la lectura habitual encuentra su paradigma en la lectura de la literatura y su modelo ejemplar en la lectura de la poesía. En *Leer es como traducir* dijo Gadamer:

Mi tesis es que la interpretación está esencial e inseparablemente unida al texto poético¹¹ precisamente porque el texto poético nunca puede ser agotado transformándolo en conceptos. Nadie puede leer una poesía sin que en su comprensión penetre siempre algo más, y esto implica interpretar. Leer es interpretar, y la interpretación no es otra cosa que la ejecución articulada de la lectura (Gadamer, 1989).

Tomamos —de lo dicho— que la interpretación está unida al fenómeno de la metáfora que consiste en “fusión” entre el intérprete y lo interpretado, esta interpretación al tener su modelo en el texto poético, resulta inagotable, pero en su génesis es experimentada como una verdad como fundamento (fundación de sentido).

§. Variaciones sobre la fusión metafórica

Hasta aquí hemos visto que el científico o cualquiera que se dispone a conocer se acerca a los fenómenos con ciertos esquemas inteligibilizadores (podríamos hablar de una *prefiguración*), con ellos se produce una *configuración* metafórica de los fenómenos (visión de dos en uno, cf. *supra*: Esquema N° 23) y desde esta configuración hay una *reconfiguración* en la misma subjetividad del científico o agente del conocimiento que ha introducido un plus de realidad

11. Aquí hay relación con las metáforas que surgen en el contexto de descubrimiento para cubrir un vacío hermenéutico y que de algún modo hacen “retroceder el caos” y producen génesis de Objeto (crece el ser —cf. Vilar, 1996, p. 4— o retrocede la confusión) y génesis de Sujeto (podemos verlo desde la *mimesis* III de P. Ricœur: la reconfiguración del ser del que comprende, cf. subtítulo siguiente).

en el objeto y un plus de conocimiento en su bagaje (cf. *supra*: *La metáfora como invitación a la transformación*). Al conocer (=metaforizar) quien conoce deja algo suyo en el objeto conocido y el objeto conocido deja algo suyo en el sujeto que conoce, hay una fusión. Tomando el modelo de la obra artística dice Grondin (2004):

Al tratarse de una obra de arte, el “juego” se condensa en una figura, una obra que cautiva y que me descubre algo esencial, que se refiere a lo que es, pero que se refiere también a mí. Se refiere a lo que es porque es un *plus de realidad* que se presenta en una obra, es decir, una realidad más potente y más reveladora aún que la realidad misma que aquélla representa [...] Este encuentro con la verdad encarna al mismo tiempo un encuentro con uno mismo [...] porque la obra me interpela siempre de manera única. Esta es la razón por la que hay tanta variabilidad en las interpretaciones de las obras de arte. Pero la idea básica de Gadamer es que esta variabilidad es esencial al sentido mismo. (p. 74-75)

Haciendo una analogía con los textos —pensando en la realidad como un texto potencial a leer por un lector— en términos de Gadamer hay una “fusión” del mundo u horizonte ofrecido por el texto y el mundo u horizonte del lector mismo (“fusión de horizontes”), y la interpretación o inteligibilización del texto es una reconfiguración del mundo del lector (cf. *supra*: *Fusión metafórica como intertextualidad*).

Ricœur (2006) habla de un *arco hermenéutico* que partiendo de la *prefiguración* va a la *configuración* y de allí a la *refiguración*; tal refiguración formará parte de una nueva prefiguración, entendiendo que este proceso es dialéctico y se vuelve espiralado (“círculo hermenéutico”). En *Tiempo y Narración* Ricœur explicita este arco que se vuelve espiral (asociándolo a la “fusión de horizontes” de Gadamer) a través de la “triple mimesis” que se encuentra presente tanto en la elaboración de una narración o texto como en la lectura de un

texto (cf. Ricœur, 2004). El término *mímesis* es tomado de la *Poética* de Aristóteles y según Albano —como hemos referido— no significa una imitación como reproducción sino una re-presentación creadora (cf. Albano, 2004), una transformación, por eso hay un ver dos en uno en el traslado metafórico, el dominio fuente no se fagocita al dominio meta sino que en la tensión se produce un plus, una creación.

La fusión como “triple *mímesis*” de Ricœur no es una realidad compuesta de tres pedazos o pasos o fases bien delimitadas sino algo que está imbricado en el fenómeno de la interpretación “de un texto” y compromete “al lector”; son nombradas por Ricœur como *mímesis* I, II y III. La *mímesis* I es la *prefiguración*, es decir, las figuras previas¹² que son bagaje de inteligibilidad, la *mímesis* II es la *configuración* “del texto”¹³ y la *mímesis* III es la *refiguración* o la apropiación de “la obra” por parte “del lector”, dándose la “fusión” operada por el acto “de lectura”.

Siendo que la interpretación de los fenómenos es cierta “fusión” de lo exógeno con lo endógeno y no un “reflejo” de algo “dado de antemano”, se puede habilitar a todo ser cognoscente a aportar desde sus esquemas prefigurantes cierta configuración creativa de lo que se “estudia”.

Para Gadamer como lo anunciamos, el “círculo” y la naturaleza dialógica y existencial de la interpretación rompe con la pretensión de un saber acabado, conceptual, universal y definido sobre la realidad. De algún modo hace lugar al misterio y traduce más fielmente la realidad como un “decir inconcluso” y una razón “razonable” (cf. *supra*: *Horizonte de la vida operante y horizonte del mundo*). Ricœur concibe la circularidad como una oportunidad positiva que da lugar a la riqueza y a la expansión.

12. Compartidas por el autor y sus potenciales lectores en cierta tradición.

13. En la trama que constituye “la obra” (cf. *supra*: *Metáfora y narración: ventanas a la creatividad*).

§. *Bildung: humildad de la operación metafórica*

Stenger (1990) ha planteado que a cualquier texto (la realidad u otra persona) hay que darle la oportunidad de que diga lo que tiene para decir, sin forzarlo a decir lo que el intérprete desea que diga; esto habilita una fusión de horizontes, el del texto y el propio del intérprete.

Recordemos lo que hemos dicho sobre la narración: “El texto cuestiona mi autoconcepto, lo transforma y pretende ayudarme a encontrar la verdad por medio de una nueva y más amplia autocomprensión” (Grün, 2007, p. 16). ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué el texto artístico, metafórico o narrativo me lleva a un autoconocimiento? W. Benjamin —como anunciamos (cf. *supra*: *Metáfora extendida, autoconocimiento y transformación*)— dice que la narración sobre *algo* es ese *algo* hecho experiencia del narrador, el relator lo encarna en su vida, “para proporcionar a quienes escuchan lo acaecido como experiencia. Así en lo narrado queda el signo del narrador, como la huella de la mano del alfarero sobre la vasija de arcilla” (Benjamin, 1999, parte II, párr. 2).

Hay una comprensión en la que intervienen mis esquemas de la cantera produciendo una configuración (*mimesis* II) de lo que el texto me ofrece como experiencia y que reacomodando mi cantera de analogías reconfigura o transfigura (*mimesis* III) mi mundo.

Stenger sostiene con Nietzsche (cf. Nietzsche, 2003, p. 463-464) que es necesario ejercitarse en “el arte del buen leer”,¹⁴ que es dar oportu-

14. “[los teólogos] se cuentan entre aquellos malos lectores que en el texto descubren únicamente lo que ya se sabían de antemano... Si el teólogo quiere evitar terminar encontrándose únicamente a sí mismo en la Escritura, tiene que hacerse filólogo en el sentido en que lo entiende Nietzsche; es decir, debe ejercitarse, con ‘circunspección, paciencia y sutileza’, en el ‘arte del buen leer’. Como condición previa, ha de sacar a los textos sagrados de su aparente familiaridad y llevarlos a una extrañeza que permita escuchar la voz de la Biblia y no siempre y únicamente su propia voz. Tan sólo la distancia entre el lector y el texto permite que,

nidad a la novedad de lo otro. El “buen leer” entonces es escuchar la voz del texto, aquello que el texto tiene para decirle al lector, siendo este texto el mundo o la interioridad de otro interlocutor.

Según Gadamer el hecho de aprobar exámenes no nos vuelve personas cultas o formadas y se pregunta qué es la formación (*Bildung*). Responde con las palabras de Hegel: “formación significa poder contemplar las cosas desde la posición de otro” deseándole a los estudiantes que “sus estudios los ayuden a adquirir no sólo capacidad real o patentes [créditos], sino también la formación para aprender a entender a otro desde sus puntos de vista” (Gadamer, 1998, p. 77)

Incorporar al otro, tener en cuenta sus puntos de vista en nuestras interpretaciones, tiene un sentido ético en cuanto éxtasis de la propia situación de “ombligo del mundo”. Esta incorporación es una fusión hacia contenidos más universales (hay aquí una génesis conjunta de sujeto y objeto). El ponernos en lugar del otro es un traslado en donde desde nuestros esquemas intentamos comprender la situación ajena, nótese el esquema metafórico de la *Bildung*.

en la lectura, se desconecten las proyecciones de sentido determinadas por las propias ideas y deseos, y que se afine el oído para escuchar la voz, frecuentemente extraña, del texto. Los métodos son instrumentos para este distanciamiento” (Stenger, 1990, Prólogo) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.).

XXXI. EL ÉXITO DE LA METÁFORA

§. ¿Por qué?

Peirce se pregunta por qué el hombre acierta con sus conjeturas frecuentemente es ¿Capacidad de adivinación?

La palabra adivinación está asociada a la conjetura, pues adivinar es “descubrir por conjeturas algo oculto o ignorado” (segunda acepción de *adivinar* en DRAE).

Peirce en algunos lugares de sus escritos habla de adivinación “correcta” y adivinación “incorrecta”, otras veces habla simplemente de “adivinación” como capacidad de acierto en cuanto que “vence” al puro azar.

Usaremos “conjetura” o “adivinación” inicialmente como una cierta capacidad “estadística” de acierto. Dice Samaja:

Las conjeturas emergen en la frontera entre la mera recepción pasiva y la actividad espontánea del intelecto; Peirce la llama a veces [a la facultad de conjeturar que es la operación del razonamiento abductivo] “la facultad de adivinar” y acertadamente —según creo— la vincula, la entronca con el proceso evolutivo. (Samaja, 2004, p. 233) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

Samaja cita a Peirce cuando se refiere al “instinto de la adivinación” como cierto discernimiento de la “terceridad”, recordemos que la terceridad es una categoría faneroscópica que en el signo se asocia a un hábito, regla o ley que se ha afirmado en la andadura práctica.

Peirce dice que el hombre ha adquirido una facultad de adivinar los caminos de la naturaleza:

Sea como sea el modo cómo el hombre ha adquirido su facultad de adivinar las vías de la naturaleza, lo cierto es que no ha sido mediante una lógica autocontrolada y crítica. Ni siquiera ahora puede dar una razón exacta de sus mejores conjeturas. Me parece que el enunciado más claro que podemos hacer de la situación lógica —la más libre de toda mezcla incuestionable— es decir, que el hombre tiene un cierto discernimiento de la terceridad, de los elementos generales de la naturaleza, no lo bastante fuerte como para estar con más frecuencia acertado que equivocado, pero lo bastante como para no estar abrumadoramente con más frecuencia equivocado que acertado. Lo llamo discernimiento porque hay que referirlo a la misma clase general de operaciones a la que pertenecen los juicios perceptivos. (Peirce, 1988 [1903], n° 23)

Peirce asocia esta facultad a un instinto, analogable al de los animales en dos sentidos: en cuanto que dirige al hombre más allá de lo dado a los sentidos y por su baja predisposición al error:

Esta facultad participa a la vez de la naturaleza general del instinto, pareciéndose a los instintos de los animales en que supera con mucho los poderes generales de nuestra razón y en que nos dirige como si estuviéramos en posesión de hechos que se encuentran por completo más allá del alcance de nuestros sentidos. Se parece también al instinto en su pequeña predisposición al error; pues aunque yerra con más frecuencia que acierta, con todo la frecuencia relativa con la que acierta es en conjunto la cosa más maravillosa de nuestra constitución. (Peirce, 1988 [1903], n° 23)

Peirce tiene un argumento fuerte respecto de esta capacidad de adivinación o de conjeturar muy a menudo acertadamente, si no fuera real, se hubiese extinguido:

Es evidente, que si el hombre no poseyera una luz interior tendiente a conjeturar... demasiado a menudo acertadamente (por lo que no puede pensarse en el azar), hace tiempo que la raza humana habría sido extinguida de la faz de la tierra por su incapacidad en la lucha por la existencia (Peirce, Ms. 692, citado por Hynes, 2004).

Si el hombre no tuviera el don, que todos los demás animales tienen, de una mente adaptada a sus necesidades, no sólo no habría podido adquirir ningún conocimiento, sino que no habría podido mantener su existencia ni siquiera durante una generación (Peirce, 2006 [1903], párr. 19).

Dimos en este recorrido algunos ejemplos del ámbito de la ciencia dura porque la traducción a sistemas formales que es el revestimiento de la metáfora de base en ciencia, aparece una notable capacidad de acierto: el investigador selecciona —casi “adivinando” lo importante—, establece relaciones —casi “adivinando” los vínculos— y traduce a un lenguaje formal “endógeno” que refleja idealmente y universalmente la vida del objeto —casi “adivinando” ese dinamismo interno—... es decir hay un componente paradójico de “adivinación” en el seno de este proceso.

El traslado metafórico de esquemas conocidos hacia el dominio meta produce un “mapeo” desde la “visión de dos en uno” (Magnasco, 2019) o el acercamiento lógico entre ideas heterogéneas (cf. Ricœur, 2006, p. 24). Supone la economía de reparar en “lo semejante”, focalizando elementos fácticos “relevantes”, y proponiendo concomitantemente relaciones o funcionalidades que —dadas entre los elementos del dominio fuente— se trasladan hacia los elementos analogados en el dominio meta.

Esto es, el mapeo supone un primer esquema “teórico” de traslado “metafórico” (por ejemplo, cf. *supra*: Esquemas N° 2 y N° 4). Hemos visto como desde la metáfora hídrica, Maxwell establece los elementos necesarios para realizar una *matematización* en el dominio meta de los fenómenos electromagnéticos.

Esta esquematización que el traslado metafórico produce en el dominio meta, aporta un “primer grado” de idealización o formalización incipiente y luego el revestimiento matemático produce la *matematización* de los fenómenos del dominio meta (cf. *supra* Esquema N° 26).

El resultado de este proceso se siente como un “juicio sintético a priori”, es decir un conocimiento de apariencia *universal* pero obtenido desde lo *particular* de esos hechos que piden interpretación. En otras palabras: “sintético” porque extiende el conocimiento, pero “a priori” porque aporta desde la cantera de analogías y posterior *matematización* (cf. Magnasco, 2019) el ingrediente universal. Recordemos, de nuevo, que la fuerza demostrativa lograda se basa en un *ri-corsi* de un *corsi* protagonizado con anterioridad y “en el cual la propia subjetividad se ha constituido” (cf. Samaja, 2004, p. 134).

En ese “*ri-corsi* de un *corsi* protagonizado con anterioridad” hay un necesario proceso inferencial de tipo abductivo (cf. *supra*: Esquema N° 23) que ha tenido éxito, al cual se refiere Peirce (en la frase citada *supra*), diciendo que si el ser humano no hubiese contado y contara con una especie de “instinto de la abducción” o “de la adivinación”, si no estuviese equipado con esta asombrosa capacidad “estadística” de acierto en temas que están más allá de la lógica, haría mucho tiempo ya que se hubiese extinguido.

§. *La adivinación como instinto creativo*

Retomando posturas de antropobiología filosófica (Gehlen, s/f) podría decirse que así como el animal tiene instintos (especies de programas pre-grabados —en realidad resultados de una filogenia—) que le permiten vivir “atado”¹⁵ a su ambiente, la inadaptación del hombre

15. Usamos la palabra “atado” más que “adaptado” pues hay una especie de “fuerza restitutiva” ante los desequilibrios ambientales que hacen migrar hacia “el mismo ambiente” o un ambiente semejante, salvo que el “desequilibrio” sea

o su posibilidad de adaptación universal debe contar con otra clase de “instinto”, no ya de tipo “programa” sino de tipo “creación de programas”. Pareciera que la naturaleza del hombre (que clásicamente se definió como principio de operación) debería ser vista desde este componente básico creativo. En el animal el instinto es el resultado (relación filogenia-ontogenia) de la adaptación al ambiente, en el hombre el instinto es la *premisa* de una adaptación abierta a distintas posibilidades. Tal instinto, si bien está presente en el inicio y como constituyendo lo que llamamos “lo humano”, es algo que se fortalece o se actualiza diacrónicamente con el ejercicio del mismo. Porque según los superabundantes¹⁶ escritos de Peirce parece haber dos lecturas posibles y complementarias sobre esta capacidad de adivinación, una de tipo diacrónica y otra de tipo sincrónica. Desde la interpretación diacrónica la mente del hombre¹⁷ por haberse desarrollado a través del tiempo bajo las “leyes de la naturaleza”, razona en cierto modo según pautas de la naturaleza:

[...] si el universo se ajusta, con alguna aproximación a la exactitud, a ciertas leyes altamente generalizadas, y si la mente del hombre se ha desarrollado bajo la influencia de esas leyes, ha de esperarse que tenga una luz natural, o luz de la naturaleza, o intuición [*insight*] instintiva (*sic*), o genio, que tienda a hacerle adivinar esas leyes correctamente, o casi correctamente. (Peirce, 2006 [1903], último párrafo).

En esta postura sintoniza con Bateson, que siguiendo la distinción de Korzybski entre *mapa* y *territorio* o la de C. Jung entre *pléroma* y *creatura*, afirma que la mente tiene que ver con los mapas:

tal que esa fuerza no alcance y se produzca una mutación o una “muerte” para dar paso a otra cosa.

16. La materialidad de su producción es de alrededor de 100.000 páginas manuscritas.

17. Hombre que, para Peirce, es un signo o argumento.

lo que *nos* importa del territorio es el *mapa*, que es “la diferencia que hace la diferencia” (“Una diferencia que hace una diferencia es una idea. Es un ‘bit’ o unidad de información” —Bateson, 1991, p. 192—), es decir, la diferencia que es significativa o importante para el organismo o “información” relevante que da un propósito o finalidad y en consecuencia origina una conducta. Esto constituye “lo mental”. Bateson da a entender que los seres humanos, su mente, son parte del universo y esa mente va adquiriendo y representando la estructura del universo mismo porque el universo mismo la *produjo* con esa estructura (cf. aquí todo lo que hemos dicho sobre la construcción conjunta de sujeto y objeto racionales o “razonables”), hay una continuidad entre naturaleza y espíritu, entre materia y mente, una relación en la que espíritu y materia comparten la misma “lógica” (cf. Bateson, 2002).

Por otro lado, desde una perspectiva sincrónica, esa luz interior natural es propiamente un instinto de adivinación.¹⁸ “Se parece también al instinto en su pequeña predisposición al error” (Peirce, 1988 [1903], n° 23), que no es fruto logrado diacrónicamente sino una “forma sincrónica” propia de la naturaleza humana (si no se quiere caer en una regresión *ad infinitum*): “Pero está dotado [el hombre] de ciertos instintos, esto es, de ciertas creencias naturales que son verdaderas. Tienen que ver en parte con fuerzas [de la mente], en parte con la acción de las mentes” (Peirce, 2006 [1903], párr. 19) (Lo subrayado marca lo que venimos diciendo: en parte innato en parte adquirido) (Aclaración entre corchetes y subrayado propios: H.M.).

18. En el manuscrito 692 Peirce ejemplifica la actuación del instinto de la abducción contando cómo descubrió intuitivamente quién había robado su reloj, su cadena y un abrigo en un viaje en barco, siendo la “comprobación empírica” que los objetos efectivamente fueron encontrados en poder del ladrón. Es decir, los dichos de Peirce sobre la abducción abarcan toda la vida del hombre (no sólo se refieren al ámbito científico). Cf. también Sebeok & Umiker-Sebeok, 1979.

Tal instinto puede compararse a los instintos musicales y aeronáuticos de las aves: “es decir, lo que respectivamente en nosotros y en ellas es la expresión más elevada de los poderes puramente instintivos” (Peirce citado por Eco & Sebeok, 1989, p. 37). Pero Peirce exige ante lo adivinado —o retroducido o abducido— una comprobación empírica, señala que:

[...] la retroducción se basa en la confianza de que entre la mente del que razona y la naturaleza existe una afinidad suficiente para que las tentativas de adivinar no sean totalmente vanas, a condición de que todo intento se compruebe por comparación con la observación. (Peirce citado por Barrena, 2008, párr. 50) (Subrayado propio: H.M.)

No debe confundirse este instinto innato con “ideas innatas” (racionalismo); distinto al animal que puede tener como instinto un programa al estilo “idea innata”, el hombre tiene como instinto la “creación de ideas”. En el siguiente párrafo Peirce utiliza una analogía para dar a entender que al realizar hipótesis hay en el hombre algo que supera al mero azar:

¿Cómo llegó el hombre alguna vez a sostener esa teoría verdadera? No puedes decir que sucedió por azar, porque las teorías posibles, si no estrictamente innumerables, excedían de todos modos un trillón o tres millones a la tercera potencia; y por tanto las posibilidades eran abrumadoras en contra de que la única teoría verdadera llegara alguna vez a la cabeza de algún hombre en los veinte o treinta mil años durante los que el hombre ha sido un animal pensante. Además, no puedes pensar seriamente que cada pequeño pollo que sale del cascarón tiene que revolver entre todas las posibles teorías hasta que se le encienda la buena idea de coger algo con el pico y comerlo. Por el contrario, piensas que el pollo tiene una idea innata para hacerlo... (Peirce, 2006 [1903], párr. 2) (Subrayado propio: H.M.)

Acentuando el hecho de que la abducción es algo propiamente humano, Peirce dice que produce cierto tipo de emoción, que la distingue claramente de la inducción y de la deducción, es una emoción que parece vinculada al gozo estético de una armonía reencontrada o restaurada:

La hipótesis sustituye el complicado enredo de predicados vinculados a un sujeto por una noción simple [...] En la inferencia hipotética, el complicado sentimiento que resulta de todo eso es reemplazado por un sentimiento simple de mayor intensidad, el perteneciente al hecho de pensar la conclusión hipotética. Ahora bien, cuando nuestro sistema nervioso es excitado de manera complicada, de modo que existe una relación entre los elementos de la excitación, el resultado es una alteración simple y armoniosa, que denomino emoción. (Peirce citado por Eco & Sebeok, 1989, p. 40)

Peirce ejemplifica con una sinfonía que toca el corazón: “Así, los diversos sonidos producidos por los instrumentos de una orquesta impresionan el oído, y el resultado es una emoción musical peculiar, muy distinta de los sonidos en sí. Tal emoción es esencialmente el mismo fenómeno de la inferencia hipotética” (Peirce citado por Eco & Sebeok, 1989, p. 40).

Peirce caracteriza el instinto de adivinar o de adoptar una hipótesis como una “ensalada singular [...] cuyos ingredientes principales son la falta de fundamento, la ubicuidad y la fiabilidad” (Peirce, Ms 692, citado por Eco & Sebeok, 1989, p. 36-37). La falta de fundamento tiene que ver con esa dimensión de adivinación, su fiabilidad tiene que ver con ese “sentimiento simple de mayor intensidad” que la hipótesis genera, su ubicuidad es ejemplificada por el mismo Peirce con el conocido relato sobre la azalea (que hemos referido en parte, aquí más completo):

Mirando a través de mi ventana en esta encantadora mañana de primavera veo una azalea en floración. ¡No, no! No veo eso [ve manchas, colores y movimientos]; aunque tal es la única manera en la que puedo describir lo que veo [el *significado* de lo que ve]. Eso es una proposición, una frase, un hecho; pero lo que percibo no es una proposición, frase, o hecho, sino sólo una imagen, que hago inteligible en parte mediante un enunciado de hecho. Ese es un enunciado abstracto, pero lo que veo es concreto. Realizo una abducción cuando hago tanto como expresar en una frase cualquier cosa que veo. La verdad es que la fábrica total de nuestro conocimiento es un fieltro enmarañado de puras hipótesis confirmadas y refinadas por inducción. No se puede lograr ni el más pequeño avance en el conocimiento más allá de la etapa de la mirada perdida sin efectuar una abducción a cada paso. (Peirce, 2009 [1901], párr. 18) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.)

Los ingredientes señalados de la abducción: falta de fundamento, ubicuidad y fiabilidad, la enrolan dentro de lo instintivo. Esta ubicuidad de la abducción lleva a Castañares (1994) a afirmar que en los procesos de semiosis las inferencias deductivas se dan sólo en “casos de rigidez inusual” (p. 154), las inductivas “en casos en los que se aprende el significado de un signo por experiencias repetidas” (p. 154), siendo las inferencias abductivas las más frecuentes (cf. p. 154). Dice Peirce:

[...] la inferencia abductiva se cambia gradualmente en juicio perceptivo sin que haya una clara línea de demarcación entre ambos, en otras palabras, nuestras primeras premisas, los juicios perceptivos, han de considerarse como un caso extremo de inferencias abductivas, de las que difieren por estar absolutamente al margen de toda crítica. (Peirce citado por Eco & Sebeok, 1989, p. 39)

Por todo lo dicho, podemos afirmar (en una formulación densa) que el creativo razonamiento abductivo es, por un lado, el alma de la semiosis (inferencia a partir de signos o representámenes o bien RESULTADOS) y por otro, clave del instinto de adivinación. Pero este razonamiento no podría funcionar sin su entraña: el proceso metafórico que permite obtener la REGLA (desde la “cantera de analogías”) para que pueda abducirse el CASO o hipótesis (es decir, asumir un RESULTADO como CASO de una REGLA, esto es la semiosis). Por otro lado, la misma “cantera de analogías” es un destilado de esquemas que han tenido éxito en la andadura diaria y que se constituyen en órganos de percepción o de asimilación de la realidad (en palabras de Peirce tales esquemas abducidos se convierten “gradualmente” en la base de los “juicios perceptivos”). Así, detrás de todo conocimiento en las variantes de conceptualización, re-conocimiento (como el de la azalea), hipótesis, generación de lenguaje, observación o afirmación hay un razonamiento abductivo de base metafórica, una “interpretación” creativa de “datos” que es la semiosis. Serra (2007) lo sintetiza de esta manera: “Ni percibimos cosas en sí, ni percibimos datos aislados, sino que nuestras percepciones son de manera casi instantánea interpretación, elaboración de los datos percibidos” (p. 4). Bruner (2004) explicita en estas ideas la dimensión de economía que encierran: “Lo que los perceptores humanos hacen es tomar los fragmentos que pueden extraer del ingreso de estímulos, y si estos se ajustan a la expectativa, leer el resto según el modelo que tienen en la mente.” (p. 57).

Son muy poderosas estas últimas afirmaciones para la epistemología.

§. *Terceridad operante, ley de la mente, ley del amor*

Hemos referido una terceridad operante en la naturaleza¹⁹ que “impulsa” el proceso metafórico de la fusión de horizontes y la generación conjunta de sujeto y objeto. Recordemos que la “terceridad” es la categoría faneroscópica de Peirce asociada al hábito, a la ley, a la generación de hipótesis en la abducción. Nosotros vinculamos interdisciplinariamente la abducción peirceana con la operación metafórica, la fusión gadameriana y la triple mimesis de Ricoeur.

La terceridad operante fue postulada por Peirce ya que los mencionados procesos no son ciegos, sino que se traducen en una “razonabilidad” que va teniendo éxito. Decíamos más arriba (cf. *supra*: “Razonabilidad” humanizante y no razón robotizada) que el concepto de “razonabilidad” de Peirce es muy distinto al concepto de la razón de la modernidad. La razonabilidad hace entrar en el ruedo al metafórico que con su metáfora vivida experiencialmente y sus oportunos traslados dan significatividad a la experiencia humana.

También referimos que la metáfora era un introducir modificaciones en el espacio lógico que nos llevaba a ver creativamente dos cosas en una y que esto era obra de la imaginación: “[la imaginación] consiste en la aproximación que súbitamente suprime la distancia lógica entre campos semánticos hasta ese momento alejados, para engendrar el conflicto semántico [predicación extraña] que, a su vez, suscita el destello de sentido de la metáfora” (Ricoeur, 2006, p. 202) (Aclaración entre corchetes propia: H.M.).

Además, ubicamos a la metáfora en el corazón del proceso abductivo que genera fecundas hipótesis sobre el mundo y sobre nosotros mismos (cf. *supra*: Esquema N° 23 y *La metáfora como invitación a la transformación*).

19. Cf. *supra*: *La metáfora en el razonamiento abductivo* y *Metáfora: entre el horizonte del mundo y la vida operante*.

Podemos resumir los párrafos anteriores en la sentencia de Jaime Nubiola, especialista en Peirce: “Frente a la razón de la modernidad, la razonabilidad peirceana apunta a un ser humano capaz de introducir nueva inteligibilidad en el universo, de dar sentido y de hacer razonable su propia vida y lo que le rodea” (Nubiola, 2009, p. 113). Notemos que la inteligibilidad aportada por la metáfora, que hace razonable y humana a la verdad (cf. *supra*: *La verdad como “fundación de sentido” en la “fusión” metafórica*), es una nueva inteligibilidad introducida “en el universo” (según la cita recién referida), es decir tiene connotaciones universales. Por lo visto en los dos subtítulos anteriores, esta inteligibilidad no es una fantasía sino que tiene éxito como verdadero conocimiento.

Nuestra cantera de analogías (praxis) que tanta importancia tiene en la configuración de la realidad a través de la metáfora (que traslada pertinentemente sus esquemas), tiene que ver con la categoría faneroscópica de la terceridad asociada íntimamente al hábito (cf. *supra*: *El vacío como primeridad. Análisis semiótico de la metáfora*). “Al estudiar la acción humana a la luz del pensamiento de Peirce, lo primero que llama la atención es el carácter central que tienen los hábitos para el control racional del comportamiento” (Nubiola, 2009, p. 112).

¿Pero cómo se forman estos hábitos que son como esquemas de operación que han funcionado en favor de la vida personal y comunitaria y guían la acción futura? En otras palabras ¿cuál es el organizador de este pragmaticismo peirceano? Peirce lo ha dicho (Peirce, Ms 692, citado por Eco & Sebeok, 1989): hay una luz interior que ayuda a tener éxito, un instinto de adivinación entrañado en el proceso abductivo, que nosotros adscribimos a la metáfora. Agregamos ahora que estos son facetas de la terceridad operante “universal” peirceana.

Esos hábitos así configurados se vuelven “razonabilidad encarnada” a través de la acción de los seres humanos en el mundo ¿siempre? no, siempre y cuando estos se apartan de una razón robotizada y utilitarista, dice Peirce:

[...] la razonabilidad consiste en la asociación, la asimilación y la generalización, la reunión de elementos en un todo orgánico: se trata de maneras diversas de considerar lo que es esencialmente la misma cosa. En la esfera emocional esa tendencia hacia la unión aparece como Amor; de forma que la ley del Amor y la ley de la Razón son una y la misma. (Peirce citado por Nubiola, 2009, p. 114)

Peirce da mucha importancia al “instinto” que hemos caracterizado (instinto creativo de adivinación), por eso afirma que no tendremos éxito en lo que hagamos si no hacemos descansar la razón en este instinto, que no es puramente intelectual sino que abarca los sentimientos (la Ley de la Razón y la del Amor son una y la misma). Notemos que hacer descansar la razón en lo instintivo parece contradictorio, pero Peirce se cuida de reducir la terceridad a un intelectualismo:

No tendremos éxito en lo que hagamos, afirma Peirce, si no ponemos todo el alma y el corazón, si no hacemos descansar la razón en los instintos, la imaginación y los sentimientos, si no nos atenemos a la unidad vital del ser humano que el cientismo moderno no ha sabido muchas veces explicar. Sólo así podemos superar nuestras personales limitaciones y formar parte de un todo general, de una continuidad que nos permite ser con y en los otros llegando a una “mente común”. (Nubiola, 2009, p. 114)

Esta mente común es la razonabilidad operante que está en evolución, Peirce entiende que hay una razonabilidad absoluta “gobernadora del universo a cuyo servicio trabaja el filósofo científico” (Nubiola, 2009, p. 115). Notemos que esta razonabilidad que se encarna en cada metaforizador parece ser una ley universal que orquesta el desarrollo hacia una mayor humanización:

El verdadero devoto de la ciencia, en la medida en que él desempeña ese papel, nunca piensa o se preocupa por su utilidad rastrera. En su mente, aprender los caminos de la Naturaleza y la razonabilidad de las cosas, y ser absorbido como una partícula dentro de la ola arrolladora de razonabilidad, no es útil, sino que es el *summum bonum* mismo al que la verdadera utilidad tiende. (Peirce citado por Nubiola, 2009, p. 115)

El pragmatismo de Peirce que involucra a los esquemas que han tenido éxito y que se van volviendo acciones razonables y razonabilidad individual y comunitaria, está apartado de la mera utilidad de un pragmatismo simplón, se inscribe dentro de un movimiento instintivo que va construyendo la verdad. Dice Nubiola: “La razonabilidad no es una simple racionalidad algorítmica o mecánica, pues incluye también los elementos instintivos decisivos para la generación y selección de hipótesis en el trabajo científico” (Nubiola, 2009, p. 115-116) y cita a Peirce:

[...] la mente humana es afín a la verdad en el sentido de que en un número finito de adivinaciones alumbrará la hipótesis correcta [...] la existencia de un instinto para la verdad es, después de todo, el ancla de salvación de la ciencia [...] la verdad salvadora es que hay Terceridad en la experiencia, un elemento de Razonabilidad al que podemos entrenar a nuestra propia razón a conformarse más y más [...] hay una razón operativa en la experiencia a la que podemos aproximarnos. (Peirce citado por Nubiola, 2009, p. 116-117)

Como conclusión, según Peirce la abducción o generación de hipótesis —y agregamos la metáfora de base (cf. Esquema N° 23)— tienen éxito, es decir, están estadísticamente más acertadas que erradas, debido a cierta luz interior o instinto de la verdad o instinto de adivinación o terceridad operante en la naturaleza y en la mente del hombre. La base de estas conjeturas está en que de ser pura prueba y error, ya no estaríamos aquí, nos hubiésemos extinguido.

Cada uno de nosotros deberá sacar conclusiones al respecto.

ALGUNAS SÍNTESIS DE FIN DE CAMINO
Y NUEVAS AVENTURAS

XXXII. LA METÁFORA EN LA MISIÓN DE LA PALABRA

La misión de la palabra no consiste en un simple “representar algo”, elaborando secundariamente un doble artificial de la realidad [...] Lo “que es”, no se encierra en la palabra, sino que, por el contrario, la palabra lo “abre”; lo suelta...

Héctor D. Mandrioni,
“Rilke y la búsqueda del fundamento”

§. *Esto no es una pipa*

Queremos aquí ofrecer ejemplos de la concepción diádica y triádica del lenguaje, ampliando el concepto de lenguaje, no restringiéndolo a lo lingüístico.

En un cuadro muy conocido de René Magritte titulado *La trahison des images* (La traición de las imágenes), el artista pinta al óleo una pipa y escribe debajo “esto no es una pipa”. Es algo semejante a lo siguiente:



Fig. N° 4: “Esto no es una flor”, versión carbonilla (elaboración propia: H.M.)

También es semejante a lo siguiente:



Fig. N° 5: “Esto no es una flor”, versión fotografía (Fotografía propia: H.M.)

También es semejante a lo siguiente:



Fig. N° 6: “Esto no es una flor”, versión palabra (Elaboración propia: H.M.)

Los tres casos son ciertos si tomamos la representación como diferente de lo representado, en otras palabras si consideramos al lenguaje —en el soporte que sea (gráfico, fotográfico o lingüístico)— como fenómeno “diádico” causa-efecto o significante-significado (cf. *supra*: Esquema N° 16). Desde esta concepción diádica hay una

grieta entre mente y cerebro (cf. *supra*: *El Factor Delta: superando la grieta mente-cerebro*), entre *res-cogitans* y *res-extensa* (cf. *supra*: *Experiencia de protagonismo: condición del metaforizar*); no hay posibilidad de construcción conjunta de sujeto y objeto (cf. *supra*: *Construcción conjunta de sujeto y objeto por la metáfora*), ni de “fusión” (cf. *supra*: *“Fusión” de la realidad con el observador a través de sus metáforas*), ni de la metáfora (que salta la grieta, co-construye sujeto y objeto y produce la fusión creadora). Pero si en base a nuestras consideraciones —siguiendo a Percy y a Peirce— consideramos al lenguaje como un fenómeno triádico, hay identidad entre la cosa y el nombre (ampliando nuestra consideración al caso de un dibujo, pintura o fotografía) (cf. *supra*: Esquemas N° 20, 21, 22 y 23).

Por eso cobra sentido nuestro epígrafe, en el que Mandrioni (1971, p. 37) siguiendo a Heidegger afirma que la palabra no es “representación”, un “duplicado” —concepción diádica— sino la cosa misma del mundo del hombre, es decir, simbolización: juntar la palabra y la cosa de modo inextricable, emparejar por factor Delta (Percy), actuar un interpretante en una tríada genuina (Peirce) —concepción triádica—.

§. *El otro tigre*

El otro tigre es un cuento de Jorge L. Borges (1960). Es interesante como el escritor juega con la realidad y la simbolización, marcando sutilmente como habita la cosa (“primer” tigre) en las palabras (“segundo” tigre) y cómo a pesar de dar a entender lo que el sentido común “sabe” —que las palabras no son el tigre real—, sin embargo, misteriosamente las palabras lo contienen y —es más— permiten seguir metafóricamente aumentando la realidad del tigre (por eso busca seguir configurando literariamente el “tercer” tigre).

Seleccionamos a continuación algunos fragmentos del cuento y agregamos (en columna a la derecha) unas referencias a lo que hemos venido compartiendo durante el camino:

Pienso en un tigre. [...] Fuerte, inocente, ensangrentado y nuevo, él irá por su selva y su mañana y marcará su rastro en la limosa margen de un río cuyo nombre ignora (en su mundo no hay nombres ni pasado ni porvenir, sólo un instante cierto.)[...] Entre las rayas del bambú descifro, sus rayas y presiento la osatura bajo la piel espléndida que vibra. En vano se interponen los convexos mares y los desiertos del planeta; desde esta casa de un remoto puerto de América del Sur, te sigo y sueño, oh tigre de las márgenes del Ganges. (p. 824)

El pensamiento se vuelve un tigre real.

Atraviesa —este pensamiento— el tiempo y el espacio, es un sueño que posee el objeto, es el objeto.

En este fragmento se observa el contraste entre el mundo del animal, sin nombres ni tiempo y el mundo del hombre constituido por sueños que entrañan la realidad del objeto.

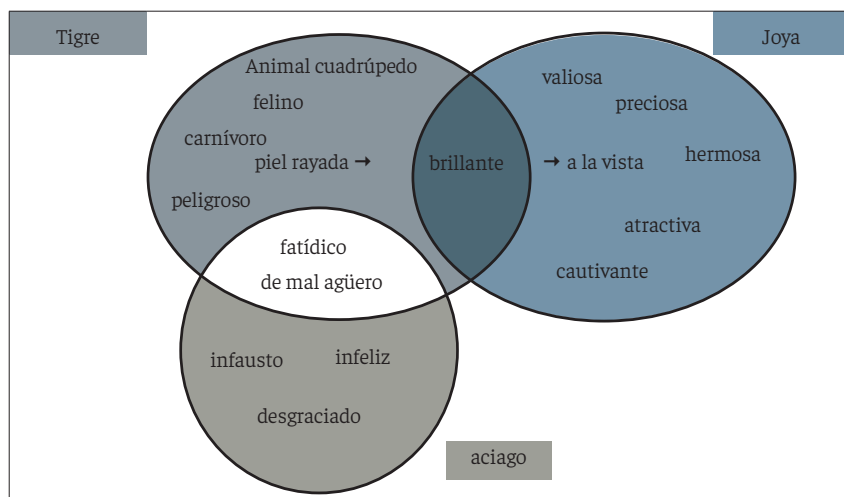
Continuemos con otro fragmento:

Cunde la tarde en mi alma y reflexiono que el tigre vocativo de mi verso es un tigre de símbolos y sombras, una serie de tropos literarios y de memorias de la enciclopedia y no el tigre fatal, la aciaga joya que, bajo el sol o la diversa luna, va cumpliendo en Sumatra o en Bengala su rutina de amor, de ocio y de muerte. Al tigre de los símbolos he opuesto el verdadero, el de caliente sangre, el que diezma la tribu de los búfalos [...] pero ya el hecho de nombrarlo y de conjeturar su circunstancia lo hace ficción del arte y no criatura viviente de las que andan por la tierra. (p. 824-825)

El escritor reflexiona lo que está pensando, en su pensamiento ha dado lugar —artificialmente— a dos tigres (que en realidad son uno sólo): el que toma cuerpo en los símbolos (o representamen) y en memorias de la enciclopedia (estas memorias integran el interpretante que ya está emparejando el tigre real con las palabras simbólicas). El otro tigre, el de caliente sangre, el fatal, aciaga joya, (el objeto inmediato). Pero este verdadero tigre vive y se desarrolla —sin embargo— en la ficción del arte (notar que este interpretante sigue uniendo los dos tigres en uno). La ficción genera creativamente un plus de ser en la realidad del tigre que desde ahora es y será “aciaga joya”.

En este fragmento el escritor es consciente de su dependencia de la enciclopedia y de su experiencia, ese “representamen” hecho de palabras se une al objeto real a través del “interprete”. Pero además dice algo del tigre que no está en la enciclopedia y que anidando en su sueño lo transforma para siempre: el tigre es aciaga joya, algo maravilloso y terrible, algo que atrae y espanta.

Si recurrimos a diagramas de Venn-Euler, tenemos tres conjuntos de características semánticas para visualizar la metáfora: uno para “tigre”, otro para “joya” y otro para el calificativo de “aciago”:



Esquema N° 31: rasgos semánticos y efecto de sentido de la metáfora “El tigre es aciaga joya”. Hay intersección entre “tigre” y “aciago” —desde el rasgo de “fatídico” y “de mal agüero” para sus presas— por un lado y “tigre” y “joya” —desde el rasgo de “brillante, vistoso”— por el otro. El trasvase de significados de rasgos diferenciales produce el plus de sentido creador (esquema propio: H.M.)

El trasvase de significados pertinentes nos hace experimentar al tigre como un ser fatídico y a la vez atractivo, que espanta y a la vez cautiva...

La creación del tigre continuará por la palabra poética en este párrafo final:

Un tercer tigre buscaremos. Éste será como los otros una forma de mi sueño, un sistema de palabras humanas y no el tigre vertebrado que, más allá de las mitologías, pisa la tierra. Bien lo sé, pero algo me impone esta aventura indefinida, insensata y antigua, y persevero en buscar por el tiempo de la tarde el otro tigre, el que no está en el verso.

Si bien el arte, la metáfora, la narración, son símbolos, tropos, palabras y no la cosa real, esta última sólo tiene existencia en este manojito de palabras, sólo crece en existencia y concreción en la metáfora extendida que es buscada en el verso porque es el único medio de poseerla y de crearla.

XXXIII. PROMESAS CUMPLIDAS EN EL FIN DEL CAMINO

§. *Fotografías de nuestro viaje*

Resumimos lo que hemos hecho a lo largo de nuestro tránsito, evitando dar una preferencia a un aspecto u otro del fenómeno de la metáfora y sin intentar abarcar todo lo compartido sobre la temática:

Hemos presentado la actuación metafórica en la médula de los procesos cognoscitivos y creadores en los ámbitos de la vida diaria, de la vida científica y de la vida artística, haciendo hincapié en los dos primeros y vinculándolos con el tercero.

Hemos visto que dicha actuación no constituye un fenómeno aislado en los dos primeros. Hemos justificado tal presencia ubicua desde nuestro modo único y metafórico de conocer.

Hemos justificado el éxito logrado por el mecanismo metafórico. Lo hemos hecho interdisciplinariamente como anunciamos en la introducción.

Hemos introducido un nuevo concepto de verdad y de razonabilidad a través de la realidad de la operación metafórica y la semiosis ilimitada peirceana.

Hemos bregado desde nuestras reflexiones por ser actores y actrices creadores y transformadores de nuestra realidad.

Hemos procurado detectar burocracias que rinden culto a una razón robotizada que nos esclaviza y deprime.

Hemos sondeado lo que es la imaginación y sus hijos: creatividad e innovación en clave ontológica (superando lo meramente "original").

Hemos rescatado el fenómeno de la abducción peirceana en la que hemos encontrado a la metáfora como ingrediente *sine qua non* para su funcionamiento. La abducción opera en la conformación del mundo del hombre a través de la nominación

metafórica. Sintetizando varios tramos de nuestro recorrido dice Nubiola:

La abducción no es una mera “operación lógica”, sino que desde un punto de vista semiótico es más bien aquella actividad espontánea de nuestro entendimiento que nos hace familiar lo extraño dando razón de lo que nos ha sorprendido. De los diversos tipos de abducción, Percy tiene interés para explicar el fenómeno del lenguaje en la abducción que da cuenta de los hechos en virtud de la propia simplicidad y economía del modelo explicativo (Percy 1976: 321). Para Percy la conducta nominativa habitual tanto en niños como en adultos por medio de la que nos familiarizamos con las personas y con las cosas por complejas que sean es la conducta humana por antonomasia. Esta conducta puede ser entendida como una inferencia abductiva habitual por la que aunamos vivencialmente experiencias y significaciones en los nombres. (Nubiola, 1998, punto 1, párr. 3)

Hemos asociado narratividad y metáfora extendida a los fenómenos de transformación de la propia vida y del mundo mediante la “fusión” de horizontes gadameriana. Hemos vinculado estos fenómenos del poetizar con los tres estadios de Ricœur para el fenómeno de la narración, entendiendo con el filósofo que ambas —metáfora y narración— son ventanas a la creatividad que producen cambios de distancia en el espacio lógico —visión de dos en uno y trama—.

Hemos entendido con Heidegger que lo “que es” se constituye en la interpretación, a través del lenguaje —principalmente poético—, de modo ontológico.

XXXIV. APOSTILLA SOBRE LA INTELIGENCIA NATURAL

§. *La operación metafórica en el intus legere*

En el subtítulo *Metáfora extendida, autoconocimiento y transformación*, decíamos que la referencia diferida asociada al fenómeno metafórico, en el caso de una metáfora extendida se materializaba en cierta vaguedad:

[...] la narración metafórica ha de presentar una vaguedad tal que, ofrecida a cualquier lector, a cualquier oyente, este no tendrá otra salida que interpretarla en función de sus propios contenidos mentales, como si se tratara de una especie de test de manchas de tintas. (Álvarez, 2003, p. 22)

Tal vaguedad nos invita a “escuchar el eco de nuestro propio interior resonando en el argumento de una historia aparentemente ajena y lejana” (p. 22). La vaguedad obra a modo de test de manchas que nos invita a sondear un esquema en nuestro interior, lo cual traslada inteligibilidad sobre lo vago y en esa fusión hay una novedad para mí (para mi vida, para mi mundo, para el mundo).

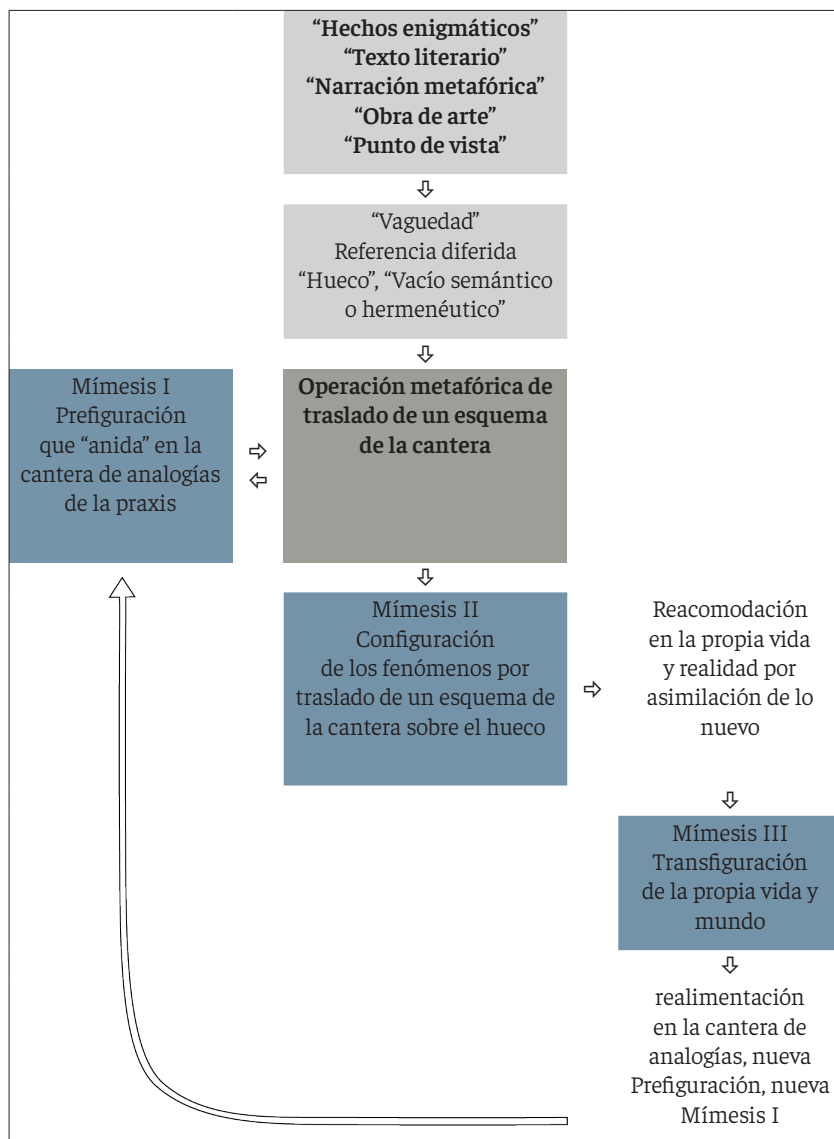
Por lo que hemos transitado, no será difícil —esperamos— incluir no sólo la narración metafórica como productora de esa “vaguedad”, sino también cualquiera de los siguientes fenómenos: hechos “enigmáticos”, un texto literario, una obra de arte (pintura, escultura), el punto de vista de alguien... Cuanto más enigmático —en el caso de los hechos—, cuanto más “poético” —en el caso de los textos u obras de arte—, cuanto más experiencial —en el caso del punto de vista de alguien—,

más poder para “diferir” la referencia y más “profundo el hueco” para que ingrese nuestro esquema metafórico (metafórico en cuanto traslado desde mi situación hacia lo ajeno y distante) “logrante” de la fusión.

Pero no sólo frente a hechos que producen una manifiesta vaguedad (como los referidos) funciona esta operación metafórica de inteligencia (*intus-legere* o “leer dentro”), sino también en cualquier acto de reconocimiento de lo ya conocido como puso de manifiesto el ejemplo de Peirce sobre la azalea ya referido (cf. *supra*: *El Factor Delta: superando la grieta mente-cerebro*), en donde desde un conjunto de colores y movimientos la semiosis reconoció y trasladó el esquema de una azalea en plena floración.

Quizás en una época de auge de la poderosa herramienta llamada *Inteligencia Artificial*, todo el libro compendie un modesto modelo de creativa *Inteligencia Natural* (llamada a ser —en definitiva— la que debe entrenar, gestionar con responsabilidad y corregir a la herramienta anterior).

Ofrecemos a continuación un esquema final a modo de *captatio benevolentiae*:



Esquema N° 32: Circuito de transformación del mundo del sujeto y de la realidad —siga las flechas— por la operación metafórica de fusión, a partir del “vacío” generado (por los hechos enigmáticos o narración metafórica o texto literario u obra de arte o punto de vista) y de la cantera de analogías (elaboración propia: H.M.)

XXXV. NUEVAS AVENTURAS: ¡SÚBETE AL BOTE DEL MUSEMENT!

Los vacíos desafiaron y desafían nuestra imaginación creadora, ellos son ocasión de configuración y transfiguración de la realidad.

¿Por qué no esperar a que se nos presenten sino irlos a buscar?¹

Hemos visto que la referencia diferida de un cuento puede detenernos a contemplar o meditar o jugar y decirnos mucho... ¡transfigurarnos!

¿Qué fogonea el impulso creativo?²

Peirce habla del *musement*, que es la fuente de la creatividad humana y lo caracteriza como un puro juego desinteresado, que “no envuelve otro propósito fuera del de mantenerse apartado de todo propósito serio. Tampoco posee ninguna regla, excepto la pura ley de la libertad” (Nubiola, 1998, punto 1, párr. 3). Es un dejar libre a la mente, que va de una cosa a otra:

1. Friedrich Schiller (1759-1805) sostenía que “el hombre es enteramente hombre sólo cuando juega” (Abbagnano & Visalberghi, *et alii*, 1992, p. 303-304) y según Eduardo Claparède (1873-1940) “entre el juego infantil y la libre investigación del hombre de ciencia (...) hay ‘una grande analogía’” (Abbagnano & Visalberghi, *et alii*, 1992, p. 462).

2. En lo creativo hay un componente de búsqueda de libertad, gozo, diversión lúdica: “La abducción concede al sujeto un máximum de libertad para explicar verosímilmente lo inexplicable” (Castañares, 1994, p. 153154). “La creatividad es la inteligencia divirtiéndose” —afirmación atribuida a Einstein—.

Sube al bote del *musement*, empújalo en el lago del pensamiento y deja que la brisa del cielo empuje tu navegación. Con tus ojos abiertos, despierta a lo que está a tu alrededor o dentro de ti y entabla conversación contigo mismo; para eso es toda meditación (1908:6461) (Nubiola, 1998, punto 1, párr. 4).

La frase “con tus ojos abiertos despierta” creemos que es una buena metáfora de lo que es la creación.

§. *Deseo final y despedida*

Deseo y espero querido lector y lectora, que las reflexiones y estudios volcados en este libro sean de provecho para tu vida como lo han sido para la mía.

Que sean motivo de transfiguración como lo han sido para mí en estos años de incursión en la metáfora.

Si algo de esto sucede mi empeño no habrá sido en vano.

Concluyo con algo que suelo repetirme:

nada ha cambiado, pero yo he cambiado, entonces todo ha cambiado.

Humberto Magnasco

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ABBAGNANO, N.; PACI, E.; VIANO, C. A.; GARIN, E.; CHIODI, P.; ROSSI, P.; BOBBIO, N. (1971). *La evolución de la dialéctica*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca, S. A.
- ABBAGNANO, N. & VISALBERGHI, A. (1992). *Historia de la pedagogía*. Madrid: FCE.
- ALBANO, S. (2004). “Introducción [a la Poética de Aristóteles]”. En Aristóteles. (2004). *Poética*. [Sergio Albano, trad.]. Buenos Aires: Quadrata.
- ALONSO, A. (2007). “Prólogo a la edición española”. En Saussure, Ferdinand de. (2007). *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires: Losada
- ALONSO SCHÖKEL, L. (1986). *Hermenéutica de la palabra I*. Madrid: Cristiandad.
- ALVAREZ, R. J. (2003). “Prólogo a la edición española”. En Owen, Nick. (2003). *La magia de la metáfora*. Bilbao: Editorial Desclée De Brouwer.
- ARISTÓTELES. (2004). *Poética*. [Sergio Albano, trad.]. Buenos Aires: Quadrata.
- ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA —ASALE—: *Diccionario de americanismos*. En línea: <https://www.asale.org/damer/>
- BACHELARD, G. (1997). “Instante poético e instante metafísico”. En Bachelard, Gastón. (1997). *El derecho a soñar*. México: FCE.
- (2005). *La poética del espacio*. México: FCE.
- BACON, F. (1949 [1620]). *Novum Organum*. Buenos Aires: Losada.
- BALKIN, J. M. (1998). “Metaphor, metonymy, and cognitive models”. En *Cultural software: A theory of ideology*. New Haven & London: Yale University Press, pág. 242-258.
- BARRENA, S. (2008). “Charles S. Peirce: Razón creativa y educación”. En *Grupo de Estudios Peirceanos* (Comp.). Recuperado de <https://www.unav.es/gep/BarrenaUtopia.html>
- BATESON, G. (1991). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen.
- (2002). *Espíritu y Naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BENJAMIN, W. (1999). *Sobre algunos temas en Baudelaire*. Buenos Aires: Leviatán.

- BERISTÁIN, H. (1998). *Diccionario de retórica y poética*. MÉXICO: PORRÚA.
- BITONTE, M. E. (2002). "Reseña de Verón, Eliseo (2002). Efectos de agenda II. Espacios mentales. Buenos Aires: Gedisa". En *Figuraciones* N° 1, Revista del IUNA (Instituto Universitario Nacional de Arte).
- BLACK, M. (1966). *Modelos y metáforas*. Madrid: Tecnos.
- BORGES, J. L. (1928). "Otra vez la Metáfora". En Borges, Jorge Luis. (1998). *El idioma de los argentinos*. Alianza Editorial.
- (1952a). "Nota sobre (hacia) Bernard Shaw". En "Otras Inquisiciones". En Borges, Jorge Luis. (1974). *Obras Completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé.
- (1952b). "El idioma analítico de John Wilkins". En "Otras Inquisiciones". En Borges, Jorge Luis. (1974). *Obras Completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé.
- (1960). "El otro tigre". En "El hacedor". En Borges, Jorge Luis. (1974). *Obras Completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé.
- BORJAS, B. (2007). *Lenguaje y pensamiento*. Caracas: IESALC UNESCO. [IESALC: Instituto Internacional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe].
- BROWN, T. L. (2003). *Making Truth. Metaphor in Science*. Urbana-Chicago: University of Illinois Press.
- BRUNER, J. (2004). *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona: Gedisa.
- BUNGE, M. (1987). "Max Planck, Científico y filósofo". En Planck, Max. (1987). *Autobiografía Científica*. Buenos Aires: Leviatán.
- CALLES HIDALGO, J. (2012). *Literatura de las nuevas tecnologías. Aproximación estética al modelo literario español de principios de siglo (2001-2011)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- CASTAÑARES, W. (1994). *De la interpretación a la lectura*. Madrid: Iberediciones. Pág. 117-165.
- CASTORIADIS, C. (2008). "Escritos sobre el imaginario social y la institución (1964-1980)". En *Insurgencia* (2008) (*El Pensamiento de Cornelius Castoriadis*). Vol. I. Ediciones Proyecto Revolucionario.
- COLBERT, JR., JAMES G. (1971). "Whitehead y la historia de la filosofía". En *Anuario Filosófico*, 4, 11-29. Disponible en: <https://doi.org/10.15581/009.4.30485>

- COMTE, A. (1985 [1849]). "Discurso sobre el espíritu positivo". En *Curso de filosofía positiva* (lecciones 1 y 2). [trad., prólogo y notas de José M. Revuelta], Barcelona: Orbis.
- CROFT, W. & CRUSE, D. A. (2004). "Metaphor". En *Cognitive Linguistics*. Cambridge: Cambridge University Press, pág. 193-221.
- DE BUSTOS, E. (2000). *La metáfora, ensayos transdisciplinarios*. Madrid: FCE.
- DEIGNAN, A. (2005). *Metaphor and corpus linguistics*. Amsterdam & Philadelphia: John Benjamins.
- DELOZIER, J. (2003). "Prólogo". En Owen, Nick. (2003). *La magia de la metáfora*. Bilbao: Editorial Desclée De Brouwer.
- DE MIGUEL, R. Y EL MARQUÉS DE MORANTE. (1914). *Nuevo Diccionario Latino-Español Etimológico*. Madrid: Ed. Saenz de Jubera hermanos.
- DESCARTES, R. (2011). "Discurso del Método". En Descartes, René. (2011). *Descartes*. Introducción de C. Flórez Miguel. [Col. Biblioteca de grandes pensadores]. Madrid: Gredos.
- DEWEY, J. (2000). *La miseria de la Epistemología*. Madrid: Biblioteca Nueva. 2000.
- DIRVEN, R. & PÖRINGS, R. (eds.) (2003). *Metaphor and metonymy in comparison and contrast*. Berlin & New York: Mouton de Gruyter.
- DOBROVOL'SKI, D. & PIIRAINEN, E. (2005). *Figurative language: Cross-cultural and cross-linguistic perspectives*. Ámsterdam: Elsevier.
- DRAE -Diccionario de la Real Academia Española-. En línea. <https://www.rae.es/>
- ECHVERRÍA, R. (2001). *Ontología del lenguaje*. Santiago: Dolmen Ediciones.
- ECO, U. (1994). *La búsqueda de la lengua perfecta*. Barcelona: Grijalbo mondadori.
- ECO, U. & SEBEOK, T. (Eds.). (1989). *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce*. Barcelona: Lumen.
- FARADAY, M. (1855). *Experimental researches in Electricity*. (Reprinted from the *Philosophical Transactions of 1846-1852*) Vol. III. Londres: Bernard Quaritch. Derechos de autor expirados, libro de dominio público. Disponible en: https://www.google.com.ar/books/edition/Experimental_Researches_in_Electricity_S/yzgLAAAAYAAJ?hl=es&gbpv=1&dq=Experimental+researches+in+Electricity&printsec=frontcover

- FERNÁNDEZ-RAÑADA, A. (2000). La belleza de la ciencia. En *Revista de Ciencia de El Cultural*. Disponible en: https://www.elespanol.com/el-cultural/ciencia/20000116/belleza-ciencia/1750707_0.html
- FERRATER MORA, J. (1964). *Diccionario de Filosofía*. Buenos Aires: Sudamericana.
- FOUCAULT, M. (1968). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Argentina: Siglo XXI editores.
- GADAMER, H. G. (1971). "Acerca de la verdad de la palabra". En Gadamer, Hans-Georg. (1998). *Arte y verdad de la palabra*. Barcelona-B.A.-México: Paidós. [Capítulo 1].
- (1984). "Oír - Ver - Leer". En Gadamer, Hans-Georg. (1998). *Arte y verdad de la palabra*. Barcelona-Buenos Aires-México: Paidós. [Capítulo 3].
- (1989). "Leer es como traducir". En Gadamer, Hans-Georg. (1998). *Arte y verdad de la palabra*. Barcelona-Buenos Aires-México: Paidós. [Capítulo 4].
- (1999). *Verdad y método*. I. Salamanca: Sígueme.
- GEHLEN, A. (s/f). *Antropobiología Filosófica*. Barcelona: Sígueme.
- GENETTE, G. (1981). "La literatura a la segunda potencia". En: Navarro, Desiderio (ed.). (1981). *Intertextualité: Francia en el origen y el desarrollo de un concepto*. La Habana: Casa de las Américas. Pág. 53-62.
- GENTNER, D. & GENTNER, D. R. (1982). "Flowing waters or teeming crowds: Mental models of electricity". En *Office of Naval Research Personnel and Training Research Programs*. Massachusetts: Bolt Beranek and Newman Inc.
- GIROUD, J.-C. & PANIER, L. (Grupo de Entrevernes). (1982). *Análisis semiótico de los textos. Introducción. Teoría. Práctica*. Madrid: Cristiandad.
- GOMILA, A. (1996). "Peirce y la Ciencia Cognitiva". En *Anuario Filosófico*, 1996 (29), Pág. 1345-1367. Recuperado de *Grupo de Estudios Peirceanos*. Universidad de Navarra: <http://www.unav.es/gep/AF/Gomila.html>
- GONZÁLEZ DE SANTAMARÍA, L. (s/f). "Pensar sin palabras. El pensamiento no-verbal". Publicación de ACTA [Autores Científico-Técnicos y Académicos]. Recuperado de http://www.acta.es/medios/articulos/cultura_y_sociedad/O16063.pdf
- GOODMAN, N. (2010). *Los lenguajes del arte. Aproximación a la teoría de los símbolos*. Barcelona: Paidós.
- GPU (Gaceta de Psiquiatría Universitaria). (2008). "Enfoque corporalizado de la cognición: entrevista a Rafael Núñez". En *Revista GPU* (2008), año 4, n° 2, pág. 171-179.

- GRONDIN, J. (2003). "El legado de Gadamer". [Conferencia pronunciada en Granada el 10 de diciembre de 2003]. Recuperado de http://mapageweb.umontreal.ca/grondini/pdf/Grondin_El_Legado_de_Gadamer_2003.pdf
- (2004). *¿Qué es la hermenéutica?* Madrid: Herder.
- (2009). *El legado de la hermenéutica*. Colombia: Programa Editorial Universidad del Valle Cali.
- GRÜN, A. (2007). *Evangelio y psicología profunda*. Buenos Aires: Narcea Ediciones.
- GRÜNBAUM, A. (1993). "La génesis de la teoría especial de la relatividad". En Einstein, Albert y otros. (1993). *La Teoría de la Relatividad*. Barcelona: Altaya. Pág. 119-123.
- HABERMAS, J. (1990). *Conocimiento e interés*. Argentina: Taurus.
- HASER, V. (2005). *Metaphor, metonymy, and experientialist philosophy. Challenging cognitive semantics*. Berlin & New York: Mouton de Gruyter.
- HALLIDAY, D. & RESNICK, R. (1977). *Física. Parte 2*. México: CECSA.
- HALLIDAY, D.; RESNICK, R. & KRANE, K. (1999). *Física. Vol. 2*. México: Compañía Editorial Continental, S. A. de C. V.
- HEIDEGGER, M. (1988). *Arte y poesía*. Argentina: FCE.
- (2006). *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Alianza.
- HEISENBERG, W. (1985). *La imagen de la naturaleza en la física*. Buenos Aires: Orbis.
- HEWITT, P. (2007). *Física Conceptual*. 10ª Ed. México: Pearson Addison Wesley.
- HOLLIS, M. (1994). "Relativismo conceptual y perceptivo". En AAVV (1004). *The philosophy as social science. An Introduction*, Cambridge University Press, pág. 237-239.
- IÑESTA MENA, E. M. & PAMIES BERTRÁN, A. (2002). *Fraseología y metáfora: aspectos tipológicos y cognitivos*. Granada: Granada Lingvística.
- JAIMEZ, H. (2004). *Octavio Paz: la dimensión estética del ensayo*. México: Siglo veintiuno editores.
- JAKOBSON, R. (1984). "Lingüística y poética". En Jakobson, Roman. (1984). *Ensayos de Lingüística General*. Barcelona: Seix Barral Pág. 347-395.
- JIMENEZ BARRIGA, L. F. (2008). *La noción de "Pensamiento Narrativo" en la teoría de Jerome Bruner*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

- KARAGIANNIS, S. (2005). *La evasión de Dédalo: Teoría y usos poéticos de la metáfora en José Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez y Yorgos Seferis*. [Tesis Doctoral]. Granada: Editorial de la Universidad de Granada.
- KOJÈVE, A. (1964). "L'origine chrétienne de la science moderne", en *Mélange Koyré*. (1964). *L'Aventure de l'esprit*, París: Hermann.
- KORZYBSKI, A. (1951). "El papel del lenguaje en los procesos perceptivos". [Traducción: Profesora Dra. Isabel Caro. Universidad de Valencia. Revisión técnica: Profesora Dra. Elena Ibáñez. Universidad de Valencia]. Trabajo original publicado en *Perception: An approach to personality*. Nueva York: Editado por Robert R. Blake y Glenn V. Ramsey. Recuperado de <http://esgs.free.fr/es/art/ak3.htm> [esgs: European Society for General Semantics].
- KÖVECSES, Z. (2010). *Metaphor. A practical introduction*. New York: Oxford University Press.
- LABORDA GIL, X. (1981). *Racionalismo y empirismo en la lingüística del siglo XVII*. [Tesis Doctoral]. Universidad de Barcelona.
- LAKOFF, G. (1996). *Moral politics: How liberals and conservatives think*. Chicago & London: The University of Chicago Press.
- (2004). *No pienses en un elefante*. Madrid: Complutense.
- LAKOFF, G. & NÚÑEZ, R. (2000). *Where Mathematics Comes From: How the Embodied Mind Brings Mathematics into Being*. New York: Basic Books.
- LAKOFF, G. & JOHNSON, M. (1999). *Philosophy in the flesh: The embodied mind and its challenge to western thought*. New York: Basic Books.
- (2007). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- LANDAU, L. & LIFSHITZ, E. (1982). *Curso Abreviado de Física Teórica. Libro 2: Mecánica Cuántica*. Moscú: Mir.
- LAVID, J. (1988). "La metáfora como error: un aspecto cognitivo de la teoría semiótica de Walter Percy". En *Revista Española De Lingüística*, vol. 18 (número 2), pág. 347-356. Recuperado de <http://revista.sel.edu.es/index.php/revista/article/view/1187>
- LING, S.; SANNY, J.; MOEBS, W. et alii. (2021). *Física Universitaria. Volumen 2*. Houston: OpenStax. Rice University [licencia de atribución internacional de Creative Commons 4.0 (CC BY 4.0)].

- MAGNASCO, H. (2019). *Bases epistémicas del surgimiento de la metáfora, como mecanismo de inteligencia, creación y comunicación en ciencias duras e ingeniería. Incidencia en la Docencia Universitaria*. [Tesis de Maestría en Docencia Universitaria]. Facultad Regional San Nicolás de la Universidad Tecnológica Nacional (Argentina).
- MANDRIONI, H. D. (1971). *Rilke y la búsqueda del fundamento*. Buenos Aires: Editorial Guadalupe.
- MARGUERAT, D. (1992). *Parábola*. Stella: Verbo Divino.
- MARGUERAT, D. & BOURQUIN, Y. (2000). *Cómo leer los relatos bíblicos-Iniciación al análisis narrativo*. Santander: Sal Terrae.
- MARINA, J. A. (1999). "Poética de la ciencia". En *Revista de Ciencia de El Cultural*. Disponible en: https://www.elespanol.com/el-cultural/ciencia/19991003/poetica-ciencia/19748838_0.html
- MASSUH, V. (1990). *La flecha del tiempo – En las fronteras comunes a la ciencia, la religión y la filosofía*. Buenos Aires: Sudamericana.
- MORENO GÓMEZ, E. & LÓPEZ SANCHO, J. M. (2015). *Las líneas de fuerza de Faraday: una representación mental muy útil en la enseñanza*. Madrid: Repositorio institucional del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Disponible en: https://digital.csic.es/bitstream/10261/112457/1/lineas_faraday.pdf
- MORIN, E. (1992). *El método IV: Las ideas. Su hábitat, su vida, sus costumbres, su organización*. Barcelona: Cátedra.
- (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. UNESCO
- MUÑOZ TOBAR, C. (2010). "El cuerpo en la mente. La hipótesis de la corporeización del significado y el dualismo". *PRAXIS. Revista de Psicología*, N° 18 (91-106), II Sem. 2010.
- MUSOLFF, A. (2004). *Metaphor and political discourse: Analogical reasoning in debates about Europe*. Houndmills: Palgrave Macmillan.
- NEGRO PAVÓN, D. (1989). Kant y el Nihilismo. [ponencia presentada oralmente en Arléa, París, 1989] *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas* N° 82, 2005, pág. 447-466.
- NEWTON, I. (1982). *Principios matemáticos de la Filosofía Natural. Estudio preliminar, traducción y notas de Antonio Escotado*. Madrid: Tecnos [Colección Clásicos del pensamiento] [1ª versión en castellano de esta obra clásica, traducción desde el latín -1726- y desde el inglés].

- NIETZSCHE, F. (1970). "Sobre verdad y mentira en sentido extramoral". En Nietzsche, *Obras Completas*, vol. I. Buenos Aires: Ediciones Prestigio. Pág. 543-556.
- (1990a). *El ocaso de los ídolos*. (R. Echavarren, Trad.). Barcelona: Tusquets.
- (1990b). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.
- (2003). "El Anticristo". En Nietzsche, Friedrich (2003). *Obras inmortales*. Barcelona: Edicomunicación S.A. Tomo I, pág. 409-479.
- (2006). *La voluntad de poder*. Madrid: Edaf.
- (2011). *Obras Completas. Volumen I: Escritos de Juventud*. Editor Diego Sánchez Meca. Trad. J. B. Llinares Chover, D. Sánchez Meca y L. E. de Santiago Guervós. Madrid: Tecnos.
- NIVEN, W. D. (Ed.). (1890). *The scientific papers of James Clerk Maxwell. Vol I*. Cambridge: At the university press. Derechos de autor expirados, libro de dominio público. Disponible en: https://www.google.com.ar/books/edition/The_Scientific_Papers_of_James_Clerk_Max/Xz1SAQAAIAAJ?hl=es&gbpv=1&dq=%22The+scientific+papers+of+James+Clerk+Maxwell%22&printsec=frontcover
- NUBIOLA, J. (1998). "Walker Percy y Charles S. Peirce: Abducción y Lenguaje". En *Revista Analogía Filosófica*, México 12/1 (1998), pág. 8796.
- (2002). Realidad, ficción y creatividad en Peirce. En *Grupo de Estudios Peirceanos*. Recuperado de: <https://www.unav.es/users/RealidadFiccionCreatividad.html>
- (2009). "La razonabilidad de Peirce". En *Revista: Studium. Filosofía Y Teología*, Vol. 12 (Nº 23), pág. 111-120. Disponible en: <https://revistas.unsta.edu.ar/index.php/Studium/article/view/623>
- Oliveras, E. (2007a). *Estética-La cuestión del arte*. Buenos Aires: Emecé.
- (2007). *La metáfora en el arte-Retórica y filosofía de la imagen*. Buenos Aires: Emecé.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1925). "La deshumanización del arte e ideas sobre la novela". En Ortega y Gasset, José. (1966). *Obras Completas. Tomo III (1917-1928)*. Sexta Edición. Madrid: Revista de occidente. Pág. 351ss.
- (1964). "Ensayo de estética a manera de prólogo". En Ortega y Gasset, José. (1964). *Obras completas de José Ortega y Gasset. Tomo VI (1941-1946)*. Madrid: Revista de Occidente.

- (1965). “Origen y epílogo de la filosofía”. En Ortega y Gasset, José. (1966). *Obras Completas. Tomo IX (1960-1962)* Segunda Edición. Madrid: Revista de occidente. Pág. 345ss.
- (1966). *Obras completas de José Ortega y Gasset. Tomo I (1902-1916)*. Madrid: Revista de Occidente.
- (1985 [1916]). “Verdad y Perspectiva”. En Ortega y Gasset, J. *El Espectador*. (5ª edición). Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1985 [1925]). “Las dos grandes metáforas (en el segundo centenario del nacimiento de Kant-1925)”. En Ortega y Gasset, José, *El espectador*. (5ª edición). Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1998 [1925]). *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*. Barcelona: Óptima.
- OWEN, N. (2003). *La magia de la metáfora*. Bilbao: Editorial Desclée De Brouwer.
- PABÓN, J. (2001). *Diccionario Manual Griego (griego clásico-español)*. Colección de Diccionarios VOX. Barcelona: Cremagrafic.
- PAPROTTÉ, W. & DIRVEN, R. (eds.). (1985). *The ubiquity of metaphor*. Amsterdam & Philadelphia: John Benjamins.
- PEIRCE, C. S. (1974). *La ciencia de la semiótica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1988 [1878]). “Cómo esclarecer nuestras ideas”. [Trad. de José Vericat]. En *Grupo de Estudios Peirceanos*. Recuperado de: <https://www.unav.es/gep/HowMakeIdeas.html>
- (1988 [1903]). “Tres tipos de razonamiento” (Lecciones de Harvard sobre el pragmatismo. Lección VI). [Trad. de José Vericat]. En *Grupo de Estudios Peirceanos*. Recuperado de: <https://www.unav.es/gep/OnThreeTypesReasoning.html>
- (2003 [c. 1897]). “Fundamento, objeto e interpretante”. [Trad. de Mariluz Restrepo]. En *Grupo de Estudios Peirceanos*. Recuperado de: <https://www.unav.es/gep/FundamentoObjetoInterpretante.html>
- (2003 [1903]). “Cómo teorizar (sobre la selección de hipótesis)” [Trad. de Sara Barrena]. En *Grupo de Estudios Peirceanos*. Recuperado de <https://www.unav.es/gep/ComoTeorizar.html>

- (2004 [1906]). “La base del pragmaticismo en las Ciencias Normativas”. [Trad. de Sara Barrena]. En *Grupo de Estudios Peirceanos*. Recuperado de: <http://www.unav.es/gep/BasePragmaticismoCienciasNormativas.html>
- (2006 [1903]). “Cómo teorizar (sobre la selección de hipótesis)”. [Trad. de Sara Barrena]. En *Grupo de Estudios Peirceanos*. Recuperado de: <https://www.unav.es/gep/ComoTeorizar.html>
- (2009 [1901]). “El tratamiento apropiado de las hipótesis (Capítulo preliminar para un examen del argumento de Hume contra los milagros, en su Lógica y en su Historia)”. [Trad. de Roberto Narváez]. En *Grupo de Estudios Peirceanos*. Recuperado de <https://www.unav.es/gep/TratamientoApropiadoHipotesis.html>
- PENROSE, R. (1996). *La nueva mente del emperador. En torno a la cibernética, la mente y las leyes de la física*. México: FCE.
- (2006). *El camino de la realidad. Una guía completa de las leyes del universo*. Barcelona: Debate.
- PERCY, W. (1958). “Metaphor as Mistake”. En *The Sewanee Review*. Vol. 66, No. 1, pág. 79-99. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- (1989). *The Message in the Bottle*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- (1996). “La criatura dividida”. En *Anuario Filosófico* 29 (1996), pág. 1135-1157. Disponible en: <https://www.unav.es/gep/AF/Percy.html>
- PIAGET, J. (1991). *Seis estudios de psicología*. Barcelona: Labor.
- PIAGET, J. & GARCÍA, R. (1994). *Historia y Psicogénesis de la ciencia*. México: Siglo XXI.
- PLANCK, M. (1987). *Autobiografía científica*. Buenos Aires: Leviatán.
- PRIGOGINE, I. & STENGERS, I. (2004). *La Nueva Alianza. Metamorfosis de la Ciencia*. Madrid: Alianza.
- REYES, A. (1997). *Obras completas*. Tomo XIV. México: FCE.
- RICŒUR, P. (1975). *Hermenéutica y Estructuralismo*. Buenos Aires: Megápolis.
- (1977). *La Metáfora Viva*. Buenos Aires: Megápolis.
- (2004). “Tiempo y Narración. La Triple «Mimesis»”. En *Tiempo y Narración*. [Tomo I “Configuración del tiempo en el relato histórico” (5ª ed.). Pág. 113-169]. B.A.: Siglo XXI.
- (2006). *Del texto a la acción Ensayos de hermenéutica II*. México: FCE.

- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, R. (2005). "Abducción en el contexto del descubrimiento científico". En *Revista Filosofía*. Número doble (109/110), pág. 87-97, Mayo-Diciembre 2005. Universidad de Costa Rica.
- SALVAT, M. (Dir.). (1974). *Lingüística y significación*. Barcelona: Salvat Editores.
- SAMAJA, J. (1996). *El lado oscuro de la razón*. Buenos Aires: JVE Episteme.
- (2004). *Epistemología y Metodología*. Buenos Aires: Eudeba.
- SAUSSURE, F. DE. (2007). *Curso de Lingüística General*. Trad. y notas de Amado Alonso. Buenos Aires: Losada.
- SCHULTZ, M. (2016). "Metáfora plástica y aproximación a la realidad". *Revista De Filosofía*, 16(1-2), pág. 61–68.
- SCHWARTZMANN, F. (2000). *Historia del universo y conciencia*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- SEBEOK, T. & UMIKER-SEBEOK, J. (1979). *Sherlock Holmes y Charles Peirce / El método de la investigación*. (Edición electrónica). Chile: Facultad de Filosofía Universidad de Chile.
- SERULNIKOV, A. & SUÁREZ, R. (2001). *Jean Piaget para principiantes*. Buenos Aires: Longseller.
- SERRA, J. P. (2007). "La ciencia como continuación de lo humano". En AA.VV. (2007). *El desafío de ser hombre. VIII Congreso Católicos y Vida Pública*. Madrid: Fundación Universitaria San Pablo CEU. Tomo I. Pág. 1165-1175.
- SHAPIN, S. & SCHAFFER, S. (2005). *El Leviathan y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- STENGER, W. (1990). *Los métodos de la exégesis bíblica*. Barcelona: Herder.
- VERICAT, J. (1988). Notas a Peirce. Charles S. (1988/1878). "Cómo esclarecer nuestras ideas". En *Grupo de Estudios Peirceanos*. Recuperado de: <https://www.unav.es/gep/HowMakeIdeas.html>
- VILANOU, C. (2001). "De la Paideia a la Bildung: Hacia una pedagogía hermenéutica" [Universidad de Barcelona]. En *Revista Portuguesa de Educação*, vol. 14, núm. 2, 2001, p. 0, Portugal: Universidade do Minho. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/374/37414210.pdf>
- VILAR, G. (1996). "Prólogo a «Arte y verdad de la palabra»". En Gadamer, Hans-Georg. (1998). *Arte y verdad de la palabra*. Barcelona-Buenos Aires-México: Paidós.

- VITALE, A. (2006). *El estudio de los signos. Peirce y Saussure*. Buenos Aires: Eudeba.
- WITTGENSTEIN, L. (2009). *Tractatus Logico-Philosophicus / Investigaciones Filosóficas / Sobre la Certeza*. Estudio Introductorio de Isidoro Reguera. Madrid: Gredos.
- ZECHETTO, V. (2002). *La danza de los signos Nociones de semiótica general*. Quito: Ediciones ABYA-YALA.
- YFANDÍS, Y. (1997). *Poesía griega moderna*. [Trad. H. Castillo]. Buenos Aires: Instituto Griego de Cultura.
- ZAVALA, L. (2007). "Elementos de análisis intertextual". En *Manual de análisis narrativo*. México: Trillas.
- ZIMMERMAN, H. (1999). *Tres mil historias de frases y palabras que decimos a cada rato*. Buenos Aires: Aguilar.

ÍNDICE DE ESQUEMAS Y FIGURAS

§. *Esquemas*

- Esquema N° 1: Metáforas orientacionales “feliz es arriba / triste es abajo”, basadas en una experiencia espacial hecha desde nuestra corporeidad (esquema propio: H.M.) 25
- Esquema N° 2: Conjuntos de aspectos notables de los conceptos “llama” y “amor” y visualización de aspectos compartidos en la intersección. La flecha señala el sentido de funcionamiento de la metáfora “el amor es llama” desde lo más palpable hacia lo más abstracto (esquema propio: H.M.) 36
- Esquema N° 3: Trasvase de aspectos notables pertinentes —los no pertinentes se han tachado— desde el ámbito de lo más palpable (“fuego”) hacia lo más abstracto (“amor”) representados por la unión de los conjuntos. La flecha gris señala el sentido del trasvase desde lo más palpable hacia lo más abstracto, dando contornos más definidos a lo abstracto. Las flechas dobles y características en color blanco señalan la transformación de elementos en el conjunto de partida por la “fusión” del ver dos en uno, es propiamente el plus de sentido que la metáfora logra en este caso (esquema propio: H.M.) 37
- Esquema N° 4: Representación de la metáfora “las líneas de fuerza son como líneas de un líquido en movimiento”, en la conceptualización aparece un paralelismo, la flecha indica el sentido del traslado desde lo familiar (esquema propio: H.M.) 46
- Esquema N° 5: Representación de la metáfora estructuradora “el tiempo es un recurso (natural)”, en la conceptualización aparece un paralelismo, la flecha indica el sentido del traslado (esquema propio: H.M.) 76
- Esquema N° 6: Representación de la metáfora estructuradora “una disolución es una guerra”, en la conceptualización aparece un paralelismo, la flecha indica el sentido del traslado (esquema propio: H.M.) 78

- Esquema N° 7: Circuito eléctrico visto metafóricamente como uno hidráulico. Representación del paralelismo parcial de partes analogables de dos dominios diversos, desde funcionamientos analogables o desde acciones analogables, la flecha indica el sentido del traslado metafórico (esquema propio: H.M.).....80
- Esquema N° 8: Relaciones básicas en el organismo conceptual metafórico (esquema propio: H.M.)..... 85
- Esquema N° 9: Esquematismos de base corpórea y algunas metáforas orientacionales y sustancializadoras que hacen pie en este dominio meta no metafórico (esquema propio: H.M.) 86
- Esquema N° 10: Rasgos semánticos de “sembrar” e “irradiar” (esquema propio: H.M.).....100
- Esquema N° 11: Representación de la metáfora “sembrando una luz divina”, en la conceptualización aparece un paralelismo desde el rasgo semántico “sembrar” que en el diagrama se ubica en la intersección de los conjuntos que engloban los rasgos semánticos de cada concepto emparejado por la metáfora (esquema propio: H.M.)..... 101
- Esquema N° 12: Representación del efecto de “plus” de sentido imbricado en la metáfora “sembrando una luz divina”, donde se esperaría irradiar figura sembrar, en la conceptualización aparece un rasgo diferencial que se trasvasa del sembrar hacia el irradiar. Las flechas dobles y características en color blanco señalan la transformación de elementos en el conjunto de partida por la “fusión” del ver dos en uno, es propiamente el plus de sentido que la metáfora logra en este caso (esquema propio: H.M.) 102
- Esquema N° 13: Representación de la metáfora “la fuerza de gravedad es como la tensión en una cuerda de una boleadora”, en la conceptualización aparece un paralelismo, la flecha indica el sentido del traslado desde lo familiar. Observamos un paralelismo parcial de partes analogables, desde funcionamientos analogables o desde acciones analogables (esquema propio: H.M.).....104
- Esquema N° 14: esquema de generación metafórica de un nombre para las “alas” de un avión desde un paralelismo parcial de partes analogables respecto de las aves. La flecha indica la inteligibilización desde el dominio fuente hacia el dominio meta (esquema propio: H.M.) 105

Esquema N° 15: generación metafórica del nombre para las “alas” del avión desde un paralelismo parcial de funcionamiento analogable con el vuelo de las aves (esquema propio: H.M.)	106
Esquema N° 16: Célula básica del modelo de fenómeno diádico, propio de los funcionamientos mecánicos (esquema propio: H.M.)	149
Esquema N° 17: Célula básica del modelo de fenómeno triádico, propio de los funcionamientos mentales. El calificativo de inextricable (elemento 3) indica que no se puede reducir el modelo a tres díadas (esquema propio: H.M.)	150
Esquema N° 18: Relación diádica entre el nombre y la cosa, relación inferida desde una interpretación ingenua del signo lingüístico saussureano que identifica el significado con la cosa misma (esquema propio: H.M.)	156
Esquema N° 19: Relación diádica y asociación mecánica entre significante y significado (esquema propio: H.M.)	157
Esquema N° 20: Relación triádica entre significante, significado y emparejador o en términos peirceanos entre representamen, objeto inmediato e interpretante. La flecha marca la acción del interpretante o emparejador (elaboración propia: H.M.)	158
Esquema N° 21: Relación triádica entre representamen, objeto e interpretante, la flecha marca la acción del interpretante emparejando representamen y objeto en una tríada genuina simbolizante (elaboración propia: H.M.)	170
Esquema N° 22: Operación metafórica que viendo “dos en uno” —terceridad— une los hechos enigmáticos —primeridad— con un esquema inteligibilizador —segundidad— (elaboración propia: H.M.)	172
Esquema N° 23: Operación metafórica que viendo “dos en uno” une los hechos enigmáticos —primeridad = RESULTADO— con un esquema inteligibilizador —segundidad— generando la REGLA para que opere el razonamiento abductivo y genere el CASO (elaboración propia: H.M.)	173
Esquema N° 24: La eliminación de la metáfora. Gramática universal y Lenguaje universal (esquema propio: H.M.)	196
Esquema N° 25: Posibilidad de descripción por “camino” paralelos como suponen los que desconsideran la necesaria participación de la metáfora en el conocimiento (esquema propio: H.M.)	202

- Esquema N° 26: Planteo de descripción de la cosa o hechos por un “camino” en fases consecutivas, primero imagen metafórica que cubre el vacío y luego revestimiento matemático (esquema propio: H.M.) 202
- Esquema N° 27: Metáfora sobre el electrón como “sumidero” de un campo eléctrico, desde el funcionamiento de “recibir o atraer” líneas del mismo, la flecha indica el traslado metafórico desde el dominio fuente hacia el dominio meta (esquema propio: H.M.)..... 211
- Esquema N° 28: Representación de la metáfora “Las palabras del hombre son aguas profundas”. Trasvase de significados de las aguas profundas a las palabras del hombre (del predicado al sujeto) por predicación imper- tinente (esquema propio: H.M.)..... 212
- Esquema N° 29: Representación de la metáfora en el nivel de la frase o de la predicación: “el electrón es una partícula” y trasvase de significados del predicado al sujeto (esquema propio: H.M.)..... 214
- Esquema N° 30: Las “patas” de la silla. Generación metafórica de léxico desde el paralelismo parcial de partes, funcionamientos, acciones (esquema propio: H.M.)..... 220
- Esquema N° 31: rasgos semánticos y efecto de sentido de la metáfora “El tigre es aciaga joya”. Hay intersección entre “tigre” y “aciago” —desde el rasgo de “fatídico” y “de mal agüero” para sus presas— por un lado y “tigre” y “joya” —desde el rasgo de “brillante, vistoso”— por el otro. El trasvase de significados de rasgos diferenciales produce el plus de sentido creador (esquema propio: H.M.)..... 268
- Esquema N° 32: Circuito de transformación del mundo del sujeto y de la realidad —siga las flechas— por la operación metafórica de fusión, a partir del “vacío” generado (por los hechos enigmáticos o narración meta- fórica o texto literario u obra de arte o punto de vista) y de la cantera de analogías (elaboración propia: H.M.)..... 274

§. Figuras

- Fig. N° 1: Líneas de fuerza. a) Patrón geométrico obtenido a través de limaduras de hierro esparcidas sobre una hoja de papel colocada sobre un imán permanente (ilustración tomada de Faraday, 1855, p. 591 modificada con fines didácticos), obra con derechos expirados; b) Patrón geométrico obtenido en las inmediaciones de un dipolo eléctrico (ilustración tomada de Ling, Sanny, Moebis, 2021, p. 214 modificada con fines didácticos), licencia CC BY 4.0) 31
- Fig. N° 2: Símil “pedestre” del circuito eléctrico: a) representación de la resistencia al movimiento como un angostamiento del camino, b) doble resistencia que el caso “a”, c) mitad de resistencia que el caso “a” (elaboración propia: H.M.) 74
- Fig. N° 3: la fuerza de gravedad que mantiene a la luna en su órbita alrededor de la Tierra, es como la tensión de la cuerda que mantiene a la piedra en revolución (elaboración propia: H.M.) 103
- Fig. N° 4: “Esto no es una flor”, versión carbonilla (elaboración propia: H.M.) 264
- Fig. N° 5: “Esto no es una flor”, versión fotografía (Fotografía propia: H.M.)... 265
- Fig. N° 6: “Esto no es una flor”, versión palabra (Elaboración propia: H.M.)... 265

La metáfora es un movimiento atrevido de la imaginación con fecundas implicancias cognoscitivas y creativas —o mejor dicho— “creadoras”, pues tales implicancias son además de semánticas ontológicas. José Ortega y Gasset entendía que la creativa metáfora era un suplemento a nuestro brazo intelectual que llega a asir aquello que se presenta como indómito o inasible o innombrable.

Ofrezco aquí en un lenguaje y estilo más amenos parte de las reflexiones y resultados generados durante la investigación realizada con ocasión de mi tesis de Maestría. En ella observé la participación *sine qua non* de la metáfora como mecanismo de inteligencia, creación y comunicación tanto en la vida cotidiana como en las producciones basales de la ciencia moderna y contemporánea. Para facilitar la lectura la publicamos en dos volúmenes de lectura independiente: el presente dedicado al proceso de conocimiento creativo ubicuo de la metáfora y otro consagrado al surgimiento de la metáfora en la creación científica como inteligencia natural y comunicativa.

Espero que el presente libro sea de provecho para docentes, investigadores, comunicadores y especialmente para todos aquellos que quieran reflexionar sobre las oportunidades que abre la escondida incidencia de la metáfora en los procesos cognitivos, creativos y comunicativos de nuestra vida de todos los días.

ISBN 978-987-82864-9-5



9 789878 286495

